



**NOSTALGIA
DE LA
SANGRE**

DARIO CORRENTI

Grijalbo

DARIO CORRENTI

Nostalgia de la sangre

Traducción de
César Palma Hunt

Grijalbo

Primera parte

9 de diciembre

—Quiero al menos cinco mil caracteres —dice Besana, a la vez que pone en funcionamiento el limpiaparabrisas.

Se da cuenta entonces de que no es agua lo que resbala por el parabrisas. Entre otras cosas porque no resbala, en los bordes ya se ha formado una capa blanca. Lo que faltaba, nieve. Pone el intermitente derecho, escribirá el artículo en una estación de servicio. No puede correr el riesgo de quedarse bloqueado en la circunvalación de Milán justo esta noche.

—Confía, coño —le dice de nuevo al altavoz. Y no sabe bien si ese «coño» que ha pronunciado con tanta franqueza se lo ha dirigido al camión que tiene delante, que acaba de cerrarle el paso, o a su jefe, que siempre le pone problemas, como si el papel lo pagase él.

Luego se corta la comunicación. Se ha quedado sin batería. Una vez más, se ha dejado en casa el cargador del coche.

Aparca, se apea rápido y cierra dando un portazo. Llega un poco encorvado a la entrada del bar, tapándose la cabeza con la mochila.

—Vaya tiempo, ¿eh? —le dice una chica que está sentada en la caja.

Es la primera cosa hermosa que tiene delante desde hace al menos diez horas. Realmente lo necesitaba.

Se acerca a ella tambaleándose un poco, a su manera. Nunca ha sido capaz de caminar mejor, incluso cuando está sobrio parece borracho.

—¿Me deja dormir aquí? —Y le sonrío. Es evidente que la chica se aburre,

más vale cortejarla. Además, tiene que pedirle un favor: necesita recargar el móvil, enseguida.

—Mi turno acaba a las ocho. Puede pedírselo a mi colega. —Pero ella también sonríe, ha picado.

En efecto, después de entregarle dos paquetes de cigarrillos, lo está ayudando a elegir un bocadillo.

—¿Cecina? ¿A mí? ¡Por favor, que tengo hambre de verdad! —dice señalando la opción «jamón y brie»—. Con una botella de cerveza, para empezar.

Es incapaz de explicarse cómo puede tener tanta hambre después de la asquerosidad que ha visto, eso que ha hecho vomitar a la mitad de los periodistas que había por ahí, incluso a los que solo la han visto en foto.

Elige una mesa del fondo, que da a la autopista. Ahora, además de nieve hay oscuridad: si el lugar no fuese tan triste, sería capaz de imaginarse que está en un restaurante con vistas al mar.

—Lo caliente y se lo llevo —le grita la chica. El salón es grande, pero está completamente vacío. Como no hay nadie, por una noche su nueva amiga podría hacer como si fuese la dueña del local. Quién sabe, a lo mejor es su sueño.

En cualquier caso, ha llegado el momento de pedirle esa pequeña ayuda sobre el tema móvil.

—Gracias, es usted un encanto. De paso, ¿podría hacerme un favor?

Ella sonríe, apretando el plato de cartón en el que le ha llevado el bocadillo.

—Con tal de que no me pida permiso para fumar —le responde, después de verlo con el iPad delante y un cigarrillo apagado en la boca.

Besana menea la cabeza y le explica el problema, y también que necesita llamar a su jefe porque tiene entre manos un artículo muy importante.

—¿Un crimen? —La chica se queda paralizada, con su móvil en la mano.

—Horrible —añade.

Con un gesto amable del mentón, Besana le da a entender que está dispuesto a adelantarle algo con tal de que mueva el culo y vaya enseguida a buscar un cargador.

—Ay, sí, claro, perdone —dice ella. Y se encamina obediente al objetivo.

Vuelve un minuto después con una cerveza que corre a cuenta de la casa. Al fin y al cabo, allí nadie controla lo que se despacha. Ella también, en el fondo, se ha fijado en el Sujeto Desconocido que tiene delante. Están jugando de igual a igual.

—Qué amable —comenta Besana—. Justo lo que quería. ¿Cómo ha adivinado que escribo mejor así?

La chica —despierta, hay que reconocerlo— sonríe satisfecha y se sienta a su mesa. Pero en ese instante suena el teléfono móvil.

Besana se levanta de golpe y va hasta detrás de la caja registradora para responder. El lugar elegido es discutible, pero él sale del paso con un guiño. Además, su amiga ya está a su lado, para escuchar. La divierte todavía más oírlo hablando con el jefe.

—Como mínimo cinco mil —está diciendo Besana—. Me dedico a esto desde hace treinta años y jamás he visto nada así. Los investigadores están siguiendo una pista satánica, para que te hagas una idea. Tengo el móvil sin batería, así que seré breve: le han arrancado las tripas y se ha encontrado un trozo de la pantorrilla a cientos de metros de distancia. Seis mil, perfecto. Pero tengo que escribir en un área de servicio, así que mantenedme abierto el periódico hasta el final. Ya, ya sé que no hay problema.

La chica lo mira hipnotizada, está dispuesta a invitarle a cervezas toda la noche. No es verdad que vayan a sustituirla a las ocho.

10 de diciembre

Al día siguiente, en la redacción hay cierto mal humor. Antes de entrar en la reunión, el director se enfada con el redactor jefe de sucesos por haber encargado un caso tan importante «al tocapelotas de Besana», a quien no ve la hora de jubilar anticipadamente, en vez de a Luca Milesi, la nueva firma puntera.

—Ayer Milesi estaba en Roma para una presentación en la tele —responde el redactor jefe—. Necesitaba mandar allí a alguien.

—Ya, pero ahora no vamos a poder quitárnoslo de encima —dice el director, enfadado—. Ya sabes lo terco que es ese hombre. Dirá que el caso ya es suyo.

A eso de la una, una vez terminada la reunión, al redactor jefe le surge otro problema. Cuando llega a su mesa, encuentra a Ilaria Piatti. Antes o después, alguien tendrá que decirle que no hay ninguna posibilidad de que entre en el periódico. Son tiempos duros, de despidos y enfrentamientos con los sindicatos; ha hecho las prácticas en un momento equivocado, pobre chica.

La saluda y la mira de arriba abajo. La verdad es que ella tampoco hace nada en su favor. Siempre se presenta vestida de una manera espantosa; hoy, además, está empapada. Nieva con fuerza, es cierto, aunque solo tendría que haber salido con un paraguas. Pero no, lo que ha hecho es ponerse un impermeable y calzarse unas botas de agua, como si la redacción fuese un río que puede vadearse.

—Hola, Roberto, ¿puedes dedicarme un segundo?

—Es un día horrible. Tengo un poco de prisa.

—No, verás, yo...

El redactor jefe cierra un instante los ojos. «No, por lo que más quieras, no me preguntes si tienes o no futuro. No me lo preguntes ahora.»

—Verás, necesito... necesito hablar con Besana. He leído el artículo, ¿sabes?... y tengo una pista.

—¿Una pista? ¿Tú?

Piatti contiene la respiración. Pobrecilla, se pone nerviosa con nada. Pues sí, la cosa da un poco de risa. Cuando el periódico iba bien, ella se ocupó seis meses de accidentes de tráfico. De lo más emocionante. También hizo cabeceras y fichas, y estuvo de correctora de pruebas.

—No, en el sentido de que... Bueno, creo que puede tratarse... En fin, que he atado cabos y...

—¿Y?

Sí que es lenta, Piatti. Sobre todo cuando uno tiene prisa. Da vueltas, un poco neurótica, alrededor de sus ideas. Es incapaz de formular una propuesta en dos segundos, como debería ser. Rápida, concisa, sencilla. No. ¿Creerá que está con el psicoanalista?

—Y... —repite ella, cada vez más asustada—, y... en fin, creo que puede tratarse de un asesino en serie.

El redactor jefe rompe a reír. Esto ya es demasiado. Es suficiente, no puede perder más tiempo.

—Ve a contárselo a Besana —le responde.

—Precisamente —dice ella—. ¿No tendrás su número de móvil?

¿Diez minutos para pedir el teléfono de Besana? Seguramente él también se reirá en su cara. Y después esta gente se queda hecha polvo cuando nadie la contrata.

—Que te lo dé la secretaria de redacción.

—De acuerdo. Gracias, gracias.

¿Gracias por qué? Nadie va a pedirle que escriba una sola línea sobre este homicidio, ¿qué habrá entendido? Pero lo importante es que se marche. Enseguida, a ser posible.

11 de diciembre

A pesar de la nieve, Besana está de nuevo en el coche. Necesita volver a Bottanuco para hablar una vez más con los investigadores. Las televisiones están desatadas y Milesi presiona para hacerse con el caso. Pero este es suyo, se siente. Será el último, pero es suyo.

Le suena el móvil, es un número que no tiene guardado en la agenda y Besana mira la pantalla con recelo.

—¿Sí?

—Buenas noches, señor Besana, perdone si le molesto, soy Ilaria. Ilaria Piatti.

—Todavía es de día —le responde Marco con sequedad.

—Ah, sí. Claro, perdone. Buenos días.

«La Plasta», en la redacción todo el mundo la llama así. Todos los que la llaman de alguna manera, porque los demás ni siquiera la nombran. Pues sí, es una auténtica plasta. ¿Y qué quiere de él?

—Diga.

—Bueno, me gustaría... me gustaría hablar con usted.

—Diga —repite.

Qué pesadez hablar con ella, nunca va al grano.

—Es un tema largo, ¿podemos vernos para tomar un café?

—No puedo, voy a entrar en una autopista. Pero la escucho. Eso sí, procure ser breve. Estoy al volante. Digamos que dispone de cincuenta caracteres. Espacios incluidos.

—De acuerdo... Bien... Creo que el Sujeto Desconocido es un asesino en serie. —Todo de un tirón.

Besana rompe a reír:

—A ojo, son sesenta o setenta caracteres. Habría podido perfectamente quitar «de acuerdo» y «bien». ¿Quiere aprender este oficio o no?

—Claro, claro. Gracias.

Silencio. Es evidente que Piatti está esperando una respuesta.

—¿Y por qué cree que es un asesino en serie? ¿Por el estado del cuerpo? Por ahora, los investigadores hablan de la pista satánica. Por esa asquerosidad de las entrañas arrancadas y la pantorrilla encontrada en un bosque. Pero es pronto para decir nada.

—Lo sé, lo sé, pero... el escenario del crimen me hace pensar...

—Piatti, de verdad que me encanta que se apasione con el caso, pero no estamos viendo juntos un episodio de *Mentes criminales* —la interrumpe enseguida Besana.

Vale, es una veinteañera en prácticas a la que pronto despedirán, pero él no tiene la culpa de eso. A él también van a despedirle dentro de poco, si es por eso.

—¿Por casualidad han encontrado alfileres?

Besana frena bruscamente. Un idiota con un SUV acaba de adelantarlo por la derecha sin poner el intermitente.

—¿Alfileres? No, que yo sepa —responde.

—¿Tenía la boca llena de tierra?

—Me parece que no —responde Besana.

—Lástima —dice Piatti—, porque habría sido exactamente igual. Incluso la fecha: ocho de diciembre.

—¿Igual a qué? —pregunta Besana, con curiosidad.

—A otro crimen —responde, por fin concisa, Piatti.

—¿Cuál?

—Un caso del siglo diecinueve —susurra ella.

Besana menea la cabeza. Un caso del siglo diecinueve. Esa chica tiene que estar muy loca.

—De acuerdo, Piatti, le agradezco mucho esta charla. Ahora no me queda más remedio que decirle adiós. He de parar para repostar. Que tenga mucha suerte.

—Gracias —contesta suavemente ella.

Besana coge la salida, risueño y con la esperanza de que en el área de servicio siga estando su camarera preferida. Quién sabe.

11 de diciembre

Antes de ir a la comisaría de Bérgamo tiene que desviarse a Bonate Sotto. Para saludar a Rosa, la hermana de su mujer. No es que le tenga un cariño especial, lo que ocurre es que su marido trabaja en la policía judicial. Giorgio es un tipo despierto, podría echarle un cable.

Cada vez que cruza ciertos pueblos, se le encoge el corazón. Le parecen tan claustrofóbicos... Discutió infinidad de veces con Marina por eso, antes de que lo dejase. Ella no quería vivir en Milán y él no concebía su vida en un chalet de dos plantas con jardín. Hasta que, al final, a Marina le encantó Milán. A lo mejor, si le hubiese hecho caso y se hubiesen mudado a una de esas zonas residenciales del interior de Lombardía, no se habría enamorado de un joven inspector de Hacienda. Que por lo menos la hacía disfrutar de la ciudad como era debido, eso decía, no como él, que siempre estaba en el periódico.

Reconocer la casa de Rosa entre veinte, todas iguales, resulta complicado. A lo mejor es preferible llamarla por teléfono.

—¡Anda, Marco! ¿Qué haces delante de mi casa? Te estoy viendo desde la ventana.

—¿En serio? Y yo que pensaba que me había perdido. ¿Me invitas a un café?

Besana aparca. Está nevando de nuevo y va corriendo hasta el portal. Se sacude los zapatos en un felpudo en el que se lee «Welcome».

Rosa lo abraza, le pasa la mano por el pelo para quitarle unos copos de

nieve.

—¡Qué sorpresa! ¿Estás aquí por el homicidio de la rumana?

—Eso mismo.

—Ven, ven. Pasa. Kevin todavía está en el colegio. ¿Ya has comido?

Besana niega con la cabeza. Desde que vive solo, suele cenar comida precocinada, pasta con boletus o pechuga de pollo. Tiempo de cocción, diez minutos. La idea de un plato casero casi lo conmueve.

—Yo tampoco. Venga, te preparo un plato de pasta con lo que haya.

—Gracias.

Su excuñada tiene una cara bonita, muy parecida a la de Marina, pero se le ha ensanchado. Ya solo vive para comer. Su marido y ella hablan exclusivamente de los restaurantes que tienen que conocer. Él no soportaba tener que ir a verlos los fines de semana porque volvía siempre con dos kilos más.

—¿Te apetece una carbonara?

—Me encantaría —responde Besana mientras cruza el salón decorado con muebles étnicos. Como si esa mierda de chalet fuese una casa colonial en Bali o Malindi.

—El domingo pasado vi a tu hijo —le dice cuando entra en la cocina.

—Qué suerte la tuya —responde Besana.

—No digas eso. —Mientras, Rosa pone rápidamente en la mesa un par de manteles individuales aún sucios del desayuno, con un corn flake fosilizado en una esquina y un grumo de mermelada en el centro.

—Marina siempre inventa alguna excusa para que no lo vea —dice Besana.

—No es verdad, ella no tiene la culpa —Rosa vierte aceite en una sartén para calentar el tocino—, lo único que pasa es que Jacopo ya es mayor y el fin de semana prefiere estar con sus amigos. Tiene diecisiete años, es normal.

—Puede —responde Besana, abriendo la nevera como si estuviera en su

casa.

—¿Estás buscando la cerveza? La tengo abajo, en la bodeguita.

Besana odia las bodeguitas, pero por una cerveza fría está dispuesto a todo.

Cuando regresa a la cocina, Rosa está batiendo huevos y la mesa está puesta para tres.

—Me acaba de llamar Giorgio, viene a comer. Se alegra de que hayas venido.

Besana sonríe. Perfecto. No va a necesitar pedir ningún favor. Hasta puede fingir que ha pasado para saludar, el tema saldrá de todas formas. Al fin y al cabo, está allí para eso. Giorgio seguramente le preguntará en qué está trabajando.

—Me apetecía un montón una carbonara —dice.

—Y a mí charlar un rato contigo —dice Rosa, volviéndose hacia él—. Nunca vienes por aquí.

—Trabajo —masculla Besana.

—Lo sé, lo sé. Pero estaba a punto de llamarte. Verás, estoy un poco preocupada por Marina. No me parece muy feliz con ese.

Besana se encoge de hombros.

—¿Por qué no te pones en contacto con ella? Con cualquier excusa, no sé, las vacaciones de Jacopo.

Besana menea la cabeza, no le apetece mucho tocar ese tema.

—Ahora ya solo nos hablamos por SMS —responde.

11 de diciembre

Giorgio llega jadeante, con la lengua fuera. Ha tenido que ayudar a un jubilado a poner las cadenas. Bloqueaba la calle, con el automóvil atravesado en medio de la calzada.

—Hay que ver la que se ha montado ahí fuera. Parece que todavía no se han enterado de que existen los neumáticos de nieve. —Pone una mano en el hombro de Besana—. Chico, has traído el sol, ¿eh?

Rosa, con su alegría habitual —ella sí que tiene buen carácter, no como su hermana—, les pide que se sienten.

—La pasta está lista y ahora quiero saberlo todo sobre ese crimen —dice.

Besana sonrío, satisfecho. Puede saltarse las explicaciones previas, eso sí que es suerte.

—Pregúntale a tu marido, que seguro que está más informado que yo — responde.

Giorgio habla con la boca llena. Tiene muchas virtudes, pero no la de la buena educación.

—Una cosa atroz. Este parece un sitio tranquilo, pero aquí hay algún muerto cada mes. Y cuando no es un cadáver, es un desaparecido. Pero este caso ha alterado a todo el mundo. Pobre chica. El que le ha hecho eso solo puede ser un monstruo.

Rosa está muy excitada, quiere saber más.

—Seguid contando.

Su marido meneaba la cabeza mientras rebaña el plato con un trozo de pan.

—¿No quieres terminar de comer primero?

Ella niega con la cabeza, está muerta de curiosidad.

—La abrieron como a un cerdo y le arrancaron las tripas. Pero como no era un cerdo, sino una chica guapa de veintidós años con todo en su sitio, no se les ocurrió nada mejor que arrancarle también los genitales.

—¿Por qué hablas en plural? —lo interrumpe Besana.

—Porque tamaña carnicería hace pensar en una secta satánica.

—Sí, me lo han dicho y lo han escrito —confirma Besana.

—Pero hay más —añade meditabundo Giorgio.

—¿O sea?

—O sea, canibalismo. También la mordieron.

—¡Dios santo! —grita Rosa, tapándose la boca con la mano.

Besana está muy interesado. Lo de los mordiscos, por ejemplo, no lo sabía.

—¿Canibalismo en grupo? ¿Me estás diciendo que lleva el ADN de quien la probó?

—¡Y un huevo que la probó! Quienquiera que haya sido, se comió un trozo de pierna —responde Giorgio—. En cualquier caso, estamos trabajando en ello.

—Qué raro, de todos modos —reflexiona Besana—. Una secta actúa con más cautela, no deja rastros tan evidentes. Son un poco imprudentes, ¿no te parece?

Giorgio se llena de nuevo el plato.

—Es una secta, no hay duda. También por los alfileres que han encontrado sobre una piedra, que seguro que significan algo.

A Besana se le ha puesto la piel de gallina.

—¿Alfileres?

—Sí, diez. Colocados alrededor de una piedra. Debe de ser una especie de ritual.

—¿Más cosas extrañas?

—Bueno, tenía la boca llena de tierra.

Besana se levanta de golpe de la mesa.

—Perdonad, tengo que hacer una llamada urgente.

11 de diciembre

Ilaria Piatti está en el supermercado; total, la han echado del periódico. Todos estaban un poco nerviosos y le dijeron, con todas las letras, que ahí, aparte de molestar, no podía hacer nada más.

—¿Ni siquiera las leyendas?

Luego miró hacia un lado y vio a una chica nueva, sentada cerca del jefe de redacción. Sus prácticas terminaban dentro de una semana y ni siquiera habían esperado a presentarle un despido formal, vale.

Pero lo que realmente la hiere son las colegas. Ha oído perfectamente sus risas así como todo lo que decían —«¡Qué pintas lleva! Parece salida de la película *La tormenta perfecta*»—, hablaban en voz baja pero reían con fuerza. «Esa no tiene ninguna posibilidad, y todavía no se ha enterado», decían.

Ilaria ha optado por el supermercado en parte porque tiene la nevera vacía y en parte porque Milán es una ciudad llena de tentaciones. Allí donde vas, te entran ganas de comprar algo. Te empuja al consumismo compulsivo hasta cuando no quieres y no tienes dinero que gastar.

Mientras mira una oferta de seis latas de tomate concentrado —¿Seis? ¿Para qué quiere ella tantas? Además pesan, tendría que cargar con todas hasta la sexta planta de un edificio de los años setenta cuyo ascensor suele estar estropeado—, le suena el móvil. Dios mío, es Besana. Se tropieza y se le caen al suelo dos paquetes de pasta.

—¿Diga?

—Piatti, coja el coche y venga enseguida a Bottanuco. Cuando esté en el

pueblo, deme un toque.

—No tengo carnet de conducir.

—¿Quiere ser periodista de sucesos y no tiene carnet de conducir? De acuerdo, entonces coja un tren. Iré a buscarla a la estación. A la de Bérgamo, supongo, si no encuentra otra más cercana. Pero no sé nada de trenes locales. Mire en internet los horarios. Después, llámeme.

—Estoy en un supermercado, no tengo internet en el móvil.

—Mierda. Oiga, es usted una calamidad. ¿Cómo pretende conseguir algo estando tan fuera del mundo?

—Le pido perdón.

—No tiene que pedirme perdón, Piatti. Lo único que tiene que hacer es mover el culo.

—Enseguida encuentro una solución, descuide. Después le llamo, claro.

Ilaria cuelga y se queda un momento así: con el móvil en la mano y una sonrisa boba. Luego mira a su alrededor. Ve a una madre toqueteando su iPhone mientras el niño, sentado dentro del carrito, va abriendo varios paquetes de bollos. Se acerca, con gesto amable.

—¿Señora? Me temo que el niño está buscando la sorpresa.

—Ay, gracias —dice ella—. Cariño, no se abren los paquetes antes de llegar a casa. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Ilaria no está acostumbrada a mentir, pero a lo mejor es algo que también debe aprender.

—¿Puedo pedirle un favor? Tengo que mirar el horario de un tren pero mi iPhone está sin batería. Tardo un segundo.

—Por supuesto. —La señora, amable, le tiende el teléfono. Pero la vigila: no vaya a huir con el último modelo.

Ilaria marca rapidísimo. No hay estación en Bottanuco, coño. Solo hay un

tren a Bressana Bottarone. ¿Dónde diablos queda eso? Le devuelve enseguida el móvil a su dueña.

—¡Mil gracias!

Abandona las seis latas de tomate concentrado y sale corriendo.

—¿Besana? Solo hay un tren a Bressana Bottarone. Puedo llegar allí a las siete y treinta y seis —dice, comiéndose algunas palabras por la alegría.

—Pero ¿qué pinta Bressana Bottarone? ¡Si eso queda cerca de Pavía! ¿Qué coño ha mirado, Piatti? Yo le buscaré el tren, así acabaremos antes. Joder, ¿ni siquiera es capaz de mirar unos horarios? —Cuelga.

Poco después, Besana la llama:

—Vaya corriendo a la estación. A la Central, ojo, no se equivoque también en eso. Hay un tren local que sale a las seis y diez. Apéese en Verdello-Dalmine. La estaré esperando allí. ¿Se ve capaz?

11 de diciembre

Ilaria Piatti sale de la estación y ve en el aparcamiento un viejo Subaru azul que le hace señales con los faros. Avanza por la nieve deslizándose como una patinadora, con los brazos extendidos para no perder el equilibrio, pero al final resbala y se estampa contra la puerta del coche.

Besana, con un suspiro, la invita a pasar.

—Piatti, no creo que unas bailarinas sean el calzado más apropiado.

Ella se sienta y se frota las manos entre los muslos, para entrar en calor.

—Tengo los pies congelados —dice.

—Me lo imagino. ¿Y su maleta?

—¿Qué maleta?

—Esta noche dormimos aquí, para no perder tiempo. He reservado dos habitaciones en un motel. Vale, le prestaré una camiseta. Si encontramos una farmacia abierta, puede comprarse un cepillo de dientes.

Ilaria lo mira desconcertada. Besana se da cuenta de que está cortada. ¿No pensará que pretende ligársela? Le da por reír.

—Ahora la invitaré a un aperitivo —dice—, con un poco de alcohol entrará en calor.

Ella no habla, mira fijamente el limpiaparabrisas que marca el tiempo como un metrónomo, con un chirrido.

—Para mí el aperitivo es sagrado —continúa Besana—. A esta hora ya puede pasar lo que sea, que me da igual. Lo que quiero es estar tranquilo delante de un vaso de vino blanco, ay de aquel que me moleste.

Ella, siempre muda.

—¿Piatti? ¿Cómo debo interpretar su silencio? ¿Hipotermia?

Ilaria se vuelve hacia él y le sonrío, un poco melancólica.

—Pensaba —responde.

—¿En el caso?

—No, en este oficio. Que es maravilloso incluso con los pies congelados.

Qué lástima.

Besana resopla.

—Oiga, Piatti, no la he invitado aquí para consolarla, sino para que me ayude a comprender algo. Si al final su pista nos conduce a algo, le prometo que los artículos estarán firmados por los dos.

Ilaria Piatti pone los ojos como platos, perpleja.

—¿En serio?

—Eso sí, se lo tiene que ganar. Y sepa que ya tengo bastantes jodiendas en la vida. No quiero tener una colega llorona, ¿está claro?

Ella, instintivamente, lo abraza.

—Estoy encantada. No sé cómo darle las gracias. Es lo más bonito que me ha pasado nunca. He leído siempre sus artículos y...

Besana la interrumpe:

—¿Piatti? Sus prácticas han terminado. Desde hoy es usted periodista. Procure no comportarse como una niña. Guarde la compostura, por favor. Si no, doy media vuelta y la llevo a la estación.

—Perdone.

—Ahora busquemos un bar decente. Para que las ideas sean buenas, el vino tiene que ser bueno. Coño, parece que aquí han decretado el toque de queda.

Encuentran una casa de comidas, con bar en la entrada. No es una maravilla, pero Besana está impaciente. Se sientan en un rincón y piden dos vasos de Sauvignon, que llegan con un cuenco de patatas fritas bastante revenidas.

—Explíqueme, pues —dice Besana levantando la copa para brindar—, qué es eso de los alfileres.

—¿Así que había alfileres? —A causa de la emoción, Ilaria vuelca un poco de vino en la mesa de aglomerado.

—Sí, había alfileres —responde con calma Besana—, son agujas de acupuntura, pero podemos considerarlos alfileres, ¿no?

—¿Diez? ¿Colocados en una piedra?

—En efecto. ¿Qué significa?

—Ah, no lo sé.

Besana está a punto de perder la paciencia.

—¿Cómo que no lo sabe? Y entonces ¿por qué coño preguntó por los malditos alfileres?

—Porque, como le decía, este crimen me recuerda a otro.

—¿A ese crimen del siglo diecinueve?

—Sí. En ese caso se trataba de las agujas que usaban las campesinas para sujetarse el pelo, no de nada de acupuntura, por supuesto.

—Prosiga.

—¿Ha oído hablar de Vincenzo Verzeni?

Besana meneó la cabeza.

—Fue el primer asesino en serie italiano de la historia. Aunque no exactamente. Pues antes de él hubo otro, un tal Antonio Boggia, al que llamaron «el monstruo de la calle Bagnera». Boggia mató a bastante gente en Milán, ¿sabe?

—Piatti, no se está usted examinando en la universidad. Vaya al grano, por favor.

—Claro, perdone. Quería decir que...

—Diga y punto, gracias. Y prescindia de las intenciones.

—Pues bien, Boggia mataba a la gente para robarla. No así Vincenzo

Verzeni, él mataba por el placer de matar. Disfrutaba mientras estrangulaba a las mujeres, ¿comprende? Lo confesó en el juicio. Y consta en el sumario.

—Alcanzaba el orgasmo así, en pocas palabras.

—En efecto. Y experimentaba aún más placer cuando bebía su sangre. Por casualidad, ¿había mordiscos en el cuerpo de la víctima?

Besana hace un gesto afirmativo. Eso tampoco se podía saber. Él mismo lo ha descubierto hace poco, hablando con su excuñado policía.

—Pues entonces el *modus operandi* es el mismo. —Ilaria aprieta los puños y los agita delante del pecho—. ¡Yupi!

Besana levanta una ceja. «Se comporta como una perfecta adolescente, va a ser difícil trabajar con ella.»

—¿Y cómo es que lo sabe todo sobre Verzeni?

—Porque de Verzeni se ocupó Cesare Lombroso. Y yo hice un trabajo sobre él para la universidad. Sobre Lombroso, quiero decir.

—Prosiga.

—Era el segundo caso de Lombroso. Pero el primero de la historia, al menos en Italia, en el que se usaba el análisis científico. En cierto sentido, significa el comienzo de la criminología moderna.

—Interesante —comenta Besana.

Ilaria hurga en su mochila y extrae unas hojas arrugadas.

—Aquí tiene. Por eso fui al periódico esta mañana. Porque se lo quería dar.

—¿Su trabajo de la universidad?

—Así puede hacerse una idea. En mi opinión, estamos ante un imitador.

—¿De un asesino en serie del siglo diecinueve?

—No de cualquier asesino en serie. Del primero.

Besana empieza a hojear las páginas.

—Lombroso es un joven psiquiatra que está progresando en su profesión — explica Ilaria—, y se interesa por el caso de este campesino de Bérgamo

porque cree que no es un enfermo mental. Lo define como «sádico sexual, vampiro y devorador de carne humana». Lo encuentra lúcido, ¿comprende? Así que busca otras explicaciones para las pulsiones homicidas. A lo mejor pueden remontarse a la epilepsia que padecía la madre o bien a los casos de pelagra que hubo en la familia. Entre las consecuencias de la pelagra había una forma de demencia que Lombroso definía como «cretinismo».

Besana meneaba la cabeza.

—Piatti, nadie le ha pedido un resumen.

—Perdone.

—Esta noche lo leeré todo. ¿Puedo quedarme con el texto?

—Por supuesto. —Y le sonrió.

8 de diciembre de 1870

Amanece y los campos están envueltos en niebla. Giovanna avanza por el camino, pero si mira hacia atrás todo desaparece. Delante tiene la nada, a cada metro conquista un pequeño espacio visual. Vuelve la cabeza por la falta de perspectiva, pero así también se desorienta. Su padre, que muchas veces lleva las vacas a pastar a la montaña, dice que cuando estás dentro de una nube ya no sabes cuándo bajas o cuándo subes.

Hay un fuerte olor a estiércol y la hierba, cubierta de escarcha, a veces parece amarilla y a veces rosada. Han quedado trozos blancos de la nevada aquí y allá. En este paisaje espectral, los objetos aparecen de repente y casi dan miedo. ¿Qué hay allí abajo? ¿Un animal? ¿Un caballo? ¿Un burro? A través de la niebla, solo se ve una gran sombra oscura. Luego, desde más cerca, se distingue una cabaña con techo de paja, donde alguien guarda herramientas. ¿Y qué hay allí? Avanza, arrebujada en el chal porque hace mucho frío. Ah, es un carro.

Por otro lado, no podía salir más tarde, y eso que, a pleno día, con sol, la caminata hacia Suisio habría sido más agradable. Es la fiesta de la Inmaculada y tiene que llegar a tiempo para ayudar a su madre a preparar la comida. Hoy hay carne. Su padre ha matado un capón para la ocasión. Por una vez, no se comerá solo polenta. En su casa hay demasiados niños, es difícil alimentarlos a todos. Menos mal que a ella la tienen los Ravasio, que la tratan como a una hija.

No ve a sus padres desde hace más de un mes. Pero no está emocionada

solo por eso. Camina deprisa, contenta, también porque sabe que a la fiesta vendrá su primo. A lo mejor se casan. Pues sí, le gustaría. Es tan guapo... Y ella tiene ya catorce años, ya es hora. Si no, será demasiado vieja. Aquí pierde un instante el equilibrio, ha resbalado en un montón de nieve. Se endereza, se coloca bien el pañuelo, que se le había torcido y le había tapado media cara, comprueba que no se le ha perdido la imagen de Pío IX que lleva siempre al cuello. Un regalo de su abuela, para que Dios la proteja. En ese instante oye un ruido.

Se vuelve, pero solo hay niebla, delante y detrás, a derecha e izquierda. Reanuda su camino, más rápido. Ahora oye pasos. Mejor así, este trayecto tan vacío y silencioso le daba un poco de miedo. Levanta una mano para saludar a la sombra que se acerca. En Bottanuco ella ya conoce a todo el mundo, aunque se ha criado en Suisio. Pero cuando ve que cojea y comprende que se trata de Vincenzo Verzeni, ya no se alegra tanto. Es un hombre raro. Toda la familia es rara.

Una vez vio a la madre de Vincenzo revolcándose en el suelo y babeando, parecía poseída por el demonio. Se fue a casa corriendo, aterrorizada. Por suerte, en la casa de los Ravasio estaba el médico. El doctor le explicó que el demonio no tenía nada que ver; esa mujer solo estaba enferma de epilepsia, había que tratarla con sanguijuelas. Giovanna se fio, pero, de todas formas, la familia Verzeni no le gustaba.

Justo el día anterior se había encontrado con Maria Previtali, estaba muy nerviosa. Contaba que la acababa de agredir Verzeni, que la había arrastrado hasta una calle oscura. Le dijo que tuviera cuidado. Pero Giovanna no la creyó. «Esa mujer acaba de salir del manicomio. Se inventa las cosas.»

Él se acerca, ella aprieta el paso. No puede echarlo del camino. Los caminos son de todos. Él la saluda y le pregunta adónde se dirige. Ella baja la mirada. «A Suisio», responde. No quiere darle confianza. Pero al mismo

tiempo no puede evitar volverse para mirar la hoz que lleva Verzeni. ¿Va a trabajar al campo incluso el día de la Inmaculada? Al menos tendría que sujetarla bien. Podría hacerle daño. Pero Verzeni anda cojeando justo al lado de ella, la hoja en medio, casi rozándole la falda. Llega un momento en que Giovanna no aguanta más y se lo dice: «Aparta eso de mí, por favor, que vas a desgarrarme el vestido. Es mi mejor traje, como me lo rompás, te mato».

Dos días después, el sábado, en la granja de los Ravasio hay inquietud. La señora va de un lado a otro, rozando el suelo con el borde de la falda negra. No deja de repetirle a su marido que le parece muy raro que Giovanna no haya regresado aún. La chica, por muy joven que sea, siempre es muy clara. Si dice una cosa, la cumple. Y le había asegurado que iba a quedarse en Suisio solo un día. A ver, ella de todos modos puede quitarse el corsé, la ayuda la cocinera, y es capaz de peinarse sola. Pero está preocupada, para ella es como una hija. Está preocupada porque el día anterior, Battista Mazza, un campesino, volvió corriendo al pueblo para contarle a todo el mundo que había un lobo. Había visto las tripas de un cordero en el hueco de una morera. Al anochecer, la señora Ravasio le suplica a su marido que coja la escopeta y que vaya con un campesino a ver qué ha sido de la chica. Pobre niña, Dios santo. Sola, con aquella bestia rondando por ahí.

Giovanni Battista Ravasio no tiene que recorrer mucho camino. La encuentra bajo un cobertizo no lejos de la finca, tirada en el suelo, desnuda, salvo por la media que aún lleva en la pierna izquierda. El cuerpo está como cortado en dos y vaciado de los órganos internos. La boca está abierta y llena de tierra. Corre a llamar a los demás.

Comienza el desfile. Todo el pueblo acude a ver el cadáver. Y la gente murmura. Así que las entrañas no eran de un cordero, eran de Giovanna. Así

que no ha sido un lobo. Todo el mundo reparó en los diez alfileres colocados de forma geométrica sobre una piedra. ¿Qué clase de ritual macabro es? ¿Qué demonio puede haber hecho algo así? Poco después, en la cabaña, alguien encontró la imagen de Pío IX que la chica llevaba al cuello. Sobre el techo de paja, trozos de una pantorrilla. La gente se disemina por todas partes para encontrar más piezas espantosas de aquel rompecabezas. Infinidad de quinqués alumbran las calles oscuras de Bottanuco y los campos aún más oscuros: ha empezado la atroz búsqueda del tesoro. Un zapatero anciano, junto con su nieto, halla la ropa debajo de un montón de trigo. Una mujer recoge en la nieve el pañuelo de la cabeza, estaba delante de la iglesia de Bottanuco.

Nadie quiere acostarse. Los hombres hablan hasta muy entrada la noche. Lo que más sorprende es que un crimen así pueda haberse cometido en un sitio tan cercano a un camino concurrido, y además un día festivo, mientras la gente iba y volvía de la iglesia. Por añadidura, debajo de un cobertizo abierto y visible incluso desde lejos. Los diez alfileres colocados de manera geométrica seguramente significan algo. Casi parecen un símbolo esotérico. ¿El asesino ha querido dejar un mensaje? ¿Y por qué?

Las mujeres también hablan. Corre el rumor de que le han arrancado los órganos genitales. Pero antes, ¿qué le hicieron?

Vincenzo Verzeni va a ver el cadáver, como todo el mundo. Solo que un poco más tarde, cuando ya lo han tapado con una sábana. Y luego vuelve a su casa, sombrío. Le cuenta a su madre que está muy impresionado, hasta el punto de que no le apetece comer. Todo el pueblo está impresionado. Nadie ha visto nunca algo así. Ni siquiera los lobos hacen semejante destrozo.

11 de diciembre

En ese momento, Besana se da un manotazo en la barriga y anuncia que tiene hambre. Tuerce la cabeza para señalar el salón que hay detrás.

—¿Qué dice? ¿Nos conformamos con esta tasca o prefiere un restaurante de postín?

Ilaria Piatti baja la mirada. Le da vergüenza decir que no puede permitirse un restaurante de postín. Pero no necesita decir nada, porque Besana ya se ha dado cuenta de su situación.

—No se preocupe, paga el periódico. Pediré factura para una sola persona. Todos sus gastos están cubiertos.

Piatti le da las gracias, con timidez.

—Ni siquiera declaro el IVA.

Besana le da una palmada afectuosa en el hombro.

—¿Y cree que yo no lo sabía? ¿Cómo alguien que no tiene carnet de conducir ni un *smartphone* iba a declarar el IVA? Elija una mesa, venga. Está nevando demasiado, no merece la pena perderse por los campos en busca de vete a saber qué.

—Esa que está cerca de la chimenea —responde Piatti.

—Una chica romántica —comenta guiñándole un ojo. Pero se trata de un guiño irónico y afectuoso. No vaya a hacerse ideas raras.

Piden una botella de tinto de la casa y una bandeja de polenta con queso fundido.

—Cuénteme lo de ese crimen —dice Besana—, me refiero al de 1870.

Piatti, que no está acostumbrada a beber y ya está un poco achispada, se arranca con un relato pormenorizado. Le da tanto miedo quedar mal, que habla como si tuviese un micrófono delante; parece la simulación de un reportaje para la televisión. Besana la escucha con atención hasta el final, sin interrumpirla en ningún momento.

—Increíble —comenta—. Entre otras cosas, Giovanna Motta era camarera como Aneta Albu. Eso significa que no elige las víctimas al azar.

—Sé poco sobre Aneta Albu —dice Ilaria—, solo que era rumana, porque ha salido en todos los periódicos. Creía que era prostituta.

—No, no. Era la cuidadora del notario Lecchi, un viejo de noventa y cuatro años que está postrado en una silla de ruedas, de manera que podemos descartarlo como sospechoso. La desaparición fue denunciada por la hija, Giulia Maria Lecchi, y por el marido de esta, Franco Vimercati.

—¿Edad? —pregunta Ilaria.

—Bueno, Giulia debe de tener unos sesenta. Pero está casada con un hombre más joven, de unos cincuenta.

—¿Sospechoso?

—Podría ser —responde Besana.

—Y la víctima, ¿cuántos años tenía?

—Aneta tenía veintisiete años y un hijo de tres, que está en Rumanía con los abuelos. No hay marido ni novio oficial. De momento, sabemos poco, solo disponemos de datos básicos. Para digerir bien la polenta lo mejor es acompañarla con un *amaro*, por lo menos.

Ilaria pone los ojos como platos. No está acostumbrada a beber así. Habrá que llevarla al motel en brazos. Pero Besana insiste.

—Tráiganos dos, gracias —le pide a la camarera.

—Puede que me siente mal.

—Descuide, vomitará mañana, cuando le enseñe las fotos del escenario del

crimen. Ahora hay que brindar: ¡tenemos una gran exclusiva, Plasta!

—¿Por qué ese apodo?

—Es un apodo cariñoso —responde Besana. Luego consulta la hora—. Solo son las nueve y media, nos da tiempo a escribir el artículo.

—¿Ahora?

—Claro, ¿no querrá que nos roben la idea? Seguro que la historia de Verzeni es muy conocida por aquí, cualquier otro podría descubrir la relación. Salgo para llamar al jefe de redacción, aquí hay demasiado ruido.

—Retrasaremos el cierre, nos matará.

—Plasta, si se elige la crónica negra, no hay que tenerle miedo a nada.

11 de diciembre

Besana y Piatti están escribiendo su primer artículo a cuatro manos en el iPad, en una taberna, a las diez de la noche. Para terminar antes, le dictan las frases a Siri, un programa que debería ser inteligente pero que, como suele ocurrir, lo entiende todo al revés.

—Venga, reléame el artículo. No nos podemos fiar de Siri. La muy gilipollas no acierta una sola palabra —dice Besana.

—«Giovanna Motta, catorce años. Le mintieron ir a visitar...»

—¡Le «permitieron» ir a visitar! ¡Corríjalo! Si no, creerán que hemos escrito el artículo borrachos —ordena Besana.

—Pues sí.

—Ja, hace falta mucho más para que yo me emborrache. Lo que pasa es que me ha tocado un software alcoholizado.

—Suisio se ha convertido en «sucio» —anuncia Piatti levantando la cabeza de la pantalla.

—Corrija y prosiga leyendo, a este paso el periódico tendrá que cerrar a medianoche.

Ilaria Piatti, diligente, lee:

—«Mañana sale todas bien abrigada del carcinoma de la familia Ravasi donde presta servicio, y se dirige Passerini 20 por el camino seis campos cubiertos de nieve. A Isola llegará nadie volverá a verla viva.»

Besana se lleva la mano a la frente. Luego, desesperado, levanta un brazo y pide el tercer *amaro* a la camarera.

—Ay, mierda, habríamos tardado menos si lo hubiésemos escrito nosotros. Y encima tienen la cara de anunciarlo como un asistente personal. Menudo timo. Me daba menos problemas usted, Plasta. Que ya es decir.

Ilaria ríe, se lo está pasando muy bien. Besana tiene un carácter espantoso, pero es generoso y simpático, hay que reconocerlo. Y además es un hacha en lo suyo, no comprende por qué quieren prejubilarlo, cuando en realidad solo tiene cincuenta y ocho años.

Después de enviar el artículo, que ha sido un auténtico calvario por culpa de Siri, se dirigen al motel. A Ilaria la vence el sueño en el automóvil, pero la vence el sueño con una sonrisa. Es el primer artículo de su vida, y lo ha escrito a cuatro manos con una firma histórica. Más exactamente, con su periodista de sucesos preferido, con su mito. Y encima ha empezado con una exclusiva, no está nada mal. A lo mejor todavía le queda alguna posibilidad de seguir en el periódico.

Besana la despierta con un manotazo en el brazo.

—Hemos llegado, Piatti. Tenga la bondad de entrar por su propio pie, porque yo ya tengo unos cuantos años y si la llevo en brazos me da un infarto.

Ella se estira y bosteza. Se calza las bailarinas empapadas y juntos se dirigen a la recepción.

La portera es una mujer obesa con el pelo color platino. Les recoge los documentos sin dejar de comer Cheetos y de mirar la televisión.

—Las habitaciones son temáticas. La única que queda libre es Pétalos.

—Pero habíamos reservado dos —protesta Besana.

—Aquí no consta. Solo tenemos una con cama de matrimonio. Pétalos, como digo. Decorada con pétalos de rosa.

Besana y Piatti se miran.

—Le advierto que ronco —dice Besana.

—Yo también —responde Piatti, y se encoge de hombros.

12 de diciembre

Al día siguiente, antes de buscar un bar decente para desayunar, van a por el periódico. Piatti compra dos ejemplares.

—Para mi tía —explica—, vive en Nueva York.

—Es el periódico italiano más importante, Piatti. No creo que sea difícil encontrarlo en Nueva York.

—Bueno, nunca se sabe.

Luego Besana lo abre y su cara se transforma. Está furioso por el titular y por el sumario.

—Lo han hecho adrede, qué cabrones. Así parece un artículo del montón, no una exclusiva. Hay incluso una errata en el título, que está escrito con los pies. Panda de gilipollas. —Arroja su ejemplar a la papelera.

Ilaria lo sigue. Ni siquiera ha tenido tiempo de disfrutar de su primer artículo.

—¿Adónde va?

—Al coche. Tenemos que hablar con los investigadores, ahora mismo.

—¿Y el desayuno?

—Se me han quitado las ganas —responde Marco.

—Pero yo necesito un café, si no tomo café no puedo razonar —protesta Ilaria.

—Tiene usted demasiadas exigencias, Piatti. Haremos que nos inviten allí.

Mientras conduce, de nuevo bajo la nieve, Besana le explica a Piatti que no será fácil hablar con la fiscal suplente.

—Ayer me trató fatal. Está muy enfadada porque la Liga Norte ha recogido firmas pidiendo su expulsión. La acusan de ser una inútil porque no ha conseguido resolver el homicidio de un niño. Una historia que hace años conmocionó al valle. Pero la han denunciado ahora, así que ya puede imaginarse que no estará de humor, con la gente manifestándose y agitando banderas delante de su despacho.

De repente, Besana vira tan bruscamente que están a punto de estrellarse. Ilaria se agarra al asa que hay encima de la puerta.

—¿Qué pasa?

—He cambiado de idea —responde Besana—. Vamos a contarle esta historia a mi excuñado, que es policía. Con él tenemos más posibilidades de que alguien nos escuche.

—De acuerdo —dice Ilaria, un poco alterada por esa manera de proceder. «Sí que es impulsivo, Besana. Cuando algo le molesta, no hay manera de hablar con él.»

Besana frena delante de un chalet, baja la ventanilla y se pone a gritar.

—¿Rosa? ¡Rosa! ¡Rosaaaa!

Una mujer algo entrada en carnes se asoma y lo saluda con la mano. No puede salir a su encuentro porque está en pantuflas.

—¿Quieres un café? —grita.

—No, gracias, necesito hablar con Giorgio. ¿Todavía está en casa o ya se ha ido a Bérghamo?

—Está aquí, se está duchando. ¡Pasa!

Besana aparca y se apea del coche sin dirigirle la palabra a Ilaria.

—¿Y yo? ¿Qué hago?

—¿Usted qué cree? ¿La dejo congelándose en el coche?

Ilaria se apea y lo sigue. Rosa se queda perpleja al ver a la chica.

Le pregunta en voz baja a Besana:

—¿Tu nueva novia?

—¿Qué dices? ¿Esa? —responde él, descortés—. Solo es una colega.

Rosa los hace pasar a la cocina. Kevin se está terminando el bol de cereales.

—¿Desea un café, señorita?

—Me encantaría —responde Ilaria.

Kevin abre la boca de par en par y le enseña un copo de arroz con chocolate en la punta de la lengua.

—¿Por qué tantos nervios? —pregunta Rosa.

Llega entonces Giorgio, en albornoz. No se esperaba que hubiera una colega de Marco. La saluda, turbado. Besana coge uno de los dos ejemplares del periódico, que Ilaria sigue sujetando cuidadosamente, y se lo tiende a su cuñado.

—Lee esto.

—No quiero pelarme de frío. —Giorgio mira a Ilaria como para disculparse. Le da un poco de vergüenza haberse presentado así.

—Descuida, ya estás casi pelado —le dice Besana—. ¿Te dice algo el nombre Vincenzo Verzeni?

Mientras sale el café, Besana resume su teoría. Y también explica por qué no le ha apetecido hablar con la fiscal suplente encargada de la investigación.

—Pobre, cómo no va a estar nerviosa —dice Giorgio—, encuentra cartas amenazadoras hasta debajo del felpudo de su casa. De todos modos, yo puedo hablar con ella.

—Gracias —responde Besana.

—Y puedo decirte algo más. Has hablado de una imagen de Pío IX y nosotros hemos encontrado una estampa del papa Juan XXIII.

—¿En serio? —pregunta Ilaria, sin dar crédito.

—Sí —prosigue Giorgio—, pero las cosas no están del todo claras. La

fiscal sigue pensando en una secta y no en un asesino en serie porque se han encontrado dos restos de ADN. Uno en el mordisco, de acuerdo. Pero hay otro, diferente, de esperma. Los están analizando.

—¿Han interrogado a alguien? —pregunta Besana.

—Hasta donde yo sé, de momento solo a la familia para la que trabajaba Albu. Pero no se ha descubierto nada interesante.

12 de diciembre

Mientras regresan a Milán, Ilaria mira su imagen reflejada en el espejo retrovisor y se ríe sola. No se cree que esté allí, sentada al lado de Besana. Da igual que sea un poco tosco. Querría preguntarle un montón de cosas sobre su trabajo, pero le da vergüenza.

—Piatti, ¿está durmiendo?

—No, estoy pensando en la cantidad de casos de los que se ha ocupado. A mí me emociona investigar a un asesino en serie, pero usted a lo mejor ya está acostumbrado.

—«Acostumbrado» es mucho decir —responde Besana—, uno nunca se acostumbra a los asesinos en serie. Además, por suerte no abundan tanto. Eso sí, admito que son casos más absorbentes que otros. Ahora que lo pienso, la primera vez que me pusieron en portada fue, precisamente, por un asesino en serie. Y me temo que terminaré mi carrera con otro asesino en serie. Un círculo que se cierra. Me pregunto si sentiré nostalgia de la sangre cuando me jubile.

—¿Nostalgia de la sangre?

—Bueno, en el fondo te pasas la vida pendiente de ella. Primero aprendes a mirarla con los ojos cerrados, luego la policía científica se moderniza y llega el luminol, y tú estás con ellos, así que aprendes a verla en la oscuridad. Ya no es esa cosa roja que conocías, sino una quimioluminiscencia azulina. De golpe cambia tu perspectiva. Antes procurabas averiguar de dónde llegaba y adónde te llevaba, luego se descubre el ADN y comprendes que el camino a seguir

está dentro. Yo he cambiado infinidad de veces mi relación con la sangre. De alguna forma es como un matrimonio: hay muchas etapas. Por eso me pregunto si la echaré de menos.

—Me gusta ese concepto. La nostalgia de la sangre. Creo que lo entiendo.
—Ilaria se abstrae unos segundos, luego pregunta—: ¿Quién era ese asesino en serie?

—Giancarlo Giudice. Lo detuvieron unos guardias de tráfico durante un control rutinario, en Santhià, si no recuerdo mal. Pararon un coche y vieron que el asiento delantero estaba lleno de sangre. Detrás había dos pistolas y una toalla empapada de sangre.

Ilaria escucha extasiada. Siempre soñó con este trabajo, pero nunca había hablado con nadie que ejerciera la profesión. Tampoco en las prácticas; no, allí no le contaban nada, en el periódico todo el mundo estaba demasiado ocupado.

—Sobran motivos para ordenar una detención inmediata. Giudice, delante del magistrado, confiesa tranquilamente que había matado a una prostituta sin ningún motivo y señala incluso el lugar donde ha escondido el cadáver. La casa de Giudice es registrada de inmediato: está llena de revistas pornográficas, de fotografías de mujeres desnudas y de armas de todo tipo. Él era el autor de los crímenes que durante años habían conmocionado el Piamonte: nueve prostitutas asesinadas entre 1983 y 1986.

—¿Cómo? —pregunta Ilaria.

—Estranguladas, una degollada y dos de un tiro en la nuca —responde Besana.

—Un *modus operandi* incoherente. Raro, ¿no?

—Dijo que no sabía por qué había matado a esas mujeres, que él mismo no podía comprender lo que le ocurría en el instante en que decidía matarlas. Lo

único que sabía era que se trataba de una pulsión irresistible. Según parece, no era el *modus* lo que le interesaba.

—¿Culpa de algún trauma?

—Los magistrados y los psicólogos indagaron en la infancia de Giudice, por supuesto. La madre muere cuando él tiene apenas trece años. El padre era un hombre débil y casi siempre ausente. En cuanto enviuda, se vuelve alcohólico y poco después se casa con una calabresa a la que conoce por correspondencia. Giancarlo odia a la madrastra, lo único que quiere es matarla, y cuando tiene quince años intenta violarla. Por supuesto, ese episodio tiene consecuencias: el padre se marcha a Calabria con su nueva mujer y lo abandona. Giudice, ahora solo, bebe mucho, fuma hachís, toma ácidos y cocaína, de todo, en una palabra, y no es capaz de tener relaciones normales con mujeres, tampoco con putas. Hasta que, en 1983, mata a una.

—¿Llegó a conocerlo?

—No. Pero hablé con los psiquiatras que lo trataron. Lo describían como un hombre común, del montón. Alguien que relataba con detalle la agonía de sus víctimas. Y que en la cárcel se enorgullecía de su crueldad. «Si no me hubiesen arrestado, a saber a cuántas más habría matado», decía.

—Como Verzeni —apuntó Ilaria—. Él también le decía a Lombroso que era preferible que lo dejaran en prisión, porque si no seguiría matando.

—Puede que sea un deseo propio de todos —dice Besana—. De todos los asesinos, quiero decir. En el fondo, desean que los detengan.

—¿Qué fue de Giudice? —pregunta Ilaria.

—El tribunal de Turín lo condenó a cadena perpetua. Presentó recurso y se le redujo la condena a treinta años de reclusión y tres más en un hospital psiquiátrico. Así que ya está libre, y no se sabe dónde.

—Brrr. —Ilaria hunde el cuello entre los hombros.

—Lo arrestaron por culpa de una exterrorista que ejercía de prostituta. Una

historia increíble. Era verano, y ella buscaba clientes en la carretera, a mitad de camino entre Asti y Alessandria. Recuerdo un detalle curioso: esperaba a los clientes bajo un cartel publicitario en el que se leía «Aquí está el Barbera». Era una mujer hoguera, así se decía entonces, es decir, una prostituta barata. Pero su historia era diferente a la de muchas otras. Diez años antes la habían arrestado en esa misma carretera porque la pillaron en un control policial. Iba con una amiga en un Fiat 500 y llevaba unos veinte millones de liras. Era el botín de un atraco que había cometido pocas horas antes el hermanastro de la otra. La condenaron a cinco años por terrorismo, pese a que la banda de la que formaba parte la integraban sobre todo delincuentes de los alrededores. En la cárcel se proclamaba «combatiente revolucionaria», pero no era más que una pobre infeliz. En fin, cuando quedó en libertad, volvió a su vida de antes: prostitución, alcoholismo, drogas. Así es como conoce a Giudice, que le ofrece cincuenta mil liras por dejarse fotografiar desnuda y esposada, y ella lo manda a paseo. Se condenó a muerte con esa negativa.

13 de diciembre

Hacía mucho que Besana no vivía un momento de gloria. Su artículo aparece en todos los periódicos *online* y lo citan continuamente en televisión.

—Bueno, a los demás les ha faltado fantasía. —Es la explicación que da, irónico, como siempre.

Aunque no tiene un céntimo y su mujer despotrica contra él porque nunca es puntual con el pago de la pensión, invita a toda la redacción de sucesos a comer. Menú en oferta (risotto a la milanesa o filete + una bebida + un café), pero da igual, suena fantástico, sobre todo en tiempos de precariedad laboral.

—Vino de la casa para todos —pide.

Enseguida, una colega se las da de puritana.

—Yo no bebo en la comida.

Besana se vuelve hacia ella, directo y cruel:

—Cariño, tú de desfiles puedes ocuparte incluso sobria, no cambiaría nada.

Carcajada colectiva. A veces, cuando no toca los huevos demasiado, a Besana hasta lo aprecian. Nadie sabe cuánto es de su propia cosecha, pero todos saben que dice la verdad. El jefe de sección —un muchacho de treinta años, descontento con su puesto porque quería estar en política y su promoción a sucesos ha sido para él casi como un despido— propone un brindis.

—¡Por Marco! ¡Su artículo ha tenido doscientos veinte mil «Me gusta» en la red! Sabemos que cada vez vendemos menos periódicos en papel, pero tenemos que celebrar esos jodidos «Me gusta», condenadamente gratuitos,

pero qué se le va a hacer. En el fondo, el futuro de nuestro oficio está ahí. ¡Vivan los «Me gusta»!

Besana está a punto de cambiar de idea sobre él. Después de todo, es un buen chico.

—Me parece que vamos a brindar solo tú y yo —le dice a Roberto, casi con afecto—, todos los demás han pedido una Coca Zero. Pero así debe ser: estas páginas son tuyas. Podrías haberme dicho que publicar la historia de un asesino en serie del siglo diecinueve era una auténtica gilipollez, pero en vez de eso confiaste en mí.

Roberto sonrío.

—No he podido cerrar la edición hasta medianoche, cabrón. Por un artículo estupendo, eso sí, reproducido por todo el mundo —reconoce.

Besana ya no está acostumbrado a los cumplidos. A lo mejor deberían jubilarlo, aunque solo sea para que cuadren las cuentas de la empresa, pero él es un histórico de la crónica de sucesos que rinde, cuando el alcohol lo deja rendir. Aunque desde hace años —desde que el periodismo cambió o, en términos más generales, cambió la economía del país— nadie le dice «que te den» cuando manda un artículo. Ni siquiera se entera de si su artículo llega al periódico. No hay ni un correo que lo confirme.

—El mérito no es solo mío —dice Besana—. El caso habla por sí solo. Yo únicamente lo he intuido. Además, la exclusiva es de Piatti.

—¿De la Plasta?

Un coro de carcajadas. Mientras los demás se burlan de ella por su manera de vestir y por cómo habla —alguno incluso la imita: «Ay, perdón, perdón»—, Besana se da cuenta de que ha invitado a comer a toda la redacción menos a ella. Tendría que haberla llamado.

Una vez que paga la cuenta, decide quedar con ella. ¿Qué puede llevarle? ¿Una botella de vino? ¿Unas flores? No, podría hacerse una idea equivocada.

Eso no. Ve un escaparate con muchos móviles. ¡Eso! Lo que la chica necesita es una tableta. Mira las ofertas y las marcas baratas. Ya, sigue debiendo la mitad del curso de baloncesto de su hijo y Marina lo está persiguiendo por ese motivo, pero qué más da. Ya pagará a su mujer el mes que viene, no pasa nada.

Sale de la tienda con un paquete envuelto para regalo. Ahora solo tiene que llamarla.

—¿Plasta? ¿Su tía está orgullosa de usted?

Oye una carcajada al otro lado de la línea.

—Lo echaba de menos, Besana —responde Ilaria.

—Pues venga a hacerme compañía en el aperitivo, no me gusta tomarlo solo. ¿Sabe viajar en metro?

Como tiene el día de tirar la casa por la ventana, la invita a la terraza de un bar muy moderno, con setas calefactoras de gas. Mientras la espera, sentado a una mesa, le da al camarero el paquete y le pide que se lo entregue después a la señorita, cuando les lleve los Spritz.

Piatti llega con la lengua fuera, como siempre.

—La línea verde... era tan fácil. Pero me he confundido y he cogido la amarilla.

—Si no lo hubiese hecho, me habría preocupado —le dice Besana—. ¿Le apetece un Spritz?

—Nunca lo he probado.

—Hay que enseñárselo todo. —Y sonrío, burlón.

Cuando el camarero deja en la mesa el paquete, junto con las copas y unas almendras, Ilaria pone los ojos como platos.

—Es para usted —dice Besana—. Lo dan de regalo si se piden dos Spritz.

Ilaria, emocionada, desenvuelve el paquete enseguida. Luego lo abraza.

—Qué loco eres. Gracias.

—Plasta, no se pase. Aún no le he dado permiso para que me tutee.

13 de diciembre

Una vez que Besana paga la cuenta, Ilaria le entrega una hoja enrollada como un pergamino, atada con una cinta roja de raso.

—¿Me está dando un papiro falso? ¿Lo ha comprado en una tienda de souvenirs de El Cairo o lo ha robado de la escenografía de *Indiana Jones*?

Ella suelta una carcajada.

—Tiene que ver con la próxima víctima, podría servirle.

—Buena jugada, Piatti. La fiscal suplente es famosa por hacer caso a los médiums, tenemos posibilidades. A mí no me recibe, pero atendió a un exmarine estadounidense que, no se sabe por qué, acabó viviendo en Bérghamo. Decía que sabía quién iba a ser la próxima víctima. Una chiquilla rubia que juega al tenis. Dio incluso una descripción exacta del asesino: un tipo con un largo abrigo militar.

Ilaria ríe de nuevo.

—No tiene ninguna gracia. Hoy mismo voy a escribir sobre eso. Para que esa pija aprenda que nunca hay que ser descortés con los periodistas. Después se vengan.

Besana vuelve un poco achispado al estudio amueblado que ha alquilado después de separarse de su mujer. Un auténtico asco. Abre la nevera, pero dentro solo hay un limón con la cáscara arrugada, un trozo de parmesano liso como el mármol y unos brócolis que han agachado la cabeza rizada, agotados de sobrevivir. Perfectas, frescas y felices solo se conservan las latas de

cerveza. Quizá podría pedir una pizza, pero no le apetece. En el fondo, se ha hartado de canapés. Y, además, comer le pone triste.

Abre, pues, una lata de cerveza y se echa en el sofá, que protesta con chillidos de hierros oxidados. Quita la cinta roja del rollo de papel, lo desenrolla y empieza a leer las notas de Piatti. Cuando ha terminado, enrolla de nuevo la hoja. Tiene que llamarla enseguida, no aguanta más.

—¿Plasta? ¿Ya está durmiendo?

—Son las diez, ¿por quién me ha tomado? A lo mejor no lo parece, pero tengo veintiséis años.

—Entonces, ¿ha salido con amigos?

—Que no, estoy en casa.

—¿Cree que nuestro asesino agredió a otras mujeres antes o después? ¿Mujeres que luego sobrevivieron, como en el caso de Verzeni?

Silencio. Ilaria está emocionada por el posesivo «nuestro», ella también se siente un poco poseída por esta historia.

—No, creo que no. Verzeni vivió en el siglo diecinueve, entonces todo estaba muy oscuro y no había cámaras por todas partes. De hecho, en el juicio lo negó todo hasta el final. Incluso algunas de las agredidas no estaban seguras de que hubiese sido él. En cambio, nuestro asesino es organizado y racional, sabe perfectamente que hay cosas que hoy no se puede permitir. Una superviviente puede testificar y entonces sería muy fácil llegar hasta él, bastaría con revisar las cámaras de vigilancia y los receptores telefónicos.

Silencio. Esta vez, el que se queda pensativo es Besana.

—Es indudable que se le da bien la crónica de sucesos, Plasta. Sé que el talento ya apenas se tiene en cuenta, pero quería decírselo.

—Gracias, Besana. Pero ¿de verdad que tiene que seguir llamándome así?

—Me he encariñado con el apodo. De vez en cuando, los periodistas también nos encariñamos.

27 de agosto de 1871

Es la hora de comer. Un joven médico de pueblo, Davide Garzaroli, está visitando a una mujer que acaba de dar a luz cuando oye que alguien lo llama desde el patio. Davide se seca la frente con el dorso de la mano y se asoma a la ventana. Abajo hay un chiquillo nervioso, Giovannino Lanzi, tiene la camisa empapada de sudor, pegada a la espalda. Agita los brazos y dice que hay que darse prisa porque ha vuelto a matar. Necesitan que un médico vea el cadáver. Davide baja las escaleras a toda prisa. Los policías, cuando el crimen de Giovanna Motta, se lo habían advertido. Si ocurría de nuevo, dijeron, necesitaremos un médico en el lugar. Davide no está acostumbrado a hacer peritajes, menos aún a examinar cuerpos de gente asesinada, pero en Bottanuco no hay muchos médicos. Para ser exactos, no hay más médico que él. Así que corre todo lo que puede. Da alcance al chiquillo que lo ha llamado y sigue corriendo a su lado. Tiene treinta años, es fuerte y está entrenado, pero con el calor empieza a jadear. También a Giovannino, que tendrá unos trece años, le cuesta respirar. «Dónde está», pregunta. El chiquillo estira un brazo y señala un campo. «Allá, en la finca Zannino», dice. Davide abre los ojos de par en par: «¿Hacia Campazzo? ¿En la finca de Antonio Frigni?». El chiquillo, sin dejar de correr, asiente con la cabeza. «Es su mujer», dice, descomponiendo la frase con suspiros. Davide se frena, tiene que parar un momento: «¿Elisabetta?». El otro asiente, disgustado.

Davide se muerde los labios, no sabe cómo contener la pesadumbre. Todos en el pueblo apreciaban a Elisabetta Pagnoncelli. Es imposible. Una mujer

siempre dispuesta a ayudar a los demás. Una vez se cruzó con ella cuando llevaba unos quesos a los Bellini, una familia muy pobre con un montón de hijos, todos escuálidos. Elisabetta era capaz de pasarse una noche entera sujetando la mano de una anciana enferma. Cuando lo normal es que la gente acuda cuando se vela al muerto, para dejarse ver. Y además era una mujer muy guapa, de aspecto joven pese a sus veintiocho años, con un cuerpo sensual, como si no hubiese tenido cinco hijos. Pobres hijos. Y pobre Antonio Frigni.

Cuando reanuda la carrera, siempre con el chiquillo a su lado, Davide trata de despejar su cabeza. Necesita concebir la idea del crimen. Es algo que le cuesta una barbaridad. Él cura a la gente, lucha a diario contra la muerte. En cambio, hay quien la busca. Quien la provoca. ¿Cómo es posible eso? Se vuelve hacia Giovannino: «¿Ha sido él?». Basta un pronombre. El chiquillo contrae el rostro. «Frigni cree que sí», responde. El sudor le chorrea por una sien y le cae al hombro: «Doctor, ya verá». Y, entornando levemente los ojos, le da a entender que el espectáculo es horrendo. Siguen corriendo, a través del aire que tiembla por el calor. Se abren camino entre los tallos de maíz que desplazan con amplios movimientos de los brazos, como si nadaran en el campo. «Cortemos por aquí», dice el chico. «¿Han encontrado alfileres?» Davide quiere saberlo todo. Giovannino asiente de nuevo: «En la espalda, señor. Se los ha clavado en la espalda, Dios lo perdone».

En cuanto Antonio Frigni lo ve llegar, va a su encuentro. «Por aquí, doctor, venga por aquí», grita. Davide se detiene ante el cuerpo y cierra los ojos. Ninguna enfermedad llega tan lejos. Ni siquiera la viruela.

Frigni está haciendo un esfuerzo ímprobo para no llorar. Entonces Davide respira hondo y extrae del bolsillo su libreta y un lápiz: «Equimosis en la región del cuello», escribe. Luego se inclina sobre el cadáver y mide el cardenal con el lápiz. Es lo único que tiene. Cabe un lápiz y medio en esa marca violeta que cruza en diagonal el cuello. «Veintiséis centímetros,

aproximadamente», anota. «Y uno de ancho», añade, comparando el grosor con su falange.

Con un gesto, Frigni le pide al chiquillo que le enseñe la cuerda. Giovannino lo lleva hacia un foso. Está allí, tirada en la pendiente. Quizá el asesino quería hacerla desaparecer en el fango del riachuelo, pero nunca llegó al agua. Así, tiró de ella y a eso se debe la marca violeta sobre las costillas. Davide la observa y anota: «Desgarro y depresión de la dermis como consecuencia del estrechamiento de una cuerda hallada en el mismo lugar, que debe de habérsela puesto por detrás en forma de lazo, causando otra equimosis hallada debajo de la mama derecha, y que ella en vano habría intentado aflojar, como indican los arañazos en ambos lados del cuello».

Regresa mirando el suelo al lado del marido, le pone una mano en el hombro, le pregunta cómo se encuentra. El otro mueve la cabeza, no quiere hablar de sí mismo. «Dígame cómo ha muerto, doctor. Por favor», responde. Davide aspira con fuerza antes de hablar. «Estrangulada», dice. Nota entonces que algo blando le toca un tobillo. Agacha la cabeza y ve un polluelo. Solo ahora repara en el cesto volcado. Eso era lo que estaba haciendo. Le llevaba unos polluelos a alguien. Junto con el pío pío, oye un suspiro. Es un suspiro de alivio, que sigue a su declaración. Mira a la víctima, luego al polluelo, luego al marido, y comprende. Antonio Frigni está aliviado porque no le ha arrancado las entrañas cuando aún estaba viva. Vuelve cumplidamente a su cuaderno. «El ahogamiento fue la causa única de su muerte», escribe.

Llega ahora lo peor, tiene que encontrar las palabras para describir aquella carnicería. Los crueles cortes en el brazo derecho, en la región lumbar, en la nuca. La extirpación de la pantorrilla. Y, sobre todo, ese vientre abierto, del que manan como de una funesta cornucopia los intestinos. Ni un trofeo de caza puede quedar en ese estado.

Con suma delicadeza, le pide a Frigni que se aparte un momento, y que se

lleve a Giovannino, pues tiene que quedarse a solas con el cadáver. Ha de observarlo sin pudor, más allá de toda posible intimidad, hasta donde ni la muerte llega. Hasta donde llegan solo los locos y los asesinos. «Después de muerta, abusó del cuerpo de la infeliz», escribe.

14 de diciembre

Es un día vacío. Ilaria llama así a los días de luz opaca, cuando el cielo está casi blanco. Y ese día es todavía más vacío porque no tiene que ir al periódico, como ha hecho durante seis meses, y porque Besana no la ha llamado. A saber si ha ido a Bérgamo sin ella o si simplemente no ha ido a ninguna parte porque no hay novedades ni nada sobre lo que escribir. Confía en que siga contando con ella, en que nunca la deje en casa. No sabe a quién dirigir sus ruegos. ¿Habrá un dios de los periodistas? Como la Caja Autónoma de Ayuda a los Periodistas Italianos, su seguro médico. Como la Federación Nacional de Prensa Italiana, su sindicato. Como su organismo de previsión, un dios que les pertenece en exclusiva, con privilegios especiales. Podría llamarse perfectamente Federación Suprema de Periodistas Italianos, FSPI.

Coge su tableta nueva y fotografía su primer artículo. Quiere enviárselo a su tía. Hoy, que tiene tiempo, podría escribirle un correo electrónico. Teme que ella no apruebe el camino que ha elegido, sabe muy bien lo que piensa. Pero debe intentarlo.

Querida tía:

Te ruego que empieces a leer el artículo por el final. Por la firma de tu sobrina. El tipo que firma conmigo solo es el mejor periodista de sucesos que hay, pero le he permitido que añada su nombre porque soy una persona amable. ¿Te das cuenta? Lo he conseguido. Que solo he conseguido un poquito, pues sí. Vale, no es más que el principio.

Pero tampoco es un articulillo en un periodicucho de provincia. He empezado a lo grande, tía. Sé

perfectamente que no lo apruebas. De hecho, me estoy poniendo nerviosa mientras escribo. Pero me gustaría que lo entendieras. Paro un segundo. Perdona, pero necesito ponerme de pie y recorrer los cuarenta metros de mi apartamento. Verás, el otro día Marco Besana me hablaba de la «nostalgia de la sangre». Se jubilará pronto y cree que va a echar de menos la sangre. Por supuesto, no le he dicho nada, pero lo comprendía, y comprendí algo más sobre mí. No puedo forzarte, pero me encantaría que lo entendieras. Ya has hecho un montón por mí, así que puedes perfectamente no seguir apoyándome. Hay quien siente nostalgia de la sangre y quien no quiere oír la nombrar nunca más. Créeme, respeto todas las reacciones. Pero estaría realmente encantada de que fueras capaz de leer mi artículo. Podrías hacerlo solo para descubrir lo bien que escribo ;) Dale muchos besos de mi parte a mi prima. Sé que ella solo lee cómics, pero dile que con el tiempo aprenderé también a dibujar. No descarto que para sobrevivir en el mundo que he elegido deba hacer de todo. Cantaré las entrevistas. Bailaré las noticias. Dibujaré las investigaciones. Te garantizo que encontraré los medios. Solo la sangre ya es mía. No quiero que sea mi condena. Quiero que se convierta en mi fuerza. Un beso.

Tu sobrina preferida (porque además soy la única que tienes)

Ilaria mira la pantalla, respira hondo y pulsa «Enviar». Ahora se siente un poco más libre. Luego cae rendida en la cama. No es verdad que su historia no sea una condena. Y este pensamiento la cansa mucho. Pero es muy cierto que toda condena puede transformarse en una fuerza. En cualquier caso, le conviene creer eso.

15 de diciembre

Besana está muy irritado. Otro mensaje, ¡no! La loca de Lizzy lo sigue atormentando. Ahora quiere que la presente al director de un semanario. Lo que en realidad hace es chantajearlo. Adopta la pose de pobre-becaria-acosada e intenta sacar el mayor provecho posible. Ya ha destrozado su matrimonio, ¿qué más quiere de él? ¿Cómo pudo fiarse de esa cabrona, que al mes de estar saliendo con él fingió que estaba embarazada y apenas dos meses después llamó a su mujer?

Por eso sigue tratando de usted a Ilaria, aunque ella es de otra clase. Distancia. No quiere ganarse la reputación de acosador de becarias. Lizzy ya va contando por ahí cosas atroces acerca de él. No deben circular rumores absurdos sobre su relación con Piatti.

Mientras está pensando en qué responderle a Lizzy (más bien, si debe o no responderle), lo llama por teléfono el jefe de sección.

—Hola, Marco, ¿tienes un minuto?

—Todos los minutos que quieras, me estaba rascando los huevos para entrenarme para la jubilación.

—Y dale con eso. Venga, todavía no se sabe nada. No son más que rumores de pasillo.

—Pues sí que se sabe. Cannistrà no ve la hora de librarse de mí. Pero no perdamos tiempo con estas cosas. Dime.

—Hemos pensado que podrías ir a hablar con la familia para la que trabajaba la víctima.

—De acuerdo —responde Besana—. Me llevo a Piatti.

—Marco, no merece la pena que hagas tanto por ella. El director está bajo presión porque el gerente quiere recortar. Recortar y recortar. Nada de contratar gente nueva.

—Lo sé, pero ella es buena. Mientras tanto, puede darse a conocer como *free lance* —insiste Besana.

—Bueno, si tú lo dices... A mí me parecía una negada.

La negada era la otra, pese a lo cual tenía que recomendarla en todas partes para que lo dejara en paz. Qué imbécil, qué imbécil había sido. Ya no aguantaba más. Este mundo tiene que ser más justo, tiene que reconocer los méritos. Ilaria le brinda la oportunidad de redimirse.

En cuanto cuelga, llama a Ilaria.

—¿Plasta? ¿Le apetece venirse a Bérgamo? Paso a recogerla dentro de un cuarto de hora. Evite las bailarinas porque la previsión es que por la tarde va a nevar.

—¿Entonces, la Federación Suprema de Periodistas Italianos existe!

—¿Cómo?

—No, nada. Temía que mi colaboración ya hubiese terminado —dice con un gritito—. Corro a vestirme, yupi.

Ilaria lo espera en la acera, delante del portal. Lleva una espantosa gorra de lana, con visera y orejeras. Y una chaqueta que hace que parezca un perro con el pelo enjabonado.

—Oiga, Piatti, cuando sale con su novio, ¿se presenta así?

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Nada, nada —rezonga Besana.

—Además, no tengo novio. Conocí a un chico muy simpático en la Escuela de Periodismo. Como estudiábamos siempre juntos, creí que podía surgir algo. Hasta que un día me confesó que era gay. Luego comprendí que era una excusa

porque empezó a salir con una danesa de un metro ochenta. Puede que en realidad yo no fuera su tipo. ¿Cuál es el plan?

—Vamos a ver a la familia Lecchi —responde Besana.

—Estupendo. Entretanto, yo he trabajado un poco con la maravillosa tableta que me regalaron con el Spritz —dice ella alegremente.

—¿Y ha descubierto algo?

—Sí. Por ejemplo, que la región de Bérgamo no es un lugar tan tranquilo como parece.

—Giorgio dice lo mismo. Lo que pasa allí no suele salir en las páginas de nacional, por eso sabemos poco. Pero tiene razón, podría ser útil. A lo mejor encontramos una relación con este crimen que a los demás se les ha escapado. Veamos.

—Un constructor de ochenta y un años mata de un disparo a su esposa y a continuación se suicida con la misma arma. Ella había tenido un ictus quince años antes y estaba en silla de ruedas.

—Diría que no puede ser nuestro hombre.

—Pues no. Pero me siento en el deber de no descartar nada de antemano, nunca se sabe.

—¿Plasta? Continúe, venga.

—Un domingo de marzo, por la mañana, los obreros que están trabajando en la canalización del río Adda en Concesa di Trezzo hallan un cadáver. Es un electricista de cuarenta años que había salido de su casa tres meses antes. ¿Accidente, suicidio, crimen? Los bomberos extraen de entre los hierros el cadáver, que se encuentra en avanzado estado de descomposición. Se hace la autopsia en el Instituto Anatómico Forense de Pavía y dicen que la muerte fue por causas naturales. Pero a mí no me convence.

—Puede que fuera un suicidio. La crisis causa más víctimas que los

asesinatos en serie. Sea como fuere, yo me atendería a las declaraciones del médico forense, de nada vale afinar tanto.

—Sí, por supuesto. Pero además he descubierto otra cosa —continúa Piatti.

—¿A saber?

—Verá, me he preguntado si es la primera vez que nuestro Sujeto Desconocido mata. Me parece demasiado organizado para que este sea su primer homicidio.

—Buena observación. ¿Y?

—He buscado entre los crímenes sin resolver de la zona —responde Ilaria.

—Muy bien, veo que le ha cogido gusto a la tableta. ¿Y qué ha encontrado?

—A un posible asesino en serie entre 1997 y 1998, nunca detenido.

—Prosiga.

—En la región de Bérgamo, durante muchos años no se habló de otra cosa que del «cuadrilátero de la muerte». Es un territorio que recorre el río Adda, entre Masate e Inzago, Filago y Suisio, para entendernos. Son lugares en los que abundan bosques, poco iluminados de noche, ideales para ciertos crímenes.

—Plasta, vaya al grano, por favor. Prescinda de la atmósfera. Solo nos falta la banda sonora.

—Bien, de acuerdo. Lo único que quería decir es que, en esa zona, en el curso de un año, fueron asesinadas cuatro prostitutas y al menos otras nueve fueron agredidas, tanto es así que cundió la psicosis del asesino en serie.

—Quién, cómo y cuándo. Concrete.

—La primera víctima fue en noviembre de 1997, en la carretera de Masate —responde Piatti, leyendo una página que ha rescatado—. Una prostituta de cuarenta años, asesinada con una barra de hierro. Se pasa luego a enero de 1998, una nigeriana. La violan, le atan las manos y los pies, y luego la cuelgan en un caserío abandonado. Unos meses después, investigan por este homicidio

a un marroquí, que ya había sido arrestado bajo la acusación de haber agredido a cinco prostitutas. Una de ellas contó a la policía que la habían golpeado y violado en el mismo caserío donde después se encontró el cuerpo de la nigeriana. Sin embargo, más tarde, en octubre de 1998, hallándose el marroquí en la cárcel, es agredida otra mujer en Inzago, a quinientos metros de donde se había cometido el primer crimen. Ella también tiene cuarenta años y también es italiana. Además, es amiga de la primera víctima. Fue asesinada de la misma forma, con un golpe en la cabeza. Murió después de pasar unos días en coma.

—Interesante.

—La serie no acaba ahí: dos semanas después, en Suisio es asesinada otra mujer de cuarenta años. Todos la relacionan con las anteriores. Hay elementos comunes en estos crímenes, es indiscutible, pero también diferencias: solamente una tuvo una relación sexual con el asesino, por ejemplo. Las otras, no. Se hablaba de un hombre con un Mercedes negro. Pero nunca se le ha detenido.

—Bueno, ese podría ser nuestro hombre —comenta Besana—. Seguiremos investigando en los próximos días.

—Lo he hecho bien, ¿verdad?

—Sí, Piatti, muy bien. —Suspiró, con los ojos hacia el cielo—. Pero este no es un mundo en el que se hagan muchos cumplidos. Deje de buscar parabienes y aprenda a trabajar sin más.

15 de diciembre

Están delante de una verja muy grande, un seto alto tapa el jardín y los dos chalets. Uno es el del notario Lecchi, donde vivió también Aneta Albu. En el otro vive su hija, Giulia Maria Lecchi, con su marido, Franco Vimercati.

La cita es a las cinco, han llegado antes. Besana le propone a Piatti dar un paseo. Ha recopilado algunos datos hablando con periodistas locales. Los Lecchi son conocidos en Bérghamo.

—El notario tiene noventa y cuatro años. Por supuesto, ya no trabaja —le explica a Ilaria—. Está en silla de ruedas desde que tuvo un ictus. Pero el despacho sigue activo, así que son millonarios. La hija es anticuaria, tiene una tienda en la parte alta de Bérghamo. Y su marido trabaja con ella, pero solo para guardar las apariencias. Él no sabe nada de muebles ni de cuadros. Se pasa el día jugando al golf en un club que hay aquí cerca. En el pueblo dicen que solo sabe gastar.

—¿Lo mantiene ella? —pregunta Ilaria.

—*Yes*. Se conocieron en un complejo turístico en México, en 1995, él era animador. Ella tenía cuarenta años y él treinta. Al final de las vacaciones, se lo trajo a casa. Y el muchacho se instaló.

—¿Hijos?

—No —responde Besana.

—¿Y los interrogatorios?

—De momento se les ha tomado declaración porque conocían a la víctima. De las diligencias se desprende que Vimercati tiene una coartada. Tomó un

aperitivo con un amigo, que lo confirma. Incluso tenía el recibo del bar. Aun así, hay algo que no encaja.

—¿A saber?

—El repetidor al que se conectó su móvil coincide con el que, a esa misma hora, se conectó el móvil de Albu, antes de que el asesino le quitase la batería. Era su día libre, por lo que Aneta trabajó en una pizzería hasta las cinco, luego se fue a dar un paseo. Pero es raro, ¿verdad? ¿Que estuvieran en el mismo lugar?

—¿Y el amigo encubriría un homicidio? ¿Qué relación hay entre esos dos?

—El amigo es napolitano. Tiene una pizzería. Se llama Luca o Angelo Picariello, no lo recuerdo. Lo que sí sé es que es otro gilipollas, cargado de deudas. Probablemente Vimercati le presta dinero y de esa manera lo tiene en un puño.

Piatti está perpleja.

—¿Usted encubriría a alguien que le ha quitado las entrañas a una chica, que la ha mordido y que le ha arrancado los genitales?

—Se olvida del trozo de pantorrilla —dice Besana.

—Ya, también eso. Quiero decir, ¿lo haría? ¿Ese amigo no podría simplemente encubrir otra cosa? ¿Algo más normal?

—¿Como un polvo? —propone Besana.

—Exacto. Sería un intercambio mucho más razonable, ¿no? Un favor a quien te ha hecho uno a ti. —Ilaria está razonando—. Alguien te presta, qué sé yo, veinte mil euros, y tú le echas un cable. Claro. Después de todo, si la mujer descubre los cuernos no habrá dinero para nadie. El pacto se sella con palmaditas en el hombro, entre tipos astutos. Una tía buena, pues vale. Hasta ahí, puedo aceptarlo. Pero hacerse cómplice de un homicidio de esa clase ya es otra cosa.

—A menos que lo cometieran juntos. Recordemos que han encontrado dos

restos de ADN distintos —dice Besana.

—A lo mejor tendríamos que hablar también con Picariello, para tantearlo.

—Plasta, la veo lanzadísima. —Besana le sonrío.

—Bueno, no pienso en otra cosa —confiesa Ilaria.

—A mí me está pasando lo mismo.

Luego se acercan a la verja. Del frío que hace, casi duele la piel. Completamente cubierto de nieve, a oscuras, el pueblo parece deshabitado.

—Piatti, aquí la gente es muy cerrada —dice Besana—. No debemos asustarlos. Nosotros no somos la policía judicial, procure recordarlo. Somos periodistas de sucesos, personas que gustamos poco. A esta familia la acosan todo el día, de modo que están a la defensiva. Por cualquier cosa pueden echarnos a patadas. Trate de ser muy amable y déjeme hablar a mí, que tengo experiencia. Haré preguntas solo sobre la víctima, por ejemplo. Usted puede ayudarme haciéndole cumplidos a la dueña de la casa, qué sé yo, por la decoración. Debemos conseguir que se sientan cómodos. Ser amables, ¿queda claro? Debemos parecer inofensivos.

—De acuerdo —responde Ilaria.

15 de diciembre

Una criada cingalesa con mandil blanco y azul los hace pasar a un salón. Cortinas de raso, sofás de *cottage* inglés a rayas rojas, muebles estilo Imperio con columnas doradas que no pegan nada con todo lo demás y cuadros de motivos ecuestres que resaltan sobre el papel verde oscuro de la pared. No se ve un solo libro, salvo unas monografías de pintores, obsequios de un banco. En cambio, hay tal cantidad de objetos de plata (marcos, teteras, samovares, escudillas) que aquello parece una orfebrería o un mercadillo. Hay hasta un par de elefantes de cobre enormes delante de la entrada.

—No sé qué inventarme para elogiar su casa —susurra Ilaria.

Besana señala con el mentón un cuadro:

—Aquel es un Stubbs, o una copia. Aférrese a eso.

—Gracias —dice ella.

Giulia aparece poco después. Viste un conjunto de cachemir amarillo y luce al cuello un collar de perlas, la falda le llega un poco por debajo de la rodilla. La nariz, demasiado respingona, seguramente es obra de un cirujano estético de provincias que en los años ochenta se pasó de la raya. La curva tiene forma de cuchara, de tanto ahuecar el cartílago. El cutis está saturado de vitaminas, pero el cuello arrugado delata su edad. Los labios finos están alterados por un brillo voluminizador, discreto, al fin y al cabo. Pero los ojos son auténticos, e inteligentes.

La frialdad de Giulia es muy expresiva. Con el cuerpo dice que ya ha tenido

la inmensísima amabilidad de recibirlos, pero que no quiere que la importunen.

—Por favor. Pónganse cómodos. —Señala el sofá a rayas.

Besana intenta estrecharle la mano, pero ella le ofrece solo la punta de los dedos.

—No la molestaremos mucho —la tranquiliza—. Queríamos saber algo sobre Aneta Albu.

—Qué cosa tan atroz, tan absurda —responde Giulia—. Ayer me llamaron sus padres para saber cuándo pueden celebrar el funeral en Rumanía. Pobre chica.

—¿Trabajaba para ustedes desde hacía mucho?

—Llegó aquí hace tres años. Al principio estuvo en la casa de una amiga mía, pero a los dos meses la contraté yo porque mi padre tuvo un ictus y necesitaba una cuidadora. Tenía buenas referencias.

—¿Puede decirnos algo sobre su carácter?

—No hablaba mucho, y eso me parecía bien. No soporto a las que hablan sin parar.

—¿Tenía novio?

—No, que yo sepa. También me lo preguntó la fiscal suplente, pero yo no me meto en esas cosas. Era muy buena, un poco despistada pero eficiente. Una vez usó un producto equivocado y me estropeó el mármol de la cocina, pero, aparte de ese error, que, eso sí, arreglarlo me costó una barbaridad, no tenía queja de ella.

Ilaria mira a Besana. ¿Y a nosotros eso qué nos importa? Está un poco nerviosa, no sabe cuándo debe intervenir para decir que le gusta el Stubbs o la copia del Stubbs que hay sobre la chimenea. ¿Qué artículo pueden escribir después de semejante charla? ¿Tienen que hablar de los problemas que tuvo la

víctima con la encimera de mármol? Besana está tan nervioso como ella, puede que esté pensando lo mismo.

—Tenía un hijo, ¿verdad?

—Sí, pequeño. Pero no recuerdo su nombre. Nunca ha venido aquí, era ella la que iba a verlo a Rumanía en verano.

—Y el niño ¿con quién está ahora?

—Con los abuelos, como antes. Aneta lo dejó con ellos cuando tenía seis meses.

—¿Su marido está en casa? —pregunta Besana.

Lecchi se yergue, tensa los hombros de golpe. Como si así pudiese intimidar. A lo mejor, con esa postura, trata de recordar a sus interlocutores que es la hija del notario del valle.

—Está en el golf —responde.

—¿En el golf? ¿En diciembre? ¿Con nieve?

Mueve la cabeza, molesta:

—Hay un torneo de canasta.

Pero en ese instante alguien abre la puerta. Franco Vimercati aparece sonriente en el salón. Pantalones pitillo, cárdigan a juego con la camisa, zapatos de ante. Es delgado y tiene la piel bronceada, aparenta veinte años menos que su esposa.

—Los periodistas, ¿no es así? ¿Desean tomar algo?

Naturalmente, Besana acepta enseguida. Vimercati, a la vez que le pide a la criada cingalesa una botella de Valcalepio blanco y explica que procede de una bodega de la zona, muy premiada, se sienta en el brazo del sofá, al lado de su mujer, y le acaricia un hombro. Pese a la postura afectada, de pose para revista, delata lo encantado que está de ser el centro de atención. Se nota que no ve la hora de contar que ha estado con unos periodistas.

—¡Qué tragedia! —dice—. Pobre Aneta. Y pensar que su sueño era ser

azafata de vuelo.

—¿Puede contarnos algo sobre ella? —se entromete Piatti.

—Era muy buena —responde Vimercati—, procuraba contentar a todo el mundo. Mi suegro la apreciaba mucho. Una chica dulce. Deberían hablar con él, pero ahora no quiere hablar con nadie. Está muy afectado.

—Comprendo —responde Besana, adueñándose de nuevo de la batuta de la conversación. Ha visto una serie de copas en una vitrina—. ¿Las ha ganado usted?

—Sí, pero son de torneos locales —responde Vimercati. Aparta la mirada por modestia pero sonrío, espera que hablen también de sus trofeos en el periódico.

Besana se levanta y se acerca a curiosear. En un marco grande de plata hay una foto firmada.

—¿Y este quién es?

—El mítico Tiger Woods. Yo me encontraba en Georgia cuando ganó su primer Masters en 1997. Solo tenía veintiún años y ganó con doscientos setenta puntos y doce golpes de margen sobre el segundo clasificado.

15 de diciembre

Cuando salen de la casa, se encaminan rápidamente hacia el automóvil, pues están ansiosos por intercambiar impresiones.

—¿Ha notado que se tocaba la nariz sin parar? Para mí que se mete.

—Por otra parte, no hemos conseguido un solo dato. Nada más que asquerosas frases hechas —masculla Besana.

—Una de las frases no era hecha —dice Ilaria.

—¿Cuál?

—Vimercati ha dicho: «Procuraba contentar a todo el mundo».

—¿Y?

—¿No le ha parecido una alusión sexual? A mí me ha hecho pensar enseguida en una mujer disponible, que se entrega, para no decepcionar a quien se lo pide.

—Plasta, no me esperaba de usted estas fantasías eróticas —dice Besana.

Por raro que parezca, Ilaria no se abochorna. Al revés, replica con firmeza:

—Pues entonces dígame por qué me equivoco.

—No, no —responde Besana—. Puede que no se equivoque en absoluto. Cuénteme todas sus impresiones, me interesan.

—Ella es una mujer triste porque creía que podía comprarlo todo, incluida su felicidad, y no lo ha conseguido. A él, en cambio, su astucia lo ha privado de los placeres. Ya no tiene que buscarse la vida, lo tiene todo resuelto y ahora se aburre.

—Sí, es cierto. Hay algo triste en ellos. Pero no parecen asesinos.

—Cuando era niña, para averiguar cómo era la gente jugaba a Si fuese.

—Pero se ha hecho usted mayor, ¿no?

—Le aseguro que sigue siendo útil —protesta Ilaria—. Si fuesen una embarcación, él sería una de esas lanchas rápidas que da tumbos en el agua y ella un viejo yate Riva, pero anclado en el embarcadero de un lago, brillante e inútil. Si fuesen un pájaro, él sería un pavo que se eriza cuando está excitado, un pavo que está acomplejado por no ser un pavo real. Ella, en cambio, sería una perdiz, tímida y desconfiada, que tiende a saltar hacia atrás para despistar.

—Gracias, Piatti, lo escribiremos. Será un artículo muy original.

—No se burle de mí.

—Por favor, si es un análisis impecable. —Besana sube al coche—. Le propongo una cosa. ¿Por qué no vamos a comer a la pizzería de Picariello para echar una ojeada?

—¿Y el artículo?

—Ah, qué más da. Ya tenemos un par de líneas sobre las perdices, los pavos y las lanchas motoras. Bromas aparte, solo son tres mil espacios, escribiremos un par de chorradas mientras esperamos unas croquetas.

15 de diciembre

En la mesa de al lado, un hombre y una mujer están hablando del caso. Besana le da una patada a Piatti para que se calle, lo que tienen que hacer es escuchar.

—¿Has visto? Los periódicos han contado la historia de Verzeni. En el pueblo lo pensábamos todos, pero los investigadores no habían establecido ninguna relación —dice la mujer, de pelo canoso y gafas violetas, muy audaces.

—Pues acaban de poner en venta la casa en la que vivía —responde el hombre, sentado enfrente de ella—, pero ¿quién va a comprarla? Yo no viviría allí ni que me pagasen.

—La chica asesinada trabajaba aquí de vez en cuando —dice la mujer mientras corta la pizza—. ¿Te acuerdas de ella?

—¿La rubia?

—Sí. Era simpática, pobrecilla. Una mujer sin suerte, tampoco en el amor.

—¿Y tú qué sabes?

—Estaba liada con ese que siempre está jugando al golf, el marido de Lecchi, ¿sabes quién te digo?

—Claro, lo conoce todo el mundo. Pero son solo chismes, mamá.

—Oye, que los he visto cuando bajaban del coche delante de un motel. —Agarra la mano de su hijo—. ¿Y si ha sido él?

—Ese es un pobre diablo, ni siquiera sabrá quién es Verzeni.

—A lo mejor tendría que decírselo a la policía.

—Seguramente ya lo sabe.

—Me dan escalofríos, puede que la haya visto con su asesino.

—No lo creo, mamá. No me parece un genio, ni lo veo capaz.

Madre e hijo cambian de tema. Empiezan a hablar de la cocina nueva, ella no sabe si comprarla en la tienda de siempre, que está en Ranica, o encargársela a medida al carpintero. Luego de un tío que está ingresado por una obstrucción intestinal, de una prima que se está separando y de los parientes a los que van a invitar para la cena de Navidad.

—No tienes que marcharte, ¿verdad?

—Estaré, descuida —responde el hijo.

—Huy, es tarde. —La madre se levanta—. Va a empezar la venta de beneficencia en la parroquia. ¿Me acompañas?

—No, esta noche estoy cansado. Creo que me voy a casa —responde el hijo, a la vez que se pone la gorra, los guantes y la bufanda.

En cuanto se marchan, Besana le pone a Ilaria una mano en el hombro.

—Pillado —dice—. Ahora la posición de Vimercati se complica.

—Así que era su amante —susurra Ilaria.

—Según parece —responde Besana.

Cuando la camarera lleva las pizzas a la mesa, tratan de arrancarle alguna información también a ella. Al fin y al cabo, Aneta era compañera suya.

—¿Son periodistas? —pregunta la chica.

—Sí —dice Besana.

—Me han dicho que no debo hablar con periodistas —dice ella.

Besana no hace un solo gesto. Se acerca a Ilaria y le dice algo al oído.

—Esperaremos a que nos traiga la cuenta y la sala se quede vacía. Ante una buena propina cambiará de parecer.

Mientras Besana come tranquilamente su pizza, Ilaria, inclinada sobre su tableta, trata de escribir el artículo. Levanta la cabeza, desconsolada.

—No sé qué diablos escribir —dice.

—Invente, Plasta, invente. Repita las tonterías de siempre, nadie va a darse cuenta. Tres mil espacios no es nada.

De vez en cuando Ilaria le da un mordisco a la pizza, que ya está fría, luego se inclina de nuevo para escribir en el teclado que aparece en la pantalla. Cuenta los espacios cada tres líneas, con la esperanza de haber llegado al final. Poco después, le entrega la tableta a Besana, que lee el artículo con una ceja levantada.

—Demasiado retórico, pero es perdonable. Envíelo ahora mismo, no podemos tener a Roberto esperando por una chorrada semejante.

—Gracias —dice ella.

Ilaria se levanta para ir al cuarto de baño, ya no le apetece terminar la pizza. Cuando regresa, está muy nerviosa.

—¡He visto a Picariello! Es un tipo bajo, sucio, se le ve asustado. Está mirando siempre a su mujer, como si le diese miedo que lo regañe —explica—. Ella es una mujer chupada desde la cara hasta al ombligo, luego su cuerpo se ensancha de una manera horrenda. Parecería una sirena si toda esa adiposidad y esa celulitis estuviesen cubiertas de escamas.

—Qué poética está usted esta noche, Piatti.

—Compruébelo usted mismo. Es una mujer tremenda, no hace más que dar órdenes a gritos a todo el mundo. Está histérica, créame. —Ilaria la imita—: «Venga, en la mesa seis están esperando la fritura de pescado desde hace tres horas. ¿Seguís pescando los calamares?».

—¿Puedo confesarle algo, Piatti?

—¿Se trata de algo agradable o, como siempre, de todo lo contrario?

—Agradable.

—Entonces, vale.

—Usted me cae muy bien.

—¿Eso es todo?

—¿Por qué? ¿Qué esperaba?

En cuanto la sala se queda vacía, Besana pide la cuenta y los *amari* de turno.

—Esta vez no quiero —dice Ilaria—, luego paso muy mala noche.

—Me tomo yo el suyo, descuide.

Besana deja en el platillo la tarjeta de crédito y una propina de veinte euros. La camarera da las gracias y mira de un lado a otro, para cerciorarse de que nadie la escucha.

—Pues sí, conocía bien a Aneta. Dios mío. Pero no me pregunten nada, por favor. Puedo quedarme sin empleo. Si quieren, en otro momento hablamos.

Besana le da las gracias con un gesto de la cabeza. Mira el cartelito que la chica tiene en el pecho. Se llama Melissa.

—Gracias, Melissa. Le dejo mi tarjeta de visita. Llámeme.

16 de diciembre

Ilaria lee y relee la respuesta de su tía. Pese a que es casi mediodía, todavía no se ha levantado de la cama. Con lo que le está costando hacerse un lugar en el mundo, esas palabras solo pueden desanimarla. Tiene el portátil apoyado en la barriga, le da un calor agradable que la ayuda a soportar esas frases heladoras.

Ilaria, cariño, no puedo hacerme la tonta. Perdona si insisto: es una elección nefasta. ¿Qué es lo que buscas? No quiero recordarte todos los sacrificios que hemos hecho por ti, lo único que quiero es que comprendas mi desconcierto. Hemos hecho un gran esfuerzo para sacarte de allí y, en cuanto te has hecho mayor, ¿quieres volver? Eso no me lo esperaba. Las pesadillas de los demás no pueden ser una terapia. Es preferible que vayas al psicoanalista.

El tío y Meg también te mandan abrazos. Todos estamos muy preocupados por ti.

Ilaria se levanta, va al baño. De repente siente ganas de cepillarse el pelo, como para desenredárselo un poco. Se mira al espejo. Se mira a los ojos. Son los mismos que tenía de niña. A saber por qué los ojos son lo único del cuerpo de una persona que nunca cambia. Los llevas contigo desde la infancia hasta la vejez, y mientras intentas reinventarte, borrarle y renacer, los ojos se conservan siempre iguales. Son tu pasado y tu futuro, y esa expresión es la única constante con la que puedes contar, lo demás se pierde o se encuentra.

Luego, con el pelo brillante, electrizado, vuelve a la cama. Fija la mirada en la pantalla azul, en el teclado negro sobre la sábana blanca. Lo coloca sobre sus rodillas, como se coloca a un niño. Lo limpia un poco con el borde del camisón, como se limpia un instrumento musical. Es un Mac como tantos otros,

no un Stradivarius, pero su voz sale de ahí. Y apagarlo significa dejar de tocar. Pero a lo mejor ellos tienen razón. Desplaza lentamente la flecha hacia arriba, la sitúa sobre la manzana mordida. Con delicadeza de pianista, eleva cuatro dedos y presiona con el pulgar, la mano oblicua, casi en suspenso. Ha abierto esa ventana. La ventana por donde huir. Acaricia el ratón táctil y parece una última caricia entre enamorados. «Suspend, Reiniciar, Apagar.» Ha apagado.

17 de diciembre

Besana está muy sorprendido de que su mujer quiera verlo. Mientras se afeita, lee y relee ese brevísimo mensaje que puede querer decir todo y nada. Se limita a pedirle que pase un momento por casa porque tiene que decirle algo. ¿Querrá darle una oportunidad? ¿Habrá entendido por fin que no puede vivir sin él? Sonriendo, se cubre de espuma las mejillas.

Se despide con la mano de ese cuarto de baño sombrío, con un ventilador que se enciende al dar la luz y que hace más ruido que un reactor nuclear, un aplique de cristal esmerilado más apropiado para alumbrar un cementerio que un espejo, azulejos de flores amarillo canario. Hasta el goteo de la ducha lo conmueve. Marca un tiempo que está a punto de terminar. Quizá.

Hurga en el armario en busca de una camisa decente, que no oprima demasiado el cuello. Mierda, ha engordado. Ya no cierran los últimos botones. Encuentra una casi nueva, se la prueba. Sí, demasiado ajustada por la barriga, pero puede taparla con un jersey. Abre un cajón. El cárdigan verde, a lo mejor. Se lo regaló precisamente Marina. Lo saca y descubre que tiene una mancha. Maldita sea, ¿por qué siempre se olvida de llevarlo a la tintorería? Saca un suéter azul. Apelmazado. Opta entonces por un jersey de un azul más oscuro, pero resulta que está lleno de pelotillas. Calma.

Con papel higiénico limpia bien los zapatos llenos de barro, despotricando. Luego revisa el abrigo. Coño, le falta un botón. Bueno, para que no se note, se lo dejará abierto, aunque acabe cogiendo frío. Está listo. Se mira en el espejo de la entrada. Parece un hombre solo. Puede que lo sea. Más vale salir, venga.

Marina le ha dejado la puerta abierta, entra y la encuentra sentada en la cocina. Ella ni siquiera se vuelve. Lo espera de perfil. Su bonita nariz griega está orientada hacia el fregadero, no hacia él. El pelo rubio lo tiene sujeto con una pinza, como para no cederle ni un mechón. Tiene un sobre en una mano. Marco observa los dedos. Ya no lleva los anillos que le regaló.

—Hola —dice.

—Ah, no te haré perder tiempo —responde ella—. Solo quiero devolverte unas fotos que me han enviado amablemente.

Ay, coño. Besana querría salir corriendo. Pero Marina no le da tiempo, se levanta, se le acerca y empieza a lanzarle unas fotos, 10 × 15, que lamentablemente guardan relación con su vida.

—¿Sabes cuál me ha hecho más daño? No esa en la que está desnuda, esa no. La que le tomaste en Monterosso, ella lleva la chaqueta que yo te regalé. ¿Fuisteis a la playa? Tú, que no te tomas ni un día de vacaciones... Ni por la luna de miel. ¿Cuántas veces te pedí que fuéramos a Cinque Terre? Nunca podías.

Besana se agacha para recoger la foto que, tras estrellarse contra su pecho, le ha caído sobre un pie.

—Hasta te dejaste fotografiar en calzoncillos, con la barrigota que tienes. No tienes ni pizca de dignidad. —Le arroja el cruel retrato—. Pero puede que la mejor sea esa en la que ella lleva el miniconjunto de encaje violeta. ¿Se lo regalaste tú? ¿Ahora también tienes tiempo de hacer regalos? Yo sigo esperando el de mi cumpleaños, pero el de hace dos años.

17 de diciembre

Marco sale de la casa de su mujer, pasa por delante de un contenedor de basura y tira allí las fotos. Luego entra en un bar y pide una cerveza. Da igual que sean las once de la mañana. Puede que pida diez.

Se acuerda de un colega, uno de los que más apreciaba. Era corresponsal de guerra, genial y valiente. Cuando volvía a Milán no soportaba la normalidad. Siempre estaba borracho. Guardaba un saco de dormir debajo de su mesa para cuando se quedaba dormido en el periódico.

En ese instante le suena el móvil. Es Roberto, el redactor jefe. Confía en que no le pida que vuelva a Bérgamo, hoy no le apetece.

—Hola, Marco, ¿cómo estás?

—Muy bien, muy bien. Nunca he estado mejor —responde Besana.

—¿Has quedado para comer? Querría hablarte de un asunto, pero no por teléfono.

—¿De mi prejubilación?

—¡Anda ya! Se trata de un tema delicado, preferiría que lo habláramos en persona.

Besana no sabe qué pensar, pero acepta.

—De acuerdo. ¿A la una y media en el sitio de siempre?

Cuando llega al restaurante, Roberto ya lo está esperando en la mesa. Levanta un brazo y lo llama. Piden ensalada de achicoria y anchoas, mozzarella de búfala, jamón, focaccia, alcachofas gratinadas con parmesano. Y Besana pide una botella de Pinot Noir.

—Voy a quedarme dormido en la redacción —comenta Roberto.

—Hay quien tenía un saco de dormir debajo de su mesa —dice Besana.

Roberto le parece buena gente, está demasiado pendiente de caer bien a todo el mundo, pero aprenderá a desentenderse de los demás. Por otro lado, en un ambiente así, si no te olvidas de los demás, no sobrevives. Antes o después, él también se dará cuenta.

—¿Y bien? ¿De qué se trata?

—Esa becaria, Annalisa. Lizzy.

Besana cierra un instante los ojos. Vaya mierda de día. Se había desatado contra él una especie de tornado. Con lo inocente que parecía, tan despistada en la redacción. Nunca hay que fiarse de las personas que parecen inocentes.

—¿Quiere denunciarme?

—No puede, no tiene pruebas. Además, es un poco mayorcita para hacerlo. Ya no es menor de edad. Pero ha ido a hablar con el director.

—¿Y por qué la ha recibido? ¿Él también se la ha tirado?

—Quizá. Pero Cannistrà es un hombre de mundo y no ha picado. Te ha defendido, Marco.

—Te creo. Tiene una denuncia por acoso. Supongo que el asunto lo ha sacado de quicio.

—Pues sí —responde Roberto—. En cualquier caso, enseguida comprendió a quién tenía delante. Por otro lado, tampoco era tan difícil.

—¿Lizzy lo ha intentado también contigo?

—Bueno, intuí que os veíais, pero además —baja los ojos— hay mujeres que me dan miedo. Demasiado lujuriosas y demasiado trepas. A ver, básicamente soy fiel a mi mujer, pero a veces le pongo los cuernos. De todos modos, la cosa casi siempre acaba mal porque me enamoro, así que tengo que interrumpir la relación enseguida. Pero nunca con esa clase de mujeres, ni

siquiera dejo que se me acerquen. Pese a sus intentos, a Lizzy siempre la he ignorado.

—Y has hecho bien. —Besana toma un trago de vino—. A mí me ha destrozado la vida.

—Todos hemos comprendido lo que ha pasado. Incluido el director. No hace falta que expliques nada, descuida. Pero es preferible que dejes de firmar tus artículos con Piatti. Es lo que te quería decir. Cannistrà cree que es mejor que te mantengas alejado de todas las becarias. Sabemos que Piatti está lejos de ser una tentación —ríe—, pero hay que proteger al periódico. La otra está diciendo tonterías, va por ahí contando que la única manera de abrirse camino en el periódico es esa.

—Pero eso es absurdo. —Besana se levanta de la mesa, vuelca el plato de ensalada—. Ilaria no tiene por qué pagar por ella. Me niego. Puedes preguntar a cada una de las feministas de la redacción qué opinan de eso. ¿Llega una gilipollas que trata de follarse a todo el mundo para abrirse camino y la becaria que llega después, que tiene auténtico talento, tiene que dejar de colaborar? ¡Eso no es justo! No lo acepto.

—Siento decepcionarte, pero todas las feministas de la redacción están con Annalisa. Ha ido a llorarle también a la subdirectora, que ahora la protege.

—Ay, mierda. —Besana se sienta de nuevo. Le pide disculpas a la camarera por el plato volcado.

—Por eso quería hablar contigo en persona. Es un tema desagradable, lo sé. Pero el director te está ayudando, créeme. Le ha ofrecido a Lizzy algunas colaboraciones en la revista con la condición de que te deje en paz. Horóscopos, tonterías de cocina, cosas así. Para que no incordie.

—Qué amable. ¿Le da miedo que denuncie al periódico cuando me prejubilien?

—Marco, eres incorregible.

—Hago bien mi trabajo precisamente por eso. Si me hubiesen corregido, no sería yo.

17 de diciembre

Besana pasa la tarde con un viejo amigo del periódico, ahora jubilado. Andrea era un excelente corresponsal. Cubría la política exterior. Ahora produce vinos, pero sigue siendo el mejor interlocutor para comprender qué ocurre en Oriente Medio. Lo echa mucho de menos en la redacción.

Hacia el final de la velada, los dos, un poco ebrios, pasan a las confidencias.

—Dentro de poco, a mí también me quitarán de en medio —dice Besana—. Y resulta que ni siquiera me apasionan los viñedos.

Le sirve un poco de aguardiente, para terminar.

—No te quejes, nosotros hemos tenido mucha suerte. Hemos vivido la época dorada de este oficio. Y nuestra alma tiene que estar en paz. ¿Envidias a los periodistas de hoy en día? Pues yo no. El periodismo se ha convertido en *crossmedia*, tienen que tener más manos que la diosa Kali, pobrecillos, no les queda más remedio que trabajar a la vez en papel, online, en radio y en vídeo, por no mencionar Twitter, Facebook, Instagram y YouTube. Los artículos se reescriben a lo mejor cinco o seis veces en veinticuatro horas, continuamente se actualizan a la luz de nuevas noticias. En una palabra, es un trabajo 24/7, como se dice ahora.

—Cómo odio los términos de moda —dice Besana.

—Ya. Pero ahora uno no puede permitirse odiar nada, Marco. Antes de internet todo era diferente. Quien estaba en sucesos, o en las oficinas centrales, se quedaba a lo mejor hasta medianoche o hasta las tres de la

madrugada si había una última hora. Preparaba la segunda edición del periódico, pero luego se iba a la cama, a cenar con los amigos o con la amante, a un night club o de putas. Y no se hablaba de noticias hasta la mañana siguiente, hasta la reunión de las once, donde se planificaba el número del día siguiente. Una vida romántica, de película americana, en mangas de camisa, tabaco y whisky, teléfonos que suenan y repiqueteo de máquinas de escribir, con la obsesión de mandar el artículo a la tipografía antes del cierre. Pero luego, si te acostumbrabas, todo se volvía una rutina. En fin, que hacíamos las cosas a nuestro aire.

—Claro. Siempre recuerdo el concierto de Madonna que se canceló en el último momento.

Andrea ríe.

—Ah, ya, estaba previsto para medianoche, y el crítico musical, por adelantar el trabajo, mandó el artículo dos horas antes y luego no hubo manera de dar con él. De modo que el periódico salió con la crítica de un concierto que nunca se celebró.

—¿Y esa vez que los estadounidenses bombardearon Trípoli? —dice Marco.

—Huy, qué maravilla. Eran las dos de la madrugada, el jefe de redacción de guardia llamó al director: «A lo mejor habría que hacer una última hora, ¿no?». Y el otro, bostezando: «Ya hablaremos sobre el número de mañana, ¿de acuerdo?», le dijo como si fuera un tocapelotas. A la mañana siguiente, todos tenían la noticia en primera plana menos nosotros. Uno de los mayores patinazos de la historia. Todo eso es impensable ahora. Las redes te dan las noticias incluso antes de que las cosas ocurran.

Besana pide otro dedo de aguardiente.

—Perdona, ¿te acuerdas de cuando entró internet en las redacciones?

Andrea ríe con fuerza.

—Recuerdo una reunión que tendría que figurar en una enciclopedia, qué coño. El director nos decía: «¿Os acordáis del bolso para hombres? Hace unos años lo llevaban todos, y ahora ¿quién lo usa?».

—Aaah. Internet como el bolso para hombres. Sublime. Mierda, cuánta sagacidad.

—Sagacidad de todos, no solo del director. ¿Te has olvidado del ambiente? Quedaba bien despreciar internet, no tomarlo en serio. La típica americanada. Quitádmelo todo menos mi letra 22, los folios DIN A4, el fax y el télex. Qué ciegos, precisamente nosotros, tan entrenados para vivir con las novedades.

18 de diciembre

A la mañana siguiente, Besana recibe un mensaje de Ilaria. De golpe, todos quieren hablar con él. Le da igual la barba y se pone el jersey verde, aunque tenga la mancha. Al fin y al cabo, Piatti es peor que él. Comerán juntos, de acuerdo.

Le propone quedar en el mismo sitio en el que estuvo con Roberto. Es cliente asiduo, quizá precisamente como reacción a su oficio, que lo obliga a sentirse siempre fuera de lugar. Al mal uno nunca se acostumbra. Es preferible contar con los restaurantes. Mientras la espera, pide lo de siempre, ensalada de achicoria y anchoas, mozzarella de búfala, jamón, focaccia, alcachofas con parmesano. Y una botella de Pinot Noir. Ojalá uno pudiera tranquilizarse con un menú; él, en cualquier caso, lo intenta. Desde hace treinta años come en ese lugar, casi siempre los mismos platos. Con pequeñas variantes que oscilan entre un risotto con azafrán, un tartar de ternera o un lenguado. Pero siempre con patatas salteadas, que están riquísimas.

Esta vez Ilaria no llega jadeando, al revés. Entra arrastrando los pies y mira a un lado y a otro. Él levanta un brazo para que lo vea. Le ofrece todas las cosas apetitosas que ha pedido, pero ella se sirve un plato pequeño, no tiene hambre. Le pone vino, que bebe enseguida. Durante un rato hablan de nimiedades. Pero Besana detesta hablar de nimiedades, hay que ir al grano. Enseguida.

—¿Y bien? —Justo lo que tarda en tragar una loncha de jamón.

—Quería decirle que voy a regresar a casa de mi tía.

—¿Para que la contrate el *New York Times*?

—Estoy hablando en serio.

—¿Y lo deja todo así? ¿Ahora?

Ilaria se encoje de hombros.

—A lo mejor escribo libros infantiles.

—¿Libros infantiles?

—Puede que sea más fácil, no lo sé.

—Para empezar, no es más fácil. Conozco gente que lo hace. Por otro lado, si empieza enseguida a buscar caminos fáciles, está jodida.

Ilaria se pone a comer pasta, para no mirarlo a la cara.

—¿Qué problema hay? —insiste Besana—. Explíquemelo. Y no me cuente más chorradas, por favor.

Ilaria levanta despacio la cabeza, pero sus ojos delatan que no está convencida de lo que se dispone a decir.

—Creo que la crónica de sucesos no va conmigo.

—Chorradas —responde Besana—, la lleva usted en el ADN. No me pregunte por qué, pero lo sé.

Ilaria menea ferozmente la cabeza.

—No lo creo. Me parece insoportable. No quiero seguir. —Le tiende una mano—. Gracias por todo lo que ha hecho por mí. Por desgracia, ha sido inútil, pero, de todos modos, gracias.

Luego se levanta y se marcha.

18 de diciembre

Marco sale del restaurante muy afectado. Tiene que pasear para que se le calmen los nervios. Coño, se ha desvivido para ayudar a esa chica. Y ella lo deja plantado así. ¿Por qué? ¿En qué se ha equivocado? Es verdad que a veces la ha tratado un poco mal, pero en broma. Nunca había firmado artículos con nadie, y ahora encima tiene que arrepentirse de esa feliz excepción. Vaya, la gente no sabe lo que es la gratitud. Por otro lado, Ilaria tiene mucho talento, lo que todavía le da más rabia. ¿Por qué desperdiciarlo?

Se encamina hacia los jardines Montanelli, solo tiene que esquivar la estatua, que lo pone todavía más nervioso. Pobre Indro Montanelli, está tan ridículo todo dorado... No hay el menor respeto por el oficio sucio, el periodismo: el escultor no ha comprendido nada. Parece un bonzo, una imagen de templo budista. Cuando en realidad en un periódico se está echando bilis a todas horas, no es ningún nirvana.

Avanza con rabia por la grava, fulmina los árboles sin hojas, ya carbonizados por el invierno. El cielo está despejado y eso le desagrade. Detesta las luces demasiado seguras de sí mismas, incapaces de tener dudas o matices. Prefiere el cielo de Milán cuando está gris y rumia sobre su mal humor.

Qué decepción, Piatti. Da una patada a una lata tirada en la grava. Cuánta falta de urbanidad, con la cantidad de papeleras que hay. Entonces se detiene. ¿Piatti? ¿Por qué ese nombre le recuerda algo? Se sienta un momento en un

banco. Saca del bolsillo el móvil y lo mira. Pero qué tonto ha sido. Menea la cabeza. Pero qué tonto.

Una hora después llega a la casa de Ilaria, llama desesperadamente al telefonillo. Ilaria le abre y le advierte que el ascensor ha vuelto a averiarse. Tendrá que subir seis pisos a pie. Resignación.

Besana llega al rellano jadeando, casi no puede respirar.

—¿Quiere un vaso de agua?

Entra en el piso y asiente, exhausto. Se sienta un momento en el sofá, pero no puede estarse quieto. Se levanta de golpe y se acerca a ella, la coge de un brazo.

—El caso Piatti, ¿no? ¿Con quién cree que está? ¿Con un escritor de cuentos infantiles?

Ilaria se gira de golpe, el vaso cae al fregadero.

—No me ocupé yo, pero lo recuerdo bien —continúa Besana—. Reconozco que al principio no lo relacioné. Pero usted me ha obligado a hacerlo. ¿Ha tomado el apellido de su madre?

Ilaria está petrificada.

—Silvia Piatti. Su madre. Oficialmente desaparecida. El cadáver nunca se encontró. Hicieron falta cinco años para un certificado de defunción. Y siete para condenar al asesino. Su padre.

Ilaria no encuentra palabras para responder.

—Usted tenía seis años. Ahora tiene veintiséis. En total, han pasado veinte años. Su padre fue condenado a cadena perpetua, está en el penal de Opera. ¿Eso es lo que le da miedo?

Ilaria vacila.

—Puede —responde.

Y lo abraza. Besana la estrecha con fuerza.

—Tiene que seguir, Ilaria. Tiene que seguir su instinto. El instinto es el que

nos cura. Somos animales hechos para sobrevivir, siguiendo su instinto no se equivocará.

20 de diciembre

Dana limpia la camilla con un aerosol desinfectante y tira el papel al cubo de la basura. Luego va al baño, se lava las manos. Esta noche está muy cansada. Tiene que esmerarse y concentrarse mucho. Además, en el centro de estética hace de todo. Esta mañana empezó a las nueve: una reconstrucción de uñas, dos ceras, una mamada, una pedicura completa, un masaje a una gordinflona y un masaje desnuda en el que sobre todo dejaba que la masajearan a ella, una paja y una limpieza de cutis. Se ríe sola, hoy realmente ha hecho de todo. Le dice adiós a Concita, que, también exhausta, ya se va.

—¿Quieres que te lleve, Dana?

—Me vendría bien, le he prestado el coche a mi hermana. Pero aún tengo que limpiar. Vete, cogeré el autobús.

Mientras llena el cubo de agua, le llega un wasap. Es la foto de una navaja.

—Concita —grita—, Concita.

Pero su socia ya se ha ido. Dana está aterrorizada. Es la enésima amenaza de su ex. Antes o después la matará. Se echa a llorar. Enseguida le llega otra foto. Es una catana. Y luego una tercera: una hoz.

Dana deja el cubo y se pone rápidamente el abrigo. Es preferible marcharse enseguida. Baja el cierre metálico mirando a uno y otro lado. Teme verlo aparecer de repente. Ha avisado a la policía, pero no ha servido de nada. Ahora, sin embargo, ha encontrado un abogado, está dispuesta a pagar lo que sea con tal de acabar con esa pesadilla.

Llama a su hermana, pero tiene el móvil apagado. A lo mejor está dando

clase. Luego siente una mano en el hombro y se vuelve de golpe.

—¿Estás cerrando?

—¡Oh! ¡Qué susto me has dado! —dice Dana.

—¿Por qué?

—Acabo de recibir un montón de mensajes que me ha mandado mi ex — dice—. Fotos de cuchillos, espadas, hoces. Está loco. Por suerte, has llegado tú. ¿Tienes coche? ¿Puedes llevarme a casa? Me da miedo ir sola.

En el automóvil, Dana sigue hablando. Necesita desahogarse con alguien. Pero esta noche él está raro. Prácticamente no abre la boca. Sigue conduciendo en silencio. En un momento dado, Dana mira por la ventanilla y se da cuenta de que va por otro camino, de que no la está llevando a su casa. ¿Quiere follar? ¿Por qué nunca ha dicho nada en la peluquería? Allí siempre ha querido masajes, maquillajes, mascarillas para la cara, rayos UVA. Cosas así. Dana sonríe. Iba de tímido.

—¿Adónde me llevas? —le pregunta, maliciosa. Y le guiña un ojo.

Pero él no responde. Se dirige hacia el río Adda, por las pistas que rodean la mina.

—Oye, ¿va todo bien?

Silencio. Él ni siquiera se vuelve.

No lo comprende. ¿No será uno de esos que hacen cosas raras? Se está poniendo un poco nerviosa.

Frena de golpe. Algo ha cruzado corriendo el camino. El coche patina en el hielo y Dana se agarra a la manija.

—¿Qué era eso?

—Un zorro.

Aparcan en un área de descanso. Dana se masajea el cuello, se ha hecho daño.

—Oye, llévame a casa. Ahora me duele todo. Es preferible que nos veamos

mañana, ¿no?

Pero él no habla.

—¿Tú también te has hecho daño?

No hay respuesta. Ahora se está asustando de verdad. Es cliente suyo desde hace años. Siempre tranquilo, siempre amable. ¿Qué le pasa? Confía en que no sea uno de esos sádicos que para excitarse necesita emplear la fuerza. En ese momento, se acuerda del asesino en serie. Ay, no, no puede ser. No es posible. Se vuelve para abrir la puerta, pero siente un fuerte golpe en la nuca. Lo ve todo negro, como si hubiesen apagado la luz. En los pocos segundos que tarda en desmayarse —segundos que, sin embargo, son eternos—, piensa que en su vida ha metido la pata en todo, incluso con los que van de tímidos.

20 de diciembre

Esta vez Rosa no se ha alegrado nada de ver a Besana, quizá porque se ha presentado en su casa a las diez de la noche. Rosa ya está en camisón y bosteza ostensiblemente. Giorgio le dice que no se preocupe y que se vaya a la cama. Invita a Besana y a Piatti a la famosa bodeguita.

—Pero no habléis muy alto, no quiero que se despierte el niño —dice Rosa, despidiéndose desde la escalera.

Giorgio sirve dos copas de limoncello. Besana detesta el limoncello tanto como las bodeguitas, pero nunca rechaza el alcohol.

—Ya sé que es tarde, pero te he pedido que vengas porque es importante —dice Giorgio—. Y no podía decírtelo por teléfono.

—No te preocupes, no pasa nada —dice Besana.

—Vimercati está fichado. Hoy por la tarde ha habido una reunión con la policía de carreteras. El juez de primera instancia ha autorizado a la fiscal suplente a que le tome el ADN, con la excusa del alcoholímetro. Como si fuese un control rutinario, ¿comprendes? En cuanto estén los resultados, tendrás la información antes que nadie.

—¿Creen que ha actuado solo o con un cómplice?

—Con un cómplice.

—¿El amigo que le proporcionó la coartada?

—Exacto. Picariello también está fichado. Quieren conseguir su ADN de la misma forma. Controles y más controles de carretera. Como si de golpe les

hubiesen declarado la guerra a los accidentes provocados por el alcohol. —
Ríe.

—¡Vaya, pues he de tener cuidado! Pueden quitarme el carnet de conducir en cualquier momento —dice Besana.

De repente suena un móvil, Giorgio arruga la frente y se levanta para responder.

—Perdonad, es la central.

Poco después regresa, pálido. La cabeza pelada está húmeda de sudor.

—Se ha cometido otro crimen, tengo que ponerme el uniforme y marcharme.

Besana se incorpora.

—¿Podemos ir también nosotros?

Ilaria está petrificada, lo mira con los ojos como platos. No sabe si aguantará el escenario de un crimen. Sobre todo, el de un crimen como el que se imagina.

—Prefiero no ir. ¿Puedo esperarlo en el motel?

Besana asiente. Ahora Ilaria está todavía más preocupada. La idea de quedarse sola allí, en aquel motel siniestro, con un asesino en serie suelto, la aterroriza. Respira profundamente.

—Que la acompañe a la habitación el portero y cierre con llave —dice Besana—. No le abra a nadie: es un asesino muy peligroso.

20 de diciembre

Ilaria no conocía el miedo. Su corazón parece que ha enloquecido, le late con violencia por una simple sombra o el mínimo ruido. Tiene que enclaustrarse, pero hay dos puertas y ella solo puede cerrar una, la que da a la calle. La otra da al pasillo de servicio: no se abre ni se cierra, no tiene cerrojo ni llave por dentro. Cualquiera puede abrirla con una llave maestra. Dios mío. Querría llamar por teléfono a Besana para decirle: «Oiga, me voy a otro sitio. Este motel es demasiado siniestro». Pero también le da miedo salir a la calle, tomar un taxi en la oscuridad. Entonces arrastra la mesa hasta la puerta de servicio.

Enciende el televisor, puede que una voz la calme, que le dé la sensación de que en la habitación hay alguien. Elige un programa de cocina: «¿Cuántas peras vas a poner en el risotto?». Pero lo apaga enseguida. Oye pasos, luego una carcajada de mujer. Seguramente son clientes del motel, no puede hacer nada. Enciende de nuevo el televisor. «La cebolla quemada lo amarga un poco. ¿Lo remueves todo?» Lo apaga de nuevo. A lo mejor podría darse un baño. Abre el grifo de la bañera. Sale un chorro rojo y turbio y da un salto hacia atrás. Qué tonta, no es más que óxido. Luego ese grito, fortísimo, atroz. Viene de la habitación de al lado. Corre al teléfono para llamar al portero.

—Era terrible, terrible —dice.

—Señora, estamos en un motel —responde él.

—Lo sé, pero...

Él, sin embargo, ya ha colgado y la línea parece bloqueada. Ilaria pulsa las

teclas, pero el teléfono sigue ocupado. Oye entonces un chirrido en el pasillo, alguien va de un lado a otro con un carrito. Luego oye que llaman a su puerta. No y no, no va a abrirle a nadie. Pero insisten. Siguen llamando. Se acerca a la puerta, conteniendo la respiración. Mira la mesa que la protege.

—¿Quién es?

Silencio.

—¿Quién es? —repite.

—Servicio de habitaciones —dice una voz de hombre—. Ha olvidado retirar las toallas.

Va corriendo al cuarto de baño para comprobar si realmente no hay toallas. En efecto, no hay toallas. Traga saliva.

—Déjelas delante de la puerta —dice.

—Usted no puede abrirla, solo puedo hacerlo yo con la llave maestra.

En ese momento oye que una llave está girando en la cerradura. La mesa es ligera, se mueve, se desplaza. Está a punto de ponerse a gritar. Entonces la puerta se abre. El hombre la mira con las toallas en la mano. Ilaria las coge, temblando.

—Gracias. —Trata de cerrar rápidamente.

Pero él bloquea la puerta con el brazo.

—¿Por qué ha movido la mesa?

Ilaria está paralizada, menea confundida la cabeza.

—Un asesino muy peligroso anda por ahí suelto —responde con un hilo de voz.

El camarero le contesta con una sonrisa ambigua, como si tuviese delante a una loca o a una borracha.

—Comprendo —dice—. Pero no tenga miedo, que yo estoy aquí.

A Ilaria le faltan fuerzas para dar las gracias. ¿Y si es él? Pero el camarero cierra la puerta enseguida. Entonces se tumba en la cama. Tiene ganas de

llorar. No sabía que el miedo hiciese llorar. Mira el móvil. Daría cualquier cosa por oír la voz de Besana.

Pero la llamada tarda media hora en llegar.

—Ha hecho bien en quedarse en el motel —dice—. Hemos vomitado todos, incluido Giorgio.

—¿Asesinada como Elisabetta Pagnoncelli?

—Sí. Tripas fuera y pantorrilla arrancada. Estrangulada con una cuerda.

—Dios santo. ¿También estaban los alfileres?

—Tres, clavados en la espalda.

—¿Y quién era?

—Aún no lo saben. No llevaba documentación. En cualquier caso, una mujer de unos cuarenta años.

—La misma diferencia de edad que había entre Pagnoncelli y Motta. Una diferencia de trece o catorce años entre las dos víctimas.

—Sí, pero aquí hay una novedad.

—¿Cuál?

—Una pintada con su sangre en la pared: «ViVe».

—¿Qué querrá decir?

—Ah, no lo sé.

—¿Tiene que quedarse allí todavía mucho tiempo?

—¿Tiene miedo?

—Sí —reconoce Ilaria—, hay gente rara aquí. Este sitio no me gusta.

—Tranquilícese, llegaré enseguida. En diez minutos estaré allí.

—Gracias, Marco.

—No debe volver a quedarse sola nunca más.

21 de diciembre

Son ya las tres de la madrugada, y Besana decide que llevará a Piatti a Milán. Cuando regresa al motel, la encuentra en un estado penoso. Ilaria está temblando, le cuesta hablar. Besana busca en Google una farmacia de guardia, necesita un calmante. Encuentra una en Suisio.

El cierre metálico está echado, así que llama al timbre. Se asoma por una ventanilla de seguridad una farmacéutica de mediana edad con gafas violetas. Las gafas son muy chulas y juveniles. Un toque de color que contrasta con tanto blanco, de la bata al pelo. Ahora cae, es la mujer que estaba sentada al lado de ellos en la pizzería, la que vio a Vimercati junto a Albu delante de un motel.

—Perdone, necesito un frasco de Xanax. Sé que se precisa receta, pero es urgente: la chica está sufriendo una especie de ataque de pánico.

Señala a Ilaria, que los mira desde el coche.

—¿Se droga?

—No, somos periodistas. —Enseña el carnet.

—¿Están aquí por ese homicidio?

—Así es —responde Besana.

—Sin receta no puedo darle nada, vaya al ambulatorio —dice muy seria.

—Se lo ruego, se acaba de cometer otro crimen. Mi colega es joven, no está acostumbrada, se encuentra en estado de shock —insiste Besana.

—¿Otro crimen? —La farmacéutica abre mucho los ojos. ¿Ella también quiere datos a cambio?

Besana le cuenta lo que ha visto, haría lo que fuera con tal de conseguir la benzodiacepina.

—Dios mío, es espantoso —comenta la farmacéutica.

Desaparece en el interior y poco después regresa con un frasco de Xanax y un vaso de agua.

—Empiece con diez gotas —dice.

—Gracias, señora.

Ahora Ilaria duerme en el asiento del copiloto. Solo se despierta cuando Besana para en un área de servicio para repostar.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estamos?

—En la autopista. La llevo a su casa. No me gusta que duerma usted en ese sitio asqueroso con un loco suelto.

—Gracias —responde ella, frotándose los ojos.

—¿Se ha sabido quién es la víctima?

—Relájese, Piatti. Ya hablaremos mañana.

En cuanto Besana sale del coche para ir a pagar, Ilaria va detrás de él.

—¡No me deje sola! ¡No me deje sola! Por favor.

Besana suspira.

—Pues acompáñeme a tomar un café, yo también estoy agotado. Querría evitar un accidente.

Su camarera preferida no está, en su lugar Besana encuentra a un chico con la cara llena de granos. Decepcionado, pide un cruasán con mermelada.

Ilaria gira la cucharilla en la taza mirando al vacío.

—¿Tiene un sofá cama?

—Piatti, es usted una miedica —responde Besana—. Pero una miedica con suerte. Sí, tengo un sofá cama. Puede dormir en mi casa.

Después de tranquilizarse y, sobre todo, después del café, Ilaria está de nuevo en forma y lo bombardea a preguntas.

—Me agrada charlar, así no me quedo dormido —dice Besana—, pero no me agobie. Una pregunta a la vez, gracias. Comience desde el principio, que no he comprendido nada.

—La víctima —repite ella.

—Se llamaba Diana Perego, pero para todos era Dana. Trabajaba en un centro de estética, al menos formalmente. En fin, en uno de esos sitios a los que no van solamente señoras para combatir la celulitis. Daba también otro tipo de masajes.

—A saber cuántos restos de ADN masculinos le encontrarán encima.

—Muy buena observación, Piatti. Será muy complicado aislar el del asesino.

—¿Soltera? ¿Casada?

—Divorciada, con un hijo de catorce años que vive con el padre. Giorgio fue a comunicarle la muerte. No me gustaría estar en su lugar, pobrecillo.

—¿Quién es el padre del chico?

—Un albañil.

—¿Sospechoso?

—No. Coartada muy sólida. Cuando lo llamaron por teléfono estaba en la casa de su nueva compañera. En ningún momento se movió de allí. Vive con ella y con el chiquillo.

—De manera que hay que buscar entre los clientes del centro de estética —dice Ilaria, mordiéndose los labios.

—Pues sí. Pero cuando salió de allí, Perego se encontraba perfectamente. Puede haber sido cualquiera. Pensaba coger el autobús para volver a casa porque le había prestado el coche a su hermana.

—¿Y eso escrito con sangre?

—Es raro. ¿Un cadáver que «vive»?

—¿Estaba escrito en letras de molde?

—Sí, pero con las consonantes mucho más grandes. «ViVe.»

—¿Como si fuesen iniciales?

—Anda, no lo había pensado —responde Besana—. Pero sí, parecían mayúsculas. Como en una firma.

—¿Vi-ncenzo Ve-rzeni? —aventura Ilaria.

—Coño, podría tener usted razón.

Ya están en la salida de Cormano. Besana bosteza.

—No pensaré tenerme despierto toda la noche, ¿verdad, Piatti?

—Sigo inquieta, la adrenalina no me deja en paz —responde Ilaria.

—En casa le invitaré a otro vaso con calmante. Yo, en cambio, necesito una copa de aguardiente.

21 de diciembre

El estudio de Besana parece un trastero. Sobre el sillón hay una montaña de ropa, de la que sobresale una vieja raqueta de tenis. En la mesa de la cocina no queda sitio ni para un mantel individual: libros, periódicos, unas cuantas latas de cerveza vacías y un enorme cenicero en equilibrio sobre un plato sucio, a su vez en equilibrio sobre el PC. En el sofá hay una bandeja con un envase vacío de comida para llevar de un japonés y una servilleta de papel arrugada, al lado de unas deportivas sin cordones.

—¿Plasta, prefiere al asesino en serie?

Ilaria ríe y menea la cabeza.

Besana se está sirviendo un aguardiente.

—Después de lo que he visto, esta noche las pesadillas las podría tener yo. Si eso me ocurre, vendré a despertarla.

Señala con la barbilla un armario con las puertas abiertas y le explica que las sábanas podrían estar allí dentro, y quizá también las mantas.

—¿Es friolera como todas las mujeres? Si quiere, le cedo mi edredón. En cuanto al desayuno de mañana, aquí no hay nada. No compro café desde el verano pasado. Ahora bien, aquí abajo hay un bar de chinos donde preparan un capuchino excelente. Lo que hay que evitar son los bollos, saben a mejillón y el riesgo de contraer hepatitis es especialmente elevado.

Hacen juntos la cama, luego Ilaria se sienta en el borde, vestida. De repente le ha bajado la tensión, está un poco mareada. Y todas sus angustias aprovechan ese momento de debilidad para invadirla.

—Piatti, ¿se encuentra bien?

Ilaria mira la cortina ennegrecida por el humo.

—Pensaba en mi madre —responde sin volverse—, a saber cómo la mató.

Besana se muerde los labios. Está demasiado cansado para ser sensible, y lo sabe.

—¿Necesita otro Xanax para dormir?

Ilaria niega con la cabeza.

—Lamentablemente, no tengo infusiones ni té, pero puede que haya un limón en la nevera. —Marco se mueve torpemente de un lado a otro, entre la cocina americana y el sofá cama abierto, que ocupa todo el salón. Parece un animal de criadero al que le falta el espacio vital—: Puedo calentar agua en una cacerola y añadirle un par de gotas de limón —ahora está más nervioso que ella—, y echarle un chorrito de vodka.

—¿Limonada con vodka?

Besana se avergüenza. Mira la punta de sus zapatos, derrotado. Ha sido capaz de remontarse en cinco minutos al caso Piatti, pero no es capaz de decir nada que consuele a Ilaria si ella evoca a su madre.

—Verá, hoy he descubierto que existe un sentimiento más fuerte que el dolor —dice Ilaria.

Besana está inmóvil, contiene la respiración.

—Es el miedo —prosigue Ilaria—. Me he dado cuenta de que es todavía más poderoso. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Sin embargo, dura menos —responde Ilaria, seria—. En un momento dado, desaparece.

Besana sonrío ligeramente, pero aliviado. ¿Ilaria le está presentando una salida a los temas que no sabe afrontar?

—Desaparece cuando te das cuenta de que no estás muerto —añade ella—,

o bien porque mueres.

Besana está mortificado, y lo está en sentido etimológico. Está acostumbrado a ver cadáveres, no a hablar de la muerte. Pero Ilaria, en el fondo, lo único que necesita es contarse algo a sí misma.

—Perdone, esta noche no puedo evitar preguntarme si mi madre sintió miedo —dice—. Me voy a acostar.

21 de diciembre

En el periódico todo el mundo suelta una risita cuando aparecen los dos. Ya hablan de una relación. Y le toman el pelo a Besana: «Anda que no tienen atractivo las becarias». Los colegas murmuran: «¿Os acordáis de Lizzy?». Carcajadas y más carcajadas. «Sí, pero esa por lo menos era un pibón.» Y cuentan chistes vulgares. «Encima, Piatti.»

Pero el redactor jefe está contento, un periodista en el escenario del crimen —y de semejante crimen, además— no lo tiene nadie. Han dedicado dos páginas al monstruo de Bottanuco.

—Esta vez vamos a adelantarnos a todo el mundo —anuncia Besana.

—Estupendo —dice Roberto—. Dadle prioridad al sospechoso. Tenemos que saberlo todo acerca de él, antes de que lo detengan y se echen encima los otros.

—De acuerdo.

—Incidid en la historia de Verzeni y en el paralelismo con el asesino en serie del siglo diecinueve, por favor. Al público le gustan estas cosas.

—No hay problema, Piatti lo sabe todo sobre él —responde Besana.

—Le pediré al grafista que busque retratos de Verzeni y de Lombroso.

—Perfecto.

Ilaria se sienta a la mesa de Besana, observada por todos. En especial, por la nueva becaria, que teme mucho este regreso. Pero Besana no quiere estar en el periódico, no soporta la vida de la redacción. Desde que es enviado

especial —por poco tiempo, pero qué se le va a hacer— puede escribir donde le sale de los huevos. Ni siquiera tiene que hacer acto de presencia.

—Vámonos —dice—. Con la tableta se trabaja mejor, solo hay que encontrar un local con wi-fi. Me apetecen unos huevos revueltos.

Ilaria pide una hamburguesa, pero en cuanto la agarra, la carne sale disparada del pan y se estrella como un frisbee contra el ventanal del restaurante. Besana rompe a reír, con la mirada clavada en la mancha de ketchup que hay en el cristal. Parece sangre.

—Eso solo puede pasarle a usted, Piatti —comenta.

Luego se dividen las tareas. Ilaria escribirá un artículo sobre Verzeni, él hablará del hallazgo del cadáver.

—A ver quién acaba antes —dice Besana.

—De acuerdo —responde Ilaria.

Teclean muy rápido los dos, en silencio. Durante una media hora.

—¡He acabado! ¡Por mí y por todos mis compañeros! —grita Ilaria.

—Joder —responde Besana—, me faltaban trescientos caracteres. Casi había terminado.

Gracias a esta pequeña competición han ganado una tarde libre. Le envían los artículos a Roberto, que no da crédito. Habitualmente Besana le entrega sus artículos por la noche, y se ve obligado a salir con el portero, cuando la señora de la limpieza se está ocupando de los pasillos vacíos.

—¿Qué hacemos, Piatti? ¿Un cine?

—Merecido, diría. Pero no me lleve a ver una de suspense si no quiere que esta noche vuelva a dormir en su sofá.

En ese momento, Besana levanta la cabeza hacia el televisor encendido. Y ve a Luca Milesi hablando de los crímenes de Bottanuco en un programa de la tarde.

—Menudo gilipollas. —Da un puñetazo en la mesa—. Usa nuestros

artículos y ni siquiera nos cita, como si estas cosas las hubiera pensado él.

—¿Va a apropiarse del caso?

—Roberto no lo permitirá, es un chico serio. Además, Milesi no es capaz de encontrar exclusivas, no tiene paciencia para estar allí. Está demasiado ocupado luciéndose en televisión.

—¿Y usted? ¿Nunca va a la televisión?

—No invitan a gente como yo, Plasta. Y tampoco me interesa, me divierte más investigar.

—¿Piensa seguir llamándome Plasta? ¿Incluso ahora, que nos hemos hecho amigos?

—¿Qué le hace pensar que nos hemos hecho amigos?

Pero ella sonríe, ya lo conoce.

—Me sigo preguntando por qué ha elegido imitar a Verzeni —dice Ilaria.

—Es una pregunta que también me he hecho yo —dice Besana.

—Por otro lado, ¿cómo es que deja tan tranquilo su ADN en una víctima, sin temor a que lo descubran? Es otra cosa que me pregunto. El Sujeto Desconocido es organizado y racional, una persona con una cultura media o alta, sabe perfectamente que, con una excusa u otra, se investigará a todos los de la zona.

—Es raro, en efecto —dice Besana.

—¿Cree realmente que Vimercati es culpable?

—Con franqueza, no. Creo que ese chulito solo es culpable de haberse tirado alguna vez a la cuidadora de su suegro. ¿Ha elegido la película?

—¿Esa película coreana de la que tanto se habla?

—Piatti, he dormido tres horas. Ahora no me apetece un ladrillo.

—De todas maneras, no va a apetecerle nada de lo que yo proponga. Elija usted y así acabaremos antes.

—Va a resultar que además es una listilla —comenta Besana.

24 de diciembre

Mientras todo el mundo corre frenéticamente por las calles en busca de los regalos de Navidad, en un Milán iluminado por la crisis, dispuesto a inventarse tentaciones baratas para no hundirse, Besana y Piatti están en la Biblioteca Sormani. Sobre la mesa, una enorme pila de libros.

—Piatti, ¿no lo sabía ya todo sobre Lombroso? ¿Por qué me ha traído aquí?

—Solo lo estudié para un examen —responde ella—, no he hecho una tesina sobre él. Tenemos que averiguar la relación que puede haber entre Verzeni y nuestro asesino.

—¿Quiere hacerme estudiar a los cincuenta y ocho años?

—¿Teme que le ponga nota?

Se dividen el trabajo. Besana tiene que buscar en el sumario e Ilaria reconstruir la investigación de Lombroso. Al cabo de un par de horas se levantan para descansar un poco. A Besana ya le duele mucho la espalda, y además quiere fumar.

—¿Y bien? ¿Qué ha encontrado? —pregunta Ilaria.

—¿Quiere saber si he hecho los deberes? Ahora le leo mi tema. —Besana se está liando con calma un cigarrillo, en una mano sostiene el filtro y el papel, sobre el cual, con la otra, reparte el tabaco.

—Veamos —dice ella, frotándose los guantes y soplándose las manos. Caramba con Besana, ponerse a fumar con este frío.

—Vincenzo Verzeni fue arrestado el 10 de enero de 1872 por orden del juez de instrucción de Bérgamo. —Satisfecho, Besana expulsa la primera bocanada

de humo mientras lee sus notas en la pantalla del móvil—. Con anterioridad, por el asesinato de Elisabetta Pagnoncelli se había detenido a un campesino de Suisio, quien, sin embargo, tenía una coartada para la hora del crimen. El juicio se inició al año siguiente, el 26 de marzo de 1873, en el juzgado de Bérgamo. Además del asesinato de Pagnoncelli, Verzeni fue acusado del homicidio de Giovanna Motta y del intento de homicidio de su prima, Marianna Verzeni.

Besana ha fotografiado unas cuantas páginas con el móvil para ahorrarse el esfuerzo de transcribir.

—¿No sabe que hay que pedir autorización para las reproducciones digitales?

—Qué más da, Plasta. Además, ni se han dado cuenta. Déjeme seguir, por favor.

—Perdone.

—Nos habíamos quedado en el juicio.

Pero Besana ya está harto de la biblioteca, así que le propone a Ilaria ir a comer un bocadillo. Ya en el restaurante, se da cuenta de que es víspera de Navidad y que a lo mejor la chica, como todo el mundo, tiene planes.

—¿No va a Nueva York para pasar las fiestas con su tía?

—No tengo dinero para el avión —responde ella, que está agujereando una servilleta con un palillo de dientes—. Lo cierto es que mi tía me mandó el dinero, pero yo lo he usado para pagar el alquiler y quedarme aquí trabajando. No puedo buscarme un trabajo de camarera, tengo que tener tiempo para ir con usted a Bérgamo.

Besana se muerde los labios.

—Ha hecho bien, Piatti. Es cierto que la necesito. Aquí.

Ilaria sonrío, se contenta con poca cosa. Cuando le dicen que la necesitan, por ejemplo.

—¿Y usted? ¿Va a ver a su hijo?

—No. Estaré solo.

—¿Por qué?

—Porque se ha ido con su madre —responde Besana, con una sonrisa forzada.

—Pero ¿se llevan bien?

—No demasiado. Jacopo está convencido de que la culpa de la separación la tengo exclusivamente yo. En parte es cierto. Estaba muy enamorado de mi mujer, pero razonaba solo con la picha. Hasta que ella se aburrió y me dejó por otro.

—¿Sigue enamorado de ella?

Besana agradece que Piatti no le haya preguntado aún si sigue razonando con la picha.

—Por desgracia, sí —responde—. Y bebe un trago de cerveza.

—¿Y sus padres?

—Murieron hace siglos.

—Por suerte queda el trabajo, ¿verdad? Yo me lo repito siempre. Menos mal que tengo un trabajo.

Besana le acaricia la cabeza. No, no tiene ni siquiera el trabajo, porque su beca ha concluido. Y, lamentablemente, escribir un par de artículos con él no va a cambiar mucho las cosas.

—Estupendo —responde—, eso significa que vamos a trabajar juntos también mañana. ¿Sabe cocinar, Piatti?

—No, no sé hacer nada —responde mirando al suelo.

—Me lo imaginaba. No era más que una provocación. —Le sonríe—. Detesto las comidas de Navidad.

25 de diciembre

El día de Navidad, Ilaria llama por teléfono a Besana a las siete y diecisiete de la mañana. Él responde con un gruñido.

—He pasado la noche leyendo —dice ella—, ¿cuándo nos vemos?

Besana palpa la mesilla de noche en busca del despertador, mira la hora.

—¿Es que uno no puede dormir ni siquiera el día de Navidad?

—Ay, perdone. Creía que quería trabajar. Felicidades, ¿eh? Mi tía también le manda sus mejores deseos. Pese a todo, lo encuentra simpático, ¿sabe?

Silencio. Bostezo.

—Plasta, cuántas palabras. Ciento veinticinco caracteres, espacios incluidos. Más o menos. Me acabo de despertar, coño. Ciento veinticinco caracteres son demasiados. Venga dentro de una hora. —Y cuelga.

Ilaria se presenta con un pandoro comprado en el supermercado y un paquete de café.

—¿También detesta el pandoro?

—No, solo el panetone —responde Besana—. Oh, café. Qué gran idea. Confío en encontrar la cafetera.

Luego la mira. Va vestida de rojo de los pies a la cabeza, medias incluidas. Suspira.

—Feliz Navidad, Piatti. Hoy está un poco cegadora, pero creo que podré soportarlo.

Ilaria busca en las estanterías de la cocina, encuentra enseguida la base

octogonal y la jarra de la cafetera, pero no el filtro. Dónde habrá ido a parar. Mientras, ya ha empezado a contarle a Besana sus reflexiones.

—¿Pero Verzeni debía ser encerrado en la cárcel o en un manicomio? Durante la instrucción recurrieron a dos colegiados expertos. Uno por la defensa y otro por la acusación. ¡Aquí está el filtro!

Estaba dentro de una lata de galletas. Ilaria lo llenó de café.

—Por la defensa actuó Cesare Lombroso, que enseguida hace llevar a Verzeni al laboratorio del manicomio para tomarle las medidas antropométricas. —Piatti enciende el fuego y luego coge la tableta para leer sus notas—. Empieza por el cráneo. Manda que lo afeiten y enseguida repara en que tiene la protuberancia frontal izquierda más desarrollada que la derecha y una cresta ósea que empieza en la ceja derecha y llega a la parte alta de la frente. Una particularidad que se encuentra en los salvajes, según él. También la oreja izquierda es más larga que la derecha, los pómulos son enormes, la mandíbula inferior está desarrollada de manera singular, los caninos superiores son muy puntiagudos. Y, si se le observan bien los ojos, se nota una leve bizquera. Lombroso no se olvida tampoco de los genitales.

Mientras escucha, Besana trata de fregar una taza que lleva siglos sucia.

—Escuche esto —prosigue Ilaria—: «Pene bien desarrollado y con forma de flauta travesera; prepucio levemente enrojecido y sin frenillo, lo que demuestra el uso e incluso el abuso del órgano». ¿Qué opina?

—Bueno, me parece fundamental para la investigación —responde Besana—. Ahora que sabemos cómo era la polla de Verzeni, solo hay que buscar otra igual. ¿Se ocupa usted?

Ilaria rompe a reír.

—De acuerdo, continuemos.

—Vale, continuemos.

—En cuanto a las taras familiares, Verzeni tiene dos tíos enfermos de

cretinismo, pero ni sus abuelos ni sus padres padecieron enfermedades importantes. La pelagra, muy extendida en aquellas zonas, la tuvo solamente el padre, pero de forma leve. En la casa de los Verzeni se trabaja bastante, pero se vive bien y nunca falta comida. No es gente que se alimente solo de polenta como para enfermar de pelagra. Vincenzo confiesa que solo una vez, unos años antes, comió polenta de maíz podrida. Consta en el sumario.

—Un detalle sin duda esencial. —Besana suspira.

—Vale, ya llego a lo que nos interesa. Es decir, la evaluación de Lombroso. Sin duda, no estaba loco. Pero se le reconoce cierta merma de responsabilidad, al menos en la última parte del documento judicial. Y será precisamente la evaluación de Lombroso la que le salve la vida a Verzeni: por un voto de diferencia, el 9 de abril de 1873, el jurado popular no lo condena a la pena de muerte sino a trabajos forzados de por vida, que ha de cumplir en un manicomio penal.

—Puede que le hubiera convenido la pena de muerte —comenta Besana—, en aquella época los manicomios eran lugares espantosos.

Ilaria sirve el café. Abre el paquete y saca el pandoro, lo cubre de azúcar.

—¿Por qué no vamos a echar una ojeada a lo que queda de ese manicomio? Está aquí en Milán, en la avenida XXII Marzo. ¿Qué me dice?

—¿El día de Navidad? Plasta, usted sí que está loca.

19 de marzo – 9 de abril de 1873

Giacomo Caccia escribe para *La Provincia. Gazzetta di Bergamo* desde hace un par de años, donde empezó a trabajar en cuanto se sacó el título de Derecho en Milán. Sus padres esperaban que ejerciese de abogado, pero él tiene las ideas claras. Quiere convertirse en un gran periodista. Y eso es algo que hoy, 19 de marzo de 1873, está a punto de convertirse en realidad. Porque le han confiado el juicio del siglo. Empezó a oír a hablar de este caso hace meses, y «el estrangulador de mujeres» ya está en boca de todo el mundo (es como lo llaman en la ciudad). De manera que hay expectación. Y él tiene que alimentarla. Para que la gente esté pendiente de cada una de sus palabras.

Disfruta incluso de la anticipación. «Un debate que ha de quedar como uno de los más importantes en los anales judiciales tendrá lugar la próxima semana ante la corte de justicia de Bérgamo», escribe. «No hacemos sino prometer al público que lo seguiremos con la mayor diligencia y que ofreceremos un resumen lo más fiel posible cada día.»

La maniobra es inteligente y su astucia será recompensada. Lo pararán por la calle para conocer los detalles, las señoras lo invitarán a sus salones y, sobre todo, el periódico duplicará sus ventas. Vincenzo Verzeni cambiará su vida radicalmente, será para él el principio de una brillante carrera, siempre en ascenso.

Audiencia del 26 de marzo de 1873. Giacomo está en primera fila, con cuaderno y lápiz. Listo para tomar notas. «En el banquillo de los acusados se

sienta Vincenzo Verzeni, de Bottanuco, de veintidós años de edad. Es un joven rubio, con un bigotillo del mismo color, de rasgos normales, de aspecto lozano, cuya fisonomía casi podría tacharse de simpática si no tuviese una expresión bastante sombría y una mirada algo perversa. Viste como un campesino pudiente. No da la menor muestra de estar conmovido.»

Hay mucha gente en la sala. Bien, bien. Eso significa que el caso interesa. Se nombra el jurado. El fiscal, el caballero Quintavalle, fiscal del Rey, lee la causa y la acusación:

—«Vincenzo Verzeni, de veintidós años, está acusado del crimen de tentativa de homicidio voluntario contra la persona de su prima Marianna Verzeni con el agravante de haber actuado sin motivo, crimen contemplado en los artículos 96, 98, 522 y 533, número 2, del Código Penal.»

Murmullo en la sala.

—«Del crimen de homicidio voluntario contra Giovanna Motta, sin motivo aparente, crimen contemplado en los artículos 522 y 533, número 2, del Código Penal.»

Murmullo de nuevo.

—«Del crimen de asesinato contra Elisabetta Pagnoncelli, cometiendo dicho homicidio con el agravante de premeditación y ausencia de móvil, crimen contemplado por la combinación de los artículos 522, 526, 528, 531 y 533, número 2, del Código Penal.»

La gente comenta en voz alta, haciendo ruido.

Empieza el interrogatorio del acusado. «Silencio perfecto en la sala», anota Giacomo.

—Como ha escuchado, está usted acusado de tres crímenes —dice el fiscal—. El primero de ellos consiste en un intento de homicidio voluntario contra Marianna Verzeni, su prima, la víspera de un día festivo, el año 1868.

Verzeni está nervioso e irritado. Niega que sea culpable. Se pasa entonces a

Motta. Verzeni declara que conocía a Giovanna Motta solo de vista, porque era su vecina.

—¿Nunca sintió tentaciones libidinosas hacia ella? —pregunta el fiscal.

—No... qué dice, por una chiquilla —responde Verzeni.

En la cárcel trató de acusar a otros dos campesinos, pero luego se retractó en el juicio. Entonces se pasó al homicidio de Pagnoncelli. Le enseñan el forro de un sombrero hallado en el lugar del crimen y él responde que no es suyo.

Audiencia del 29 de marzo de 1873. Giacomo Caccia sigue en primera fila, con su cuaderno en la mano. Comparecen los dos peritos de la defensa: Lombroso y Griffini. Giacomo escribe: «Se da lectura al sumario relativo a los zapatos de Verzeni, al estado de su pierna derecha, defectuosa de manera que no puede caminar nada recto y no le queda más remedio que cojear bastante». Cesare Lombroso pide que el imputado sea rapado con el fin de llevar a cabo la medición craneométrica, pero el fiscal se opone para evitar que algún testigo pueda no reconocerlo. Se ordena, asimismo, que sea trasladado «en un vehículo cerrado» y que se le brinde «una escolta de Carabineros Regios», ya que cuando era conducido de la cárcel a la sala del tribunal fue amenazado por la multitud.

Audiencia del 31 de marzo de 1873. Son escuchados los testigos, entre ellos, la madre de Marianna Verzeni. Afirma que no denunció antes el hecho porque estaba convencida de que los gritos de su hija eran «cosa de gusanos». Giacomo, siempre muy atento a las reacciones del público, anota: «Hilaridad en la sala».

Pero el juez no lo encuentra divertido:

—Oiga, ¿cómo explica que unos gusanos broten y le arañen la garganta?

La testigo ríe.

—Ya sabe que una no se para a reflexionar mucho —responde. E insiste—: Fui corriendo a raspar hollín, lo mezclé con ajo y se lo di a beber a la Marianna contra los gusanos.

Luego llaman al padre de Marianna. Él afirma que no dio importancia al asunto porque no había motivo.

—Vincenzo era un muchacho que trabajaba como un animal, y nunca se metió con nadie —dice.

Y entonces cuenta que en toda su vida Verzeni no ha hecho otra cosa que trabajar, que su familia nunca le ha dado ni un céntimo, antes preferían darle tierra en vez de polenta con tal de ahorrar, gente «que se pasa la vida discutiendo de intereses, que de la mañana a la noche están reclamándose dinero unos a otros, y que venderían hasta el pellejo de las pulgas». Se oye un clamor en la sala, una tremenda carcajada por la frase. El cronista escribe: «(hilaridad)». Tal cual, entre paréntesis.

Audiencia del 1 de abril de 1873. La tensión va en aumento. Se escucha a todas las mujeres a las que Verzeni ha agredido antes de la comisión de los crímenes. Bravi, Esposito, Previtali. Las tres reconocen al imputado. Después son escuchados Giovanni Battista Ravasio, su esposa, Maria Lecchi, y su hijo de diecinueve años, Giò Ravasio. Y, a continuación, un lavandero experto, que es interrogado sobre la ropa de Motta. Quieren saber si fue lavada o si se halló mojada debido a que ha estado expuesta a la lluvia y a la nieve. Aquí, de vez en cuando Giacomo bosteza. Por momentos, el juicio resulta un poco aburrido. Recobra el interés cuando se llama a los testigos que deben hablar del hallazgo del cadáver. Los mira atentamente. Uno de ellos es un campesino, «con notable aspecto rústico». El otro es un sastre «de color amarillo como el oro». Hablan también dos chicas que en la mañana del homicidio de Motta vieron a Verzeni por la zona. Hay un momento de tensión en la sala porque una

no lo reconoce. El juez se impacienta, amenaza con imputarla por falso testimonio, entonces ella se asusta. Pide perdón al señor juez por haberse equivocado y reconoce enseguida a Verzeni.

Audiencia del 2 de abril de 1873. Son llamados los peritos. Un médico oculista que ha examinado al imputado. «Verzeni padece de estrabismo leve en ambos ojos y de un grado medio de miopía», escribe Giacomo. Interrogado, el doctor Quaglino niega que las anomalías halladas en la retina puedan ser «causa o consecuencia de alteraciones en los centros nerviosos». Después son interrogados el sacristán y el párroco de Bottanuco, que niegan la coartada de Verzeni: no se encontraba en la iglesia. El día cobra más interés cuando son llamadas dos exnovias del acusado. Cesare Lombroso interroga a Carolina Marchesi:

—¿De qué te hablaba? ¿Nunca te contó las escenas de sangre?

La testigo responde que no, que nunca le ha contado «cosas feas». Hablaban de «cosas indiferentes». Del campo, por ejemplo. Lombroso quiere saber si Verzeni padecía de cambios de humor. Carolina niega con la cabeza. Siempre lo ha «visto con el mismo humor». Nunca lo ha oído quejarse o despotricar contra nadie. Quizá su único defecto era que nunca hacía regalos.

—Solo una vez me regaló un cucurucho de caramelos —dice.

Ahora bien, Carolina Marchesi nunca ha estado a solas con él. Verzeni se acercaba a ella en las fiestas o cuando iba a la fuente a por agua. Siempre había gente, en una palabra. Y, en cualquier caso, nunca le notó ninguna rareza.

Angela Tasca, la novia siguiente, es interrogada acerca del retraso de Verzeni el día del homicidio de Pagnoncelli. Todos la bombardean a preguntas. El juez, los peritos, los abogados de la defensa, pero la testigo —«que, por lo demás, no demuestra una inteligencia superlativa», precisa Giacomo— sigue negando que Verzeni tuviese un carácter «raro, perverso o

procaz» (en el sentido de descarado o insolente). A esa tonta no se le saca nada. Todos están agotados. Concluye la audiencia.

Audiencia del 3 de abril de 1873. Caccia mira alrededor, satisfecho. «Como siempre, para la lectura la sala está repleta de espectadores, entre los cuales hay también muchas mujeres», escribe. El director le ha dicho que están imprimiendo el doble de ejemplares. La gente se arranca el periódico de las manos.

El juez accede a una solicitud de la defensa y hace leer un informe médico del inspector del manicomio de Astino relacionado con la testigo Maria Previtali. Confirma que ha salido recientemente de ese manicomio y ofrece un cuadro exacto de su salud mental. La testigo queda desacreditada. Cesare Lombroso está satisfecho. Los abogados de la defensa le estrechan la mano.

Audiencia del 4 de abril de 1873. Giacomo se vuelve y trata de contar cuántas personas hay, pero la gente no se está quieta. En cualquier caso, es una locura. En la sala hay más gente que en un teatro. «Auditorio repleto, como siempre», anota.

Se escucha al maestro de Bottanuco, después a algunos expertos y a algunos amigos de Verzeni. Lombroso está tratando de demostrar que ha habido casos de locura en la familia, probablemente relacionados con la pelagra. Pero no lo consigue. Nadie sabe nada. Luego se escucha a los compañeros de celda de Verzeni. Davide Polli afirma que Vincenzo le contó que el mejor modo de poseer a una mujer era agarrarla del cuello y que se excitaba con solo oír una voz femenina. Pero los otros dos no recordaban «actitudes morbosas» destacables. Después llamaron al carcelero. Este confirma los nervios de Verzeni cuando oía una voz femenina. Y recuerda su ansiedad antes de hablar con el abogado y con el juez. Pero no hay mucho más.

Audiencia del 5 de abril de 1873. «La sala vuelve a estar repleta de público, en el que abundan las personas educadas», anota. Giacomo Caccia es un hombre feliz. Mientras tanto, ya le han aumentado el sueldo. Y además el director lo ha felicitado efusivamente. Todo Bérgamo habla de este juicio. Pero no debe distraerse, debe transcribir lo más posible con la cabeza baja.

Se escucha a un guardia de la cárcel de Sant'Agata. Hacía el turno de noche y siempre ha visto a Verzeni dormir con sosiego. Reconoce, sin embargo, que lo dejó impactado su mirada «de bestia feroz». Luego hablan los peritos, pero Giacomo empieza a estar cansado. Estos días duerme poquísimo. Tiene una novia que se queja, porque por culpa del juicio ya no se ven. Mientras los peritos hablan, le escribe una carta. La defensa obtiene el permiso para rapar al imputado y realizarle el examen craneométrico.

Audiencia del 7 de abril de 1873. Verzeni, totalmente rapado, inspira cierta lástima. Escucha en silencio, con mirada preocupada. Está hablando, también en nombre de los otros seis, uno de los peritos de la fiscalía, el señor Manzini. Sujeta unas hojas: contienen el dictamen sobre el estado mental del imputado. Habla largo rato, pero su conclusión es simple: Verzeni es un hombre lúcido y frío, merece la pena de muerte.

Audiencia del 9 de abril de 1873. La tensión en la sala es muy alta. La defensa tiene la palabra. Giacomo mira de un lado a otro. Da la sensación de que la gente contiene la respiración.

El que primero interviene es Griffini, después lo hace Lombroso. Por un lado, coinciden con su colega, no ponen en entredicho el examen psicológico del perito de la acusación. Pero piden un atenuante. Según Lombroso, Verzeni era «plenamente responsable en principio del acto, menos responsable en el delirio del acto». Sin embargo, la defensa no logra demostrar que la pelagra

ha jugado un papel en la locura del imputado. Se hace salir a los peritos. El jurado se retira a deliberar. A las cinco de la tarde del 9 de abril de 1873, la sentencia está lista. Ha sido una decisión difícil, a la que se ha llegado con un solo voto de diferencia, tras muchas disputas y largas discusiones. Todos se ponen en pie cuando el jurado entra de nuevo en la sala, pero solo se oye el rumor que hacen las sillas. Giacomo espera el veredicto mordiéndose los labios. En el fondo, el imputado le da lástima, pese a que ha asesinado a esas mujeres de manera tan espantosa. Verzeni está con la cabeza gacha, solo se le ve el cráneo brillante, completamente rapado.

En los ojos de la gente se nota una ferocidad casi peor que la de él, todos esperan que sea condenado a muerte. Cesare Lombroso mira a la cara al jurado, de uno en uno, trata de adivinar. La gente ahora murmura, habla demasiado. Entonces el juez ordena silencio. Giacomo contiene la respiración. Está concluyendo el juicio que va a cambiar su vida. Aún no lo sabe, pero se irá enseguida a Milán y escribirá de muchas cosas importantes, no de campesinos locos que descuartizan mujeres.

«El tribunal penal, una vez conocido el veredicto del jurado, acaba de condenar a Vincenzo Verzeni a trabajos forzados de por vida.»

25 de diciembre

Al silencio de un día festivo se suma el debido a la nieve. Circulan pocos coches y en la calle casi no hay nadie. Besana y Piatti oyen el ruido que hacen sus propios pasos en la acera.

—Esa es la iglesia de la Preciosísima Sangre —dice Ilaria.

—Nunca hubiera adivinado el nombre —comenta Besana.

Observan la fachada moderna y desnuda. Desde la verja se entrevé el edificio original, el antiguo manicomio criminal, de techos altos y rejas en las ventanas.

Entran en la iglesia. Ya se ha celebrado la misa de Navidad, la nave está vacía y oscura. En el altar hay un crucifijo de bronce, los ángeles parecen demonios enfurecidos, y Cristo una víctima que grita, forcejeando, como para huir de la tortura.

—Qué inquietante es este sitio. —Ilaria se acerca a Besana, un poco asustada.

Luego da un salto hacia atrás cuando ve aparecer en el oratorio a un cura joven de pelo lacio, un poco largo, con raya en medio, bigotito y algo gordo, vestido de negro y mirada siniestra, debida quizá a un leve estrabismo.

—La siguiente misa será a las siete —dice.

Besana explica que están allí para ver el antiguo manicomio criminal porque quieren escribir un libro sobre Vincenzo Verzeni.

—Se ha reformado entero, solo quedan las columnas y las bóvedas. Y las

ventanas altas. Pero, de todos modos, pasen. —Los acompaña a la parte de atrás, al oratorio.

Mientras cruzan un largo pasillo, lúgubre, que probablemente estuvo lleno de camas, el cura empieza a contar.

—La Senavra fue el principal manicomio de Milán a finales del siglo dieciocho, por voluntad de José II, el emperador de Austria —dice—. Un círculo infernal donde se pudrían, segregados, en condiciones espantosas, varias clases de locos: inspirados, endemoniados y los que se desploman al suelo, es decir, los enfermos de epilepsia. Y el número de internos siguió aumentando. De un promedio de poco más de cuatrocientos entre 1804 y 1823, se pasó a quinientos y más alrededor de mediados de siglo.

Luego calla, esperando respuestas. Besana se limita a hacer un breve gesto.

—Las terapias variaban en función de la gravedad de la enfermedad —prosigue el cura—. Los enfermeros sacaban a pasear a los más tranquilos a los campos de alrededor, donde hacían paradas en los caseríos, y podemos imaginarnos cuánto alegraba eso a los campesinos. Luego estaban las ocupaciones internas: como la de hacer esteras, tejer, hacer zapatos o batas para médicos y enfermeras. Algunos cultivaban el huerto, otros limpiaban o ayudaban en la cocina o en la despensa, alguno incluso se ocupó de la administración, haciendo las cuentas. Las mujeres tejían, cosían, hacían cintas y cosas así. Pero para los demás, así como para Vincenzo Verzeni, el tratamiento era menos amable.

El cura se vuelve de nuevo hacia ellos, enarca las cejas y los mira con un gesto sádico. Como cojea visiblemente, su paso hace que la visita guiada sea aún más inquietante.

—Durante semanas, durante meses, desde que lo meten en el pabellón de máxima seguridad con asesinos y vampiros como él (había también un carnicero que se bebía la sangre de sus víctimas), le hacen de todo.

Quemaduras en la nuca, aislamiento en celdas oscuras, descargas eléctricas, dosis excesivas de bromuro con la excusa de calmarle los ataques de ira. Y, sobre todo, la llamada «hidroterapia», muy en boga por aquel entonces: duchas frías, con fuertes chorros a los que llamaban «palizas líquidas», baldazos de agua helada mientras el condenado permanecía tumbado desnudo sobre una tabla de madera. Y, si eso no bastaba, se pasaba a torturas más refinadas, desde el sillón rotatorio hasta las sanguijuelas y los azotes con plantas de ortiga en los genitales, considerados un eficaz remedio para onanistas y maníacos sexuales. Puede comprenderse que a los tres o cuatro meses de estos tratamientos, Vincenzo Verzeni decidiera colgarse.

—¿Por qué? ¿Se colgó? —pregunta Besana mirando a Piatti. Ella asiente con la cabeza. Se había olvidado de contarle ese detalle.

—Ah, sí —prosigue el cura, satisfecho—. Y puede que sea él el fantasma del que se ha hablado tanto, el viejo de la Senavra. Se le reconoce por el ruido de pezuñas caprinas. La única manera de librarse de él es lanzarle una monedita.

Besana y Piatti se miran de nuevo. Han dado con un cura loco.

En ese momento ven aparecer a una mujer de pelo negro, corto, que se acerca a ellos a pasos rápidos.

—¿Necesitan algo?

—No, gracias. Solo queríamos ver el oratorio. Nos ha acompañado el padre... —En ese momento Besana se da cuenta de que su guía ha desaparecido.

—¿Qué padre? Eso es imposible —dice la mujer—. El párroco ha salido y el padre Luigi lo ha acompañado. Aquí solo estoy yo.

—Un cura joven, de pelo largo —insiste Besana—, ligeramente bizco.

—Que cojea —añade Piatti.

—El párroco tiene el pelo canoso y el padre Luigi es calvo. Ambos andan

perfectamente. Puede que no fuera un cura. —La mujer los mira con recelo.

—No tema, no queremos molestar más. —Besana coge a Ilaria de un brazo
—. Nos vamos enseguida, gracias.

25 de diciembre

Después de la interesante visita al manicomio, Besana invita a Ilaria al restaurante.

—En realidad, podemos permitirnos una cena de Navidad.

—¿No detestaba esas cosas?

—Detesto las comidas de Navidad. Cenar, sobre todo en un buen restaurante, siempre me gusta. Me apetece un montón un tartar de ternera con patatas al horno.

Besana elige el sitio de siempre, al lado del periódico, donde está como en su casa. Pide enseguida los entrantes de ensalada de achicoria, mozzarella de búfala, jamón y focaccia al romero. Por supuesto, con una buena botella de Pinot Noir. Ilaria se decanta por un risotto a la milanesa y él por el famoso tartar de ternera, que le apetecía desde primera hora de la tarde.

—Feliz Navidad, Plasta.

—Gracias, lo mismo digo. Hacía años que no lo pasaba tan bien el día de Navidad. Tal vez desde niña. Cuando murió mi madre, además, se me volvió insoportable.

—La creo.

—Las primeras Navidades de después las pasé sola con su asesino. No sabía que era su asesino, el cadáver no había sido encontrado y mi padre parecía tan víctima como yo, que tenía siete años. De manera que procuraba que estuviese alegre. «Anda, papá, ella ya no está, pero nosotros saldremos adelante.» Cosas así.

—Lo siento.

—No, no debe sentirlo. Es una crónica de sucesos.

—No en su caso —dice Besana.

—¿Por qué? ¿Solo se nos permite sufrir si conocemos a los parientes de las víctimas o de los asesinos? Si es crónica de sucesos, es crónica de sucesos para todo el mundo.

Pero esta noche no quiere estar triste y entrechoca su vaso con el de Besana. Tiene pensado un brindis especial.

—Por Vincenzo Verzeni, quien va a ayudarnos a encontrar al asesino que lo está imitando —dice.

—Piatti, me temo que está usted algo confundida. Ese es otro oficio. Los periodistas no tienen que encontrar a los asesinos, eso le corresponde a la policía.

Ilaria se llena de nuevo el plato; por lo visto, tenía hambre.

—¿Y usted cree que Verzeni se suicidó?

Besana reflexiona un instante, observando el color del Pinot.

—Puede que no se colgara para quitarse la vida, sino para experimentar placer.

—¿A qué se refiere?

—Técnicamente, el síndrome se denomina asfixia erótica o asfixiofilia — responde Besana—. Está mucho más extendido de lo que parece. Solo que, por suerte, no siempre tiene consecuencias fatales.

—¿En serio?

—Es una práctica que busca intensificar el orgasmo mediante el estrangulamiento o ahorcamiento parcial durante la masturbación.

—¿Cómo en *El imperio de los sentidos*?

—Efectivamente. Pero ha habido casos famosos. En 2009 causó sensación el de un actor estadounidense que fue hallado muerto en un hotel de Bangkok

con una cuerda alrededor del cuello y otra en los órganos genitales. Las dos cuerdas estaban atadas a un perchero de su habitación.

—Increíble.

—Me ocupé de estos temas para escribir un artículo. Recuerdo que encontré un estudio de una universidad canadiense que explicaba que cada año casi ciento sesenta personas mueren en Norteamérica por autoerotismo extremo.

—No me lo puedo creer.

—Pues créaselo. Los más expuestos son los varones solteros. Las muertes ocurren fundamentalmente en verano por ahorcamiento involuntario, no me pregunte por qué. Y la mayoría de las veces no están bajo los efectos del alcohol o las drogas. Es un jueguito consciente.

—Por otro lado, Verzeni disfrutaba estrangulando a los demás. Tal vez, cuando ya no pudo seguir haciéndolo, trató de encontrar ese placer en sí mismo —dice Ilaria.

—Hay infinidad de asesinos en serie interesados en esa modalidad erótica. Había uno... ¿Cómo se llamaba? He perdido la memoria, coño. Con los nombres soy un caso. Ah, ya. Gerard Schaefer. Era un agente de policía que trabajaba en Florida. Schaefer raptaba a jóvenes autoestopistas, se las llevaba al bosque y las ataba hasta asfixiarlas. Aquí es famoso Gianfranco Stevanin. Había uno, ya no recuerdo cuál, que para obtener la mayor excitación en el instante fatal, fotografiaba a sus víctimas mientras morían.

Ilaria lo escucha admirada.

—Cuántas cosas sabe.

—Me he ocupado de estos temas toda la vida —dice Besana.

27 de diciembre

Son las cinco de la madrugada e Ilaria oye que llaman al timbre. Gruñe dormida y se da la vuelta, abrazada a la almohada. Pero quien sea insiste, pegado al telefonillo. Se levanta y llega a la puerta con los ojos entrecerrados. Luego grita. Va descalza y se ha tropezado con la pata de la mesa, coño, qué daño.

—¿Quién es?

—Yo, déjeme subir.

—Pero ¿qué hora es?

Ilaria trata de arreglarse el pelo, abultado como en los años sesenta, pero sin la gracia de un cardado. Espera a Besana delante de la puerta abierta.

Él entra, jadeando. Ha subido las escaleras corriendo.

—Tiene que vestirse enseguida. Ha habido otro crimen.

—Deje que me tome al menos un café —dice Ilaria.

Prepara la cafetera, bostezando y cojeando.

—¿Qué le ha pasado en el pie?

—Me he chocado con la mesa del salón —responde—. Espero no haberme roto un dedo.

—Vamos por la tercera víctima. Hay una espiral —dice Besana.

—Verzeni nunca llegó a la tercera víctima. Su imitador se está tomando demasiadas libertades —dice Ilaria mientras sirve el café hirviendo en tazas grandes.

—Pero en la pared ha escrito con sangre «ViVe». Y hay diez alfileres. De

manera que es nuestro hombre.

—¿El *modus operandi* habitual?

—No. Según parece, esta vez ha sido un poco vago. No hay entrañas ni genitales extraídos, se ha limitado a estrangularla y a recortarle la pantorrilla.

—Qué raro —reflexiona Ilaria a la vez que se bebe el café—. Lo habitual es que la violencia aumente, no que disminuya.

—A lo mejor ha tenido más consideración porque conocía a la víctima.

—Sí, es probable. ¿Quién era?

—Una mujer de cuarenta y tres años que trabajaba para una aseguradora, madre de tres hijos. Antonella Ravasio, casada con un médico, Pietro Foresti, que denunció su desaparición ayer por la mañana. Encontraron el cadáver hace unas horas.

—¿Ravasio? Como la pareja para la que trabajaba Giovanna Motta. ¿Tendrían una cita? Me cuesta comprender cómo elige a sus víctimas.

—Quizá por azar.

—Al fin y al cabo, tampoco Verzeni, a diferencia de otros asesinos en serie, buscaba mujeres parecidas entre sí, con una característica física concreta.

—Vístase, Piatti. No podemos perder tiempo —ordena Besana.

—¿Me deja cinco minutos para que me duche?

—No. Póngase lo primero que encuentre.

Ilaria va enseguida a su habitación, coge un jersey de cuello alto color violeta, unos vaqueros, calcetines a rayas y sus habituales botas pesqueras. Y se encierra en el baño. Sale un momento después, pero con el jersey al revés.

—Nunca he sabido si las cosas al revés dan buena o mala suerte. Me limito a informarle de que se ha puesto el suéter al revés.

Ella se lo quita rápidamente, dejando entrever una camiseta fosforescente.

—Vale, estoy lista —anuncia, con voz todavía un poco dormida.

27 de diciembre

A las ocho de la mañana los periodistas ya han tomado la comisaría. Hay también un par de televisiones. Besana saluda a una colega rubia que, al revés que Piatti, ya está perfectamente maquillada y peinada a pesar del madrugón. Quizá porque todo el mundo va a verla en el informativo del mediodía.

—Vamos por la tercera víctima —le dice—. Vaya carnicería.

—¿Estaréis en el aire a la una? —le pregunta Besana, temiendo ir detrás, dados los tiempos paquidérmicos de un periódico. Entre internet y la televisión corre el riesgo de repetir lo ya contado y dicho hasta la saciedad.

—Claro, abrimos el informativo. Y a las dos habrá un especial. Los italianos no piensan en otra cosa. «El vampiro de Bottanuco» ha acaparado toda la atención.

—¿Han encontrado mordiscos también en esa mujer?

—No, pero ya lo han bautizado así —responde su colega—. El vampiro crea audiencia.

—Claro —murmura Besana.

Luego se da cuenta de que se ha olvidado de presentarle a Piatti.

—Ilaria Piatti —dice—, una nueva promesa de la crónica de sucesos. No hay que perderla de vista.

La rubia no se presenta. Es una periodista de la televisión y da por hecho que todo el mundo la conoce.

En ese instante lo llama Giorgio para decirle que es preferible quedar en otro lugar: desde la ventana ha visto que en la entrada hay una multitud de

periodistas con micrófonos y cámaras. Puede salir por la puerta de atrás e ir a un bar apartado.

Besana arrastra a Ilaria hacia el coche, esta mañana la encuentra un poco despistada.

—¡Despierte, Piatti! ¿Sigue soñando?

—No estoy soñando —responde Ilaria—. Estoy pensando.

—Usted no debe pensar, debe estar encima de la noticia.

Besana llega rápido al bar que le ha indicado Giorgio y elige un salón lateral, parece una sala de juegos. Nadie juega al fútbolín por la mañana temprano, ahí pueden estar tranquilos. Ilaria, que sigue algo distraída, contempla un viejo Pinball de los años ochenta.

—Daría lo que fuera por llevármelo a casa —dice.

—En su piso no cabe ni una nevera de tamaño normal —comenta Besana, hojeando un diario.

Poco después llega Giorgio, resoplando. Pide un café y se sienta enfrente de Besana.

—Ya no comprendemos nada, Marco —dice—. Vimercati tiene una coartada de lo más sólida para este crimen: la policía de carreteras le estaba haciendo un control de alcoholemia. Además, era la noche de Navidad, su mujer iba con él en el coche.

—¡Me lo imaginaba! —lo interrumpe Ilaria, dando un puñetazo contra la mesa.

—¿Que Vimercati no tiene nada que ver?

—No, que este homicidio no tiene nada que ver —responde.

Silencio. Giorgio la mira inquieto. Besana suspira.

—Piatti, no está jugando a Miss Marple. Es usted una periodista, solo una periodista.

Ilaria está muy nerviosa, no puede parar.

—Por lo menos escúchenme. Llevo horas reflexionando.

—Ah, en ese caso... —comenta Besana, irónico.

—No, hablo en serio. ¿Y si alguien se ha aprovechado de la psicosis del asesino en serie para que no se repare en un homicidio de otro tipo?

Ahora Besana está realmente molesto. Va con una diletante. Se avergüenza.

—Lee usted demasiadas novelas policíacas —le dice con sequedad. Luego se vuelve hacia Giorgio—. Perdona, es una becaria. Continúa.

Ilaria baja los ojos, herida. Esta vez sí que le ha hecho daño. Una cosa es bromear y otra llamarla becaria con ese tono despectivo. Como si Besana hubiese nacido periodista en vez de haber empezado de cero como todo el mundo. No piensa abrir más la boca.

—Ahora estamos esperando los resultados del ADN de Vimercati. De momento, solo sabemos que el de Picariello no se corresponde con el esperma ni con el mordisco en Albu. A él ya le hicieron la prueba de alcoholemia hace una semana. Incluso lo multaron porque conducía borracho.

—¿Y el ADN que se encontró en Perego?

—No hay ninguna coincidencia con Picariello. En cambio, tres clientes se han presentado por su cuenta. La policía científica está analizando las muestras. Pero todos tienen una coartada. Uno de ellos era empleado de tren, a la hora del crimen ya estaba en Bolonia. Otro, abogado. Esa noche se encontraba en Milán, hay recibos de la cena y están las cámaras del hotel. El tercero, un comerciante de Suisio. Sus hijos se quedaron a dormir en su casa esa noche y sus suegros han confirmado que fue a recogerlos a las ocho. Y los repetidores a los que se conectó su móvil no desmienten esos movimientos. Por lo demás, Perego se puso en contacto solo con sus colegas y con su hermana. Sin embargo, el médico forense ha hecho un descubrimiento interesante.

—¿Cuál?

—Esas marcas en la pantorrilla izquierda, la que no le arrancó, no son arañazos.

—¿Qué son?

—Mordiscos —responde Giorgio.

—Mierda —dice Besana mientras anota.

—Se ha tomado una muestra de ADN y coincide con el de la saliva hallada en Albu. Pertenece al Sujeto Desconocido, no nos cabe la menor duda.

27 de diciembre

Ilaria permanece toda la mañana muda. Persigue con Besana a la fiscal suplente, pero esta no concede declaraciones, y mucho menos entrevistas.

—Qué mujer tan afable, coño —impreca Besana mientras vuelve al coche.

Ilaria lo sigue en silencio, sin hacer ningún comentario.

—¿Piatti? ¿Está haciendo huelga de cuerdas vocales?

Ella no se ríe.

—¿Está enfadada conmigo, por casualidad?

No responde.

—Que quede claro que no la obligo a estar aquí. Si lo prefiere, la llevo a la estación y luego puede pasarse toda la tarde viendo una serie de crímenes escandinava.

Ella se detiene en medio de la calle y se cruza de brazos.

—Exijo respeto —dice.

—Ay, qué pesada. Solo porque le he dicho que un periodista no se comporta así, sobre todo delante de un policía que está intentando echarnos un cable.

Pasa una moto a toda velocidad e Ilaria, asustada, da un salto hacia atrás. Besana meneaba la cabeza.

—¿También tengo que cogerla de la mano para cruzar? Vamos a comer, venga. Así se le pasará el mal humor. Podemos ir a la pizzería de Picariello. Total, ya no es sospechoso. ¿Qué le parece? Y en la mesa me cuenta sus ideas. Le prometo que la escucharé.

En cuanto se sientan, Ilaria lo mira fijamente a los ojos.

—Si quiere que sigamos trabajando juntos tiene que cambiar. Sé que me ha dado una gran oportunidad, y le estoy muy agradecida por ello, pero también yo le he dado una gran oportunidad, no lo olvide. ¿Quién sacó la historia de Verzeni? Mi experiencia en el periódico ha sido breve, pero en estos pocos meses he aprendido algunas cosas fundamentales.

—¿Que serían?

—Que para trabajar bien, tu jefe debe comprenderte. Si la relación no funciona, tampoco funciona el periódico.

—¿Y yo sería su jefe?

—Por el momento, sí —responde Ilaria.

—¿En qué me he equivocado?

—Ha dicho que leo demasiadas novelas policíacas. Es verdad que las leo, pero ¿sabe por qué? Porque están maravillosamente alejadas de lo que he vivido.

—Le pido disculpas —susurra Besana.

—No se lo tome como un chantaje, por favor. Si lo hace, me sentiré doblemente humillada. Mejor considere mi pasado como un recurso.

—Lo haré —responde Besana.

En ese momento se acerca la camarera que habían conocido la vez anterior.

—Buenos días, Melissa —dice Besana—. Encantado de verla de nuevo.

La chica está tensa, busca el bolígrafo en el bolsillo del mandil.

—Quería llamarlo —responde—, pero he perdido su tarjeta.

Besana endereza el cuello, interesado.

—¿Novedades sobre su amiga Aneta?

—No —responde Melissa—. Pero tengo que contarle algo relacionado con la señora Ravasio. Pobre, venía siempre aquí con los niños.

Melissa se gira varias veces, como para cerciorarse de que no hay nadie detrás.

—La escucho —dice Besana, serio.

—Preferiría que no hablásemos aquí. Salgo a las cuatro, podemos vernos en la plaza, delante de la iglesia.

—De acuerdo —responde él.

Melissa se marcha sin tomarles nota. Llega al horno de leña, vuelve sobre sus pasos y regresa a la mesa.

—Perdonen, he olvidado las pizzas.

Antes de retomar su hipótesis, Ilaria le formula una serie de preguntas a Besana.

—¿Ya han interrogado al marido de la señora Ravasio?

—Sí, lo interrogaron enseguida. Identificó el cadáver y dijo que había presentado la denuncia la mañana anterior, cuando se levantó y vio que no estaba. ¿Dónde podría estar el día de San Esteban? Hizo unas cuantas llamadas, nadie sabía nada y entonces se puso a buscarla. Luego decidió acudir a la policía.

—¿No dormían juntos?

—No, él dormía en un sofá cama, en la bodeguita. Cómo detesto las bodeguitas.

—Así que eso olía a separación.

—Parece que era una costumbre que tenían. Ella dormía con el hijo pequeño y con el perro.

—¿Y ninguno de ellos se dio cuenta de que esa noche no volvió?

—No, tampoco la hija de diez años. Todos estaban durmiendo. Antonella se fue a cenar con una amiga la noche de Navidad. Otra cosa rara, ¿no? Lo normal es pasar la Navidad con la familia. Se despidieron a las once. Después, ya no la vieron más.

—¿A qué hora se cometió el crimen?

—A medianoche. Mientras la policía de carreteras hacía soplar en el

alcoholímetro a Vimercati.

—¿Dónde la encontraron?

—En el vertedero.

—¿Y la pintada?

—En un muro, allí al lado.

—¿Era igual que la que encontraron en la finca donde asesinaron a Perego?

—No lo sé, aún no he visto las fotografías. Además, hemos estado juntos en todo momento. Usted también la habría visto, ¿no? Si sé algo más es solo porque Giorgio me llamó de madrugada.

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Un albañil tunecino que tomó el atajo del vertedero de camino a casa, después de pasar la noche con una chica.

—¿Sospechoso?

—Eso les gustaría a los del pueblo. Pero no. La chica lo confirma. Y también la vecina. Al parecer, estuvieron dale que te pego hasta las cuatro. Quién pudiera.

Ilaria sonrío.

—¿Y usted? ¿No tiene pareja? Hace mucho que se separó.

—Métase en sus asuntos, Plasta.

27 de diciembre

Melissa es una chica de veinticuatro años, alta y de pelo rizado. Es guapa. Se nota incluso de lejos. Está esperando delante del portal de la iglesia, embutida en un plumas. Dice algo, pero a esa distancia lo único que se distingue es el vaho de su respiración.

Besana aparca y baja la ventanilla, se estrechan la mano y ella le pregunta si puede subir al coche. Es un pueblo pequeño y no quiere que la vean hablando con un periodista. A todos se les llena la boca con una sola palabra: «discreción». Para definir a una persona decente dicen: «Es discreta». Es una especie de tic lingüístico. Por supuesto, la presencia de los periodistas y la insistencia de los investigadores alteran ese culto a mantener la boca cerrada. A la gente del pueblo no le queda más remedio que hacerse preguntas cuando los demás intentan sonsacarles algo.

Melissa está a punto de licenciarse en Derecho, trabaja en la pizzería para pagarse los estudios. Después se marchará, no ve la hora. Quizá a Milán, quizá a Roma, todavía no lo ha decidido. Pero a una ciudad grande. Quiere ser abogada matrimonialista, en esa especialidad hay trabajo, con tantas parejas como se separan.

—Por eso hablamos —dice.

—¿Antonella y usted? —Besana está muy interesado.

—Sí, hace más o menos un mes. Vino a la pizzería con los niños y me pidió consejo. Conocía a mi madre, iba siempre a su panadería, así que sabía que yo estaba estudiando sobre eso. No quería acudir a un abogado, todavía no.

—¿Y hablaba delante de sus hijos?

—No, ellos se fueron al salón de atrás a hacer pompas de jabón.

—¿Qué le preguntó?

—Quería informarse sobre la casa, porque la estaba pagando el marido con un préstamo. Y yo le dije que con tres hijos podía estar tranquila, cualquier juez se la dejaría a ella.

—¿Y le dijo por qué quería separarse?

—Me lo dijo, pero no esa vez. Volvió antes de Navidad, con su prima, y ya hablamos con más libertad. La prima es la dueña del herbolario, pueden preguntarle a ella, que seguramente sabe más.

—¿La mujer que estaba con Antonella la noche del asesinato?

—No, esa era una amiga del gimnasio. En cualquier caso, a Antonella se la veía nerviosa, se notaba que no estaba bien. Decía que su marido tenía una amante. Luego contó algo raro, que no comprendí del todo. Decía que su marido estaba acostumbrado a mentir por trabajo.

—¿A qué se refería?

—Ah, no lo sé —responde Melissa, encogiéndose de hombros.

—¿Podemos escribir esto? —pregunta Besana—. Sin revelar la fuente, por supuesto.

—De acuerdo, me fío de ustedes. Verá, ahora mismo, vivir aquí no resulta precisamente maravilloso. Yo tengo miedo, por ejemplo. Tengo miedo de todo, y ya ni siquiera distingo los planos. Miedo de que me maten y de lo que puedan decir de mí. Qué raro. Vivo con mi madre y eso me tranquiliza un poco. Pero ya no salgo sola. De noche, cuando tengo que volver a casa, siempre le pido a Abbas, el pizzero, que me acompañe.

—Me lo puedo imaginar —dice Besana—. Hace bien en tener cuidado.

Melissa tiene el terror en la mirada mientras habla.

—¿Puede aclararme una duda? Es algo que no se me va de la cabeza, tengo

pesadillas cuando pienso en Aneta. ¿Le arrancó las entrañas cuando estaba viva o cuando estaba muerta? Nadie ha mencionado ese detalle, pero es importante.

—Tiene razón —responde Besana—. A veces procuramos omitir los detalles más crueles. Pero estaba muerta, por suerte.

—Qué alivio —dice Melissa.

—¿Y qué puede decirnos de ella?

—Aneta tenía una relación con Vimercati. Aunque no éramos amigas, de vez en cuando trabajábamos juntas, así que hablábamos un poco. Venía a la pizzería en su día libre, para redondear sus ingresos. Quería ahorrar para matricularse en un curso de azafata. El sueldo lo mandaba íntegro a su hijo y a sus padres. Aneta no me dijo el nombre de su amante, solo que estaba casado, pero los vi varias veces juntos y até cabos. La pizzería es de la esposa de Picariello y él la reemplazaba a menudo en la caja. Cuando su mujer no estaba, Picariello le tiraba los tejos a Aneta, incluso delante de mí. Pero protegía a Vimercati, porque le prestaba dinero. Picariello tiene la mala costumbre de arruinarse con las tragaperras. Su mujer pone el grito en el cielo, pero siempre acaba cediendo. Sin embargo, hace poco lo amenazó en serio, todos estábamos allí cuando tuvieron aquella discusión. Así que acudió a Vimercati.

—Así se explica la coartada —comenta Besana.

—Una coartada falsa —continúa Melissa—. Aneta había quedado con él, estoy segura. Siempre se maquillaba antes de verlo y esa noche se había olvidado el lápiz de labios. Yo se lo presté. Picariello estaría jugando en algún sitio. Cuando roba dinero de la caja, significa que ya no aguanta más. A veces se lleva incluso las monedas que nos dejan de propina. Aneta y yo ya no las dejábamos en el vaso de cerveza para que no desaparecieran.

—Puede que, para desenmascararlo, solo haya que preguntar en los bares

de la zona donde hay tragaperras —reflexiona Besana.

—Es posible. Pero, con sinceridad, no creo que Vimercati haya hecho algo así. Es un niño grande, no un sádico. En todo caso, un cobarde. Le prometía a Aneta de todo, cuando sabía perfectamente que nunca iba a dejar a su mujer, su única fuente de ingresos.

—¿Por qué dice que no es un sádico?

—Por intuición. Siempre lo he considerado un fanfarrón, amable, al fin y al cabo, me cuesta mucho imaginármelo como un desequilibrado que disfruta matando. Por otro lado, Vimercati es muy despistado, se lo va dejando todo por ahí, lo contrario que un asesino organizado. Cuando encontrábamos un jersey o una bufanda en el salón, siempre era de él. Una vez incluso se olvidó la cartera encima de la barra.

—Yo también sospecho que se trata de otro —dice Besana.

—¿Lo cogerán?

—Confiamos en que sí. De momento, la llevaremos a su casa.

—Gracias —dice ella con una sonrisa.

Melissa tiene una boca bonita, con una dentadura luminosa y un mentón energético. Ojos oscuros e intensos, expresivos. Es una chica despierta.

Mientras Besana marca la dirección en el navegador, Ilaria, que ha permanecido callada durante toda la conversación, habla desde el asiento de atrás.

—Yo también tendría miedo aquí. ¿Quieres quedarte conmigo en mi piso de Milán?

Tanto Melissa como Besana se vuelven de golpe, sorprendidos.

—En el sofá hay sitio —explica Piatti.

—Gracias —responde Melissa—, eres muy amable. Pero tengo que trabajar en la pizzería. Estoy ahorrando para marcharme cuando me licencie. De todas

maneras, es agradable conocer gente como tú. El pueblo es un poco asfixiante. Nunca encuentro a nadie con quien charlar de cosas interesantes.

Antes de apearse del coche, Ilaria y Melissa intercambian sus números de teléfono y miles de promesas.

—Hasta pronto, pues.

—Sí, hasta pronto.

—¿Melissa qué? —pregunta Besana, entregándole por segunda vez su tarjeta.

—Roncalli. Melissa Roncalli —repite ella, estrechando la tarjeta.

—¿Como el papa?

—Es un apellido muy común en estos valles. —Se guarda la tarjeta en el bolsillo—. Esta vez no perderé su número, es demasiado valioso. Lo grabaré enseguida en el móvil. Volveré a pedirle que me lleve, me parece.

—Eso está hecho —responde Besana.

Y se despide.

27 de diciembre

—Plasta, siempre consigues sorprenderme. ¿Pretende abrir un hostel para todas las mujeres de Bottanuco?

Besana da marcha atrás, meneando la cabeza.

—Solo me he puesto en su lugar. Yo me moriría de miedo si viviese aquí. Tuve suficiente con esa noche en el motel —responde Ilaria.

—Si quiere dedicarse a esta profesión, ha de aprender a guardar las distancias. ¿Qué hará cuando la envíen a contar los cadáveres del mar de Lampedusa? ¿Les ofrecerá un sofá cama a todos los supervivientes de las barcazas?

Ilaria no tiene ganas de sermones, así que cambia de tema.

—Tenemos que encontrar a la mujer del herbolario —dice.

—En efecto —responde Besana.

En el pueblo solo hay un herbolario, de manera que no tardan mucho en dar con él. Entran como simples clientes. Ilaria huele los jabones y Besana examina con curiosidad las espantosas velas con forma de ángel. La dueña es una mujer cuarentona muy maquillada y totalmente impregnada de los aromas de la tienda. Se desplaza sinuosa en unos zapatos con mucho tacón, del todo incompatibles con la nieve y el hielo de la calle, y no parece sentir el frío, enfundada en unos leggings de algodón.

—Hay una oferta por Año Nuevo —dice—: si compran tres sales de baño, se llevan de regalo una vela y el muérdago dorado.

Trata de sonreír, pero, a pesar del espesor del maquillaje, se nota que está

bastante afectada por la muerte de su prima.

—Somos periodistas —dice Besana.

Ella abre mucho los ojos. Para que no se note que le tiemblan las manos, cruza los brazos y los esconde debajo de las axilas.

—¿Es la prima de Antonella Ravasio?

—¿Quién se lo ha dicho? —Se pone a la defensiva.

—Lo hemos averiguado nosotros —responde con calma Besana a la vez que deja en la estantería un ambientador que estaba tentado de comprar para su coche.

—No quiero que me entrevisten —dice.

—Lo único que queremos es charlar un momento con usted. Su nombre no aparecerá, se lo garantizo. —Besana intenta tranquilizarla.

La mujer no sabe si fiarse. Los mira sin hablar.

—Nos han dicho que Antonella quería separarse. ¿Usted sabe por qué?

—¿Qué pinta el marido? Pietro es un gilipollas, pero, desde luego, no es un asesino en serie —responde agresiva. No sabe adónde quieren llegar.

—Es evidente, pero... —prosigue Besana, que de repente es interrumpido por Ilaria.

—Pero nos gustaría saber algo más sobre la víctima, para hacerle justicia.

Ha usado esa palabra, «justicia», adrede, para remover la conciencia de la prima. Ha intuido que es una mujer soltera, muy dolida con el género masculino y, sobre todo, atormentada por la necesidad de contarle a alguien que Antonella estaba sufriendo.

Y no se equivoca, porque la mujer respira hondo. Cierra un instante los ojos, y en sus párpados se aprecia una gruesa capa de sombra negra.

—La mataron como a un animal. —Tuerce la boca para no romper a llorar —. Vivió poquísimo y ni siquiera fue feliz. En un primer momento, cuando me llamaron para decirme que había desaparecido, pensé en un suicidio.

—¿Por culpa del marido? —Ilaria la apremia.

—Sí, la volvió loca. Él lo seguía negando, pero ella se había dado cuenta de todo. Era un mentiroso compulsivo.

—¿Estaba con otra?

—Una noche, Antonella incluso la llamó por teléfono, pero al final cambió de idea y colgó. Puede que le diera vergüenza.

—¿Se conocían?

—Solo de vista. Sus niños iban al mismo colegio.

La prima parece arrepentirse de haber hablado de más, mira alrededor como un animal acorralado, en busca de una excusa para despedirlos. Pero Ilaria la desarma con una pregunta demasiado clara.

—En su opinión, ¿qué puede querer decir esta frase de Antonella: «Mi marido estaba acostumbrado a mentir por trabajo»?

La mujer se sienta, exhausta o afligida o desesperada, quién sabe. Permanece un instante en silencio, luego levanta despacio la cabeza.

—Quería decir que Pietro ejercía de médico, aunque no tenía el título. Eso es un delito, ¿no?

—Ejercicio ilegal de la profesión y estafa en perjuicio de la sanidad pública —responde con calma Besana.

—Ay, lo sabía. Sabía que no podía hacerlo. Antonella estaba desesperada y lo amenazaba: «Si me dejas por esa, lo cuento todo». ¡Yo le decía que no debía hacer eso! —Entonces rompió a llorar, ya no podía más.

—Tiene que hablar con la fiscal suplente —dice Besana—. Es importante, señora.

27 de diciembre

En cuanto salen de la tienda, Besana llama por teléfono al redactor jefe de sucesos para ponerlo al día.

—¿Bromeas? ¿Cómo que un artículo de Milesi? ¡No ha madrugado ni un solo día para venir aquí! ¿Qué sabe él de esta historia?

Besana está furioso, da voces y pateas las ruedas del coche. Pulsa el mando de las puertas como si fuese el detonador de una bomba.

—Mierda —dice—. Voy a pedir la jubilación voluntaria, qué coño.

Ilaria lo mira preocupada.

—¿No quieren que escribamos el artículo?

—Faltaría más. Pero nos recortan cuatro mil caracteres, y a ese gilipollas, que no sabe de qué habla, le dan una sábana de dos páginas.

—Pero ¿quién lo respalda?

—Para empezar, es amante de la subdirectora. Todo el mundo lo sabe. Y además está afiliado a algo. Pero a mí me la suda. Me queda en esto poco tiempo, pero pretendo hacerlo con seriedad.

Besana da un puñetazo al volante.

—No, he cambiado de idea. Por primera vez en treinta años, no voy a hacer esto con seriedad. Donde las dan las toman. Usted, Piatti, va a escribir esos jodidos cuatro mil caracteres. Yo me limitaré a añadir mi firma a la suya.

—Eso se llama explotación —dice Ilaria.

—No, se llama que-se-vayan-todos-a-tomar-por-culo —dice a la vez que gira la llave.

Mientras Besana bebe tranquilamente un Spritz, Ilaria escribe el artículo. Al cabo de una hora, le entrega la tableta. Besana lee el principio y se pone a gritar.

—¿Está loca? ¡No puede escribir que Vimercati está siendo investigado! No está registrado oficialmente como sospechoso, por lo tanto no es público. Se trata del modelo 21, preliminar, sirve para llevar las investigaciones en secreto, sin que se entere el sujeto. Si llegase a saber que hemos hablado con la policía judicial, a Giorgio le llegaría la mierda hasta el cuello. Eso es un delito, Piatti: revelación de secreto oficial. Vimercati nos denunciaría y la investigación correría peligro, porque se buscaría enseguida un abogado. Cosa a la que tendría derecho si recibe la notificación después de ser investigado. Ahí reside la diferencia: en si ha recibido o no la notificación de que es sospechoso. ¿Dónde coño tiene la cabeza, Piatti?

—Lo siento —responde ella, mortificada—. No lo sabía.

—No puede ser periodista de sucesos y desconocer estas cosas, joder. Escríbalo todo de nuevo, y olvídese de Vimercati, por favor.

Ilaria suspira, apoya los codos en la mesa y las mejillas en los puños.

—No puedo hablar de Vimercati ni puedo revelar lo que nos ha contado la prima de Antonella Ravasio: juro que no sé cómo llenar un espacio de cuatro mil caracteres.

—Tiene razón —responde Besana, y se levanta de la mesa del bar—. Hay que inventarse algo. Por ejemplo, podríamos entrevistar al marido de la víctima. Una vez que lo investiguen, resultará muy útil.

—¿Cree que Pietro Foresti va a mostrarse dispuesto?

—Por supuesto. Tiene que jugar el papel del viudo en estado de shock. ¿Su esposa muerta a manos de un feroz asesino en serie? Al principio, los que son como él están encantados de hablar con los periodistas. Todos se creen que son excelentes actores.

Ilaria guarda rápidamente la tableta en la mochila, contenta de no tener que seguir escribiendo. Se sube la cremallera del plumas y sigue a Besana.

—¿No cree que el auténtico asesino puede estar muy nervioso por estas intrusiones? En el fondo, Foresti le ha robado el protagonismo.

—Sí, tiene razón. Lo he pensado, ¿sabe? Creo que está furioso. Como yo por la intrusión de Milesi —responde Besana, tranquilo, de camino hacia el aparcamiento.

La casa de Foresti está rodeada de periodistas y él los recibe a todos. Hay que ponerse en la cola. Besana se encuentra con un colega de Roma que acaba de salir de allí. Se saludan e intercambian dos palabras.

—¿Cómo es? —pregunta Besana.

—Ha llorado ante las cámaras y ha hecho un patético llamamiento al asesino en serie —cuenta riendo su colega—. Para nosotros es perfecto. Ya ves, un programa de tarde para amas de casa: eso funciona de maravilla.

Besana le guiña un ojo a Piatti.

—¿Qué le había dicho?

—¿Y de qué otra cosa podemos escribir nosotros?

—Nos haremos los gilipollas —responde Besana—. Los demás no se imaginan lo que acabamos de descubrir. Están convencidos de que Antonella es la tercera víctima de un psicópata, ni se les pasa por la cabeza provocar al marido.

—¿Así que tenemos que provocarlo?

—No use el plural, Piatti. Prefiero entrevistarlo yo, gracias. Usted saque la tableta y grabe la conversación.

—Sí, es mejor, estoy de acuerdo. Yo no soy capaz de provocar a nadie.

—Ya aprenderá —dice Besana.

Mientras esperan, Ilaria se sienta en un murete. Pese a toda la gente que hay allí, jamás se ha sentido tan sola. También su padre, al principio, concedía

muchas entrevistas. Y delante de su casa se congregó una multitud como esa. Mira a su alrededor, molesta: procura sentirse periodista, pero no puede evitar recordar que fue víctima de los periodistas. Ay, qué lío. Ya no sabe cuál es su papel en la vida, ni por qué cambia de uno a otro.

De golpe recuerda algo, algo que había olvidado durante veinte años. Su padre le pidió que se asomase a la ventana y que se pusiera a gritar: «Largaos, largaos». Lo hizo y todos la grabaron. Cuando su padre ponía la televisión, salía en todos los canales; una niña gritando desde la ventana: «Largaos». Y cuando Ilaria veía esas imágenes se sentía orgullosa de haber gritado, pero en silencio sufría porque lo había hecho con el pelo recogido con una goma (puede que estuviera mejor con el pelo suelto) y su peor jersey (si por lo menos se hubiese puesto el de lentejuelas...); además, no parecía su voz (¿o es que la tenía tan chillona y aguda?). Durante el juicio descubrió que había gritado desde la ventana para defender al culpable y no le quedó más remedio que borrar aquel recuerdo.

Ilaria mira a su alrededor. Luego sonrío para sí, como una borracha. «Cabron, ahora te destruiré.»

27 de diciembre

Por fin les llega el turno. Entran en una casa idéntica a todas las que la rodean. La decoración es un reflejo de la Italia provinciana: aparador, sillas de estilo antiguo, camas con cabeceros de latón, sofá barroco color mostaza con brillantes rayas rojas y cocina rústica con la mesa cubierta con un hule, falsos Van Gogh en las paredes o escenas de posadas. Y fotos, más que nada fotos, resaltadas con pesados marcos de plata. Infinidad de fotos de la boda. Y calendarios con las caras de los niños. Cojines con las caras de los niños. Tazas con las caras de los niños. Las pantallas de las lámparas de cerámica o de cristal esmerilado están llenas de volantes y pliegues, como falditas colgadas.

Foresti es un cuarentón de rostro insignificante y bastante normal, que podría ser el de cualquier retrato robot mal hecho. En cuanto ellos mencionan el nombre del periódico, se muestra servil. Los invita a sentarse en el sofá bueno, el de color mostaza. Parece un poco decepcionado de que no haya un fotógrafo.

—¿Dónde están sus hijos? —pregunta Besana.

—En la casa de mi suegra. Verá, estamos intentando protegerlos.

—Comprendo —dice Besana, que durante un rato lo calienta con preguntas convencionales.

Deja que Foresti hable de la desaparición y de su preocupación y luego del shock cuando fue hallado el cuerpo, de lo terrible que fue identificar el cadáver. No lo interrumpe en ningún momento.

—Lo único que quiero es que ese cabrón me diga por qué mató precisamente a mi mujer, por qué tenía que pasarnos esto a nosotros — concluye Foresti, secándose los ojos con los dedos. No usa pañuelo. Los dedos inspiran mucha más compasión.

—El móvil, tiene razón. Siempre hay que buscar el móvil —responde con tono cándido Besana.

El otro ya ha dejado de llorar. Se endereza un poco.

—¿Por qué dice eso? ¿Ese loco no elige a sus víctimas al azar?

—No lo sabemos —contesta Besana, evasivo.

Lo está poniendo nervioso para que reaccione, piensa Ilaria, muy atenta a lo que dicen. En efecto, Foresti ya da muestras de impaciencia.

—¿Y por qué iba a fijarse precisamente en Antonella?

Besana ha conseguido invertir los papeles, está obligando a Foresti a hacerle preguntas. Para alguien que tiene preparadas todas las respuestas, resulta mucho más difícil ser coherente.

—Ah, no lo sé.

—¿Dice que el asesino la conocía? —Foresti se va desviando lentamente del guion establecido.

—Puede ser.

Ilaria lo ve pensativo. Besana lo ha forzado a cambiar el guion y Foresti está tratando de improvisar una nueva estrategia para subrayar su inocencia. Cuando la gente que tiene poca imaginación se pone a inventar, sobre todo si tiene poco tiempo, es fácil que cometa un error. Al principio todas las ideas parecen buenas, pero solo si se han sopesado.

—¿Está insinuando que mi esposa tenía un amante?

Besana sonríe, ha picado. Solo necesita insistir en esa frágil teoría.

—Sí, es probable que usted lo conociera. Lo creen también los investigadores. —Y recurre a esta enorme trola para desorientarlo aún más.

—Ahora comprendo muchas cosas —dice Foresti, que ha caído de lleno en la trampa.

—Por casualidad, ¿Antonella hablaba de una posible separación?

Ilaria está fascinada por este juego de inversión de papeles con el que Besana ha conseguido llevar al otro a donde quería.

—No, faltaría más. Teníamos nuestros altibajos, como todas las parejas casadas. Teníamos tres hijos —responde Foresti, ya atrapado en la red.

—Sin embargo, nos han comentado que estaba buscando un abogado.

Foresti está desconcertado, tiene que reflexionar. Necesita salir del paso con rapidez pero está tenso, porque ahora mismo no se le ocurre nada.

—Antonella se quejaba de mi trabajo, eso es todo. Soy médico, así que me paso el día en el hospital. La dejaba demasiado tiempo sola, es eso. En parte, ese era el problema.

—¿Médico? Usted no se ha licenciado en Medicina, lo hemos comprobado.

—Se está tirando un farol, pero vuelve a ser una buena jugada.

Foresti se incorpora de golpe, se pasa nerviosamente una mano por el pelo.

—¿Qué dice usted?

Besana guarda silencio y lo mira. Mientras, Foresti procura calmarse, no debe perder los papeles.

—Perdonen, ahora no me queda más remedio que decirles adiós. Tengo que ir a ver a mis niños. Me necesitan, como se podrán imaginar. Discúlpeme, discúlpeme —dice.

—No me ha respondido. ¿Tiene o no el título?

Foresti se pone colorado, le palpitan las venas de la sien, hinchadas.

—¿Eso qué tiene que ver? Márchense, he dicho que ya basta.

—¿No quiere responder? ¿Por qué?

—¡Márchense, márchense!

—Es un delito, señor Foresti. Ejercicio ilegal de la profesión y estafa en

perjuicio de la sanidad pública. ¿Puede demostrar que tiene el título?

—¡Márchense! ¡O llamaré a la autoridad! ¡Los denunciaré por calumnias!

Con un gesto, Besana le dice a Piatti que se levante y salen deprisa. Ella todavía lleva en la mano la tableta, que, emocionada, balancea de un lado a otro.

—¡Coño, coño, ha sido maravilloso!

—Piatti, lo habrá grabado todo, ¿no? Como me haya hecho una de las tuyas, le juro que la estrangulo.

—He hecho algo más: he grabado un vídeo. Lo podemos enviar a la redacción —responde Ilaria, y le guiña un ojo.

Besana le pellizca la mejilla con el pulgar y el índice.

—Plasta, es usted un genio.

28 de diciembre

Besana está comiendo con su hijo. Por lo menos una vez al mes tienen la costumbre de quedar en el restaurante. No se vieron en Navidad porque Jacopo se fue a esquiar con su madre, de manera que la celebran ahora. El regalo de Marco es de lo más impersonal: un sobre con dinero. El chico, en cambio, no le ha llevado nada.

—¿Y bien? ¿Qué haces en Nochevieja?

—Bah, no lo sé. Algo con los amigos —responde Jacopo, con gesto aburrido.

Está a la defensiva, incluso en sentido físico. Lleva gafas de sol pese a que hay niebla y en una oreja tiene un auricular, casi a modo de amenaza, como si dijera: «No tardo nada en ponerme también el otro».

Besana está tratando de evitar el tema de las vacaciones, porque no le apetece nada saber cómo es la casa que el novio de Marina tiene en Celerina. Pero siguen esperando el primero y su hijo no abre la boca si no le pregunta.

—¿Has esquiado?

—Poco, hizo mal tiempo. Allí no hay muchos árboles en las pistas, así que cuando nieva no se ve una mierda.

—¿Te aburraste?

Se muere de ganas de que le diga que sí, pero Jacopo menea la cabeza.

—El novio de mamá es un apasionado de los spas y en Suiza hay un montón. No están mal, en algunas saunas es obligatorio quedarse en bolas y ves unas tías que están cañón sin nada, como si fuese la cosa más natural del mundo.

Besana traga saliva.

—¿Y mamá se ha desnudado? ¿Delante de todo el mundo?

Jacopo por fin se ríe.

—No, claro que no. Iba con Armando, que es un auténtico cerdo, te lo garantizo.

A Besana no le hace ni pizca de gracia que su mujer esté saliendo con un auténtico cerdo. También le da un poco de miedo que Marina haga comparaciones. Por suerte, Jacopo cambia de tema.

—¿Y tú qué has hecho?

—Trabajé —responde Besana.

—Anda. ¿También el día de Navidad?

—Es un caso serio. —Besana trata de darse importancia. Habitualmente lo rebaja todo con realismo e ironía, pero ante un hijo adolescente, con el que encima tiene dificultades de diálogo, no puede hacer otra cosa. Además, le molesta mucho que el tal Armando lo lleve a los spas a ver mujeres desnudas. Preferiría hacerlo él.

—Sí, lo he visto por la tele. El vampiro: joder, es una buena historia, parece *Crepúsculo*.

Besana intenta mantener el control. Eso significa que su hijo ni siquiera lee sus artículos. ¿Ha visto los programas en los que se pavonea Milesi?

—Es un poco más complicado que eso —responde—. No es exactamente un vampiro; si acaso, un caníbal.

—¿Un caníbal? ¡Qué guay! ¿Como Hannibal?

Besana aprieta los labios finos y levanta las cejas.

—Digamos que sí.

—Entonces ¿has pasado la Nochebuena a solas con el caníbal?

—No estaba solo —responde Besana—, estaba con una colega.

—¿Guapa? ¿Sales con ella?

—No, demasiado joven para mí. Imagínate que para que nadie piense mal, aunque todos en la redacción se hablan de tú, la obligo a que me trate de usted.

Jacopo parece muy interesado en el tema Piatti, más que en el vampiro o en el caníbal.

—¿Por qué? ¿Te tira los tejos?

No ha hecho tantas preguntas en su vida, maldita sea.

—No, no me tira los tejos. No es más que una forma de tener un trato educado con ella —responde Besana.

—¿Tan fea es, papá?

Besana guarda silencio un momento, luego sonrío. Pero es como si sonriese para sí mismo en vez de sonreírle a su hijo.

—Ilaria no es fea. Tiene una cara bonita, y buen cuerpo. Pero hace de todo para parecer fea, no sé por qué. —Se queda sorprendido de su respuesta, en el fondo sincera.

Su hijo ahora se está comiendo las cutículas de las uñas.

—Mamá no está contenta —dice de improviso—. Ella y Armando discuten siempre, ¿sabes?

A Besana esta confesión le ha pillado de improviso y no sabe cómo reaccionar. Quisiera decir: «Tu madre nunca está contenta». Pero no puede.

En ese preciso instante le suena el móvil. Es Giorgio. A él tiene que responderle. Le pide disculpas a Jacopo y se levanta de la mesa un momento.

—Perdona si te interrumpo, a lo mejor estás comiendo —dice Giorgio—, pero el médico forense ha encontrado cosas interesantes en el cuerpo de Antonella Ravasio, es probable que tu colega esté en lo cierto.

—¿O sea?

—Tiene una herida en la cabeza, compatible con una caída por las escaleras. La policía científica está ahora en la casa de Foresti, ha encontrado rastros de sangre con el luminol. Está justo al fondo de las escaleras. La

hipótesis es que primero la tiró y después la estranguló, escenificando lo que ya sabemos. Y no tiene el título, tenéis razón en eso. Ejercicio ilegal, en efecto.

—¿Se ha enviado la orden de detención?

—Sí, pero el juez aún no la ha ratificado.

—¡Coño, qué noticia! Gracias.

Besana vuelve a la mesa, muy emocionado, pero su hijo ya no está. En un primer momento piensa que se ha ido al servicio, luego se da cuenta de que su mochila tampoco está. Desesperado, lo llama. Pero Jacopo no responde. Poco después le llega un mensaje:

Para una vez que tenía algo importante que contarte.

28 de diciembre

Besana conduce sombrío por la región de Bérgamo. Ilaria, sentada a su lado, intenta hablar con él, pero está intratable.

—Así que yo tenía razón. Foresti mató a su mujer y después decidió echarle la culpa al asesino en serie.

Es la centésima vez que lo repite, como esperando que le diga que lo ha hecho muy bien. Pero Besana no le da el gusto, mira la carretera en silencio.

No aguanta más ir por esos sitios. A menos de cuarenta kilómetros de Milán se entra en otro mundo. Solo hay que salir por la A4 hacia Capriate, pasar por delante del Motel Gugliel y el Grill Road House, como si fuera un pueblo de Estados Unidos, y ya le cuesta respirar. Pero aquello no es un pueblo de Estados Unidos, es puro Far West lombardo: no hay más que fijarse en los carteles escritos en dialecto. Capriate San Gervaso es «Cavriàt Sant Gervàs».

Lo esperan demasiados campos de maíz y demasiados pueblos idénticos. Pueblos en los que solo hay peluquerías que se llaman «Peinados Algo», papelerías-jugueterías con muestrarios de bisutería anticuada, ventanillas de bancos populares y bares llenos de tragaperras, con sillas de plástico con el logo de Sammontana, muñecas en el escaparate y flores de plástico en el mostrador. Y pizzerías de comida para llevar en todas partes, cada dos metros, nunca restaurantes con mesas, como si a la gente no le gustase cenar en compañía y prefiriese volver enseguida a casa con su cartón en la mano. Únicos lugares de encuentro, tristes ágoras de provincia, las feas edificaciones que sirven de centro deportivo, que nunca falta. Nada más.

Como consecuencia natural de esta desolación, los centros comerciales se convierten en faros y tienen nombres monumentales, como «Continente». Ilusiones pretenciosas de modernidad: inmensos letreros de tiendas de electrodomésticos, carteles que anuncian spas y gimnasios, la palabra «outlet» empleada como genérica tentación.

Besana está harto de cruzar kilómetros de chalets adosados con jardines repletos de ánforas de barro y Venus desproporcionadas, templetes decimonónicos y vírgenes privadas, colocadas a un lado del horno de leña o de la barbacoa. Está harto de escaparates en los que solamente hay bomboneras, marcos de estrás y cuencos de madreperla. Hay tanto silencio que se oye servir los platos en las casas y el chillido del pavo resuena como un grito siniestro, casi como si pidiera socorro. No puedes dar marcha atrás para programar el navegador porque todo el mundo se asoma a la ventana y te observa. ¿Qué queréis de nosotros, extranjeros? Enseguida reconocen que no formas parte de la comunidad.

El culto a la sospecha se concreta en una densidad de videocámaras fuera de toda razonable proporción. Hasta el punto de que uno se pregunta cómo hace la gente para matar allí, y encima tan a menudo. Basta que aparezca un coche poco conocido para que mil testigos lo rodeen. Testigos descarados, que no temen asomarse a la ventana o salir al balcón para, todos juntos, en silencio, observarte con los brazos cruzados y hacer que te sientas rodeado. Y ahí radica la gran contradicción.

¿Por qué no resultan útiles en caso de homicidio? La discreción del norte es, en el fondo, equivalente a la ley del silencio del sur. Solo que la llaman con otro nombre.

Besana frena en un área de descanso, las ruedas rozan una acequia.

—Es alguien de aquí —dice de repente.

Ilaria se inclina y se frota las sienes con las manos.

—Estamos demasiado cansados —dice ella—, demasiado nerviosos.

—Es alguien de aquí —repite Besana, como si ni siquiera la hubiese oído—. Uno que cuando pasa, la gente no se asoma a la ventana.

4 de noviembre de 1873

Maria Walser se apea del carruaje y mira a su alrededor. Ha ido a Pavía para ver a Cesare Lombroso. El caso Verzeni ha suscitado grandes debates también en el extranjero, y desde hace un mes él mantiene correspondencia sobre el tema con profesores de la Universidad de Montpellier. Lombroso parece desconcertado, es evidente que no se esperaba que el estudiante de Tubinga que le ha enviado un colega alemán fuese una mujer. Maria le sonrío. Él la invita a seguirlo al interior de la universidad para hablar con calma. Maria acepta con un gesto de la cabeza. Lombroso le está hablando en francés pero ella lo detiene, habla bien italiano. Lombroso está cada vez más asombrado.

Maria Walser lo sigue en silencio, a pasos rápidos. Se queda boquiabierta cuando ve el patio de la Facultad de Medicina, la elegancia del doble orden de columnas. Mira la estatua. Lombroso le explica que se trata de Alessandro Volta, pero no se detiene. Ella tiene que seguirlo. Se dirigen a la sala de anatomía, el aula Scarpa. Maria se queda sin aliento. Parece un teatro de Palladio. Hornacinas con bustos de mármol, ventanales en arco, el techo abovedado con pinturas fantasiosas. Y figuras con alas que sostienen el instrumental del cirujano, una maravilla.

Lombroso la invita a sentarse detrás de la mesa del profesor, hay algunas sillas. Le explica que los frescos acaban de ser restaurados. Mientras, saca unos dibujos. Se los enseña.

—El feroz monomaniaco —dice—. En realidad tiene las características del hombre sano de Bérghamo.

Maria lee la ficha: «22 años; altura, 1,66; peso, 68 kilos».

Lombroso le hace notar que tiene el pelo rubio oscuro.

—Abundante y muy fino —dice—. Los locos, en cambio, tienen muy poco pelo.

Le tiende una hoja con los datos craneométricos y las medidas del resto del cuerpo. Y los resultados de la oftalmoscopia.

—¿Anamnesis familiar? —pregunta Maria.

—Solamente dos tíos con cretinismo —responde Lombroso—. Uno de ellos carente de barba y de un testículo, y el otro atrófico. Y con un volumen de cráneo muy reducido, aplastado a los lados.

Maria pregunta qué tipo de enfermedades han tenido en la familia. Lombroso le explica que la madre y la abuela no han padecido enfermedades importantes, tampoco los abuelos ni los bisabuelos maternos y paternos. El padre tiene leves síntomas de pelagra, que padeció durante unos días en 1871.

—¿Pelagra?

Maria es menuda y viste de negro. Pero tiene los ojos vivos. Cuando algo llama su atención, se vuelven enormes y despiden chispas.

—Pelagra que solo produjo una leve manifestación de delirio o, en puridad, de hipocondriasis —aclara Lombroso. Y añade—: Un primo padeció hiperemia cerebral y otro era reincidente por robo. Pero, por lo demás, nada.

»“Los locos no ganan dinero”, decía con mucho acierto un testigo en relación con esta familia —comenta y, por primera vez desde que están juntos, ríe.

Maria lo está mirando intensamente. Lo considera un hombre fascinante y lo admira, sobre todo lo admira. Le gustaría trabajar con alguien como él.

—El contexto es la auténtica enfermedad —prosigue Lombroso, que ahora se ha relajado un poco—. Sus padres eran tan tacaños que en 1866 él enfermó por comer polenta de maíz podrida. —Y empieza a hablar de Vincenzo.

»Solitario y taciturno, pero nadie en el colegio lo llamaba loco o extravagante, de modo que no lo era, de lo contrario en un pueblo pequeño su locura o extravagancia se habría manifestado. No le faltaba inteligencia, pero nunca quiso estudiar.

—¿Nunca sufrió de cefaleas? —pregunta Maria.

—No, solo de diarrea en verano —responde Lombroso.

Maria pide más datos sobre su carácter.

—Calla y habla siempre con un propósito —dice Lombroso—. Miente de modo coherente, guarda silencio cuando no le conviene mentir, trata de acusar a los otros. Estudia la manera más adecuada de asesinar a cada víctima: cuerda con Pagnoncelli, tierra dentro de la boca con Motta.

—Así que es lúcido.

—Pues sí. Y también es capaz de afecto —continúa Lombroso—. Adora a sus nietos, por ejemplo. Una vez que rompe una relación amorosa, enseguida entabla otra. Es taciturno, pero en la cárcel hace buenas migas con los compañeros de celda. Los locos no son expansivos ni fuera ni dentro del manicomio.

—Es cierto —confirma Maria.

En cualquier caso, el móvil es evidente. Según él, es un problema de índole sexual. Y aquí Lombroso baja la mirada. Le da vergüenza hablar de ciertas cosas delante de una mujer.

—Hay pruebas de la continua masturbación y también de sus relaciones precoces incluso con niñas —dice, siempre sin mirarla a la cara.

Maria sonríe. Está acostumbrada a la incomodidad que suscita en los profesores.

—El problema aquí no es tanto la pelagra como la beatería —explica Lombroso—. Por eso las mujeres violadas por Verzeni no querían denunciarlo. Les daba más miedo el juicio del pueblo que él. Así se explica

también el testimonio de la madre de Marianna Verzeni, que prefería hablar de mal de gusanos en vez de violencia contra la chiquilla. Como si esa agresión la deshonrase. ¿Entiende?

—Claro —responde Maria Walser.

—A eso se suma la tacañería patológica de la familia Verzeni —relata Lombroso—. Por razones económicas le prohíben casarse. Le impiden gastar dinero para divertirse, lo obligan a trabajar y punto. Ese hombre, ante la encrucijada de reprimir un deseo muy violento o cometer un crimen, eligió este camino.

Explica que Verzeni pasa de la violación al estrangulamiento también por la necesidad de ocultar al pueblo, y sobre todo a su familia, esas relaciones sexuales. Los médicos ya han comprendido que la excitación sexual vinculada a la sangre es recurrente «en los demasiado castos o en los en absoluto castos», dice.

—Esto hace pensar que el instinto homicida y el sexual tienen en el cerebro una conexión, anatómica o fisiológica. —La mira.

—Estoy de acuerdo —responde Maria—. Eso se deduce leyendo la *Fisiología del placer*. Es sabido que los soldados, en los saqueos, vinculan violaciones con delitos de sangre.

A Lombroso lo pasma que una mujer lea ciertas cosas, pero está fascinado. La estudiante alemana está muy preparada, es interesante discutir con ella. Hablan largo rato, luego él la acompaña al carruaje. Tiene que estar por la noche en Milán, porque al día siguiente ha de visitar el manicomio criminal de la Senavra.

—Por supuesto, quedan misterios —dice Lombroso al cruzar de nuevo el patio.

Y le explica sus dudas, sus tormentos. Por ejemplo, se pregunta qué es lo que puede haber alterado tanto su carácter. De niño Verzeni era muy sensible,

le aterraba presenciar el sacrificio de los animales, hasta el punto de que tenían que sacarlo de la casa cuando había que sacrificar uno. Pero en la adolescencia descubre que experimenta placer degollando pollos y culpa al zorro de sus masacres. Nunca se ha sabido cómo diseminó las entrañas o la pantorrilla de Motta, en tan poco tiempo y sin que nadie lo viera. Y cómo pudo cometer crímenes tan complicados en menos de cuarenta y cinco minutos. Ni tampoco cómo elegía a sus víctimas, todas tan diferentes entre sí. En algunos casos, eran mujeres incluso repelentes. Su prima Marianna era una niña esquelética de catorce años consumida por el cólera. ¿Y la vieja vendedora de aguardiente? Era imposible sentirse atraído por ella. También la fuerza que Verzeni exhibe en los asesinatos es anómala, no se corresponde con su musculatura. La fractura del radio de Motta, por ejemplo, sugiere un físico distinto del suyo.

—¿Y los alfileres? ¿Qué significan? —pregunta Maria, que conoce todos los pormenores porque ha leído el sumario.

—Ya. —Lombroso meneaba la cabeza, desconsolado—. Nunca se ha comprendido el significado de esos alfileres. Verzeni dice que experimentaba placer arrancándolos de la cabeza de Motta y colocándolos sobre una piedra. Pero no sabe por qué los clavó en la espalda de Pagnoncelli. Admite que para entonces ya no comprendía nada.

El cochero abre la puerta del carruaje y ayuda a Maria Walser a subir. Lombroso le besa la mano. No consigue dejarla marcharse, le estrecha el guante.

—Lo que hay de extraordinario en este caso es la plena lucidez mental del acusado —dice—. Es consciente, por tanto, de la gravedad de sus actos y, al mismo tiempo, de la imposibilidad de contenerse.

—Eso demuestra la necesidad de manicomios criminales en los que encerrar a estos seres, donde ya casi no existe una frontera entre el crimen y la

locura —responde Maria. Lo mira directamente a los ojos. Ella también lamenta marcharse, con mucho gusto se habría quedado unos días más, para estar con él.

28 de diciembre

Por la tarde nada sale bien, como lo que llevan de día. Giorgio llama por teléfono para avisar de que, tras dos horas de interrogatorio, el juez de primera instancia no ha ratificado la orden de detención, que Foresti se declara ajeno a los hechos. El abogado afirma que él no estaba en casa cuando su mujer fue asesinada y que los restos de sangre hallados debajo de la escalera únicamente demuestran que fue asesinada allí, no que él estuviese presente en ese momento.

—Dice que había salido a pasear porque habían discutido, ¿comprendes? Y que se dejó el móvil en casa. Además, que cuando volvió, creía que ella se había ido a acostar.

—Pero eso no lo contó cuando denunció la desaparición —observa Besana.

—La contradicción ha sido anotada. Pero a nosotros nos frena el procedimiento —suspira Giorgio.

Por supuesto, el abogado de Foresti ofrece declaraciones en ese sentido y todos los periodistas están obligados a reproducirlas. Besana se une durante un momento a la multitud de informadores, luego maldice y se marcha. Ilaria lo sigue preocupada, sobre todo por él.

—Pero ¿qué es lo que le ha pasado hoy?

—Nada, Piatti, es solo que estoy harto de esta profesión de mierda. Hay ADN del asesino en las víctimas porque un mordisco deja huellas, coño. Y nadie consigue hacerlo coincidir con nada. Hay un homicidio resuelto pero no ratifican la orden de detención. Joder, es evidente. —Besana da una patada a

una caja de cigarrillos vacía, tirada en la calle—. Me alegro de poder jubilarme.

—No es cierto que eso lo alegre —dice Ilaria.

—Pues resulta que sí. Con el dinero que van a ofrecerme para que me largue, me compraré un bonito chalet adosado y llenaré mi jodido jardín de araucarias y olivos, y de otras plantas que no tienen nada que ver con la vegetación autóctona. Y en lugar de tener que estar escuchando a leguleyos soltando chorradas solo para salir en la televisión, usted y yo nos iremos a buscar enanos de jardín para plantarlos en la entrada.

Ilaria se detiene en seco y rompe a reír.

—¿Me está pidiendo que me case con usted?

Ahora también Besana rompe a reír.

—Elija una bonita casa de dos plantas, años setenta, color verde militar, y será suya. —Y con un gesto le pide que aligere.

No puede dominar su impaciencia. En el fondo, lo único que querría Besana es emborracharse y vegetar en el sofá de su casa, pero la adrenalina se lo impide.

—Me siento inútil, coño —añade mientras se abren las puertas del coche—. Tenemos que empezar desde el principio, pensar de nuevo en todo. Es probable que haya algo que no hemos tenido en cuenta —dice con voz nerviosa, casi desesperada—. A lo mejor podemos echar una mano. Me niego a escribir las chorradas que cuenta ese asesino. No es el asesino en serie, vale, pero no deja de ser un asesino.

—¿No había dicho que investigar es tarea de los investigadores y que nosotros no somos más que periodistas y debemos limitarnos a ofrecer la noticia?

—Piatti, usted aprende demasiado deprisa —responde Besana a la vez que gira la llave—. Y deje ya de buscarle tres pies al gato, porque hoy también

vamos a parar en un sitio magnífico: el área de servicio Brianza Norte. Me encanta escribir en ese lugar *pieds dans le brouillard*. Sobre todo cuando hay atasco en la carretera.

Besana entra y saluda a una camarera como si fuese una vieja amiga. Y ella lo trata como a un cliente habitual.

—¿La cerveza de siempre?

Ilaria está un poco sorprendida.

—¿Le gusta este sitio?

—Es un lugar maravilloso, me ayuda a pensar. ¿Preferiría estar a merced de las retenciones en la salida de Carugate?

—Si a usted le gusta... —responde Ilaria, encogiéndose de hombros.

La camarera vuelve con dos cervezas y Besana la pone al día sobre los crímenes.

—¿Se conocen desde hace mucho? —pregunta Ilaria.

—No sé ni cómo se llama. Le vendo información reservada a cambio de un aperitivo —responde Besana.

A veces a Ilaria le cuesta seguirlo, pero le da igual. Ahora, sin embargo, nota que su cerveza es pura espuma, quizá porque ella no tiene nada que vender.

Besana le pide a la chica una hoja y un bolígrafo. Normalmente toma notas en el móvil o en el iPad, pero hoy tiene ganas de garabatear algo.

—Recapitulemos —dice—. Dejemos de lado el caso Ravasio, que no ha hecho más que confundirnos las ideas. Antes o después enjuiciarán a Foresti, él presentará todos los recursos que pueda y a saber dónde estaré yo para entonces. Así que, qué más da.

—Un razonamiento impecable —contesta Ilaria.

—Dado que estoy aquí y ahora —continúa Besana—, lo que me gustaría comprender es quién coño puede ser ese loco que finge ser Verzeni.

—Técnicamente, no podemos definirlo como un asesino en serie porque las víctimas son menos de tres —señala Ilaria.

Besana se entusiasma.

—Excelente observación, Piatti. Eso significa que pudo matar antes, no sabemos dónde. No creo que un aficionado pueda escenificar algo así. Nadie empieza de esa manera.

—A lo mejor esa puesta en escena es una demanda de ayuda —continúa Ilaria—. Quiere llamar la atención. Él mismo no se cree que haya podido actuar durante tantos años sin que nadie lo moleste. Sabe perfectamente que, si se descarta a Verzeni, la prensa no hará otra cosa que hablar de él. ¿No le estaremos siguiendo el juego?

Besana, pensativo, toma otro trago de cerveza.

—Es una hipótesis muy probable. Pero planteemos esta otra: solo hay una manera de actuar sin que nadie se entere durante años: eligiendo a víctimas de mierda. Quiero decir, personas a las que nadie echará en falta. Piense en las putas de Stevanin. ¿Quién se preocupaba por ellas? O en Jeffrey Dahmer, el caníbal de Milwaukee. Su dieta estaba basada en los maricas que se ligaba en la calle.

—Bueno, las prostitutas asesinadas en 1997 o 1998 en el «cuadrilátero de la muerte» —Ilaria remarca el sinónimo elegido— tenían padres, puede que maridos. No estaban solas.

—No me parece que para esas cuatro infelices se emplearan muchos recursos. Los asesinatos ni siquiera se han resuelto.

Besana levanta un brazo para pedirle a su amiga una segunda cerveza.

—Ya. —Ilaria baja los ojos—. El hombre del Mercedes negro sigue por ahí. Quizá sea nuestro asesino.

—No nos centremos en el territorio para el asesinato kilómetro cero. El Sujeto Desconocido podría no haber actuado aquí, en su zona. Podría haberlo

hecho en el extranjero, por ejemplo. Se va de vacaciones a Cuba, como muchos albañiles de aquí, se liga a una pobre chica y la asesina. Por supuesto, a nosotros no nos llega la noticia. Probablemente tampoco aparece en la prensa cubana. A los Castro nunca les ha gustado la propaganda negativa. ¿Sabe cuánta gente desaparece allí? Comida por los tiburones, no por un caníbal, mientras tratan de huir a Miami. ¿Quién puede notar la diferencia?

Ilaria se estremece.

—O en México —prosigue Besana—. Piense en México. Hace unos meses leí que a lo largo de la frontera desaparecen más de veintiséis mil personas al año intentando cruzar a Estados Unidos. Setenta al día. ¿Cree que cinco o seis mujeres más o menos pueden preocupar a alguien?

—De acuerdo, supongamos que ha ocurrido así, que el Sujeto Desconocido no va por la segunda víctima sino por la vigésima —dice Ilaria—. ¿Por qué quiere ahora que lo detengan?

—Excelente pregunta, Piatti. Aunque también muy complicada —responde Besana—. Pues sí, ¿por qué? A lo mejor solo está jugando, está acostumbrado a no rendirle cuentas a nadie y cree que es más listo que los investigadores. O bien le ha pasado algo.

—¿Como qué?

—Cómo coño quiere que lo sepa. ¿La muerte de un ser querido? ¿Una separación? ¿Un problema de trabajo? Estamos en crisis, a lo mejor ya no tiene dinero para irse de «vacaciones», llamémoslo así.

—Y no le queda más remedio que conformarse con los sabores locales —dice Ilaria, y en ese momento se da cuenta de que ha empezado a hablar como Besana.

—La crisis es la crisis —se ríe—, hay que renunciar a los tacos y conformarse con los *casonsèi* rellenos.

28 de diciembre

Mientras sube las escaleras, a Besana le llega un SMS de su mujer. Muy desagradable, como siempre. Para empezar, vuelve a reclamarle el dinero de las clases de baloncesto y también el de la matrícula de la piscina. Que, por cierto, jamás ha discutido. Pero no es eso. Es el chantaje lo que le saca de quicio, pues Marina no desaprovecha la ocasión para hacerle notar que Jacopo siempre regresa deprimido cuando come con él.

Lamentablemente, ya ha llevado a Ilaria a su casa; le habría sentado bien hablar del asesino en serie. Mejor que estar solo, en silencio, en el sombrío estudio que ha alquilado para dejarles el piso a su mujer y a su hijo. Todos sus libros siguen allí, en el despacho de paredes azules, donde escribía tan a gusto. Quizá por eso ahora prefiere las áreas de servicio.

Se pregunta si ese despacho lo estará usando el novio de Marina, y solo de pensarlo siente una punzada. La cama le da igual, porque nunca le gustó. Demasiado barroca, con el cabecero demasiado alto. Incluso discutió por eso con Marina, porque la encargó sin enseñársela siquiera. Que el tal Armando duerma en ese colchón duro, en ese colchón en el que se pasó un montón de noches dando vueltas, diciéndose que estaba perdiendo a la mujer que se encontraba tumbada a su lado. Eso le da igual. Pero el despacho no, por favor. Si tuviese dinero, se lo llevaría todo. Las estanterías hechas a medida, el escritorio de su padre, las sillas que sacó del periódico cuando modernizaron la redacción y tiraban los muebles viejos.

Mira a su alrededor. En un estudio semiamueblado: ahí ha acabado.

Trabajar toda la vida y no tener una mierda. Luego cierra los ojos un instante. Será mucho peor cuando deje de trabajar. ¿Qué va a hacer de noche, cuando ya no pueda meditar acerca de las grandes culpas de la humanidad? ¿No va a quedarle más remedio que meditar sobre las suyas, tan pequeñas y mezquinas?

Le ha dado al periódico sus mejores horas, de día y de noche. Horas, e incluso minutos, que continuamente le echaban en cara. Quizá porque él no medía el tiempo. Era más que eso, no tenía límites exactos, era un tiempo por el que sentía una rara responsabilidad. Si yo no estoy aquí, si yo no salgo para intentar comprender, ¿quién va a contar lo que realmente ha sucedido? Muchas veces ese esfuerzo ha ayudado en la investigación. Es algo que prefiere no enseñar a una chica como Ilaria, sin futuro en un mundo como el del periodismo, un mundo que está terminando. Si no, podría tomárselo igual que él, como un asunto de vida o muerte. Pero la gente vive y muere de todos modos.

Comprender por qué ha sucedido no devuelve una voz a quien siente su falta, no devuelve tiempo —mayor o menor, en cualquier caso tiempo, otro tiempo, más tiempo— a quien lo deseaba y tenía derecho a él. Solo se obtiene justicia, cuando se puede. Pero con la justicia, una vez obtenida, al final la gente no hace gran cosa. Los exasperantes recursos ante los tribunales son una batalla que sirve a los parientes para llenar la ausencia. Luego se quedan solos con su dolor. Y tal vez también con la indignación de ver cómo sale por buena conducta el causante de todo.

¿Y sus culpas? A veces las exagera, cuando está por ahí, porque le cuesta convencerse de que sean tan pocas. Nada más que un cuelgue por una becaria, y encima gilipollas. Sí, metió la pata, pero el precio fue muy alto. Perdió a su mujer y a su hijo, y también su despacho de paredes azules. Nadie le ha permitido recurrir. Enseguida lo condenaron. No reclamaba, en la frágil jurisdicción que rige las más profundas relaciones humanas, la presunción de

inocencia —pues, entre otras cosas, inocente no era—, sino solo que lo escucharan un poco. Y ahora no sabe con quién hablar.

Responde a su mujer:

Mañana le dejaré al portero el cheque para el baloncesto y la piscina.

29 de diciembre

Dado que desde hace unos días no ocurre nada y la gente se muere de ganas de que le cuenten novedades sobre el vampiro, el jefe de redacción propone una entrevista a un criminólogo famoso para llenar un par de páginas. Besana y Piatti están citados con el profesor Pallotta. Ilaria solo lo ha visto en televisión y siente mucha curiosidad por conocerlo.

—Un fanfarrón —masculla Besana antes de llamar al timbre—. No es un dechado de simpatía, se lo advierto.

Pallotta está sentado a un viejo escritorio de caoba, casi cubierto por una montaña de libros y objetos, más o menos pertinentes, entre ellos un aerosol. Tiene el pelo canoso y una gruesa papada que el bigote y la barba no consiguen ocultar. Lleva gafas con cristales ahumados, pero en una caja tiene por lo menos una docena más: con montura de carey, bifocales, progresivas, de lectura, de sol. Y, de vez en cuando, mientras habla, toquetea el montón en busca de otras gafas, como si las que lleva puestas no le bastaran para ver bien la cara de quien tiene delante.

Las estanterías están llenas de objetos de todo tipo, aquello parece un museo de antropología criminal. Palos, cuchillos, cucharas, espejos, tabaqueras, abanicos, jarras. Pero también cadenas, cuerdas, sogas, tenazas y otros instrumentos de tortura. Hay incluso una silla eléctrica en miniatura y una maqueta de la cárcel de Sing Sing. Y, por supuesto, libros, muchísimos libros. De criminología, de derecho penal, de psiquiatría, de medicina legal, de genética forense.

Invitado fijo de los programas de entretenimiento y de los que tratan de crímenes o de personas desaparecidas, Pallotta se ha convertido en un personaje y ha actuado como experto en muchos casos judiciales.

—Los psiquiatras y los criminólogos nos hemos vuelto más importantes que los magistrados, puede escribirlo. Con un peritaje bien hecho es posible salvar a alguien de la cadena perpetua. Nuestro amigo Lombroso lo tuvo claro. Y el juicio a Verzeni puede definirse como el primer juicio moderno, al menos en ese sentido. ¿Quién tenía razón, los jueces o los psiquiatras? ¿Dónde está la frontera entre maldad y enfermedad? ¿Hasta qué punto somos dueños de nuestros actos? ¿En qué medida somos libres de elegir entre el bien y el mal?

—Es el viejo problema del libre albedrío —comenta Besana.

—Viejo, desde luego. Pero llegaron los neurocientíficos con el arma secreta que lo resuelve todo: el *brain imaging*. Solo hay que fotografiar a color un cerebro. Hoy se puede entrar en la cabeza de un asesino y fotografiar cómo razona y los mecanismos que lo condujeron al delito. Y decidir de manera objetiva si es o no responsable de sus actos; en definitiva, si es o no imputable.

—Sí, pero hablamos de un caso del siglo diecinueve —observa Besana.

—Fíjese que un investigador norteamericano, Antonio Damasio, ha desempolvado precisamente un caso del siglo diecinueve para extraer sus conclusiones. El de Phineas Gage, un obrero que trabajaba en el ferrocarril. Un día tuvo un accidente en el trabajo. Estalló una carga explosiva a pocos metros de donde se encontraba y un tubo de hierro le atravesó el cráneo. Sin embargo, sale adelante, parece que está curado. Solo que se comporta de manera extraña, se vuelve intratable, tiene continuos cambios de humor, blasfema como nunca lo ha hecho. Sus amigos y sus familiares ya no lo reconocen. ¿Qué le ha ocurrido? Según Damasio, el hierro le ha causado lesiones en la corteza prefrontal del cerebro, encargada del control de los

instintos. Por eso, según él, una persona del todo normal, como consecuencia de un trauma cerebral, puede convertirse en delincuente. —Pallotta muestra una revista—. En Estados Unidos hay un tipo al que han apodado «el nuevo Lombroso». Se llama Kent Kiehl. Ha publicado un artículo que ha causado sensación, en *Psychiatry Research*, la revista más importante de psiquiatría de Estados Unidos.

—¿Y qué tiene en común con Lombroso? —pregunta Besana.

—Para empezar, su carácter maniático —responde Pallotta—. Y también la obsesión por los presos. Kiehl se dedicó durante no sé cuánto tiempo a escanear el cerebro de los reclusos de una cárcel de máxima seguridad de Nuevo México. Aparcó su caravana con la máquina de resonancia magnética en el patio de la cárcel. Hacía llevar a los peores criminales y les metía la cabeza dentro de la máquina. Un trabajo increíble, que nadie había hecho, y que recuerda las investigaciones craneométricas de Lombroso.

—¿Y descubrió algo?

—Sí. Que los psicópatas no son como el resto de los seres humanos. Nacen diferentes, según él. A su cerebro, como al de los asesinos en serie o al de los sádicos sexuales, le falta algo: la conexión entre el sistema límbico, que gobierna las emociones, y la corteza prefrontal, que controla los impulsos y la agresividad. En el mejor de los casos tienen un sistema paralímbico, esto es, la zona del cerebro que elabora las emociones, menos desarrollado de lo normal. O bien, malformaciones en la amígdala, la centralita del cerebro que controla el miedo. Por decirlo con una frase: tienen un agujero en la cabeza, como Phineas Gage.

—Increíble.

—Como carecen de ese puente entre los instintos y las emociones, no sienten empatía o compasión hacia los demás. Son fríos e insensibles, como

los replicantes. Por lo general, vistos así, desde fuera, en la vida cotidiana parecen normales, incluso buena gente.

—Como los locos morales de los que hablaba Lombroso.

—Justamente. No es el hoyuelo en medio del occipital que Lombroso descubrió en el cráneo del bandido Villilla, una presunta anomalía en el desarrollo del cerebelo que se remontaría al hombre primitivo, sino algo muy semejante: una disfunción orgánica que condiciona el comportamiento, que priva al delincuente nato del libre albedrío y lo vuelve irresponsable ante la ley moral y el código penal. Solo que ahora no se estudian los huesos del cráneo, sino la activación de las distintas zonas del cerebro con las técnicas del *brain imaging*, la PET o la resonancia magnética.

—Me acaba de recordar un caso que seguí hace unos años —lo interrumpe Besana—. El primer juicio en Italia en el que la neurociencia y la genética desempeñaron un papel decisivo. En marzo de 2007, en Udine, un colombiano fue apuñalado hasta la muerte por un inmigrante argelino, un tal Bayout Abdel no sé qué.

—Abdelmalek —apunta Pallotta—. En efecto.

—Abdelmalek, así es. —Besana asiente y prosigue—: Le tomaban el pelo porque se pintaba los ojos con kajal, por motivos religiosos. Decían que era gay y que ese fue el móvil. En primer grado, con el procedimiento sumario y los atenuantes genéricos, lo condenaron a nueve años y dos meses por homicidio voluntario. En el recurso de apelación, la defensa movilizó a un batallón de psiquiatras y neurocientíficos. Le hicieron toda clase de test y análisis. Incluida una resonancia, y encontraron que algo fallaba en su cerebro. Por lo demás, ya había estado en tratamiento en Udine. Luego analizaron el ADN y hallaron genes inapropiados, que explicarían su conducta agresiva. Conclusión: le descontaron un año de condena porque era «genéticamente vulnerable». Una frase que nos puso en ridículo ante el mundo. Todos

escribían: «Un juez italiano ha descubierto el gen del asesino». Un diario inglés llegó a titular: «El gen que te saca de la cárcel», o algo así.

—Sí, lo recuerdo —confirma Pallotta—. Simplificaciones periodísticas. Pero había algo de cierto. Por otro lado, la corte de Trieste no hizo otra cosa que seguir las nuevas tendencias de la justicia estadounidense. Allí, ya en los años noventa, comenzaron a aplicar la neurociencia en los tribunales. Como en el caso de John Hinckley Jr., el desequilibrado que le disparó a Reagan por amor a Jodie Foster. O, más recientemente, con Brian Dugan, un sujeto de Illinois que violó y mató a una chica de veintisiete años y a dos niñas de diez y de siete años, entre 1983 y 1985. Un candidato seguro a la pena de muerte. ¿Y qué hacen sus abogados para librarlo de la inyección letal? Llamaron a Kiehl. El Lombroso del 2000 que escanea el cerebro con la resonancia magnética y sentencia que hay disfunciones, que ese hombre es un psicópata y que, por tanto, no puede entender ni tener voluntad. Dugan estuvo en brazos de la muerte hasta marzo de 2011, cuando el gobernador de Illinois abolió la pena capital. Se le conmutó la condena por cadena perpetua, pero mucha gente protestó.

—Bueno, ya sabemos cómo es la América profunda —comenta Besana.

—En cualquier caso, hay una corriente jurisprudencial que se opone —prosigue el criminólogo—. En ciertos casos, el diagnóstico de psicopatía no rebaja la imputabilidad del sujeto, más bien agrava su posición y da lugar a condenas más severas, incluida la pena capital. Pero el debate sigue abierto. Hay quien afirma que la neurociencia está destinada a cambiar el derecho y los procesos judiciales, más o menos a la manera en que Copérnico y Einstein revolucionaron la visión del universo.

—Ya veremos —comenta Besana.

—Mientras, en Italia, después del caso Bayout hubo otro parecido que tuvo casi el mismo impacto. En Como. El de una chica que quemó a su hermana y

trató de prender fuego también a sus padres, Stefania Albertani. Tras dos estudios psiquiátricos contrapuestos, el juez instructor encarga las investigaciones preliminares a los mismos peritos que se habían ocupado de Bayout. Ambos someten a la imputada a una serie de test cognitivos. Luego le hacen un escáner del cerebro y ven alteraciones de la densidad de la sustancia gris en algunas zonas clave, en especial aquellas que regulan los frenos inhibitorios. Y por último, al igual que con Bayout, el análisis genético: el resultado da que también es portadora de tres alelos desfavorables, los cuales aumentan la propensión a la agresividad y la violencia. Al tribunal de Como solo le queda admitir la enfermedad mental relativa: limitación parcial de la capacidad de comprender y de la voluntad. Por tanto, condena rebajada: veinte años de prisión. Sin embargo, la sentencia reconoce que la «diabólica Stefania» actuó con frialdad, con cálculo, por intereses económicos, después de la quiebra de la empresa familiar. ¿Entonces? ¿Qué tienen que ver los genes y las neuronas? En realidad, precisan los jueces, la morfología cerebral y el patrimonio genético no son causas del delito, sino simples factores de riesgo. Y ponen un ejemplo: si tienes la tensión alta y el colesterol por las nubes, tus posibilidades de sufrir un ictus o un infarto aumentan, pero no es seguro que vayas a tenerlos. De todas maneras, el camino para este tipo de valoraciones ya está abierto.

29 de diciembre

Besana se ha mordido la lengua durante toda la conversación, pero era fácil leerle en la cara lo que pensaba. Una vez que salen a la calle, se desahoga con Piatti.

—Para mí, los asesinos deben pudrirse en la cárcel, y punto. Un agujero en la cabeza... Pamplinas —murmura mientras camina a su manera tambaleante.

Pero Ilaria está reflexionando sobre una de las frases del criminólogo.

—Ha dicho que desde fuera suelen parecer normales, incluso buena gente —repite, casi absorta—. Probablemente, también las víctimas lo creen, por eso se fían de él. ¿Cómo las captura? Lo que está claro es que no están prevenidas.

Le propone a Besana dar un paseo, para tratar de reflexionar.

—O bien las aturde de alguna manera —dice de repente—, pero antes consigue acercarse a ellas sin que se asusten. ¿Por qué? ¿Las conoce personalmente?

—Son puebluchos, Piatti: todo el mundo se conoce —responde Besana—. Eso no nos ayuda a acotar el terreno. Lo único que podemos hacer es confirmar la hipótesis que ya habíamos formulado, a saber, que es alguien de la zona.

Ilaria se rasca la cabeza, un poco por encima de la nuca.

—Ya, claro, pero ese no es un motivo para fiarse. Después de que Aneta Albu fuera asesinada de aquella manera, ¿no tendría usted miedo? Yo sí,

incluso de personas que conozco de vista, como el cartero o el repartidor de la floristería. Los vería con otros ojos, como asesinos potenciales.

—No sé adónde quiere ir a parar —masculla Besana.

—El escenario del crimen está lejos de las miradas y de las cámaras. Aneta fue asesinada en los bosques que bordean el río Adda y Dana en la cantera de Medolago. Pero ¿cómo consigue llevarlas hasta allí? A Aneta la pudo pillar desprevenida, pero no a Dana. ¿Qué excusa empleará?

—Seguramente las invita a subir al coche —dice Besana.

—Pero ¿por qué suben ellas?

30 de diciembre

Son las nueve de la mañana y Besana está envuelto en un edredón violeta, cien por cien raso de algodón egipcio. No hay ninguna mujer a su lado en la cama. Cristina ya se ha levantado. No le está preparando un café, está recibiendo clases de farsi por Skype.

Cristina trabaja para una organización humanitaria con sede en Milán y Londres, en la que desde hace unos años se ocupa de Irán. Le da exactamente igual que Marco sea un cínico y un solitario, todavía enamorado de la remilgada de su mujer. No le importa que sea incapaz de tener una relación, o que no esté preparado para tenerla. Ella es la que no quiere compromisos. Cuando está en Italia, le agrada tener un amigo con el que poder cenar y follar. Eso y nada más. Cosas que, además, pone en el mismo plano. Y Marco es el hombre adecuado en ambos casos. Para empezar, porque a ella no le gusta cocinar y a él le gusta derrochar el sueldo en restaurantes. Y porque, como amantes, se entienden. Y lo que también hacen es hablar. Y lo hacen encantados.

Así, cuando suena el móvil de Marco y Cristina ve en la pantalla que es Giorgio, el policía de Bérgamo, no solo lo zarandea y lo despierta, sino que interrumpe la clase de farsi con su amigo de Teherán. Quiere escuchar, la historia del asesino en serie ya la ha atrapado también a ella.

—Oye, que te llaman de la central. ¡Despierta!

Besana da vueltas en la cama, gruñe, tiene raptada una almohada.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Es ese policía, el marido de tu cuñada. Me parece que es importante.

Pero el móvil ha dejado de sonar. Llamada perdida. Besana busca entre las llamadas recientes, ve una en rojo y pulsa, realmente sin abrir los ojos.

—¿Un café? —suplica.

—Solo porque eres un invitado —responde Cristina.

Con la Nespresso tarda un segundo, vuelve con una taza y un café perfecto. Qué sencillo es hacer las cosas perfectas, a lo mejor por eso no le interesan.

—¿Le has devuelto la llamada?

—Comunica —murmura Besana, y se toma de un trago una mezcla arábica—. ¿Sientes curiosidad?

—Mucha. Incluso he dejado mis clases para otro momento —responde Cristina.

Besana se levanta, se rasca con muy poca elegancia los huevos. Tiene que orinar. Entretanto, charla a través de la puerta entornada. Es un despertar filosófico.

—Tú te pasas la vida viendo atrocidades. Quiero decir, has sido testigo de genocidios. ¿Cómo es que te interesa un asesino en serie? Explícamelo.

—Hay muchos asesinos en serie en la guerra, pero camuflados —responde Cristina—. Los reconoces porque son más sádicos que los demás, torturan gratuitamente, por ejemplo. Es diferente a matar a un enemigo. Solo que la situación los encubre. Con suerte, acaban en un tribunal militar. Aunque lo habitual es que queden impunes.

Besana se lava la cara con agua helada, empapando el espejo y el suelo alrededor del lavabo. Después sale del cuarto de baño, ya se afeitará luego. Da vueltas por la casa con el pecho desnudo, en bóxer. Antes de hablar con Giorgio le gustaría tomar otro café y comer algo. Introduce una rebanada de pan en la tostadora y saca de la nevera una estupenda mermelada de frambuesa

que Cristina ha traído de Inglaterra. En cuanto empieza a untar la mantequilla en la tostada caliente, ligeramente dorada, vuelve a sonar el móvil.

Cristina le lleva corriendo el teléfono, más ansiosa que él por conocer las novedades.

—Pon el altavoz, así yo también lo oigo —dice.

—De acuerdo. —Besana toca la pantalla del iPhone con el índice pegajoso de mermelada.

—Hola, Marco, soy yo. ¿Molesto?

—Faltaría más —contesta Besana mientras sigue untando la tostada.

—Verás, ya están los resultados del ADN —dice Giorgio.

—¿Y?

—El de Vimercati coincide.

—Estupendo —comenta Besana—. Con el esperma, supongo. ¿Y con la saliva?

—Nada. Pertenece a un Sujeto Desconocido. Todavía es información reservada, pero dentro de poco se procederá a la detención. Vimercati tiene coartada solo para el asesinato de Ravasio, pero no para los otros dos. Podemos demostrar que Picariello no estaba con él la noche en la que Aneta fue asesinada. Tenemos las pruebas y también testigos.

—¿En serio?

—Sí, Picariello fue grabado por una cámara cuando repostaba gasolina en la otra punta de la ciudad y unos jubilados lo vieron jugando a las tragaperras en un bar de Bérgamo.

—¿Y para el segundo asesinato?

—Vimercati no tiene coartada. Dice que estaba en su casa, solo. Pero pudo dejar el móvil ahí y marcharse a cualquier parte. También hemos descubierto que era cliente de Perego. Cuando Aneta estaba ocupada, iba al centro de

estética para que le diera un masaje. Conocía muy bien a las dos víctimas, en una palabra.

—Es justamente eso lo que me deja perplejo —comenta Besana—. Las asesinas en serie suelen matar a sus amantes, pero no los asesinos en serie. Prefieren a desconocidas. Es raro. Además, ¿se expone así?

—Se exponen. Habla en plural. El juez está retomando la pista satánica, la idea de un asesinato en grupo. Puedes escribir eso. El esperma es de Vimercati, pero ¿quién da el mordisco? Eran al menos dos.

—Bueno —responde Besana—, yo sigo creyendo que se trata de un asesino en serie. Y son raras las parejas de asesinos en serie. De todas formas, gracias. Avísame cuando lo de la detención sea oficial.

30 de diciembre

En la prensa nacional, el interés por el vampiro de Bottanuco ha disminuido un poco. Desde hace días, apenas trasciende nada por el frente de las investigaciones. En la reunión de la redacción, cuando es el turno del jefe de sucesos, el director le pregunta:

—Y bien, ¿hay novedades de Bérghamo?

—Sí, tenemos la polémica sobre los fugitivos africanos, que la Liga Norte no quiere acoger en el centro de Ponteranica.

—No, me refiero al vampiro.

—¡Ah! Todavía nada. Los investigadores no hablan.

El director da un puñetazo en la mesa, furioso.

—Me importa una mierda. De todos modos, hay que escribir algo. Hoy mismo. A los lectores les encantan estas historias. ¿Qué está haciendo Besana? ¿Duerme? Los demás están indagando entre los amantes de la masajista asesinada, parece que tenía bastantes. ¿Por qué nosotros no hacemos lo mismo?

—Director, por lo que más quiera. —La voz, un poco chillona, de la subdirectora hace que todas las cabezas se vuelvan hacia el extremo opuesto de la mesa—. La típica manía machista. ¿Es que vamos a enfangar más a una mujer muerta?

El director suspira, resignado.

—Tienes razón, querida. Tratemos de temas más serios. Tal vez lo del

ADN, podríamos entrevistar a un genetista. Llamad enseguida a Besana, que vaya él.

Piatti está esperando a Besana delante de la boca de metro de Piola, envuelta en un plumas azul con capucha. De lejos parece una niña mal vestida por una madre despistada. Debajo del plumas sobresalen unos pantalones de felpa y, debajo de los pantalones, unas botas de piel de borrego gris, evidente imitación china de las Ugg.

—Pero, Piatti, ¿es que usted entrevista a la gente en chándal?

—Tenía frío —responde ella.

Besana suspira, luego la coge del brazo para protegerla con el paraguas, pese a que del cielo cae una lluvia en diagonal de la que es imposible defenderse. De camino hacia el Instituto de Genética Forense de la via Mangiagalli, donde Besana está citado con el genetista, la pone al día sobre el tema Vimercati.

—El ADN coincide, está más claro que el agua —concluye.

—¿Y no vamos a ir allí?

—Plasta, mañana es Nochevieja. ¿Usted no la celebra?

Ilaria agacha la cabeza. Es evidente que le da vergüenza admitir que no la han invitado en ningún sitio.

—Yo voy a cenar a casa de una vieja amiga. Seremos ocho o diez, va a ser una reunión tranquila —dice Besana—. ¿Le apetece venir?

Ilaria levanta la cara, antes oculta por la capucha. Tiene una sonrisa conmovedora.

—¿En serio?

—Todos querrán saber algo sobre los crímenes, se lo advierto —responde Besana—. No la dejarán ni cenar.

Ilaria va a decir algo, pero ya han llegado.

Davide Linder es un joven genetista al que la fiscalía contrata con frecuencia como asesor. Tiene el aspecto de un chiquillo. Pero escribe en revistas internacionales y ya ha realizado peritajes en docenas de juicios importantes en toda Italia. Los recibe en el laboratorio con su bata blanca y los invita a sentarse en sillas de madera de los años cincuenta en medio del equipamiento más moderno.

—¿En qué puedo serles útil?

—Nos gustaría explicarles a nuestros lectores, de manera sencilla, la relación entre genética y justicia.

—Bueno, la historia es larga. El primer caso data de hace treinta años. Estamos en 1983, en el Reino Unido, cerca de Leicester. Una adolescente es violada y estrangulada en un camino campestre. Tres años después se produce un nuevo asesinato de otra adolescente. El cuerpo es hallado cerca de un hospital psiquiátrico, y un criado, un muchacho de diecisiete años con problemas mentales, presionado por la policía, confiesa. Pero solo el segundo crimen. Para dar con el Desconocido Uno, el asesino de la primera chica, se decide recurrir a un método que no se ha utilizado jamás: el test de ADN. Lo ha perfeccionado un genetista de la Universidad de Leicester, Alec Jeffreys. El profesor descubre que el esperma hallado en los dos cadáveres pertenece al mismo hombre, pero que no es el chico. La policía toma muestras de ADN a cuatro mil quinientos voluntarios de la zona, de entre dieciséis y treinta y cuatro años. Y ninguna se corresponde con la del asesino.

—Un fracaso, entonces —dice Besana.

—¿Sabe qué había ocurrido? Que un hombre, un pastelero de la zona, le había dado doscientas libras a un colega suyo para que hiciera el test en su lugar. Pasó un año, los investigadores se movían a ciegas y se empezó a decir que las pruebas genéticas no servían para nada. Pero entonces se presentó una

mujer que había oído hablar del cambiazó: Pitchfork fue arrestado y condenado a dos cadenas perpetuas. Es el primer asesino de la historia que acaba en la cárcel gracias a las huellas genéticas. Y el chico, el primero que es absuelto gracias a esta técnica revolucionaria.

—Pero ¿cómo funciona el test? —pregunta Besana—. ¿Cree que podemos explicárselo al público?

—Bien, dado que secuenciar más de tres mil millones de pares de bases de su ADN o del mío es una empresa imposible, hay que conformarse con recoger muestras aquí y allá. En 1984, Jeffreys halló un modo de medir la longitud de los fragmentos del ADN de un individuo y compararlos con las muestras tomadas en el escenario del crimen. Para ver si los dos perfiles coincidían. Pero este sistema requería semanas de trabajo y enormes cantidades de material biológico, sangre, esperma y trozos de piel. Una manchita de sangre en un zapato, un pelo o una gota de saliva no daban ningún resultado. Después, en 1987, llega un químico un poco disparatado pero genial, Kary Mullis, e inventa la fotocopiadora del ADN.

—¿Una fotocopiadora?

—La llamo así por simplificar, el término científico es «reacción en cadena de la polimerasa», PCR, por sus siglas en inglés. En la práctica, es una técnica que permite empezar con una muestra infinitesimal de ADN y hacer millones de copias utilizando una enzima especial. Mullis ganó el Premio Nobel por ese invento. Gracias a él, los investigadores cuentan con una herramienta mucho más poderosa y precisa para la identificación de los individuos. Pero, por desgracia, ni siquiera la PCR es infalible.

—¿No? ¿Y por qué?

—Porque las muestras de ADN se pueden contaminar fácilmente en el momento en que se hacen las copias. Basta una risa, un estornudo, y la muestra se ensucia. Por eso los analistas deben usar guantes estériles y ponerse una

capucha especial, con máscara. Pero con los años las técnicas se han perfeccionado. En 1998, el FBI adoptó un nuevo test que emplea los llamados STR (*short tandem repeat*, más conocidos como «microsatélites»): regiones de ADN muy cortas y sumamente variables. Mediante el uso de ordenadores, estos análisis se pueden hacer con gran rapidez, y los resultados son científicamente válidos. En Italia, los laboratorios de la policía y los Institutos de Medicina Legal utilizan trece de estos marcadores, los mismos que se usan en Estados Unidos para la base de datos genética.

—¿Y con estos microsatélites se va sobre seguro?

—En principio, sí. La probabilidad de encontrar otro ser humano con la misma composición genética es una sobre cientos o miles de millones, esto es, más que el número de habitantes del planeta. En los análisis, especialmente en los de crímenes de naturaleza sexual, usamos también marcadores que permiten averiguar si el ADN pertenece a un hombre o a una mujer. Es decir, si está presente el cromosoma Y, que es solamente masculino. ¿Recuerda a Donato Bilancia, el asesino en serie de la costa ligur?

—Desde luego. Yo llevé el caso en el periódico. Dieciocho asesinatos y un intento de asesinato en octubre de 1997 y otro en abril de 1998. Es cierto, lo detuvieron por el ADN que encontraron en las colillas de los cigarrillos y las tazas de café.

—En efecto. También en el caso de Ferdinando Carretta, el sujeto de Parma que exterminó a su familia en 1989, bastaron minúsculos restos de sangre de hacía diez años para demostrar su culpabilidad.

—Sin embargo, recuerdo al menos un caso en el que el test falló —interviene Besana—. Puede que usted también lo recuerde: el de la chica asesinada en el pinar de Castiglionello. Habían acusado a un barman de Liverpool, porque, según Scotland Yard, su ADN era compatible con el del asesino. Y él nunca había estado en Italia.

—Sí, lo recuerdo. Pero fue una comparación apresurada. Solo seis u ocho regiones del genoma, que parecían superponibles. Repitieron el test y comprobaron que no había correspondencia. Siempre caben los errores, pero, entretanto, las técnicas han mejorado. Por supuesto, es importante no meter la pata con la recogida de muestras en el escenario del crimen. Como en el caso del asesinato de Meredith Kercher, en Perugia. Las cosas se complican cuando estamos ante distintos restos de ADN mezclados entre sí, por ejemplo en los casos de violencia sexual, cuando el espermatozoides del agresor se mezcla con las células epiteliales de la víctima. Pero, en general, el test es válido. Por descontado, han de hacerlo personas cualificadas, y lo mejor es que se repita en lugares independientes, para así reducir el margen de error.

—Pero ¿solo con el ADN ya puede condenarse a alguien? —pregunta Besana—. Si mis huellas están en un cadáver, eso no significa que el asesino sea yo.

—Verá, dos sentencias del supremo ya han establecido que el resultado del test no puede considerarse un simple indicio. Es considerado una prueba. Además, el ADN sirve también en sentido inverso, para demostrar la inocencia de un imputado. En Estados Unidos han lanzado un *innocence project* para solicitar el análisis genético de detenidos por homicidio u otros crímenes de sangre. Desde 2008 hasta hoy, han logrado más de doscientas sentencias de absolución.

—Caramba.

—Ahora hay un método nuevo, el *molecular photo fitting*, creado por el profesor Peter Claes, de la Universidad de Leuven, que permite reconstruir en 3D el rostro de una persona a partir de un resto de ADN. Bastan veinte genes. Basta un pelo.

31 de diciembre

Ilaria se presenta en la casa de Cristina con una flor de pascua más alta que ella. Cuando Besana abre la puerta, lo único que ve es una planta. Por lo demás, Piatti está irreconocible. En cuanto agarra el tiesto y descubre el cuerpo de Ilaria, se queda de piedra. Vestido negro, botas de tacón, el pelo recogido y un maquillaje ligero. Las gafas enormes y redondas que suele llevar, por primera vez parecen un detalle elegante, casi excéntrico, incluso sensual.

—Plasta, esta noche está guapísima —comenta Besana—. Pase, estamos todos en la cocina.

Laura, la hermana de Cristina, está preparando unos platos exquisitos. Risotto de achicoria roja, polenta y pollo, un pastel de judías verdes.

—Laura es una profesional, tiene un blog de cocina —explica Besana.

Cristina le ofrece a Ilaria una copa de vino blanco como aperitivo, salami y queso en una tabla, aceitunas, tostadas de pan con ajo y tomate. Mientras tanto, le cuenta que lee todos sus artículos, que está enganchada con el caso.

—Queremos saberlo todo —dice.

Besana le guiña un ojo a Ilaria.

—¿Qué le había dicho? Las noticias de sucesos le apasionan a todo el mundo. Póngalos al día usted, Piatti. —Y levanta su copa para un brindis.

Ilaria no está acostumbrada a ser el centro de atención. Pero lo intenta. Sobre todo, para no decepcionar a Besana.

—Bueno, hoy ha sido lo del mitómano. —Toma un trago de Pouilly Fumé—.

Anoche, un sujeto se presentó en la comisaría, en Bérghamo, diciendo que era el autor de los tres crímenes. Pero respondía mal a las preguntas, ni siquiera sabía dónde se habían hallado los cadáveres. Se acababa de escapar de la comunidad Hare Krishna.

—¿Hare Krishna?

—Sí, hay una aldea en Chignolo d'Isola. Y hoy, Marco y yo hemos ido allí para averiguar algo más sobre él —cuenta Ilaria.

Besana se siente orgulloso de ella, todos se lo están pasando bomba. Se sobresalta ligeramente cuando pronuncia su nombre, pero no deja que se note.

—Quería que lo detuvieran, incluso que las fuerzas del orden lo mataran —continúa Ilaria—. Sí, el pobre decía eso. Pero fue obligado a someterse a tratamiento. Parece que perdió la cabeza cuando su mujer lo abandonó.

—Pero ¿era un Hare Krishna? —pregunta, con curiosidad, un cuarentón alto y rubio.

—No, él no —responde Ilaria—, solo fue acogido por la comunidad. Es gente amable, que trata de ayudar a quien lo necesita. Le dieron una habitación y le permitieron que se quedara con ellos, eso es todo. Dicen que los seres humanos son retorcidos debido a los deseos materiales, y el movimiento busca curar al hombre de esa enfermedad y devolverle la lucidez.

—¿Y cómo es su aldea? —pregunta Cristina.

—Rara —responde Ilaria—. Viven en un mundo aparte, apenas a dos pasos de los lugares donde están ocurriendo estas atrocidades.

—Todo está abierto —interviene Besana—, la verja está abierta, las puertas están abiertas. Hay un peligroso asesino suelto y ellos no se protegen. La verdad es que estamos preocupados. Se lo hemos dicho al gurú, o sea, al jefe. Pero él se ha limitado a sonreír. Nos ha respondido que la policía pensaba lo mismo.

—¿También los han interrogado a ellos? —pregunta Laura, probando el

arroz con la cuchara de palo.

—Sí —responde Besana—, y todos han entregado voluntariamente su ADN. Dudo que entre ellos pueda esconderse un asesino, pero la aldea está llena de víctimas potenciales. Chicas procedentes de Grecia o de Sri Lanka, o del mismo valle, que van por ahí en sari y ofrecen tartas a los visitantes. En este momento tendrían que tener más cuidado, eso es.

El risotto está listo y Cristina les pide a todos que se sienten a la mesa. El rubio es publicista, y su esposa, suiza, es arquitecta. Hay también una pareja gay, los dos trabajan en la moda. El novio de Laura es abogado y ha venido con su primo, economista. Durante la cena siguen hablando del vampiro de Bottanuco. Cristina acaba de regresar de Irán, pero nadie le pregunta nada. A saber por qué, el asesino en serie interesa más.

Ilaria no está acostumbrada a tratar con sus lectores. Cuando publica un artículo siempre tiene la sensación de que nadie lo lee. En realidad, la gente la sigue, recuerda muchos detalles, quiere leer más artículos suyos.

—¿Creéis que va a seguir matando? —pregunta el economista—. En el fondo, Verzeni solo cometió dos asesinatos.

Es un cuarentón atractivo, de pelo negro y nariz aguileña. Habla siempre en plural pero dirigiéndose a Ilaria. A lo mejor pretende ligar con ella.

—Una vez que se llega a ese extremo, lo habitual es que los asesinos en serie ya no sean capaces de parar —responde Ilaria—. Nosotros estamos convencidos de que estos no son sus primeros asesinatos. Como no se ha hallado relación con otros crímenes, no podemos mencionarlo en los artículos, pero tenemos la sensación de que el llamado período de latencia, que a menudo dura años, ya ha concluido.

A todos les fascina esta hipótesis, llega la polenta con el pollo y todavía tienen preguntas que hacer.

—¿Y no podría haber cambiado radicalmente su *modus operandi*? —

pregunta Cristina—. Si no, ya se habrían descubierto más crímenes así. Quiero decir, de mujeres destripadas y mordidas, con pintadas con su sangre. ¿Cómo es posible que los investigadores no logren encontrar ninguno anterior?

Ilaria le lanza una mirada a Besana. Ahora le toca decir algo a él.

—Puede haber cambiado el *modus operandi*, en efecto. Pero no tanto. Por ejemplo, si es un caníbal, si disfruta estrangulando a sus víctimas, es difícil que empiece a pegar un tiro en la nuca. Así pues, sospechamos que ha actuado en el extranjero. En ciertos países es muy fácil hacer desaparecer a la gente.

—¿Y qué piensan los investigadores? —pregunta Laura.

—Ignoro lo que piensa la fiscal suplente, pues no es una mujer muy cordial. Es difícil charlar con ella. Pero tengo un amigo en la policía judicial que está de acuerdo conmigo. Solo que la búsqueda, sin acotar un poco el terreno, es imposible. Al fin y al cabo, no es más que una idea, podría estar equivocado, quién sabe.

Ya es casi medianoche y no parece oportuno empezar el año con temas tan escabrosos. Cristina y su hermana se levantan de la mesa y van a por dos botellas enormes de champán, invitación de la pareja gay. La suiza y el economista reparten las copas. El abogado corta porciones de tarta, que Besana ha comprado en una de las mejores pastelerías de Milán. Falta poco para que empiece la cuenta atrás y hay que estar contentos, demostrar emoción y alegría. Encienden la televisión, cuelgan el muérdago, algunos se ponen a bailar un tema pop. Nueve, ocho, siete. Ilaria no consigue participar. Sujeta la copa y la observa, como si tratase de leer en el fondo una respuesta. Seis, cinco, cuatro. Se pregunta qué estará haciendo el asesino en ese momento. Dónde estará. ¿Parecerá una persona normal como las que están allí? ¿Tendrá amigos? ¿Familia? ¿Estará solo? ¿Con quién brindará esa noche? Tres, dos, uno. ¿Volverá a matar?

Segunda parte

1 de enero

Lo único que Ilaria querría hacer el primer día del año es descansar, quedarse todo el día en la cama. Pero no lo consigue, está demasiado nerviosa. Para distraerse, se pone a planchar. En el fondo, hace un siglo que no lo hace. Plancha, dobla las prendas, la repasa. Pero nada, no sirve de nada.

Hoy no deja de pensar en los hijos de Antonella Ravasio, que algún día vivirán lo que ella vivió. Alguien los cogerá de la mano y tendrá que explicarles —con palabras delicadas, muy delicadas— que su madre murió asesinada y, sobre todo, tendrá que decirles quién fue el asesino.

Ella recuerda bien ese momento, y también su sentimiento de culpa porque lo que le salía era odiar a su tía, que era la que le hablaba, en vez de a su padre. Nunca se lo dijo a nadie, pero sospechaba de ella: «Miente, lo que pasa es que con papá no se llevaba bien»; hasta de su madre sospechaba: «Puede que realmente se haya ido, estaba harta de nosotros»; sospechaba de todo el mundo, para que no la obligaran a enfrentarse sola a la verdad.

De vez en cuando, desde su habitación oía a sus tíos discutir en voz baja en el salón. Decían que había que buscar a una psicóloga. Y ella sospechaba también de la psicóloga: «Le dirán que me convenza de que ha sido mi padre, pero eso no es verdad».

El drama llegó cuando sus tíos le pidieron que hablara un momento con el abogado. Era un hombre amable, incluso le había llevado un regalo. Un estuche. Ella lo abría y cerraba sin parar, porque estaba lleno de compartimentos secretos. Mientras, el abogado intentaba hacerle preguntas.

Pero Ilaria se había vuelto como aquel estuche, se abría y cerraba sin parar, y escondía un montón de cosas en los compartimentos. «Habrás que tener un poco de paciencia», les dijo el abogado a sus tíos en la puerta. «No creo que podamos hacerla testificar.»

Ilaria se imaginaba en el juzgado, frente a su padre, obligada a decir delante de todo el mundo: «El asesino es él». Con tal de no ir allí, hacía de todo para ponerse enferma. Salía sin abrigo, besaba a una amiga con varicela, montaba en bici sin manos.

Procuraba no pensar nunca en aquella noche, como si la hubiese olvidado por completo. ¿Estaban discutiendo? Quizá. Pasaba tantas veces... ¿Uno de ellos había gritado? Quizá. Durante esas discusiones, uno de ellos siempre gritaba. ¿Había habido ruidos? Quizá. Solo una cosa recordaba con claridad: aquel silencio. Y es que, en un momento dado, hubo demasiado silencio. Ni un portazo, ni pasos por la casa: el televisor estaba apagado, tampoco se oía correr agua en la pila o el zumbido de la lavadora. Pero de aquel silencio no habló jamás con nadie.

Sea como fuere, poco después se marcharon. Ya no necesitaba tener varicela ni caerse de la bici. En Nueva York, todos los ruidos eran diferentes, y también los silencios. Allí se sentía segura. En el colegio conoció incluso a una niña negra que estaba en su misma situación. También su madre había sido asesinada. Ninguna de las dos nombró al padre.

Luego llegó la adolescencia, y el juicio ante el supremo. Habían pasado siete años e Ilaria era una chica de trece años flaca, algo desgarbada, con aparato en los dientes. Fue ella la que le pidió a su tía que la llevara al juicio. Quería escuchar la sentencia. La familia no estaba muy de acuerdo, prefería protegerla, pero ella insistía. Ilaria ya era mayor, sabía imponerse con razonamientos complejos. En el vuelo estuvo muy emocionada, como si se fuera de vacaciones. El tío pagó el viaje para todos e Ilaria disfrutó: de los

asientos reclinables, de la cena en bandeja, del cine, del cepillo de dientes de regalo. Pero no fueron unas vacaciones.

Ilaria rompió a llorar mucho antes de escuchar la sentencia, en cuanto vio a su padre. Sí, habían transcurrido muchos años, y ya no lo reconocía. Ahora estaba gordo, se había dejado barba. Incluso llevaba gafas. Y tenía el pelo completamente cano. Rompió a llorar porque desde el banquillo de los acusados él se había vuelto y le había mandado un beso con la mano. A partir de ese momento, ya no fue capaz de parar de llorar.

1 de enero

Sobre las siete de la tarde a Ilaria ya la han dejado agotada los recuerdos. Aunque le encantaría llamar por teléfono a Besana, se contiene porque es fiesta. Decide entonces enviarle un mensaje. Con la excusa de darle una vez más las gracias por la velada. Al cabo de un minuto le suena el móvil. Es Marco, que le propone un aperitivo.

—Hacer que fluya de nuevo el alcohol siempre sienta bien, Piatti —dice—. ¿Cómo ha pasado el primer día del año?

—Estupendamente, he planchado.

—Sabía que estaba haciendo algo importante; de hecho, me he contenido. Y eso que me moría de ganas de llamarla. Desde esta mañana.

—¿Qué ha ocurrido?

Besana le cuenta que se ha pasado por la redacción y que ha visto que acababan de compaginar una gran exclusiva de Milesi, con una llamada en portada.

—Ese gilipollas siempre consigue lo que quiere.

Nieva con fuerza. Ilaria se calza sus botas pesqueras y se cubre la cabeza con un gorro con orejeras y pompón, tejido por su abuela. Han quedado en el Duomo, en la última planta de las galerías La Rinascente, solo tiene que llegar a la estación de metro, no pasará frío en los túneles de la línea roja.

Besana la está esperando sentado a una mesa junto a la ventana, con vistas a las agujas de la catedral. Ya tiene delante la primera cerveza. Ilaria echa una

ojeada indiferente a la catedral, que nunca le ha gustado —es algo que queda mejor en Francia, según ella— y se sienta enfrente de Marco.

—Pensaba que con el nuevo año podríamos tutearnos —dice Besana.

Ilaria le sonrío.

—Por mí, encantada, Marco —responde, quitándose el gorro.

Besana le enseña el artículo de Milesi, que ha impreso en el periódico.

—¿Qué clase de exclusiva es?

—Ha surgido un grupo de satanistas local. Lee, lee.

Ilaria, inclinada sobre la hoja, va pasando las columnas con la frente cada vez más arrugada. Se trata de una banda de adolescentes que juegan a ser adoradores de Satán y que, por diversión, han destrozado un par de cementerios; hasta ahí, nada tan raro. Pero después de los crímenes del vampiro de Bottanuco, el padre de una adolescente se presenta en la comisaría para denunciar a cinco chicos que han torturado a su hija. Es un fontanero de Terno d'Isola y cuenta que Gessica había vuelto a casa con cortes en los brazos y quemaduras de cigarrillos, atiborrada de drogas y de alcohol. Afirma que el jefe de la pandilla es un tal Rota, de dieciocho años, hijo del concejal Rota, aficionado al golf y amigo de Vimercati. De modo que los investigadores vuelven a la pista satánica. Interrogan a los muchachos, a todos se les toma una muestra de ADN, son investigados por abusos y violencia contra una menor, pero se les declara ajenos a los asesinatos, de momento.

—¿Por qué Giorgio no nos ha dicho nada? —pregunta Ilaria.

—Ah, no lo sé —responde Besana—. A mí también me ha sorprendido.

Ilaria pide una cerveza y suspira.

—Entonces, nos hemos equivocado en todo —dice.

—No. —Besana menea la cabeza—. Yo no creo en la pista satánica. Los que se equivocan son ellos. En cualquier caso, he tenido un golpe de suerte.

—¿Cuál?

—Tengo una amiga inglesa que es criminóloga y ha escrito un libro importante sobre canibalismo. Está casada con un periodista milanés, un colega mío, por eso la conozco. Viven en Londres, pero siempre pasan sus vacaciones en Milán. Hemos hablado esta tarde, los estoy esperando.

En ese preciso instante llegan Grace y Nic, que saludan afectuosamente a Marco, le estrechan la mano a Ilaria y se sientan a la mesa. Grace lleva una bolsa repleta de exquisiteces que ha comprado en la sección de alimentación.

—¡He encontrado huevas secas! Si os apetece, esta noche os preparo un plato de espaguetis —dice con una sonrisa.

—Mil gracias. Iremos con mucho gusto —responde Besana, también por Ilaria.

Ella sonríe. Le encanta la gente abierta que te invita a su casa incluso sin conocerte. Ojalá todo Milán fuese así.

Grace y Nic son una pareja muy unida. Besana siempre los ha envidiado un poco. Ella es alta y fuerte, tiene el pelo rubio y lo lleva muy corto, parece una valquiria. Lo contrario que él, bajo y flaquísimo. Pese a su profesión, Grace es una compañera alegre, que inspira dicha. Es más quisquilloso Nic, hombre neurótico y problemático, que, sin embargo, se transforma al lado de su mujer. Ha sido muchos años corresponsal en Londres, ahora está jubilado y no parece deprimido. Grace ha tenido la inteligencia de implicarlo en su trabajo y escriben juntos manuales de criminología. Viajan, entrevistan a gente encerrada en el corredor de la muerte, dan conferencias por todo el mundo. Él, desde luego, es periodista y no criminólogo, pero escribe bien y la premiada empresa funciona.

Grace pide un gin-tonic y Nic una copa de espumoso. Están en forma y bronceados. Acaban de volver de unas vacaciones en las Seychelles. Durante un rato cuentan su viaje. Luego Grace pone una mano en el brazo de Besana.

—Pero pasemos a las cosas importantes —dice—. Te estás ocupando de un

buen caso, Marco. Este asesino en serie figurará en los manuales.

—Técnicamente no puede definirse así, porque los asesinatos que se conocen por ahora son dos y no tres —responde Besana.

—Confía en mí. —Grace le sonrío—. Es un asesino en serie, sin duda, y de los más sofisticados. De momento, solo ha parado.

1 de enero

Están en la casa de Nic y Grace, una casa que él acaba de heredar de su madre y que quiere reformar; en el fondo, le gustaría volver a Milán. El agua de la pasta está en el fuego y Besana, que le ha contado a Grace cada detalle del caso, le está enseñando las fotografías con los escenarios de los crímenes. Ella, mientras tanto, acostumbrada como está a esa clase de imágenes, mastica un colín.

—No se trata de una secta. Van desencaminados —dice. Luego se estira hacia la tabla y corta más queso—. En el terreno criminológico hay una clasificación muy precisa del canibalismo. Por comodidad, se ha dividido en cuatro categorías. En el canibalismo energético-ritual, los asesinos están convencidos de entrar en posesión de ciertas cualidades de la víctima o bien de granjearse el favor de una divinidad, a menudo maléfica. Es una clase de canibalismo que se inspira en tradiciones mágicas, antiguas, tribales.

—Entonces, el satanismo encajaría —la interrumpe Besana.

—Claro, pero déjame explicar por qué se están equivocando. Un caso de vínculo entre canibalismo y satanismo, sobre todo juvenil, el llamado «satanismo ácido», es el de los Chicago Rippers. Un grupo joven, amante del heavy metal, que en 1981 se movía en furgoneta, raptaba prostitutas, las violaba y las torturaba en su vehículo. Con un fino alambre les cortaba el pecho y luego se masturbaban sobre la herida abierta y se comían la carne amputada.

—Qué horror. —Ilaria se tapa la cara.

—En realidad, con esos rituales los satanistas ácidos buscan dominar el mundo, que los rechaza. Son chicos que sufren grandes carencias y tienden a identificarse con el diablo, que encarna sus fantasías antisociales.

—Como la Bestia de Satanás —dice Besana.

—La dinámica es esa, pero ellos no eran caníbales —responde Grace.

—Entonces, ¿por qué descartas la pista satánica? —pregunta Besana.

—Porque hay una puesta en escena. Solo necesito ver las fotos para darme cuenta de que se trata de un asesino en serie organizado. No es un grupo. Los grupos actúan de manera mucho más desordenada, sobre todo estos chicos confundidos, de poca cultura y escasa inteligencia. Lo que aquí tenéis es un asesino con una notable inteligencia y bastante culto. Alguien que está tratando de hablar con vosotros, que os está desafiando.

—Que está desafiando a los investigadores, querrás decir —la corrige Besana.

Grace mueve la cabeza a la vez que prueba el vino.

—No, lo que le interesa son los medios de comunicación. Le gusta leer los artículos y ver los programas de televisión en los que hablan de él. Es más, es probable que trate de interactuar, comentando los artículos online con un apodo o escribiendo a la página de Facebook y de Twitter del programa que habla de él. Podría incluso estar entre el público o los grupos de gente que rodean a los periodistas. Podría ofrecer él mismo entrevistas.

—Pero ¿cómo puedes saber eso?

—Porque hace un mes cumplí cincuenta años y estudio estos temas desde que tengo veinte, querido amigo. ¿Quieres un perfil?

—Me encantaría —responde Besana.

—Es varón, blanco, de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años. Vive solo o con su madre, pero no es un sujeto marginado o con problemas de socialización. Al revés, es amable, simpático, inspira confianza,

aparentemente tiene muchos amigos, pero todas sus relaciones son superficiales porque no empatiza con nadie. Tiene una inteligencia superior y es instruido. Es de clase media, cuida mucho su aspecto, quizá hasta el punto de ser maniático. Tiene una casa ordenada, limpia, decorada con gusto. Quizá un piso cerca del de su madre, en el mismo edificio o en la misma urbanización. Los caníbales tienen una relación patológica con la madre, todo empieza ahí.

—*Psicosis* —susurra Ilaria.

—Así es —responde Grace—. En efecto, la película, basada en una novela, se inspira en un caso real. El de Ed Gein. Bueno, los asesinos en serie tienen muchas veces una relación morbosa con la madre.

—Sigue con el perfil, por favor —dice Besana.

—Ocupa un buen puesto. Aunque está frustrado porque ese trabajo está muy por debajo de la grandiosa idea que tiene de sí mismo. Seguramente no tiene antecedentes penales porque siempre se ha controlado. Es un mentiroso patológico, manipulador, le gusta influir en los demás y tiende a rodearse de gente más débil. No experimenta sentimientos de culpa o remordimientos. Ni siquiera después de matar. Por lo que tengo entendido, no colecciona trofeos, pero le gusta firmar sus crímenes. Creo que está furioso con el imitador que se ha atrevido a copiar su firma, no descarto que decida hacerle daño. Por ahora no puede, pues Foresti está vigilado por la policía, pero querría verlo muerto. Y mañana, cuando descubra que una panda de chavales medio tontos le está robando el protagonismo, estará todavía más furioso.

—Le gusta ser el centro de atención —reflexiona Besana.

—Más que eso: no soporta que se hable de otros. Le molestan los errores de los investigadores. Cuando meten la pata, cree que no se están esforzando lo suficiente y siente la necesidad de ayudarlos con más indicios, para estimularlos. Se considera superior a los magistrados, a la policía, a los

periodistas. Por eso estoy segura de que tratará de ponerse en contacto con ellos, si no lo ha hecho ya de manera oculta. Disfruta sometiéndolos también a vosotros y está convencido de que lo puede hacer sin ningún problema.

Ilaria siente un escalofrío en la espalda. Confía en que nunca intente ponerse en contacto con ella. Ruega que no lo haga. Y se ve indefensa, porque resulta complicado reconocer al enemigo en un tipo tan normal y ponerse en guardia. Sencillamente, se muere de miedo. Miedo de encontrarse delante de él y no darse cuenta.

—¿Por qué imita precisamente a Verzeni? —pregunta Besana.

—En mi opinión, para llamar la atención de los medios de comunicación — responde Grace—. Es una decisión teatral. Tal vez mató y nadie se dio cuenta, y eso lo irritó. Si ha nacido y se ha criado en el valle, como supongo, ha oído hablar de Verzeni desde niño, es una figura que ha entrado a formar parte de sus fantasías de manera natural. De niño quizá se identificaba con él, también para desahogar ciertas pulsiones sádicas. Pero entremedias se ha producido algún hecho traumático. Algo que ha desencadenado su necesidad de asesinar y le ha hecho sentir la urgencia de hacerlo de manera espectacular.

—¿Por qué no ha temido dejar su ADN en la primera víctima? —pregunta Ilaria.

Grace se pone de pie, abre un cajón y saca una cajetilla de cigarrillos.

—Fumo uno al mes —dice al tiempo que se lleva un Marlboro a los labios—. Es una pregunta complicada, para la que no tengo respuesta. Pero, por intuición, puedo decir que es crucial. Efectivamente, es arriesgado dejar saliva en el cadáver. Para comer la carne de su víctima, solo tenía que extraer un trozo del cuerpo. A lo mejor en esos momentos pierde el dominio de sí mismo. Aún no consigo entenderlo, perdonadme.

2 de enero

A la mañana siguiente, cuando sale el artículo de Milesi, Besana va corriendo al periódico. Quiere hablar con el director. Calvo, rechoncho, una barriga enorme, Cannistrà habla sin parar, gesticulando. Nacido en Cosenza y trasladado a Milán para estudiar Periodismo en la Universidad Bocconi, donde nunca se licenció, debe su éxito a la protección de un gran financiero, fallecido hace unos años. Lo conoció cuando estaba en Nueva York como corresponsal de otro diario, y allí lo presentaba a los intelectuales liberales estadounidenses, a los economistas de Harvard, a los operadores de Wall Street: el financiero se convenció de que estaba con un premio Pulitzer y enseguida quiso que dirigiera su periódico. Cuando el padrino desapareció, Cannistrà se recicló hábilmente, pasando por todos los salones políticos y televisivos importantes. Y así se ha mantenido a flote, y a saber durante cuánto tiempo seguirá flotando.

Cada vez que Marco va a hablar con él tiene que esperar y, cuando por fin lo recibe, Cannistrà le responde a todo con monosílabos, con la mirada fija en la pantalla del ordenador o en el iPhone, donde tuitea e intercambia correos sin parar.

—Ah, perdona un momento: tengo que contestar a Steve, ya sabes, mi amigo columnista del *Washington Post*. —Luego le suena el móvil—. De acuerdo, pásamelo. —Dirigiéndose a Besana—: Perdona, es el presidente de Gobierno.

—¿Quieres que salga?

—No, no, puedes quedarte.

Hay quien está peor: a los colegas caídos en desgracia, a punto de ser despedidos, ni siquiera los invita a sentarse. El director les hace un *summary*, como dice él, caminando de un lado a otro a paso rápido por los pasillos: una especie de tortura, o de danza ritual, que puede durar hasta media hora, ante la mirada divertida de subdirectores y subjefes de redacción.

—¿Has visto la entrada de Wikipedia sobre él? —le pregunta Besana a Piatti, que lo está acompañando a la redacción.

—No, ¿por qué?

—Es desternillante. Grandes e históricos directores de diarios como Albertini, Montanelli o Scalfari no son nada comparados con él. Su etapa como director es presentada como la más larga y gloriosa de la historia del periódico. Dice que al hacerse cargo de nuestro periódico ha revolucionado la fórmula y obtenido resultados extraordinarios de ventas, derrotando a la competencia en un momento de crisis. ¿Cuándo ha sido eso? El balance de resultados está en números rojos, cada vez vendemos menos ejemplares, hay una cantidad enorme de prejubilados y no contratan a nadie.

—Bueno, él mismo habrá escrito la entrada —responde Ilaria.

—No lo necesita. —Besana se ríe—. Hay un montón de gente dispuesta a adularlo. Eso sí, resulta curiosa la falta de datos sobre su vida privada. Aunque es comprensible. Tendría que decir que está casado pero que su esposa no vive con él; es una periodista de la RAI, afincada en Roma. En Milán hace vida de soltero, pero durante años ha convivido con la directora de una financiera, y la presentaba a todo el mundo como su mujer. De todas formas, te advierto una cosa: si por casualidad tienes que ir alguna vez a su casa, ojo si cierra la puerta. Es un salido, salta encima de todas.

—Incluso si voy en chándal.

—No, si vas en chándal no te pasará nada.

Besana se ríe y le estrecha la mano. Han llegado.

—Que tengas mucha suerte. Luego me cuentas cómo te ha ido —le dice ella.

La secretaria trata de detener a Besana («El director está hablando por teléfono con el ministro de Economía»), pero él de todas formas entra sin llamar.

—¿Por qué has mandado a Milesi? El monstruo de Bottanuco es cosa mía —le grita a la cara.

Cannistrà levanta la vista, un poco sorprendido por su entrada.

—Yo no sé nada. Será cosa del jefe de redacción —dice mientras teclea a toda velocidad en el iPhone—. ¿Has retuiteado mi propuesta de *crowdfunding* para los museos? El hashtag es #salvatumuseo. Verás, la cultura es el petróleo de Italia.

—Me importan un carajo los museos —responde Besana.

—Es la hora de comer, vayamos al comedor y aprovechemos para hablar —lo descoloca Cannistrà, levantándose de golpe y cogiéndolo del brazo.

Difícil negarse, si bien Besana preferiría mil veces más el restaurante con jardín y terraza donde el director lleva a los invitados importantes, anotando rigurosamente la cuenta como un gasto.

Mientras, Cannistrà trata de serenarlo explicándole que el problema de la becaria está resuelto.

—Esa Terry, madre mía, menudo demonio. —Se ríe.

—Lizzy —lo corrige Besana.

—Lizzy, sí. Guapita, me pongo en tu lugar, y qué tipito. De todos modos, he conseguido neutralizarla. Por suerte, se conformaba con poco. Le di un par de críticas de restaurantes y enseguida se calmó.

En el comedor, una sala enorme con un ruido ensordecedor, todas las mesas están pegadas y desde luego no es el sitio para tratar de temas delicados. Cannistrà, entre otras cosas, lleva la conversación, no da tregua a nadie.

—Tenéis un concepto anticuado del periodismo —dice en voz alta, con la

boca llena de espaguetis a la puttanesca recalentados, con ajo, cayena, anchoas, alcaparras y aceitunas—. ¿Cuándo os daréis cuenta de que estamos en la era digital? En la red, las firmas no significan una mierda. Hay que compartirlo todo, los contenidos pasan de un periódico a otro, de un muro a un perfil, y ya no pertenecen a nadie. Pero vosotros os queréis aferrar como sea a vuestras columnitas.

Besana come en silencio un plato de arroz, procurando protegerlo de las babas de Cannistrà. Cuando pasa a la piña, con el estómago revuelto, del latrocinio de Milesi no se ha dicho una sola palabra. El director se despide bruscamente, tiene cosas que hacer.

2 de enero

Besana entra en el ascensor y se encuentra con Roberto. El jefe de sección le hace el gesto del pulgar levantado con el puño cerrado.

—Hurra —dice.

—¿Estás celebrando la exclusiva de Milesi?

—Vamos, Marco, no. Ese caso sigue siendo tuyo. Pero llevaba semanas tocando los huevos, no podíamos decirle que no. Ya sabes lo delicados que son los equilibrios aquí. Me refería a otra exclusiva.

—¿A cuál?

El ascensor se abre, cruzan juntos el patio interior.

—Hablabas de tu amiguita, Lizzy.

—Que no es mi amiguita. Diría que me odia. De todos modos, ya me lo ha contado Cannistrà.

—¿Que se ha comprometido?

—No, no conocía ese detalle. ¿Con quién?

—Adivina.

Besana se vuelve y mira a Roberto, que rompe a reír.

—Milesi está loco por ella. Se la lleva a todas partes.

—Dile que dentro de un mes será padre. Esa se le presenta con el test de embarazo. Pueden comprarse falsos en eBay. Conmigo no le valió porque, para bien o para mal, llevo toda la vida dedicado a los delitos. Pero él, que está siempre metido en la tele, corre un riesgo.

Roberto se ríe con fuerza.

—Creo que yo también voy a tirarme a Lizzy. Así el test se complica.

—Eres demasiado cobarde —le responde Besana—. Empieza por no encargarle a Milesi artículos que son míos. Si puedes, fóllate a su novia. Pero con preservativo, te lo aconsejo. —Y se va.

Roberto se queda parado.

—Eres un cabrón —le grita.

Besana se gira un poco.

—Simplemente, tengo razón. —Le dice adiós con la mano—. Te recomiendo el preservativo. Incluso cuando preparas las páginas.

2 de enero

A eso de las seis Besana se muere de hambre, o de la úlcera. Procuraba fumar menos liándose de vez en cuando un cigarrillo, pero en una tarde, después de la comida con el director, se ha fumado un paquete entero. Así pues, agradece infinitamente la invitación de Grace.

—Anda, Marco, ven a cenar a casa esta noche. Díselo a Ilaria, nos ha caído muy bien. He comprendido qué clase de caníbal puede ser nuestro hombre, no veo la hora de contároslo.

Besana pasa por la tienda de vinos y compra dos botellas de Barolo y un ramo de flores. Siente la necesidad de mostrarle a Grace su gratitud y también de hacer un brindis memorable. Luego sube al coche para ir a recoger a Ilaria, tan entusiasmada con la propuesta como él.

—Llevo años sola en Milán —dice colocándose el cinturón—. Ahora me invitan a cenar todas las noches. No me lo puedo creer. Adoro a tus amigos.

Grace los recibe con un abrazo, en la casa hay un aroma delicioso. Está preparando un risotto a la milanesa. Y también huele a romero: es de un relleno de carne mechada, que se está dorando en el horno.

—Nic vendrá enseguida, ha ido a por un aperitivo con su hermano —dice.

Nic es un hombre con suerte, piensa Besana mientras le tiende a Grace las botellas y las flores. No puede evitar recordar cuando también en su casa olía bien e iban amigos a cenar. Cuánta melancolía.

—Bueno —dice Grace, entregándole el sacacorchos a Marco—, he comprendido que no se trata de canibalismo sexual de fusión. A lo Jeffrey

Dahmer, para entendernos, el caníbal de Milwaukee, que se comía a sus amantes. O como Armin Meiwes, que encontró en internet a un compañero dispuesto a dejar que se lo comiera como suprema experiencia erótica. A menudo, a los caníbales de este tipo ni siquiera les gusta matar, son necrófagos. No hay sadismo, es más una forma de amor enfermizo.

—¿Una forma de amor? —repite Ilaria, perpleja, levantando el labio.

—Sí —responde Grace—. El concepto es simple: si me trago tu carne, te conviertes en parte de mí. Es un deseo de fusión: un cuerpo que penetra en el otro. Como en el acto sexual. Solo que las personas que padecen esta patología no logran sentirse satisfechas con la penetración como nosotros. Para la gente así, la unión de la carne es otra cosa. Pero nuestro hombre no forma parte de este grupo.

—¿Y por qué? —pregunta Besana.

—Porque no es tan tierno. Perdonad la expresión, me refiero a que aquí no hay nada sentimental. Busca la total aniquilación de la víctima, también *post mortem*. Ahí radica la diferencia. Devorar al otro significa dominarlo, tenerlo completamente a tu merced. Padece un trastorno narcisista grave, quiere sentirse omnipotente. Está dominado por pulsiones sádicas, y comer carne de la víctima es una manera de desahogar su rabia. Es un psicópata muy violento.

—Ya nos habíamos dado cuenta —comenta Besana.

—Se denomina canibalismo agresivo y de poder, es la forma más extendida entre los criminales. Y no son capaces de parar, os lo advierto.

—Dios santo —susurra Ilaria.

3 de enero

El día siguiente empieza con una cita para desayunar: capuchino y cruasán. Luego empieza el recorrido por Bérghamo. Besana quiere entrevistar a algunas personas.

—Solo nos faltaba un bloguero —dice Ilaria, enseñándole la pantalla de su tableta.

—¿Qué bloguero? —pregunta Besana.

—*Direccionprohibida.*

—¿Quién?

—¿No lo conoces?

—Nunca he oído hablar de él.

—Tiene uno de los blogs más seguidos de contrainformación. Casi doscientos mil contactos diarios, sesenta mil seguidores en Twitter, el doble en su página de Facebook. Ya sabes, uno de esos que atacan a los grandes periódicos, al poder judicial y a los políticos, y que ven en todas partes escándalos y conspiraciones. Las Torres Gemelas las derribó la CIA, el mundo está gobernado por una cúpula de banqueros judíos y por el Grupo Bilderberg, Italia tiene que salir del euro y el cáncer se cura con bicarbonato, pero las farmacéuticas lo ocultan. Ideas de ese tipo.

—¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Bueno, ahora la tiene tomada con nosotros. Por supuesto, le ha declarado la guerra a toda la profesión, pero a nosotros nos nombra con frecuencia. Te leo unos pasajes: «El thriller de Bottanuco se complica, y los investigadores

tantean en la oscuridad. Pero los periodicachos no se rinden, y ya han emitido su juicio. Un juicio mediático. Como si el test de ADN fuese infalible, lo que en Estados Unidos los mayores expertos en genética forense comienzan a ponerlo en duda».

—Ni siquiera sabe gramática. ¿Cómo coño escribe? ¿Los «periodicachos»? Ilaria continúa.

—Escucha otro post: «¿Y cuánto cuesta extraer muestras de ADN a miles de habitantes de Bottanuco y de los pueblos de la zona? ¿Los contribuyentes están de acuerdo? ¿Qué clase de estudios tienen los supuestos expertos para definirse como *forensic scientists*? Todas estas preguntas, los periodicachos de la casta no se las hacen. A ellos les interesa continuar con el linchamiento de gente inocente, solo en base a una huella biológica».

—Ni siquiera lee nuestros artículos. Nosotros no hacemos ningún linchamiento. ¿Quién es ese imbécil?

—Un contable de Cesena apasionado de la crónica de sucesos —responde Ilaria—. Dice que ha asistido a un curso de *forensic science* en Ohio, pero he hecho las oportunas comprobaciones: se trataba de un curso de cuatro días. Sin embargo, se autoproclama «experto» en escenarios de crímenes. Incluso organiza seminarios sobre el tema, por los que cobra. De todos modos, con la cantidad de series y *talk shows* que hay sobre grandes crímenes, todo el mundo se cree profesional. ¡Pero espera, eso no es todo! El final es en clave de complot: «En lugar de seguir pistas falsas, ¿por qué no investigan en los ambientes del crimen organizado? En Bottanuco y alrededores, desde hace tiempo se conocen las infiltraciones de la camorra y de la ‘ndrangheta. Esos homicidas podrían estar relacionados de algún modo con el mundo de las adjudicaciones. Venganzas transversales. El móvil sexual, la imitación de Verzeni, no son más que una tapadera».

—Estupendo. Imagínate lo que puede importarle a la camorra una

cuidadora.

—Escucha los comentarios de los usuarios: «Todos los periodistas sois unos vendidos, estáis al servicio de los magistrados». O bien: «¡Sois unos inútiles! ¡Dais vergüenza!»». Y también: «Y lo llaman información. ¡Dais asco!»».

—Qué amables.

—Un coro de insultos.

—Me da exactamente igual —dice Besana sonriendo casi divertido.

3 de enero

Besana y Piatti han quedado con Lucilla Perego, la hermana de Dana. Lucilla trabaja en un gimnasio situado en un gran centro comercial. Aparece en la entrada con camiseta violeta, leggings fucsia y deportivas amarillas fosforescentes. Ese exceso de colores contrasta violentamente con su mirada opaca. Debía de tener las uñas pintadas de rosa, pero, salvo mínimos restos, no le queda nada de esmalte. El pelo, un poco sucio, como el de quien se abandona después de sufrir un gran dolor, lo lleva recogido en una coleta.

—Encárgate tú de la sala —le dice a un chico—, ahora tengo que hablar con los periodistas.

La manera en que subraya la palabra «periodistas» delata cierta ingenuidad. Por lo visto, el dolor que le impide lavarse el pelo no le impide seguir dándole importancia a otras cosas.

—¿Quieren ver el gimnasio?

Ellos, desde luego, tienen poco interés en el gimnasio, pero la siguen. Caminando de puntillas como una aspirante a bailarina que ha acabado impartiendo un curso de zumba en el extrarradio, Lucilla los conduce a la sala. El equipamiento es muy nuevo, pero la vista a la gasolinera, la rotonda y las naves industriales resulta deprimente. Ilaria hace lo posible por entenderse con ella, pero le cuesta.

—Un curso de spinning —repite—. Interesante.

—Sí, empezamos el año pasado —responde Lucilla—. Ahora también

damos cursos de jawbreaker, cardiodance y otros que combinan tricking, breaking, capoeira y parkour.

—Ah —dice Ilaria—. Nunca he ido a un gimnasio.

Los lleva a ver el SPA, muy pretencioso. Hay piscinas de todo tipo, luces bajas y velas: la gente puede hacer como si estuviera en un hotel de lujo, olvidándose de que se encuentra en un centro comercial en el que hay salas con tragaperras, pizzerías que también venden kebabs, mercerías de las de antes con maniqués y pelucas.

Después de la visita guiada, se dirigen al bar del centro comercial, lleno de toboganes. El olor a fritanga es fortísimo, y también los gritos de un par de niñas con velo que están jugando ahí, mientras la madre, más velada que ellas, come una hamburguesa. Piden un café.

—Yo sé quién ha sido —dice Lucilla, de repente.

Besana está acostumbrado a conocer gente que hace afirmaciones así.

—¿En serio? —pregunta.

—Christian —responde ella.

—¿El padre del niño? —Hoy Besana tiene poca paciencia, pero ha de hacer un esfuerzo.

—Ay, no. —Lucilla suelta una risita nerviosa—. Salvo no le haría daño a nadie. Es un hombre...

Besana cierra los ojos. Sabe que está a punto de llegar la gran tríada: persona/especial/genial (joder/joder/joder, repite para sus adentros).

—Un hombre genial, especial —responde puntualmente Lucilla—, la única buena persona que mi hermana conoció en su vida. Pero puede que a ella no le gustaran las buenas personas.

Por fin, un lado oscuro también en las víctimas, anulado por la retórica del asesinato, como si el asesinato por sí solo no fuera suficiente para anularlas. Ahora Besana presta atención.

—¿Quién era entonces ese gilipollas?

La está mirando fijamente a los ojos. Lucilla está desconcertada, pero también emocionada. La delata un breve temblor de la columna vertebral.

—Un acosador —responde. Y agacha la cabeza.

Ilaria está pasmada. ¿Por qué agacha la cabeza?

—Era mi novio —añade Lucilla—. Pero después perdió la cabeza por mi hermana y me dejó por ella. Son cosas que pasan.

Besana le sonrío, hemos salido del terreno de las frases hechas, que son como un brazo levantado contra una navaja, el instinto de defensa elemental. Con las debilidades humanas él se siente mucho más cómodo. Al menos, son gestos complejos.

Lucilla, con gran esfuerzo, está tratando de explicar una idea que la supera. A saber, que en cierta clase de uniones el mal es una complicidad. Solo cuando es asesinado uno de los dos queda claro quién es la víctima y quién el culpable. Antes, no.

—En primer lugar hay dos víctimas. No sé si me explico. Dos víctimas de una relación enferma —dice—. Y ese es el momento más peligroso.

Besana la escucha con humildad. Se avergüenza de haberla juzgado por un par de adjetivos tontos.

—¿Dos?

—Sí. —Ahora Lucilla se está raspando con la uña los últimos restos de esmalte. Mientras tanto lo mira, incluso un poco provocativa—. ¿Usted no cree que es difícil alcanzar ciertos límites uno solo?

Besana asiente con la cabeza. En efecto, toda funesta armonía es una especie de milagro en negativo. Y hacen falta dos para conseguirla.

—Mi hermana lo sabía. Del mismo modo que yo sé que fue él —continúa Lucilla, y con el índice se saca un caramelo que se le había quedado pegado en la lengua.

Besana está hipnotizado. Piatti lo agarra de un brazo. Querría gritar: «Oye, no la mires así, por favor. No es más que gente enferma». Pero de nada sirve tirarle del jersey. Él ni se da cuenta.

—Estaban destinados —continúa Lucilla con una sonrisa perversa—. Es muy erótico sentirse destinados. ¿No le parece?

Está mirando a Besana de una manera más retorcida de la cuenta, con los párpados medio cerrados y el labio superior subido. Piatti está rabiosa. Le tiene sin cuidado esa filosofía de gente disparatada. Cuesta muchísimo ser normal, y hay delirios que no tienen nada de poético.

—Gracias, ha sido muy amable —la interrumpe Ilaria—. ¿Dónde podemos encontrar a su ex?

Pero Besana le pide con un gesto que se tranquilice. Quiere conocer toda la historia.

3 de enero

Entonces Lucilla empieza a contar. Dana siempre fue la hermana dominante, mientras que ella era solo una chiquilla a sus órdenes. Hasta que se hizo mayor. El conflicto estalló cuando Lucilla cumplió veinte años y Dana treinta. Pero eran conscientes tanto de su juventud como del enfrentamiento que eso iba a causar. Así que no podían dejar de ayudarse. Entre otras cosas, porque tenían unas vidas asquerosas.

El padre, camionero, había muerto cuando eran pequeñas. La madre, enferma de alzhéimer precoz, estaba hospitalizada. Dana creía que podía enfrentarse a todo gracias a su trabajo, pero no había calculado el lastre que era el marido. Una magnífica persona, eso sí. Pero con una suerte pésima. Si lo contrataban en una fábrica, la fábrica cerraba. Parecía que era un cenizo.

Dana se remangaba para mantenerlos a todos: a la madre ingresada, a su hijo, al marido en paro e incluso a su hermana, que quería ser bailarina.

—Nosotros nos sentíamos incómodos porque en el pueblo empezaban a llamarla puta —cuenta Lucilla—, pero su dinero no nos daba asco. Lo aceptábamos, desde luego que lo aceptábamos.

Besana asiente repetidamente, para animarla.

—Y la que peor se portó fui yo, porque no me gasté el dinero que me daba en estudiar danza, como le había prometido, sino en arreglarme la nariz. Era lo único que me hacía menos guapa que mi hermana.

Besana le sonrío. No tiene intención de interrumpirla.

—Estaba convencida de que estudiar no sirve para nada. Conocía a un tipo

que me había prometido una prueba en televisión. En realidad, era un gorila, amigo de otro gorila encargado de la vigilancia de los platós de Mediaset, todo un elemento. Lo único que me interesaba era prepararme para esa prueba, segura de que me contratarían. Estaba tan dedicada a mi proyecto que no me di cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Había nacido una relación entre su hermana y su novio?

—Algo mucho peor. Era un amor enfermizo. Tan absorbente y morboso que ella envió a su hijo con su exmarido. Literalmente, lo echaron de casa, pobre niño. Solo existían ellos dos. Se sentían culpables y parecía que el daño que se hacían mutuamente era el castigo que se merecían. Solo podían estar juntos borrachos, y en ese estado llegaban incluso a torturarse. Dana lo provocaba. Le hablaba adrede de sus clientes. Y Christian la molía a golpes.

Ilaria mira hacia otro lado, no está segura de querer escuchar. Prefiere fijarse en las niñas con velo, que gritan cuando se lanzan desde el tobogán.

—Una noche los sorprendí en plena pelea y me eché a llorar. Descubrir aquella violencia fue peor que descubrir la traición. No me imaginaba que pudieran llegar tan lejos. Incluso me sentía culpable por haber dejado que fueran pareja, por no haberme opuesto. Mi hermana estaba atada a una silla y me gritaba que me fuera. También Christian me gritaba que me fuera, pero tenía un bidón de gasolina en la mano. Entonces fui corriendo a la policía.

Ilaria no puede dejar de pensar en sus padres. De repente, recuerda a su madre con el rostro cubierto de moretones. No paraba de decir que se había resbalado en el hielo, pero ella sabía que no era verdad. Algunas noches la despertaban los gritos. Por la mañana se levantaba para desayunar y en la cocina encontraba cristales rotos, platos de porcelana hechos trizas y a su madre barriendo el suelo («Perdí el equilibrio mientras vaciaba el lavavajillas»).

Entonces se levanta de golpe, está a punto de vomitar. Ya no aguanta más.

Se tapa la boca con la mano y la angustia casi la impide respirar. No puede desmoronarse, es el oficio que ha elegido. Lleno de historias así. No puede.

—¿Todo bien, Ilaria?

Piatti hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, sí, perdonad, creo que no he digerido la polenta —responde. Luego se sienta de nuevo.

—Cuando llegó la policía, los encontró abrazados bajo el edredón, delante del televisor —prosigue Lucilla—. Dijeron que me lo había inventado todo, que estaría borracha. Después, mi hermana lo dejó. Me sentí muy aliviada. Se quedó en mi casa un tiempo. Ya no se sentía segura en su casa. Y entonces comenzó el infierno.

—¿Por qué?

—Christian llamaba a sus clientes para dejarla sin trabajo. Amenazaba con incendiar el centro de masajes con todo el mundo dentro. De hecho, mucha gente dejó de ir. Y a nosotras nos hacía unas llamadas horribles. «Os cortaré la cabeza y me correré en vuestras bocas abiertas», decía. Llamábamos a la policía, pero era inútil. Mera palabrería. «Tienen que acudir a los servicios de psiquiatría», nos respondían desde la central. Entonces llamábamos al ambulatorio, pero en psiquiatría nos decían que, si no se ponía violento de verdad, ellos no podían hacer nada. Al final recurrimos a un abogado. Pero demasiado tarde. Una semana después, Dana estaba muerta.

—Y él, ¿dónde está ahora?

—Desaparecido. Encuéntralo, por favor. Tengo miedo.

3 de enero

El único que puede saber dónde se ha escondido Christian es su jefe, Renato Pigna, director de una cadena de televisión local privada y dueño de varios clubes en la provincia, así como creador y director de BergAmore, el festival erótico más importante de Italia, que desde hace unos años tiene lugar precisamente en Bérghamo.

Llegan a la discoteca Godzilla de Capriate San Gervasio, cuartel general de Pigna. Un gorila los para en la entrada. Le explican que son periodistas y que han concertado una entrevista con el jefe.

—Pasen, mando llamar a René —les dice.

René es un cincuentón oriundo de Osio Sotto. Tiene cara de pícaro, el cráneo brillante y el pecho sin pelo.

—Tomen asiento —les dice con una sonrisa—. En este saloncito podemos estar tranquilos. ¿Les puedo ofrecer un cóctel?

Se sientan en unos sillones de piel negra, tan brillantes como el cráneo y el pecho de su dueño. Naturalmente, Besana acepta la invitación. Cómo no va a querer probar su Bloody Mary. Piatti pide una cosa absurda, un Bacontini, esto es, un Martini con beicon. Besana tuerce el gesto.

—Su festival tiene mucho éxito —dice Besana para romper el hielo.

—Ahora. Pero al principio nos hicieron la guerra —cuenta René—. Recogida de firmas, sentadas, consultas en el ayuntamiento. Hasta que por fin nos dieron el permiso. Vienen de toda Italia y hasta de Suiza, en los hoteles que hay entre Dalmine y Bérghamo no queda una cama libre los días del

festival. BergAmore se ha convertido en una especie de fiesta popular: cerveza y comida típica. Entre un estriptis y otro, la gente come y bebe hasta las tres de la madrugada. Se ven parejitas de novios buscando emociones, parejas maduras que quieren remediar el aburrimiento de una relación desgastada, incluso padres con hijos adolescentes.

—Un fenómeno social interesante —dice Ilaria.

—La gente está cansada de ver porno en soledad, delante del ordenador, quiere compartir, participar, vivir las cosas en primera persona, sobre todo, para crearse un mundo virtual personalizado. Y entonces hacen cola para ver las tetas siliconadas de Marika Silver o el tatuaje del Vesubio en el pubis de Eliana Fuckalot. Las páginas de porno duro tienen menos visitantes, en cambio, eventos como BergAmore están en pleno boom: dos mil visitantes el primer año; ahora son más de veinticinco mil.

En ese momento entran dos chicas. Una de ellas, la rubia, lleva una camisetita con rayas de estrás, violetas, azules, naranjas y verdes, con falso cuello alto, que le tapa el pecho hasta el borde del pezón. Debajo no lleva nada más que unas medias de rejilla. La morena va con un sujetador de grandes hojas de marihuana y pantalones cortísimos decorados con dibujos de plátanos.

—René, hemos terminado de hacer las fotos —dicen.

Besana abre los ojos de par en par, olvida durante un instante incluso su Bloody Mary. Pero René las despide enseguida.

—Id a cambiaros, niñas. Que vais a coger frío. —Le guiña un ojo a Marco—. Luego me vuelven en chándal, pero qué le vamos a hacer.

—También mi colega va siempre en chándal —responde Besana.

—¿Decíamos? ¿Querían noticias de Christian?

—La policía lo está buscando, lleva semanas desaparecido.

—No lo encontrarán. Está en Colombia.

—¿Cómo lo sabe? ¿Lo está ayudando?

—Por supuesto, nunca abandono a mis empleados.

—Admirable —comenta Besana—. Aunque, se lo advierto, usted también acabará jodido.

René meneaba la cabeza.

—Comprendo que es infrecuente que se ayude a gente inocente. Pero esta vez he sido afortunado. Alguien de los de arriba ha querido recompensarme por los auténticos riesgos que he corrido a lo largo de los años.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que Christian es inocente?

René ríe con fuerza. Luego prueba el zumo de tomate aliñado; antes de medianoche no bebe, es una regla que se ha impuesto. Hay quien empieza a las siete de la tarde, cada uno tiene su propio horario. Y enciende un cigarrillo.

—Al fin y al cabo, este jodido local es mío —dice aspirando—, pago tantos impuestos que nadie se atreve a multarme. —Se ríe.

Le ofrece a Besana un Marlboro. Por supuesto, Marco acepta.

—¿Decía usted?

—Que Christian es inocente, tengo todas las pruebas que gusten. Porque se fue a principios de diciembre. Yo le pagué el vuelo a Cartagena de Indias. Ese asunto de las dos hermanas empezaba a ser peligroso. Había perdido la cabeza. Entonces, le ofrecí unas vacaciones.

—¿Unas vacaciones o un trabajito?

—Digamos que las dos cosas.

—Ahora queda muy claro —dice Besana.

—Lo convencí para que cambiara de aires. —Se golpea tres veces la sien con el índice—. Fíjese que cuando supo que Dana había muerto, me llamó para decirme que le habría encantado cometer ese asesinato. «Me lo han robado», decía.

—¿Le habían robado el crimen?

—Así es. Te obsesionas con matar a tu amante y gradualmente la conviertes en una víctima perfecta. Te mentalizas para lo inevitable. ¿Comprende? Pero entonces, ¿qué ocurre? Aparece alguien, nadie sabe quién, que te la roba en cinco minutos. La muerte es valiosa, no se repite.

Besana toma un trago de Bloody Mary. Sonríe. Ante ciertas grandezas, se rinde.

—No es justo. ¿No le parece? —En ese momento, René se levanta.

—Imperdonable —responde Besana.

—¿Por qué no vienen a ver algún espectáculo? Intenten ir al Lap Dance de Pontida, serán mis invitados.

—¿Y también estarán esas simpáticas chicas?

—Le encontraré otras mejores.

Besana le estrecha la mano, pero su alma de periodista no está satisfecha.

—Disculpe mi curiosidad, pero ¿cómo son sus relaciones con las administraciones locales?

René suelta una carcajada.

—Han sido difíciles. Imagínese que el segundo año, el alcalde del pueblo donde debía celebrarse la fiesta me dijo: «Te damos permiso si destinas las ganancias a la beneficencia». Yo pensé en Emergency, pero la ONG no aceptó porque no quería que su imagen se asociara con el porno. Pero aquí no hacemos porno, lo único que pretendemos es desdramatizar el sexo. Los alcaldes solo tienen motivos para estarnos agradecidos. Generamos unos beneficios enormes, los que proporcionan veinticinco mil personas, que no se obtienen ni en los partidos que juega el Atalanta.

3 de enero

Antes de regresar a Milán, deciden pasar por la farmacia de Suisio porque Ilaria tiene jaqueca.

—Ante todo, perdóname —dice.

—No digas eso ni en broma —responde Besana—. Sé lo que te pasa. Además, solo has comido una ensalada.

—Verás, a veces temo no ser lo bastante profesional —confiesa—. Mientras Lucilla contaba la historia de su hermana, me acordé de algunas peleas entre mis padres. Creo que ellos también tenían una relación enfermiza.

—Lo sé, he leído el sumario.

—¿Has leído el sumario?

—No lo he hecho para curiosear. Solo quería tener las herramientas para comprender lo que has vivido.

Ilaria está a punto de llorar. Nadie había hecho algo parecido por ella.

Besana aparca delante de la farmacia.

—Voy yo. Tú quédate aquí, procura relajarte —dice.

La farmacéutica está enseñando a un grupo de estudiantes, todas chicas, a coger muestras de ADN con bastoncillos.

—Cuando lleguen los voluntarios —les dice—, cada una de vosotras, en cualquier momento, debe ser capaz de tomar una muestra de saliva. Parece fácil, pero no lo es. Así que tenéis que ensayar. Lo primero, tenéis que poneros bata, gorra, gafas protectoras, guantes y mascarilla. ¿Listas? Ahora, sacad los bastoncillos del envase. Así. No toquéis nunca el extremo de algodón, pues

debe permanecer estéril. ¿Queda claro? Ahora frotad el algodón por el interior de la mejilla, debajo de la lengua y detrás de los labios. Durante diez segundos. Vamos, chicas.

Una estudiante gira el bastoncillo en la boca de otra, meticulosamente. Luego intercambian los papeles. Y a continuación se quedan quietas, con el bastoncillo en la mano, con gesto diligente.

Un hombre, también en bata, con gafas, mascarilla y gorra, levanta un dedo enfundado en un guante de látex:

—Ojo con contaminar la muestra, por favor —dice.

—¡Muy bien! Mi hijo tiene razón. Es muy importante evitar cualquier contaminación —confirma la farmacéutica—. Ahora, antes de guardar el bastoncillo en su sobre, dejadlo secar una hora como mínimo, con cuidado de que nada toque los extremos. Ni tampoco vosotras para ver si se ha secado.

Concluida la explicación, la farmacéutica regresa al mostrador. Besana le da la mano. Ella le corresponde con una sonrisa.

—¿De nuevo Xanax sin receta?

—No, Moment. Solo es una jaqueca.

—Menos mal —responde la mujer abriendo un cajón.

—¿Están recogiendo muchas muestras?

—Ni se imagina la de voluntarios que llegan de todo el valle. Nos hemos movilizado. Ya hemos tomado el ADN a más de trescientas personas. Yo he sido la primera en dar el mío. Para demostrar que no cuesta nada.

—Ha hecho usted bien. Es muy importante.

—Esperemos que sirva de algo —dice ella—. Les propongo el test a todos mis clientes, no dejo que se me escape ninguno.

—¿Y nadie se niega?

—Huy, sí, por supuesto. Sobre todo los mayores. Pero también muchos

jóvenes desconfían. Todos tienen miedo. Nos miran con recelo, como si les estuviésemos preguntando si podemos fotografiarlos desnudos.

—La cerrazón de la provincia —comenta Besana—, que aquí se considera casi una cualidad, por lo que he visto. La discreción.

—Pues sí —dice la farmacéutica—, es realmente difícil tener iniciativas en esta zona, créame.

3 de enero

Sobre las siete de la tarde Besana se pone nervioso si no tiene delante un vaso de vino. Entran en el bar de la plaza y se sientan a una mesa. Solo hay dos clientes. Un calvo que juega compulsivamente a las tragaperras y un viejo alcohólico delante de un *amaro*. El viejo los mira. Tiene los dedos amarillentos por el tabaco y el cutis enrojecido por el alcohol. Quizá ni siquiera sea tan mayor como aparenta, solo lleva mal la edad, quién sabe. Besana lo observa un poco preocupado, siempre teme acabar así. No se atreve ni a dar un sorbo al vaso de vino blanco. Y, además, resulta molesto que te miren de esa manera.

—Sois periodistas, ¿verdad?

Ilaria asiente y sonrío. Sin embargo, ella también se siente incómoda.

—Yo sé algo que os podría interesar —continúa el viejo.

Ilaria se vuelve, teme que alguien esté escuchando y el viejo pague cara esa frase. Busca con la mirada a Besana, que le hace un leve gesto con la cabeza. «Deja que hable», le dice con la mirada. «Puede que sean chorradas, pero deja que hable. Nunca se sabe.»

—¿No me diga? —responde Besana—. ¿Y qué es lo que sabe?

—Una historia que seguro que no conocéis —contesta el viejo, y termina su *amaro*.

Besana llama con un gesto al camarero y pide otro *amaro* para el hombre, invita él.

—Gracias —dice el viejo—. A vuestra salud.

Besana y Piatti le sonríen.

—Creedme, no es una leyenda —prosigue el viejo—, mi abuelo no contaba mentiras. Cuando Verzeni regresó al pueblo...

—¿Cómo que regresó? —lo interrumpe Ilaria—. ¿No se suicidó en el manicomio?

—Mentiras —responde el viejo—. Lo salvaron *in extremis* los celadores. Como se le había conmutado la cadena perpetua por treinta años de reclusión, en 1902 Vincenzo Verzeni quedó libre. La prensa habló de ello, comprobadlo si queréis. Os podéis imaginar los nervios de la gente de aquí. Sobre todo, de los parientes de las víctimas. Estuvo confinado no se sabe dónde tres años. Después Verzeni regresó a Bottanuco. Vivió aquí, en la via San Giorgio, escondido en su casa, para que lo vieran lo menos posible. Llegó la Gran Guerra y muchos paisanos se fueron al frente. Entre ellos, se marchó voluntario el hijo de Elisabetta Pagnoncelli, que era un recién nacido cuando su madre fue asesinada, pero que en 1914 tenía más de cuarenta años. La guerra cambia a la gente. Los hombres descubren que matar es fácil.

—¿Qué quiere decir?

—La venganza, amigo mío, la venganza —contesta el viejo.

Piatti y Besana se miran. No saben si tomarlo o no en serio.

—¿Y se vengó?

—No lo hizo solo. Cuando en noviembre de 1918 regresó del frente y pidió noticias de Verzeni, le dijeron que seguía vivo. Ni siquiera la gripe española, que estaba causando más estragos que la guerra, había logrado matarlo. Los malvados tienen la piel dura. Para el hijo de Elisabetta Pagnoncelli, que había visto tantas veces la muerte en las trincheras del río Isonzo, eso ya fue demasiado. Quería estrangularlo con sus propias manos. Pero su esposa lo contuvo. Le suplicó que no fuera tan imprudente. Acababa de regresar, tenían cinco hijos, ¿es que quería dejarla sola de nuevo? Un crimen podía planearse

mejor. Su esposa era una mujer lista, sabía que todo el mundo odiaba a Verzeni tanto como ellos, pese a que ya no le hacía daño a nadie. Era un hombre que rondaba los setenta años pero que aparentaba noventa, con un poco de joroba, piernas esqueléticas y mentón tembloroso. A saber qué le habían hecho en aquel manicomio para que estuviese así.

—¿Un crimen colectivo?

Ahora Besana muestra interés.

—En cierto modo. Digamos que era un encargo de todo el pueblo. Figuraos que la gente más influyente se reunió con ese fin en la iglesia. Estaba también Giò Ravasio, que cuando la muerte de Giovanna Motta tenía diecisiete años. Sus padres enloquecieron de dolor, para ellos Giovanna era una hija del amor. Giò se había convertido en un rico comerciante de sesenta años con gota. Era el más motivado de todos. Nunca había aguantado al hijo de Elisabetta Pagnoncelli, pero el odio hacia Verzeni los unía. Por fin podían vengarse. ¿Que el cabrón de Lombroso le había evitado la pena de muerte? Pues ellos iban a corregir ese error.

Besana pide un segundo vaso de vino blanco, empieza a sentirse fascinado. También invita a otra ronda a su nuevo amigo.

—Verzeni vivía encerrado en casa porque los del pueblo lo zurraban si se cruzaban con él. El ama de llaves del párroco, por caridad cristiana, le llevaba leche y comida. Así que recurrieron a ella. Le darían una jarra de leche envenenada. El farmacéutico se declaró dispuesto a suministrar el arsénico. El médico firmaría enseguida un certificado de muerte natural. Los notables de Bottanuco brindaron por el crimen perfecto. Por fin se haría justicia.

Ilaria traga saliva. Le parece estar allí. El viejo la mira y le sonrío, como diciéndole: «He despertado tu interés, ¿eh?». Ella, confundida, le corresponde con otra sonrisa.

—No tuvieron en cuenta los sentimientos del ama de llaves del párroco, que rompió a llorar. Dijo que eso no era justicia, porque la justicia ya se había aplicado, que ese pobre hombre había sufrido torturas atroces durante treinta años. Le ofrecieron dinero, pero ella lo rechazó, indignada.

El viejo golpea con el dedo el borde del vaso. Besana capta al vuelo el mensaje y pide que se lo vuelvan a llenar.

—Verzeni estaba aterrizado. Antes de morir, su única amiga lo previno: «Mira que te quieren envenenar». Pero ¿qué podía hacer? ¿No comer más? Una chiquilla se ofreció a llevarle la comida y la leche. Era una de las muchas hijas de los campesinos que vivían cerca. Le recordaba a su prima Marianna. Verzeni aceptó su ayuda. Le dio algo de dinero y unas monedas sueltas en agradecimiento por las molestias. No sabía que la familia de aquella chiquilla estaba mucho mejor pagada. En el certificado de defunción no se especificó la causa del deceso.

3 de enero

Ha sido un día duro, en el que han escuchado demasiadas atrocidades, así que Marco le propone a Ilaria cenar en un restaurante famoso de Bérghamo del que le han hablado.

—Nos merecemos una tregua —dice—. Eso escribiremos en la nota de gastos, «tregua: cien euros». Va incluida en la factura de esta cena.

En cuanto se sientan a la mesa, mientras echa un vistazo a la carta, Besana empieza a contarle a Ilaria anécdotas sobre el pago de las dietas.

—La primera vez que me encargaron hacer un reportaje, un accidente de carretera cerca de Voghera, fui en coche, escribí el artículo al vuelo y regresé el mismo día. A la mañana siguiente fui a ver al jefe con la nota de gastos: gasolina, un bocadillo y una cerveza. Total: doce mil quinientas liras. Él puso los ojos como platos: «¿Estás loco?». Yo me temí lo peor: «¿Por qué, es demasiado?». «¡No, es demasiado poco! ¿Y el restaurante? ¿Y el hotel? ¿Y los periódicos?». Yo no sabía qué decir. Me tendió una hoja. «Tranquilo, yo te la rehago. Restaurante: cincuenta mil. Alojamiento con desayuno: cien mil. Varios, café, prensa: cinco mil.» Al final, el total rondaba las doscientas mil liras. Ahora estaba satisfecho. «Ya empezamos a razonar», me dijo. Entonces lo comprendí: si gastaba poco, le perjudicaba a él y a todos los demás. No había un solo periodista que no sisara en los gastos, era un pacto tácito y yo tenía que adaptarme.

—Qué chollo —comenta Ilaria.

—Sí, pero eran otros tiempos. Ahora eso ya se acabó. Me acuerdo de un

famoso corresponsal, especializado en África, que en sus artículos se las daba de paladín de los países pobres, y que en un momento dado fue apartado por el nuevo director. Ya no lo enviaban a ningún lado y se pasaba todo el tiempo quejándose y hablando mal de los colegas. «Verás, para mí significa también un perjuicio económico», me dijo un día. «¿En qué sentido? Sigues cobrando tu sueldo, y ni siquiera tienes que trabajar», dije yo. Él: «Y las notas de gastos, ¿qué pasa con ellas?». Se consideraban una retribución complementaria. Después, a modo de propina, le encargaron un reportaje en las playas de los VIP, y él vivió como un rey varias semanas en hoteles de lujo por medio mundo, entrevistando a los socorristas e inventándose anécdotas de clientes famosos. A cuenta del tercer mundo.

Ilaria escucha fascinada, el ojo irónico de Besana la divierte mucho.

—Por la mañana, en la redacción, los teléfonos sonaban en vano. Hasta las once o las doce no aparecía nadie —cuenta Marco—. La mañana del domingo, en cambio, había un montón de gente. Muchos iban, cogían los periódicos, luego bajaban a desayunar al bar de enfrente y, acto seguido, volvían a su casa, no sin antes fichar. Los complementos por trabajar en días festivos engordaban sustanciosamente los sueldos. Y, mientras tanto, se acumulaban las fiestas. Sé de algunos que tenían doscientos o trescientos días de fiestas. En la práctica, podían quedarse en casa un año o más mantenidos por el editor. Solían ser jefes de redacción o subdirectores desbancados, corresponsales caídos en desgracia o periodistas que disentían de la línea editorial del momento, incluso firmas prestigiosas (hubo algunos que más tarde dirigieron publicaciones revolucionarias), que expresaban su protesta de esa manera. Se presentaban en la redacción todos los santos días, casi por despecho, pese a que nadie los hacía trabajar, y así hinchaban el paquete de vacaciones no disfrutadas. Una especie de silenciosa sentada de los jodidos.

Ilaria se ríe.

—Se inventaban de todo —dice.

—Ya lo creo. Por ejemplo, el famoso sabático. Fue una de las grandes conquistas sindicales del periodismo, a principios de los noventa, una época de puesta al día profesional —explica—. Consistía en unas semanas o un mes cada cierto número de años de trabajo, que se pasaban en otra cabecera, por lo general en el extranjero. Para aprender un idioma, o para conocer una cultura distinta y regresar a la redacción con un bagaje profesional más rico, por el bien del periódico. Ya me dirás. Como se suele decir, la ocasión hace al ladrón, y los periodistas no tienen fama de santos. Recuerdo a un corresponsal que eligió como sede del sabático Kingston, Jamaica. En la redacción del diario más antiguo de la isla, *The Gleaner*. Regresó bronceadísimo, contaba chistes en dialecto jamaicano, y cada vez que pasaba por Milán un escritor de las Antillas se ofrecía para entrevistarle. Se convirtió en la pesadilla del jefe de redacción de cultura. Otro optó por California, y su sabático le costó al periódico unos cuantos millones de liras. Entregó recibos de joyerías y tiendas de moda, de cursos de esquí náutico y de surf, de sumiller y de pilates, de entradas a conciertos de rock o de ópera, incluso alquiló un piano. Su aportación al periódico no varió. Esto es, poco más que nada. Era redactor de deportes, y como no conseguía que lo nombraran corresponsal, cuando le pusieron un ordenador en su mesa consiguió un certificado médico que daba fe de un grave problema de la vista: no podía exponerse a las radiaciones de la pantalla. Resultado: sus colegas tenían que hacer su trabajo y él se quedaba en el bar o en los pasillos discutiendo de temas sindicales. Acabaron nombrándolo corresponsal para quitárselo de encima.

—Qué gracioso —dice Ilaria—. Más.

—Tengo infinidad, podría estar contándote anécdotas hasta mañana. Sobre corresponsales en el extranjero, por ejemplo. En los años ochenta vivían como potentados. Me acuerdo de uno que escribía desde Nueva York (tampoco era

el mejor, lo mandaron en apoyo del decano, que entonces solo retocaba editoriales desde el sofá de su casa) y que se instaló en Estados Unidos con la familia. El periódico le pagaba un lujoso piso en lo alto de un rascacielos, desde sus ventanas se veía todo Manhattan. Y luego había otro que consiguió que le dieran el puesto de corresponsal en China, pero no estaba en Pekín, en aquella época esa sede se consideraba «pobre», sino en Hong Kong. Alquiló una modesta casita en Repulse Bay, una de las playas más exclusivas de la colonia inglesa, donde se rodó la película *La colina del adiós*. No dar ni golpe también es espléndido. Y, como allí casi nunca ocurría nada asombroso, el colega mandaba un artículo a la semana, por decir algo, en los momentos de más trabajo. Ser corresponsal, en general, era una excelente inversión. Solo se necesitaba permanecer cuatro o cinco años en una capital extranjera para amasar una fortuna. No tanto por el sueldo, bastante más alto que el de los demás, como por los extras, las bonificaciones y, por supuesto, las notas de gastos: sobre todo cuando estaban escritas en cirílico o en ideogramas, o figuraban en una moneda no convertible. Para no volverse locos, los del departamento de contabilidad las abonaban prácticamente con los ojos cerrados. Todo podía estar en chino. Gracias a eso, el señor corresponsal renovaba su guardarropa en la sastrería Caraceni, viajaba en Jaguar y pasaba sus vacaciones en yate en Portofino. No como yo, que me he pasado la vida recorriendo pueblos de mierda, persiguiendo escenarios de crímenes. Nunca elijas la crónica de sucesos, Piatti.

A pesar de todo, consiguieron pasar una velada simpática. Incluso se despidieron contentos. Pero iban a dormir poco.

3 de enero

Pietro Foresti está un poco inquieto. Acaba de ver otro programa que hablaba de él y de su mujer. Tendría que estar satisfecho. Aparte de esa entrevista desagradable con esos dos, todo había ido muy bien. En televisión solo circulan sus lágrimas. Sin embargo, algo lo angustia. Querría llamar por teléfono a su amante, pero no puede. Es probable que tengan pinchado su móvil. Cuando fue a recoger a su hijo al colegio, se acercó a ella y, en voz baja, le advirtió: «Ahora tengo a todo el mundo encima, es preferible que no nos veamos durante un tiempo». Ella, con un gesto de la cabeza, le dio a entender que estaba absolutamente de acuerdo. Nadie quiere suscitar maledicencias, sobre todo con un crimen de por medio y con la televisión invadiendo los espacios privados. Pero la echa de menos. Le gustaría decirle algo esta noche, aunque no sabe bien qué. Se conformaría con oír su voz un instante.

Entonces suena el timbre. Se levanta de golpe, preocupado. Mira la hora. Es la una de la madrugada, ¿quién puede ser? Se acerca a la puerta pero no abre.

—¿Quién es?

—Policía —responde una voz.

Foresti mira por la mirilla y empalidece. Va a ponerse los zapatos, no quiere que lo arresten en zapatillas. Entonces se ríe de sí mismo. Anda que preocuparse por las zapatillas... Antes de abrir, se da un instante para pensar. ¿Puede haber pruebas en casa que todavía no ha hecho desaparecer? El diario de su mujer ya lo ha quemado, todos los mensajes los ha borrado, el ordenador

lo ha limpiado y el suelo lo ha fregado varias veces con lejía. Pero no puede hacer esperar demasiado a la policía, resultaría sospechoso. Respira hondo y abre la puerta con una sonrisa. Una sonrisa amistosa, tranquila. De alguien que no le teme a nada.

También el agente tiene una sonrisa amistosa y plácida. Foresti está un poco desconcertado, pero intenta que no se le note.

—¿Señor Foresti?

—¿Sí?

—Estoy aquí por su seguridad. Creemos que está en peligro.

Foresti había notado que siempre había un coche patrulla en la entrada de su casa, pero pensaba que lo estaban vigilando.

—¿En peligro? ¿En qué sentido?

—Hemos hablado con un famoso criminólogo —responde el agente, serio—. Afirma que el asesino en serie puede estar furioso con usted. Corre el riesgo de ser su próxima víctima, por eso vengo a ofrecerle protección.

—¿Por qué iba a estar furioso conmigo? ¿No ha tenido bastante con asesinar a mi mujer?

Foresti tiene la boca seca. De repente, tiene miedo. Es absurdo. Él, que acaba de asesinar, ahora está en el lado opuesto. Lo último que se esperaba.

—No puedo revelarle nada más, podría poner en peligro la investigación —responde el agente. Y lo mira directamente a los ojos.

Foresti, muy asustado, asiente con la cabeza. Luego le señala el sofá.

—Póngase cómodo —dice—. Le agradezco que se quede.

El agente asiente con la cabeza.

—Descuide, no me moveré de aquí.

Foresti vuelve a darle las gracias, pero está incómodo. No sabe cómo debe comportarse.

—¿Y yo qué debo hacer?

—Para empezar, es preferible cerrar todas las persianas y la puerta con dos vueltas de llave. Sería mejor que yo me quedase con la llave.

—Claro, claro —responde Foresti.

Gira la llave en la cerradura y se la entrega. El agente se la guarda en el bolsillo.

—¿Necesita ayuda para cerrar las persianas?

A Foresti le da un poco de miedo moverse solo por la casa, pero se avergüenza.

—No se preocupe, yo me ocupo.

Cuando ha terminado de cerrarlas todas, regresa al salón.

—¿Y ahora?

—Acuéstese. Yo me quedaré aquí —responde el agente.

Mientras se lava y se pone el pijama, Foresti se da cuenta de que está temblando. ¿El asesino está furioso con él porque le ha atribuido un crimen que no ha cometido? Eso no lo había previsto. Por suerte, la policía le ha asignado un escolta. Antes de apagar la luz, se asoma al salón y le desea buenas noches al agente, que sigue ahí, sentado en el sofá. Se fija sin querer en sus zapatos. Son unos Oxford marrones, brillantes, de rejilla. ¿Los policías no llevan botas negras? Esos zapatos son carísimos. Qué raro.

4 de enero

Son las cinco de la madrugada. Temperatura: menos seis grados. Besana conduce a toda velocidad por las calles de Milán, vacías y heladas. Tienen que ir enseguida a Bottanuco, han encontrado otro cadáver en el patio de una finca.

—Es el tercer asesinato —dice por teléfono, con voz sombría—. Ya puede hablarse de un asesino en serie. Vístete, tenemos que ser los primeros en llegar.

Ilaria lo espera en el portal del edificio. Por los cristales ve que un automóvil largo y oscuro para justo delante. Va a salir, pero entonces los faros se apagan. ¿Y si no es él? Dentro del coche, alguien está fumando a oscuras. Ve las brasas del cigarrillo. Llama a Besana, le dice que está llegando, en unos minutos estará allí. De manera que no es él.

Oye el ruido de una puerta, da un salto hacia atrás y pega la espalda contra la pared. Pero no es más que un vecino que está sacando al perro. Piatti lo saluda, molesta. Un instante después llega Marco, y el coche misterioso enciende los faros y desaparece. Ilaria entra todo lo rápido que puede en el viejo Subaru y cierra la puerta.

—Había alguien aquí delante —dice—. No ha salido del coche, parecía que me estaba vigilando.

—Anda —dice Besana—, te estás volviendo paranoica.

Ilaria no insiste, pero esa sensación, la sensación de que alguien la vigila, no la abandona.

—Me pregunto cómo lo ha hecho —dice Besana, entrando en la circunvalación—. Foresti estaba vigilado por la policía. De acuerdo, no se había ratificado la orden de detención, pero siempre tenía un par de hombres cerca.

—¿Y ninguno de ellos se dio cuenta de nada?

—En la casa todo parecía tranquilo. Los niños estaban con los abuelos y él se encontraba solo. La puerta no ha sido forzada. Es probable que el propio Foresti haya abierto a su asesino. Creen que entró en el edificio por detrás, o sea, por el garaje. Los policías vigilaban la entrada. Además, nadie se imaginaba algo así.

—De acuerdo, pero por la noche, a diez bajo cero, tenían que ser pocos los coches que circularan por el pueblo. Quiero decir, hay cámaras de vigilancia en todas partes. En todas las verjas.

—A lo mejor no usó el coche. Se fue a pie —responde Besana.

—¿A pie? ¿Y cómo llevó el cuerpo de Foresti hasta la finca?

En la autopista ponen la radio. Están hablando del vampiro de Bottanuco pero aún no saben que hay una tercera víctima. En un momento dado, llama un oyente que no quiere decir quién es, ni su nombre ni desde dónde llama. Lo que cuenta es raro, dice que cree que el asesino en serie ha vuelto a matar porque acaba de ver a dos periodistas marcharse en coche.

Piatti y Besana se miran. El locutor trata de hacerle más preguntas, pero el misterioso oyente cuelga.

—Te dije que me sentía observada —dice Ilaria.

—¿Y quién coño puede ser?

—Confíemos en que no sea el asesino. Estaba delante de mi casa.

—Uf.

Pero ya han llegado, tienen que pensar en otra cosa. Ven las luces

intermitentes de los coches patrulla. Alrededor del escenario del crimen hay policías. Los paran. Besana enseña el carnet de periodista.

—No es un bonito espectáculo —les advierte un agente de uniforme.

—Marco, no me apetece ir contigo —dice Ilaria.

—Piatti, eres una periodista de mierda si te echas atrás. Las cosas hay que verlas directamente, si no, no pueden describirse —insiste Besana.

—Pues describes tú el cadáver —replica ella.

Luego rebusca en su bolso. Extrae un frasquito, inclina la cabeza y se echa en la lengua una docena de gotas.

—¿Otro ataque de pánico?

—Digamos que es una acción preventiva. Nunca se sabe —responde Ilaria.

Se apean del coche y se encaminan hacia la finca. Pero otro policía los para.

—Le aconsejo a la señorita que no se acerque —dice.

—¿Tan mal está el cuerpo?

—¿El cuerpo? ¿Qué cuerpo? Solo queda la cabeza.

—Ay —dice Ilaria—. Yo me voy.

—Joder, lo ha decapitado —dice Besana—. Por eso se fue andando. Solo necesitaba una bolsa.

—También le ha clavado diez alfileres en los ojos —añade el policía.

Ilaria se siente mal.

—Vuelve al coche —dice Besana—, me acerco yo.

Los monos blancos de la policía científica están tomando fotos. Besana ve la pintada con sangre en la pared: «ViVe». Luego su mirada tropieza con el detalle más espantoso: un dedo amputado.

—Lo usó como rotulador —dice el agente que está a su lado—. Es la única parte del cuerpo que ha arrancado.

4 de enero

Mientras Besana entra en el patio con un par de agentes para ver la cabeza, Ilaria lo espera en el coche. Ha cerrado todas las puertas con el seguro y sigue mirando de un lado a otro, con recelo. Se sobresalta cuando alguien golpea el cristal de la ventanilla con los nudillos. La apunta con una luz fuerte a la cara, así que no ve nada. En cuanto la linterna baja, reconoce a Giorgio y lanza un suspiro de alivio. Le abre y le pide que entre.

—Enhorabuena —le dice, sentándose a su lado—. En este crimen has dado en el clavo desde el principio.

Ilaria se encoge de hombros.

—Pero nunca imaginé que Foresti fuese a acabar así —contesta.

—Si hubiese confesado, su condena habría sido mucho menor.

Ilaria asiente con la cabeza. Ella también había pensado eso.

—¿Con qué arma lo mataron? —pregunta.

—Con un machete —responde Giorgio.

—¿Quién encontró la cabeza?

—Un hombre que volvía a su casa después de una noche de discoteca. Estaba borracho, al principio creyó que era una broma de sus amigos. Después se puso a gritar. Unos gritos terribles, despertó a todo el vecindario.

Ilaria se pregunta si una persona decapitada siente dolor. Mientras, se fija en el cuello de Giorgio y ve que tiene unos arañazos. Él se da cuenta de que Ilaria lo está observando y se sube el cuello.

—¿Cómo es que los policías no se enteraron de que había entrado alguien

en la casa?

—Porque solo eran dos, y el asesino entró por la parte de atrás. No podíamos darle más protección, cuesta demasiado. Además, nadie esperaba que la siguiente víctima fuese precisamente él.

—¿Qué pudo llevarle a abrir a su asesino?

Ilaria se queda pensando que alguien vestido de policía pudo conseguir fácilmente que le abriera. Incluso con la excusa de pedir un vaso de agua o ir al cuarto de baño. Pero no lo dice.

Poco después regresa Besana, está muy alterado. Se despide de Giorgio y entra en el coche. Se quita los guantes y enciende el enésimo cigarrillo. Le tiemblan las manos. Ilaria nunca lo ha visto así.

—Espantoso —dice—. Esos alfileres en los ojos, incomprensibles. Para escribir con sangre usó su dedo.

—Qué horror.

Besana maniobra deprisa y sigue fumando en silencio. Lo único que quiere es marcharse de ahí.

—He hablado con Giorgio —dice Ilaria—. Tenía unas marcas raras en el cuello.

—¿Qué marcas?

—Parecían arañazos, o cortes.

—Se habrá cortado afeitándose.

—Claro.

—¿No sospecharás de él?

—No. ¿Cómo se te ocurre?

4 de enero

Por la noche, Ilaria y Marco están de nuevo en la casa de Grace. Pero solo para tomar un aperitivo y charlar un rato con ella. Como es lógico, después de un día así no les apetece comer nada.

Besana desliza en silencio sobre la mesa las fotografías del escenario del crimen. Ilaria se pone de pie, prefiere no verlas. Grace las observa con atención, sin alterarse.

—La cabeza —dice—. Ante todo, el asesino ha sentido la necesidad de demostrar su fuerza.

Besana asiente.

—Un escenario muy violento —dice.

—No es una cuestión de violencia. Es una cuestión de percepción de la violencia. La decapitación ejerce una atracción distinta en el espectador por su valor simbólico. No la ha elegido al azar.

—Explícate.

—Para empezar, la cabeza del enemigo se ha considerado siempre un valioso trofeo de guerra. Y no estoy hablando de tribus aborígenes, de rituales salvajes. En la Segunda Guerra Mundial, en el Pacífico, los aliados coleccionaban calaveras de japoneses. No solo se las llevaban a casa, también se las regalaban a sus familiares o a sus novias. Había un tráfico bestial, los soldados las hervían y las limpiaban para que no olieran mal, y luego las enviaban en maletas o las vendían como souvenirs. Las *jap skulls*, así las

llamaban, eran muy codiciadas. Las calaveras limpias se convertían en portacascos o portapipas o portavelas.

—Qué monstruosidad.

—No, para ellos era normal. En mayo de 1944 causó mucho impacto una foto que apareció en la revista *Life*. Era de una obrera de Phoenix, Natalie Nickerson, que le está escribiendo a un soldado que se encontraba en el Pacífico. Mientras piensa en las palabras que quiere escribir en su carta de amor, la chica mira embobada el regalo que acaba de recibir de su novio: una calavera japonesa brillante, con catorce firmas de marineros en el cráneo. Un souvenir de Nueva Guinea.

—Pero ¿no es un crimen de guerra?

—Por supuesto. La profanación de los caídos contraviene las normas de la Convención de Ginebra. Y la foto que publicó *Life* molestó al ejército precisamente porque revelaba una práctica muy extendida, incluso aceptada. Era normal coleccionar dientes y huesos de japoneses. De hecho, en el campo de batalla solo quedaban cadáveres sin cabeza, porque era la parte del cuerpo más preciada.

—Así que el asesino ha querido enseñarnos su trofeo de guerra, que es tanto como demostrar su fuerza.

—Exacto. Es posible que ni siquiera haya pensado en la guerra. Tal vez se trata de una decisión instintiva, ancestral. Aunque no sepamos el significado de un símbolo, lo conocemos. Forma parte de nuestra historia, no es necesario estudiarlo. Su valor reside en nosotros desde siempre, forma parte de ese tristemente célebre ADN que la policía científica trata de dominar. Pero no se puede dominar todo. Llevamos en nuestro interior una memoria mucho más lejana.

—Me das miedo.

—Pues no he acabado. Porque la decapitación no significa solo eso. Su

impacto es mayor porque contiene gran cantidad de significados simbólicos. Remite también al concepto de justicia. Es el castigo ejemplar, y supone un público.

—La guillotina, claro.

—No, es un error histórico atribuirle ese papel. En realidad, la guillotina decepcionó mucho al público porque era una máquina moderna, eficiente y limpia, que privaba al espectador de emociones. Estaba habituado a escenas mucho peores. En Inglaterra, una decapitación era un acontecimiento importante, que congregaba a las multitudes. Hasta el punto de que solo los ricos eran decapitados, a los pobres se les condenaba a la horca. Durante siglos, las cabezas cortadas, sobre todo las de los adversarios políticos, se hervían y se exponían en la punta de una lanza. Por ejemplo, la de Tomás Moro, en el puente de Londres. El verdugo tenía un papel relevante, y no debía fallar. Un error podía costarle la vida. A menudo, la multitud enfurecida mataba a los verdugos que no habían cumplido con su deber con la profesionalidad esperada. En los Países Bajos, volcaron sobre un verdugo el brasero que usaba para marcar a los criminales. Las crónicas recogen cientos de episodios por el estilo.

—Así que no es fácil cortarle la cabeza a una persona viva.

—No, en absoluto. Descarto que nuestro asesino se enfrentara a la víctima. Probablemente, la sedó antes de usar el machete. De todas maneras, sigue siendo una operación muy complicada. Un caso famoso es el de María Estuardo, hicieron falta tres tajos para arrancarle la cabeza. Y Ana Bolena le pidió a Enrique VIII una gracia especial: hizo que un famoso espadachín francés fuera desde Calais, el único capaz de matarla de un solo tajo mientras ella estaba de rodillas, con la espalda recta. Por eso la guillotina, que apareció en Francia en 1792, decepcionó tanto al público. La gente estaba acostumbrada a escenas mucho más cruentas. La guillotina era una manera

limpia, segura y rápida de matar. Durante el Terror, bajaba y subía a un ritmo tan frenético que parecía una cadena de montaje. En 1793 caía una cabeza cada minuto. Os doy unos datos para que os hagáis una idea. Junio de 1794: cincuenta presuntos conspiradores decapitados en veintiocho minutos. ¿Veis la eficiencia, la rapidez? Solo Madame du Barry, la antigua favorita de Luis XV, dio espectáculo, porque tuvo un ataque de pánico en el patíbulo. Chillaba, pataleaba, lloraba. Lo cual turbó mucho al gentío, pues ya no estaba habituado. La cabeza decapitada, durante el Terror, había perdido todo su poder de representación, se había vuelto trivial, normal.

—Bueno, hoy es un poco menos trivial. Te deja bastante tocado —dice Besana, todavía con ese mal recuerdo.

—Aquí, en Italia, claro. Pero en Oriente Medio no tanto. Allí, trágicamente, la decapitación vuelve a estar de moda. Pensad en el ISIS. En realidad, la espectacularidad de la decapitación se empezó a explotar mucho antes de la aparición del Daesh. En la guerra de Irak, los yihadistas se dieron cuenta de que las multitudes pueden congregarse alrededor del patíbulo por medio de internet; solo se necesita una cámara. El primero fue Daniel Pearl, el reportero del *Wall Street Journal*. Raptado en Pakistán y decapitado el 1 de febrero de 2002. El vídeo enseguida comenzó a circular en la red. Es el principio del fin. Cuando, en mayo de 2004, asesinaron a Nick Berg, un ingeniero secuestrado en Irak, conocimos el irresistible poder de atracción que tiene una muerte así. A los dos días de la ejecución, el servidor malayo que aloja el vídeo de Al Qaeda se ve forzado a cerrar, sobrepasado por el tráfico entrante que ocupa demasiada banda. En un día, el vídeo de Berg es el más visitado en Estados Unidos en sus principales buscadores, como Google y Yahoo. Para todos ya es evidente su terrible impacto estratégico. El atractivo de la decapitación es antiguo, pero hoy hay medios nuevos. En realidad, la primera decapitación filmada data de 1939. Estamos en Versalles, tienen que guillotinar a un

criminal alemán, Eugen Weidmann. Normalmente, las ejecuciones tenían lugar al amanecer, por tanto todavía sin luz, pero aquel día había un verdugo nuevo, un principiante, que infravaloró los preparativos, por lo que Weidmann fue ajusticiado después de la hora prevista, esto es, a plena luz del día. Por primera vez, el público podía fotografiar algo así. Y alguien, según parece, tenía una cámara.

5 de enero

La policía se presenta en el club de golf durante la comida de la entrega de premios del campeonato. Una mujer con estola de visón está brindando por el discurso del presidente y el ganador levanta una copa entre aplausos.

—Por favor, no entren ahora —pide la organizadora, corriendo detrás de los agentes—. Van a echarme abajo toda la ceremonia, esperen solo un minuto.

—Señora, lo siento —dice Giorgio—. Tenemos que hacer un arresto por orden del juez de instrucción. Buscamos a Franco Vimercati.

—Se acaba de ir, puede que todavía esté en el aparcamiento.

—¡Todos al coche, está huyendo! —grita a los demás. Luego se vuelve hacia la organizadora y le ordena—: Mande cerrar enseguida la verja, no debe salir nadie.

La gente se levanta y sale corriendo del comedor para averiguar qué ocurre.

—¡Policía! ¡Quédense dentro! ¡No se muevan!

Giorgio entra en el coche y se comunica por radio.

—Es el del Smart, seguidlo, cambio.

—Recibido, vamos a bloquearlo. No lo veo, no lo veo. Estoy bajando, puede que esté detrás de la curva. ¡Ahí está! ¡Ahí está! Conduce él, va con alguien más.

Tres coches patrulla rodean el Smart, dos hombres apuntan las metralletas al asiento del conductor.

—¡Apaga el motor! ¡Baja!

Vimercati se apea con las manos levantadas. Su mujer, aterrorizada, sigue

sentada y no se mueve.

—Oiga, señora, salga, aléjese. —Un policía la coge del brazo.

Esposan a Vimercati y lo llevan hasta un coche patrulla, donde lo introducen colocándole una mano en la cabeza.

Mientras tanto, Besana, en la autopista, donde un accidente le impide avanzar, le pega puñetazos al volante.

—Joder, nos estamos perdiendo el arresto. ¡Me cago en la puta!

Llevan parados una hora.

—A lo mejor llegamos para el día del juicio —dice Ilaria. Mientras, mira las noticias en Twitter—. Los de *Eco* ya tienen las fotos. Es evidente que también les han avisado.

—Ese puto camión —impreca Besana.

—Anda, no te cabrees tanto. Aunque hubiéramos llegado a tiempo, de todos modos habríamos sido testigos del arresto del hombre equivocado.

—Piatti, esa es una filosofía de pijitos de las páginas de cultura. ¿Quieres o no dedicarte a la crónica de sucesos?

—¿Por qué les tienes manía a los de cultura?

—Porque cuando llegué al periódico, enseguida me di cuenta de que había elegido con el culo. El instinto me había llevado directamente a lo más bajo. Yo estaba hecho de otra pasta. Para empezar, los de cultura eran los primeros en cerrar. Como muy tarde, a las ocho de la noche llevaban las galeradas a los directores y los subdirectores, hacían los últimos retoques —chorradas, solo añadían palabras bonitas—, luego cogían la chaqueta y se marchaban a casa. A veces me los cruzaba cuando volvía al periódico para escribir mi artículo. Joder, qué envidia, a mí todavía me quedaban muchas horas de trabajo. En aquellos años, la redacción de cultura era una especie de sótano detrás de la recepción de necrológicas: una moqueta verdosa, mugrienta, lámparas fluorescentes y mesas típicas de comisaría de policía. El jefe de redacción

estaba apartado, en un cuchitril sombrío con un ventanal enrejado que daba al patio. Pero aquella sordidez no era sino apariencia. Tenía hasta un baño reservado, y una escalera de caracol que conectaba su despacho con la dirección, situada en la planta de arriba. En una palabra, hacía vida aparte. Allí recibía a los monstruos de la literatura. A los articulistas y a las vacas sagradas que escribían el editorial de cultura. Un periodista como yo no podía ni pisar aquel sanctasanctórum. Los colegas de cultura ni me saludaban, puede que ni siquiera supieran mi nombre. Ellos eran los cultos, la *crème de la crème*. Nosotros nos vengábamos tomándoles el pelo. «Maestro», decíamos, y venga reverencias, como si tuviéramos delante a Montale en persona. Panda de gilipollas. Respondían con una sonrisa forzada, distante, ni se daban cuenta de que les tomábamos el pelo. Todos, uno tras otro, interpretaban su papel. No se salvaba ni uno. Incluso los que al principio parecían simpáticos, los que por lo menos se reían de sí mismos, cuando llevaban una semana en cultura cambiaban y ya no te saludaban.

—Eres tremendo. —Ilaria ríe.

—Simplemente, he vivido —dice Besana—. Y luego, las raras veces que les surgía una noticia, yo qué sé, que moría Chagal o Borges, a lo mejor después de la hora de cierre, les entraba el pánico, ya te digo. Buscaban en sus cajones la necrológica ya preparada, y si no había ninguna empezaba la persecución telefónica de los colaboradores. «Profesor, escribanos algo. Ah, ¿está cenando? Lo comprendo, no está en casa, no tiene los libros. ¿Quién podría hacerlo, entonces?» Ni te imaginas cómo nos partíamos de risa desde el cuarto de sucesos. Era nuestra venganza. Nosotros estábamos acostumbrados a escribir un artículo en media hora, a veces en un bar o en una cabina telefónica, dictándolo al taquígrafo, mientras esos mamones escribían un titular o un sumario al día, con toda su pachorra. Y todavía tenían la desfachatez de quejarse al jefe de redacción y le pedían refuerzos.

—Besana, das muchos ánimos —dice Ilaria—. ¿Te pagan por llevar voluntarios a la crónica de sucesos?

Pero él no responde.

—Maldito camión —impreca—, ¿tenía que volcarse justo ahora?

—Puede que haya heridos, o muertos.

—Confiemos en que no. Lo que está claro es que nos hemos perdido el arresto.

—¿Es tan grave?

—Piatti, hay dos clases de periodistas: los que aman las noticias y viven para ellas, y los que las consideran una jodienda. Yo pertenezco a la primera clase. Si las noticias te dan asco, creo que es preferible ser otra cosa: basurero, otorrino o funcionario del catastro. Hace muchos años había un jefe de noticias nacionales que preparaba las páginas por la mañana y se negaba a cambiar la maqueta, aunque se hundiese el mundo, hasta el cierre en tipografía. Le gustaban los precocinados, los artículos de nevera, y detestaba los imprevistos. Y no quería saber nada de exclusivas. Un día un terrorista secuestró un avión y empezó a dar vueltas por los cielos de Europa, todos seguían el asunto con cierto nerviosismo. Al anochecer se supo que iba a aterrizar en Italia; más aún, en Lombardía; más aún, justo en Milán: concretamente, en el aeropuerto de Linate. De manera que ya no cabía desentenderse, había que ponerse a ello, mandar a un reportero, rehacer las páginas desde el principio. Su comentario: «Con todos los aeropuertos que hay, ¿tenía que plantarse justo en mi culo?». Sí, él era el clásico periodista del segundo tipo, lo opuesto a mí. En cambio, el mayor ejemplo del primer tipo era un subdirector estajanovista, un hombre que no tenía vida fuera del periódico y que prácticamente murió allí, con la cara sobre la mesa, después de haber dado el visto bueno a las últimas páginas que había que imprimir. Una tarde de julio que estaba de guardia, en ausencia del director, llegó la

noticia de las inundaciones en Valtellina: hoteles destruidos, pueblos desaparecidos, decenas de muertos, centenares de evacuados. Cuando le llevaron los primeros avances de noticias de agencia, se puso de pie con una sonrisa triunfal: «¡Bien, esto es lo que nos hacía falta!». Era un día sin noticias, no estaba pasando nada, y no sabía qué poner en portada. Por fin, había una primera noticia decente.

6 de enero

Por supuesto, Marco e Ilaria pasan también el día de Reyes juntos. Para seguir reflexionando sobre el caso, sin perder tiempo. Todos esos muertos son como las manecillas de un reloj en movimiento. Marcan lo irreversible.

Y el silencio de los días festivos es muy valioso. Puede surgir una idea, una nueva perspectiva. Besana incluso ha ordenado la casa, con la esperanza de que un ambiente más despejado y más limpio pueda favorecer alguna intuición.

Cuando entra en el estudio, Ilaria se queda estupefacta. Mira a su alrededor mordiéndose el labio inferior, llena de asombro.

—¿Y qué ha sido de la vieja raqueta de tenis?

—La he tirado —responde Besana, con los brazos en jarras.

—No me lo puedo creer.

Pero ella tampoco ha estado de brazos cruzados. Ha llegado con una pequeña pizarra magnética y unos imanes, donde pueden poner las fotos de las víctimas y las de los escenarios. Y muchas hojas, donde ha anotado todos los detalles que le han llamado la atención.

—Eso solo se ve en las películas; desde luego, no en la comisaría — comenta Besana—. Pero podría valer, por qué no.

Mientras colocan las fotos con el mismo entusiasmo con el que se adorna un árbol de Navidad, anotan con frenesí palabras claves en post-its que añaden al macabro collage.

—«Alfileres» / «pasadores» / «agujas de acupuntura». ¿Y dónde los compra? ¿Y si buscamos acupuntores en la zona?

Ilaria se ha quitado los zapatos, se mueve descalza por el parquet y habla prácticamente sola. En otra pizarra anota las pistas. El rotulador se borra, es efímero como una idea, pero ella ha pensado en todo. Al final fotografiará la pizarra con la tableta.

—¿Por qué no tomas notas directamente ahí? —le pregunta Besana desde el sofá. Está tumbado, tiene los brazos cruzados detrás de la cabeza y una pierna encima de otra, no está dispuesto a cansarse.

—Porque el contacto con la materia me permite ver las cosas de otra manera —responde ella.

—Ah, ya...

«Buscar acupuntores», escribe Ilaria en la superficie blanca.

—¿Y qué pueden tener en común las víctimas? —le pregunta a Marco, frotándose las manos.

—Son putas —contesta él.

—Hablo en serio. Tenemos que meternos en la cabeza del asesino.

—Oye, que yo también hablo en serio. Son putas que fingen no serlo —insiste—. Una se presenta como cuidadora y la otra como masajista, pero ganan más de la otra manera.

En ese instante suena el timbre. Besana se levanta deprisa, ayudándose con los abdominales.

—¿Quién será?

Ilaria se encoge de hombros.

En cuanto levanta el telefonillo, se oye una voz femenina. Besana está visiblemente incómodo.

—Sí, claro, sube. —Luego se vuelve hacia Ilaria—. Es mi mujer, perdona.

—Entonces me marcho —dice ella—. A lo mejor quiere hablarte a solas.

—Puede que sea lo mejor.

Ilaria apenas ha tenido tiempo de encontrar los zapatos y de ponerse el

abrigo de perro enjabonado cuando Marina aparece por la puerta. La mira con una sonrisa forzada. Ilaria se da cuenta enseguida de que se está imaginando algo raro, pero no puede hacer nada. Contra las fantasías ajenas, somos impotentes.

—Adiós, Marco, te llamo mañana —dice, y cierra la puerta tras de sí.

Marina está tensa, sonrío nerviosa, se muerde los labios, con una mano se aprieta la otra.

—Es guapa tu novia. Lo siento, no quería molestar.

—No es mi novia —dice Besana—. Es una colega, trabajamos juntos en un caso.

—Es lo que se dice siempre —replica su exesposa.

—¿Has venido hasta aquí para montarme una escena de celos fuera del tiempo reglamentario?

—No, claro que no —responde bajando los ojos—. Perdona.

—¿No has recibido el cheque para el baloncesto? Se lo dejé a tu portero como mínimo hace una semana —continúa Besana.

Marina no levanta la mirada y vuelve a negar con la cabeza.

—No, no. Lo he recibido, gracias.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que ocurre?

Ella se rasca una sien con sus largos dedos. Besana siempre ha adorado esos dedos.

—Lo que ocurre es que te echo de menos —dice.

6 de enero

Ilaria camina por el hielo a grandes zancadas. Lleva los cascos puestos. Va rápido no por el frío, sino porque está enfadada consigo misma. «Soy una idiota.» Está oscuro y sin darse cuenta pisa un charco frío como un lago ártico. Se ha mojado hasta el tobillo. La idiota de siempre.

Ella misma no sabe qué esperaba. A lo mejor una tarde feliz, aunque no tiene claro qué es la felicidad. ¿Una cosa que te remueve o que te hace estar sumamente tranquilo? De vez en cuando nota el peso de sus veinte años. Sobre todo cuando no encuentra respuesta para las preguntas que ella misma se hace.

Va camino de la piscina, para desahogar la rabia necesita dar unas cuantas brazadas. Se ha apuntado a una piscina de barrio muy barata, tan barata que no va ningún fanático del fitness, normalmente exquisitos, solo amas de casa obesas que levantan tempestades cada vez que hacen gimnasia en el agua, o jubilados que resoplan entre un largo y otro. Pero a ella le gusta así.

En los vestuarios hay un fuerte olor a cloro, elige una taquilla y empieza a desnudarse. No puede dejar de escuchar lo que dicen dos mujeres mientras se secan el pelo. Una afirma que el salmón es un pescado graso, y la otra, en cambio, que es muy sano, sobre todo si haces dieta, porque tiene mucho omega-3. Ilaria se mira al espejo. Sus muslos son finos y no tiene ni pizca de barriga, lo único que sobresale del bañador son las caderas.

Se da una ducha rápida y luego corre hacia el borde. Toca con un pie el agua para comprobar la temperatura. Lo mejor que puede hacer es tirarse de cabeza. Cuando sale a la superficie para respirar y ve la luz que se filtra por la

cristalera del techo, comprende que es tan insegura porque le ha faltado el afecto de su padre. Por eso le tiene tanto apego a Besana, porque por primera vez ha conocido a alguien que la cuida. Ya, claro, Besana lo hace de esa manera arisca. Pero la ternura la nota, vaya que si la nota. Tanto es así que está celosa de esa ternura. Más que de él.

Mientras avanza impulsándose con los pies y gira la cabeza para coger aire, se da cuenta de que detesta a la mujer de Besana porque lo hace sufrir. No querría ser amada como ella, no, eso no. Solo desearía que él dejase de sufrir por su culpa. Cada vez que levanta el codo tiene la sensación de haber comprendido algo más. Puede que no sobre el asesino en serie, sino sobre sí misma.

6 de enero

Es casi medianoche y Besana está acariciando el pelo rubio de su mujer. Siente su aliento en la barriga. Marina ha apoyado la cabeza en su pecho y respira sobre su vientre.

—¿Por qué no te quedas a dormir?

—No he traído nada, ni siquiera un cepillo de dientes.

—Puedes usar el mío.

—Sabes que detesto que la gente use los cepillos ajenos. Tú lo hacías siempre, sinvergüenza —responde riendo.

—Ni siquiera hemos cenado. ¿Tienes hambre?

—¿Y tú tienes algo en la nevera? ¿En serio?

Besana no deja de acariciarle el pelo. Como si tuviese que hacer acopio de esa sensación para las épocas malas. El pelo de Marina es suave y siempre huele bien. Ahora se lo tiñe, pero no se le ha secado, al tacto sigue siendo tan agradable como cuando la conoció.

—Hay jamón, queda queso de cabra y hay huevos, creo.

—Huevos con jamón. Magnífico —dice ella.

Entonces se levanta. Tiene frío, así que busca su jersey. Cuando se agacha, se le marca la espina dorsal. Pero no ha perdido la celulitis en los muslos. Besana tiene un arrebato de ira cuando piensa que los masajes con esa crema pestilente en la que ella siempre ha confiado ahora debe dárselos Armando.

—¿Y qué vas a contarle? —le pregunta.

—¿A quién?

—A Armando —responde Besana.

Espera que Marina le diga que no va a contarle absolutamente nada porque no piensa volver con él. Porque quiere quedarse donde está, esta vez para siempre.

—Ay, Armando me engaña continuamente. Más le vale estarse callado.

Besana siente una punzada en el pecho, justo donde hace poco estaba apoyada la cabeza de su mujer. De su exmujer, mejor dicho. Le conviene recordarlo.

—¿Has venido aquí para vengarte?

—¿De qué hablas? No has cambiado, siempre tan agresivo.

—¿Os habéis peleado? —insiste Besana, mirándola con frialdad.

—Sí, pero eso ¿qué tiene que ver? —contesta Marina, poniéndose las medias nerviosa.

—Tiene mucho que ver. Vete.

—¿Cómo?

—Te he pedido que te vayas —repite Besana.

Marina se sube la cremallera de los pantalones y se recoge de prisa el pelo.

—Te echaba de menos solo porque había olvidado cómo eras —dice enfadada.

Marco se ha puesto el albornoz. Va a darse una ducha para no sentir más el olor de esa mujer. Y puede que también ponga una lavadora.

7 de enero

Ya son cuatro los muertos y en el valle hay un clima de tensión. La gente está tan irritada que incluso deja que la entrevisten. Delante de las caravanas de algunas cadenas de televisión hay incluso colas. La discreción ha sido vencida por la ira. Si es cierto que el hombre al que han detenido es culpable de algo, ¿por qué no consiguen hacerle hablar y que confiese quién es su cómplice? Como siempre, la ignorancia y la poca confianza en las instituciones generan más caos. Empieza a cobrar forma un deseo de venganza tomándose la justicia por su mano y hay quien aprovecha para desahogar su naturaleza violenta. Y como se tiende a compadecer solo a los familiares de las víctimas y nunca a los de los asesinos, nadie se altera en exceso cuando la mujer de Vimercati, llorando, se presenta en comisaría para denunciar los destrozos que ha sufrido su escaparate.

Besana y Piatti la ven en el pasillo y la saludan. Esta vez Giulia no los mira con soberbia, su actitud no es la de la hija del notario. Está más bien encorvada, tiene los codos apoyados en las rodillas. Al principio ni los reconoce. Luego sí, pero no protesta cuando se sientan a su lado para hacerle unas preguntas. Lleva gafas de sol pese a las lámparas fluorescentes, quizá para ocultar los ojos hinchados, cansados, rendidos.

—Si pudiese, me iría —dice—. Pero mi padre acaba de pasar por un ictus, no puedo dejarlo. Y no puedo llevármelo. Está demasiado enfermo, no aguantaría el traslado. Además, tiene derecho a morir en su casa. Él no ha hecho nada malo.

—¿Ha ido a ver a su marido? —le pregunta Ilaria.

Giulia niega con la cabeza. El pelo se le abre por el centro, donde hay una ancha raya blanca. Ya no va a la peluquería.

—Solo conseguiría enfadarme con él —responde—, no le sería de ninguna ayuda. Sé que Franco no ha matado a nadie, pero podía no haberse follado a la cuidadora de mi padre. Todavía no lo he perdonado.

Besana tose, incómodo. Las mujeres no tienen sentido de la medida, piensa.

—¿Han causado muchos daños en la tienda? —pregunta con cierta frialdad.

Giulia se quita las gafas de sol y parpadea, como si le hubiese entrado polvo en un ojo.

—Por valor de cincuenta mil euros, al menos. Tengo que cambiar el cierre metálico y los cristales del escaparate. Y hay que sumarle las antigüedades que han destrozado. Pero no se trata de eso. También han ensuciado la fachada con espray. «Asesinos», han escrito por todas partes. Pero yo no he asesinado a nadie. Ni tampoco mi marido, mientras no se demuestre lo contrario. La prueba de ADN solo confirma que tuvo relaciones con esa chica.

—¿Tiene idea de quién pudo matarla?

—No.

Giulia se pasa una mano por el pelo para apartarse un mechón de la frente. Ya no lleva anillos ni pulseras, y esos dedos sobrios, sin piedras, oros ni laca de uñas, cuentan lo que le cuesta salir adelante en una jungla de sospechas.

—También he recibido un montón de mensajes, pero todos anónimos. He tenido que cerrar mi perfil de Facebook, y todo porque me atacaban con insultos. «Vieja bruja, deja de encubrir a tu marido. Total, si folla con otras.» O bien: «Eres una puta racista, te importa una mierda que tu marido haya descuartizado como a un cerdo a una chica rumana». Todo así. Era insoportable.

Su tono es sereno —o desganado—, una voz que relata exhausta los hechos.

Haría querría incluso abrazarla. Pero no puede, tiene que limitarse a tomar notas.

Y mientras cumple con su deber de periodista, piensa en su abuela, quien pocos días después del arresto de su hijo tuvo un ictus. Cuando se recuperó, la aterrizzaba que le dieran el alta, no comía por miedo a curarse. En el hospital le decía a la familia: «Por favor, dejadme aquí, por lo menos los vecinos no me miran mal». Prefería quedarse en aquel sitio y dormir entre viejos agonizantes antes que regresar a su casa.

8 de enero

—¿Qué te pasa hoy? Te veo un poco deprimido —le dice Ilaria a Besana mientras se sienta a la mesa del bar para tomar el café matinal.

—Déjalo. ¿Sabes qué decía Hemingway de nuestra profesión?

—No.

—Que un buen periodista debe comerse cada día su kilo de mierda y bilis.

—No está nada mal como expectativa.

—Sí, pero hay días en que la ración sobrepasa el kilo, de largo. Esta mañana me ha despertado una llamada del jefe de redacción, estaba muy cabreado. Dice que hemos dejado que la competencia nos joda bien.

—Todavía no he leído la prensa.

—Pues muy mal, eso es lo primero que debes hacer en cuanto abres los ojitos. Fíjate en esto. —Le planta delante de la nariz dos cabeceras rivales—. Estos tienen la transcripción del primer interrogatorio a Vimercati. Y estos, una entrevista a su abogado. Y nosotros nada, solo una charla con su mujer.

Piatti abre el primer periódico. Lee unas líneas y resopla.

—Pero ¿qué valor tiene reproducir una transcripción? Y encima la han firmado como si fuese obra suya.

En silencio, lee el resto del artículo. Ilaria está indignada.

—¿Qué tiene que ver esto con el crimen? ¿Qué nos importa lo que hacían en la cama Vimercati y su mujer?

—La pregunta es otra —la interrumpe Besana—: ¿qué han hecho para conseguir la transcripción? ¿Quién se la ha dado? Esta clase de exclusivas

perjudica al periodismo y a la justicia, desacredita nuestro trabajo y el de los investigadores. Pero a mí me jode más el otro artículo. ¿Cómo se puede titular «Golpe de efecto en el caso Vimercati» a una entrevista al fanfarrón de su abogado, que pone en duda el test del ADN? No es un golpe de efecto, sino uno de los típicos trucos de la defensa.

El abogado es un famoso penalista de Bérgamo, exparlamentario y promotor de algunas leyes *ad personam* para que los delitos económicos prescriban antes. La esposa de Vimercati le ha confiado la defensa de su marido, que él ha aceptado encantado. Le gustan los casos con trascendencia mediática.

Besana lee en voz alta algunos pasajes del informe citados en el artículo y se pone aún más nervioso.

—Una lógica puramente científica no permite determinar de forma inequívoca las huellas dejadas por el Sujeto Desconocido en el cuerpo de la víctima, y se las atribuyen a Vimercati.

El perito insiste en la degradación y deterioro de las huellas biológicas como consecuencia de la exposición a la nieve y a la lluvia. Lo cual le basta al abogado para pedir la puesta en libertad de su defendido. «Nos encontramos en un Estado de derecho, no podemos aceptar la saña de una fiscal contra un ciudadano que se declara inocente, y contra el que no hay pruebas», responde el abogado en la entrevista.

—Lo que hay en el cadáver en realidad es un mordisco con un ADN diferente —estalla Besana, tirando el periódico al suelo—. La duda, si acaso, reside en eso, no en el ADN en general. Y estos escriben en grandes letras: «Dudas sobre el ADN: quizá no es de Vimercati». Pero si se lee el informe entero de los peritos, es evidente que no niega que el ADN sea suyo, al menos el del espermatozoide, solo dice que la muestra es demasiado pequeña. Puede que la mujer se lavara después de tener relaciones con él. Con tal de tener un titular sensacionalista, no les importa manipular la realidad.

—Pues en internet ya se han lanzado —dice Ilaria, recorriendo la pantalla de su tableta—. En las redes sociales hablan de «*flop* del ADN», de «giro en las investigaciones». Alguno ha aprovechado la ocasión para atacar a la magistratura. También la publicación de la transcripción está provocando una revuelta generalizada. Incluso hay quien menciona el derecho a la intimidad y pide que retire ese texto de la web.

—Tienen razón, no se respeta al investigado —dice Besana—. Es periodismo del malo.

8 de enero

Deciden dar un paseo por el centro para calmar los nervios. Ilaria quiere comprarse unas botas.

—Mejor si no son de goma —dice Besana.

—No, las quiero con forro de borrego —responde Ilaria.

—También hay modelos más femeninos, con un poco de tacón.

Mientras miran los escaparates, ella le cuenta que sus amigas le tomaban el pelo por su manera de vestir y cuánto había sufrido por sus burlas.

—A mí tampoco me aceptaron bien, qué te crees —dice Besana.

—¿En serio?

—Me presenté en la redacción una mañana de septiembre, llevaba en el bolsillo el contrato de periodista, firmado por el director de entonces. Tenía tu edad, veintiséis años. Venía de un periódico vespertino, donde había hecho las prácticas. En la sala de noticias locales, desierta a esa hora —serían las diez —, me recibió una mujer elegante con cara de aburrimiento. Era la firma puntera sobre moda, escribía apasionados artículos sobre Armani y Versace. «¿Cómo has dicho que te llamas?» Y me mira de pies a cabeza. Luego me dice: «Oye, que aquí no hay sitio». «¿Cómo que no hay sitio?» «Todas las mesas están ocupadas», me responde. Y me las señala de una en una, dando los nombres de sus correspondientes titulares, ausentes en ese momento. «¿Y yo? ¿Qué hago, me quedo de pie?» «No sé qué decirte», y se encoge de hombros. «Pregúntale al secretario de redacción», añade. El secretario de redacción era una especie de sargento mayor corpulento y huraño, estilo *La*

chaqueta metálica. Cuando voy a verlo, estira los brazos: «Lo siento, es imposible añadir más mesas». Por suerte, su ayudante se conmueve y me lleva al cuarto de los corresponsales, al lado del de sucesos. Me señala una pila de papeles, anoraks, sacos de dormir y más objetos amontonados en la mesa, y me dice: «Ahí se sienta Mengoni, pero siempre anda dando vueltas por el mundo. Ahora, por ejemplo, está en India. Creo que, de momento, puedes instalarte aquí». Le doy las gracias. «¿Y qué hago con todas sus cosas?» «Bah, mételas debajo de la mesa.» Allí las tuve un montón de meses.

—Pobrecillo. ¿Por qué te trataban así?

—Verás, los redactores del periódico se consideraban entonces la élite del papel impreso: muchos tenían dos apellidos poderosos, o uno que valía por dos. Eran hijos de periodistas famosos, de condes, de amigos de la familia Agnelli, que me miraban por encima del hombro, me consideraban un *parvenu*. Recuerdo a una que iba en pantuflas y en los meses de invierno dejaba una rebeca de cachemira en el respaldo de su silla para protegerse de las corrientes. Quien no podía presumir de títulos, de parentesco o de protectores influyentes, defendía su puesto de trabajo con otros medios. El responsable de la sección de arte, un veneciano con muy mala leche, al menor desacuerdo con los jefes presentaba pleitos civiles y penales, y siempre los ganaba. Estaba atrincherado en una especie de trastero lleno de catálogos hasta el techo, y a veces incluso llevaba a su dóberman, que gruñía a todo el mundo, director incluido. Se volvió intocable.

—Vaya gente. —Ilaria se ríe.

—Luego estaba el líder sindical, terror de todos los directores, quien, pese a formar parte de la plantilla, nunca escribía. Se limitaba a preparar titulares, portadillas y sumarios, y cerraba encantado las páginas en tipografía porque se entendía bien con los operarios, y los operarios se entendían bien con él, pero también para ejercer una especie de control ideológico sobre los contenidos.

Cuando había un artículo sobre una huelga, o sobre una fábrica ocupada, contaba las líneas dedicadas a los delegados de la Confederación General Italiana del Trabajo, y si eran menos que las líneas entrecomilladas de los directivos o los empresarios, enseguida iba a quejarse a la dirección.

Besana calla en ese momento. Ha visto un par de botas muy elegantes.

—Esas te las regalo. Para que des tus primeros pasos en este mundo de mierda.

9 de enero

—No has entendido absolutamente nada de mí —dice Melissa saliendo a toda prisa de la cocina.

La señora Picariello menea la cabeza.

—No sabes la de veces que he discutido así con mi marido —comenta.

Pero a Melissa no le apetece nada charlar con la jefa. Su relación con Abbas es distinta, tienen otra clase de problemas. Se quita el delantal, se cambia deprisa de zapatos y se pone el abrigo.

—Si esperas un cuarto de hora, te llevo —dice la señora Picariello, que está contando la caja del día, para estar segura de que su marido no ha robado nada.

Melissa duda. Con ese loco suelto, es preferible no caminar sola por las calles de noche. Pero tampoco quiere quedarse más tiempo allí, discutiendo con su novio. Total, es una relación sin futuro, pues ella se marchará pronto. En ese momento se dice que le encantaría poder pedir un taxi. Pero en el pueblo no hay taxis. Un motivo más para mudarse a una gran ciudad. Había pensado comprarse un coche, pero ha cambiado de parecer. El dinero que ha ahorrado lo necesita para alquilar un piso en Milán, donde uno se mueve perfectamente en el metro. El coche es un gasto inútil. Se queda un momento inmóvil delante de la entrada. Le da miedo salir sola.

—Vale, sí —le dice a su jefa—, me voy contigo.

Pero en ese instante Abbas sale de la cocina.

—Tú no tienes valores —le grita—. Eres una trepa, solo piensas en tu

carrera. No sabes distinguir las cosas importantes.

A ella le gustaría responder: «No, te equivocas. Pienso en mi vida. Y sé que en este pueblo asqueroso nunca podré tener una vida decente». Pero sabe que es inútil, así que abre la puerta y se marcha.

Mientras camina se le pasa la rabia. Se impone el miedo. No puede dejar de pensar en Aneta. Sigue mirando a un lado y a otro. Cada vez que pasa un coche, se le acelera el corazón. Solo tiene que llegar a la parada. De Bottanuco a Suisio hay cinco minutos en autobús, y en el autobús va el conductor. Anda rápido y nota algo húmedo en la cara. Mira hacia arriba. Mierda, ha empezado a nevar. Se sube la capucha y aprieta el paso, oye su propia respiración, cada vez más alterada.

En cuanto llega a la parada, llega también el autobús. Qué suerte, se dice Melissa, subiendo a toda prisa. Habría sido horrible tener que esperar bajo la marquesina. Se sienta y mira a su alrededor. El autobús está casi vacío. Al fondo hay dos chicas en chándal que acaban de salir del gimnasio; se ríen con ganas mirando la pantalla del móvil. Poco antes de que la puerta se cierre, sin embargo, sube un hombre y se sienta justo detrás de ella.

El autobús arranca, Melissa se siente observada y se cambia de sitio, cerca del conductor. Pero el hombre también se levanta y se sienta de nuevo detrás de ella. En la parada siguiente, las chicas bajan dando saltos, sin dejar de reír. A Melissa no le gusta la idea de haberse quedado sola con aquel hombre. Se vuelve despacio, para mirarlo con el rabillo del ojo, sin llamar la atención. Luego hurga en su bolso, buscando el móvil. Es preferible hablar con alguien. Coño, ¿dónde está? Lo busca desesperadamente dentro del bolso, después se palpa el plumas, puede que lo lleve en el bolsillo. Nada. Se le habrá caído en el camino, tiene que regresar para buscarlo.

Pero no quiere que el hombre la siga. Así que no se mueve del asiento hasta la otra parada. Cuando las puertas se abren, las observa. Bajará corriendo en

el último instante. Se lanza a la carrera, ve que las puertas se cierran y que el hombre se ha quedado dentro, de pie, mirando la calle, mirándola a ella.

Camina rápido por el arcén, alrededor no hay más que campos. El viento le arroja nieve a la cara. Se tapa la boca con la bufanda. Ve que una moto se acerca. Va con la cabeza baja, como para que nadie la vea. Pero el motorista para delante de ella. Apoya un pie en el suelo y se levanta la visera.

—Eh, guapa, ¿también follas con este tiempo?

Melissa meneaba la cabeza, asustada.

—Como no se marche enseguida, llamo a la policía —dice.

Él rompe a reír con fuerza.

—Ay, te ruego que me disculpes, princesa. —Se marcha a toda velocidad.

«Ojalá se estampe en el hielo», piensa Melissa. Y sigue andando. ¿Por qué no habrá aceptado el ofrecimiento de la señora Picariello?

Más adelante hay una casita, se ve una luz, se siente un poco aliviada. Cuando se acerca al jardín ve algo raro, pero no puede comprender lo que es. Colgado de una pérgola hay algo redondo que se mece al viento. Mira mejor. Es la cabeza de un maniquí atada con una cuerda. Y a los lados de la verja hay otras dos, clavadas a un palo. Tienen la cara sucia de tierra, los ojos desorbitados y el pelo mojado. Melissa echa a correr, no quiere permanecer delante de esa casa ni un minuto más.

Llega jadeando a la parada en la que se había subido al autobús. Ve su móvil al pie del banco, por suerte se le ha caído debajo de la marquesina. Cuando se agacha para recogerlo, pasa el autobús. El conductor no la ha visto, mierda. Tiene que esperar el siguiente. Camina de un lado a otro, para cerciorarse de que no tiene a nadie detrás. Luego ve que un automóvil le está haciendo señales con las luces, como llamándola. Mira si hay alguien cerca, pero no hay nadie. Se pone tensa. Pero en cuanto la puerta se abre, lanza un suspiro de alivio.

—Ah, eres tú.

—¿Adónde vas con esta nieve?

Ella rompe a reír, por la tensión.

—¿Vas para Suisio? ¿Me llevas?

Mientras se pone el cinturón, durante un instante piensa que es una locura confiar incluso en las personas de confianza, pero le parece una idea absurda, fruto del pánico.

—Bueno, ¿has encontrado piso en Milán?

—He visto uno que está bien y a buen precio, pero quiero seguir mirando un poco más —responde Melissa.

—Tengo un amigo que a lo mejor deja el suyo. Si quieres, le pregunto.

—Bien, ya me dirás. Depende de lo que cueste. —Pero sigue tensa, no sabe por qué. Estornuda y se tapa la nariz con el guante—. ¿No tendrás un pañuelo de papel?

—En la guantera.

Melissa abre la guantera y saca los pañuelos, y entonces asoma un tubito dorado. Mira mejor. Es el lápiz de labios que le prestó a Aneta. No debe gritar, ha de mantener la calma, solo tiene que conseguir bajarse de ese coche.

—Por favor, déjame aquí. He olvidado algo en la pizzería.

Él la mira, pero no con la expresión de siempre. Sus ojos son fríos. La mira sin mirada.

—Faltaría más, te llevo.

Y en ese instante Melissa oye que se cierran los seguros de las puertas.

—No, en serio, no te preocupes. Tardo menos a pie —dice, y trata de abrir la puerta.

Pero él ya ha entrado en un camino de tierra, está acelerando. Melissa se pone a gritar con la esperanza de que alguien la oiga. Pero alrededor solo hay campos, solo hay nieve. Está la nada de la que tanto quería huir.

9 de enero

Cuando Besana entra en el piso de Ilaria, ella comprende. Retira un frutero lleno de mandarinas de la mesa y lo pone en la encimera. Es un gesto que no tiene sentido, pero necesita responder con un gesto, el que sea. Y mientras lo hace, se pregunta por qué las mandarinas.

—La madre ha denunciado su desaparición hace una hora.

A Ilaria le flaquean las piernas. Entonces las dobla como si estuviese haciendo flexiones. Las piernas tienen que mantenerse vivas.

—¿Melissa?

Besana está de pie, quieto, con las llaves del coche apretadas en la mano. No necesita ni decirle «Vamos». Ilaria va a buscar su abrigo, pero se equivoca de cuarto. No es que haya muchos en su piso. Aun así, se confunde. Suele estar colgado al lado de la puerta de la entrada, pero ella lo está buscando en el dormitorio. Vuelve derrotada. Mira a un lado y a otro. ¿Por qué las cosas desaparecen de repente? Hasta hace un momento tenían un sitio, fijo y seguro. Luego huyen. Y sin siquiera moverse.

—No encuentro el abrigo —dice.

—Está ahí. —Besana se lo señala con el mentón.

Está donde siempre ha estado, pese a lo cual Ilaria se acerca al perchero casi abatida. Como si otro lo hubiese colgado en aquella pared. Observa el abrigo con recelo, ni siquiera le parece el suyo. Pero ¿de quién más podría ser? Se lo pone, el brazo entra lentamente en la manga. Con la misma lentitud,

se abotona. Ahora lo único que quiere es embutirse en el abrigo. Desaparecer dentro de él, pertenezca a quien pertenezca.

—Estoy lista —dice.

Atraviesan Milán en silencio. Son las siete de la tarde y hay mucho tráfico. Ilaria va con la frente apoyada en la ventanilla y piensa en Melissa, que anhelaba la confusión de la ciudad.

—Pero ella tenía cuidado. Siempre le pedía a alguien que la llevara.

Besana suspira.

—Ha bastado una noche.

—No comprendo cómo puede bastar una noche.

Llegan en silencio a la oscuridad de la autopista. Una oscuridad que es todavía más anónima por las luces de los faros, todas iguales. Ilaria descarga los correos de la tableta y ve que tiene uno de Melissa.

—Marco, nos escribió justo ayer.

—¿Melissa?

—Sí. Ay, no me di cuenta.

—Lee en voz alta, por favor —dice Besana, que está conduciendo.

Queridos Marco e Ilaria:

Nos habíamos prometido estar en contacto. Aquí me tenéis. Hoy me he acordado de vosotros porque he leído unos artículos de la sección local que me han hecho reflexionar sobre la auténtica naturaleza del mal en esta zona. Y no me refiero a la inexplicable locura de un asesino en serie, que en el fondo es una anomalía. Hablo de la discreción, que mata con mucha más frecuencia y silenciosamente. Un albanés es asesinado, los vecinos oyeron los disparos, vieron irse al coche y no llamaron a la policía. Un agricultor que nunca se había metido con nadie mató con una hoz a un pakistaní y los testigos, en vez de ir a la policía, enviaron una carta anónima. Violaron a una chica en el aparcamiento de un edificio, y consiguió zafarse gracias a que sabía artes marciales: nadie intervino, pese a que ella gritaba y sus gritos podían oírse en todas las ventanas del edificio.

«Está bien», decimos siempre, es nuestra muletilla. Y a saber cuántas veces la habrán dicho esos

ciudadanos discretos, que han aprendido una lección transmitida de una generación a otra, inculcada mejor que cualquier otro deber: «no te metas donde no te llaman». Nunca os ayudarán a encontrar a ese hombre, os lo advierto. Puede que él también sea muy discreto. Pero no infravaloréis las cartas anónimas. Aquí no las envían los locos, es la modesta contribución de la gente que se cree decente. Recibid un fuerte abrazo, espero que nos veamos pronto.

Melissa

¿Por qué la muerte, lo más universal de cuanto existe, es algo tan vergonzosamente personal? Ilaria rompe a llorar.

—Sigo sin comprender que las otras estén muertas —dice—, pero solo sufro por Melissa. Es espantoso, espantoso. Tengo que pedirle perdón a alguien. ¿Puedo pedirte a ti?

Besana niega con la cabeza. Levanta la mano de la palanca de cambios y agarra la de ella.

—No puedes dedicarte a este oficio así, acabarás matándote.

—Pues prefiero dejarlo. —Ilaria tiene el sabor salado de las lágrimas en la boca—. No puedo, no puedo. No tengo cabeza de periodista, olvídame, por favor. Quiero irme a casa.

Besana se vuelve hacia ella y la fulmina con la mirada. Tuerce a la derecha sin poner el intermitente y frena en un área de descanso. Parece muy enfadado.

—Tu crisis me importa una mierda, Piatti. No vamos allí para escribir. Vamos para buscarla.

9 de enero

—¿Crees que sigue viva?

Besana se aprieta la nariz y aspira.

—¿Quieres que te diga la verdad o que te consuele?

Ilaria lo mira. Ya ha respondido.

—Sinceramente, espero que no —continúa Besana mientras busca cerca de la palanca de cambios un cigarrillo—. Ese es un sádico, más vale que desahogue su violencia en los cadáveres.

—No quiero ni imaginármelo, por favor.

—De todas maneras, ya ha empezado la búsqueda. Hay al menos trescientos voluntarios repartidos por la zona, además de las fuerzas del orden. Perros rastreadores, helicópteros, hasta los Hare Krishna se han movilizado. He comprado dos linternas para unirnos a ellos. Si no tienes mucho frío.

—El frío me da igual.

En cuanto llegan al centro de Bottanuco, ven un coche de la policía rodeado de un pequeño gentío. Es evidente que allí es donde se organizan los voluntarios. Ya están las televisiones, pero Besana ni siquiera se acerca a sus colegas, no quiere perder tiempo.

Pese a la oscuridad y a que hay mucho barullo, reconoce al cocinero egipcio de la pizzería, el novio de Melissa. Se presenta.

—Sí, Melissa me ha hablado mucho de ustedes —responde Abbas. Es un muchacho alto y delgado, que se mueve con elegancia natural. Tiene los

párpados un poco caídos y sus ojos recuerdan los de un león—. Voy a buscarla, ¿quieren venir conmigo?

Eligen los campos que unen Bottanuco con Suisio, hunden los zapatos en el barro, avanzan con las linternas apuntadas hacia el cielo, como para avisar a Melissa de que están llegando, una manera de decirle que no tenga miedo si por casualidad sigue viva.

—Estaba enamorado de ella —cuenta Abbas—. Pero Melissa no quería comprometerse. Solo pensaba en una cosa y no le importaba nada más que eso: marcharse de aquí. Por eso abortó.

—¿Cuándo?

—Hace una semana. Yo quería ese niño, pero ella no estaba preparada. Últimamente discutíamos sin parar. Ha sido por mi culpa. Por eso anoche no la acompañé a casa: acabábamos de discutir. Yo, yo... no vi el peligro. Ha sido por mi culpa, todo es por mi culpa.

La búsqueda prosigue por la noche. A eso de las tres, Abbas recibe una llamada de un grupo de voluntarios que están en la zona industrial del Dordo: en la orilla del arroyo alguien ha encontrado el móvil de Melissa. Más o menos a un kilómetro de allí, se ha recogido también su bufanda. La policía está registrando todas las naves.

Ilaria se acerca a Besana.

—Así que allí es donde las lleva y las mata —dice en voz baja—. Después las saca y las deja tiradas por ahí.

—Es probable. La zona industrial del Dordo está deshabitada. Tenemos que ir allí.

Poco después vuelven al coche. Piatti pone la calefacción y se frota las manos. Siente un hormigueo en los dedos, los dobla, los mueve.

—Melissa nunca habría subido al coche de un desconocido —dice.

—Lo sé —responde Besana—. Yo también lo he pensado. Piatti, trata de

fijarte bien en los voluntarios, sobre todo en los que dicen que eran amigos suyos. Podría ser uno de ellos.

En la cancha de tenis situada cerca del aparcamiento hay un grupo de gente. En el centro, una mujer habla por un megáfono y reparte las tareas con arrogancia. De baja estatura, tiene el pelo entrecano y lleva un abrigo de plástico amarillo chillón con capucha. Es un cruce de elfo con obrero de carreteras. Enseguida se dirige a Piatti y Besana, les pregunta en tono agresivo a qué organización pertenecen. Un hombre mayor dice que son dos periodistas, y entonces ella se altera.

—Marchaos, periodistas de mierda. Aquí hay gente que quiere salvar una vida.

Suenan unos aplausos y alguien del grupo la alumbra con una linterna. Besana nota que se le escapa una sonrisa. El cambio es muy rápido, la voluntaria ya ha adoptado la postura de mitin. Es un animal político, que aprovecha la situación para ganar seguidores.

—Oiga, que nosotros también hemos venido para buscar a la chica —dice Besana, con calma.

—No, a vosotros solo os interesa vender la muerte —grita en plan predicadora.

Besana se acerca al oído de Piatti.

—¿Qué te apuestas a que se presenta a las elecciones municipales? Solo está haciendo perder un tiempo valioso para encontrar a Melissa.

Ilaria está observando a la gente.

—Marco, hay uno que me suena de algo.

—¿Quién?

Cuando se gira de nuevo, ese rostro conocido ya no está.

—Ahora ya no lo veo. Pero quién era. ¿Quién era?

10 de enero

Aún no ha amanecido y Flavia ya está apostada entre los arbustos del paseo del río cubiertos de escarcha, con pantalones de camuflaje y anorak con capucha, el teleobjetivo apuntado a la rama de un sauce, donde un carbonero común se está alisando las plumas con indiferencia, incluso con afectación: «Probad a hacerlo vosotros, humanos, que como mucho podéis depilaros».

—No te muevas, bonito —dice Flavia en voz baja—. Solo un instante más, venga.

Su guía ilustrada sobre la fauna del parque del río Adda va a tener otra imagen inolvidable, es genial. Además de la del cernícalo, la oropéndola, el cuco, el colirrojo, el aguilucho lagunero, el martín pescador. Flavia se humedece los labios secos con la lengua.

—Muy bien. Sigue así, preciosidad. No te muevas.

Flavia tiene una óptica en Alzano Lombardo, donde trabaja con su hermano. Pero su pasión por la fotografía y la naturaleza se ha convertido para ella en una segunda profesión. Cada mañana, antes de abrir la tienda, monta en su SUV con las cámaras y el trípode y se pierde por bosques y montañas, optando a menudo por pistas por las que no va nadie.

No ha dejado de hacerlo ni siquiera en estos días, y eso que toda la región de Bérgamo está alarmada por la desaparición de esa chica. Su hermano ha hecho todo lo posible por disuadirla: «No vayas por ahí sola, te lo ruego», pero no ha habido manera. Flavia no lee mucho la prensa; más que los asuntos de los hombres le interesan los corzos, los ciervos y los armiños: los animales

silvestres que los cazadores furtivos tratan de matar y que ella hace pervivir con su cámara. Sus fotos han sido publicadas por varias revistas y un diario local repartió una vez como regalo un documental suyo sobre la fauna de los Alpes. Así que se siente estimulada.

—Mierda, se me ha escapado. —Le pega una patada a una rama.

Tenía el índice en el disparador cuando oyó ese aleteo. Mierda, mierda. Entonces se da cuenta de que el carbonero sigue ahí, solo ha elegido otro árbol. Una elección legítima. Lo fija con la cámara y se acerca. Pero el ruido sigue. Quizá esté detrás de ella. ¿Y si no es un pájaro? Entonces se da la vuelta de golpe. Pero no ve nada. A lo mejor era el viento. A lo mejor se había caído una rama.

Se dispone a hacer la foto cuando de nuevo oye ese ruido, como un crujido en la escarcha. Se vuelve. No hay nadie. Solo unas huellas en el suelo, pero deben de ser de un cazador. Qué tonta, ella también se está dejando llevar por la psicosis.

Busca con la mirada al carbonero y lo encuentra en el techo de un kiosco. Abundan en esta zona, muchos se caen a pedazos, destrozados por vándalos o por automovilistas borrachos. Se acerca lentamente.

El carbonero la mira, las plumas amarillas del pecho movidas por el viento. Levanta el pico, perplejo. Luego mueve la cabeza negra. Y la esquiva, colándose en la capilla.

—Mira que eres cabrón. —Lo sigue.

Apunta el objetivo hacia la entrada. Pero ¿qué es ese resplandor? Se acerca muy despacio. Entonces suelta la cámara, le da igual que se rompa, le da igual perderla. Que se quede allí. Esta vez ha visto demasiado. Se da la vuelta y echa a correr. Corre todo lo que puede, apartando las ramas, entre los árboles, todo lo rápido que le permiten sus piernas. Oye el ritmo frenético de su propia respiración. Puede que sus piernas no vayan lo bastante deprisa.

10 de enero

Después de haber caminado hasta las cinco de la madrugada, exhaustos, Ilaria y Marco dejan sus linternas a otros y se van al hotel. Están congelados, necesitan darse un baño caliente para reactivar la circulación. La noticia la conocen allí. No necesitan decirse nada. Reciben una llamada, breve y seca, y se cruzan una mirada.

Ilaria está tan agotada que no consigue dormir. Envuelta en el albornoz, contempla el amanecer y la escarcha que cubre los campos. ¿Qué le habrá pasado a Melissa mientras el rocío se transformaba en cristales de hielo?

La vieron por última vez poco después de Navidad. Estaba fantástica, vital, como alguien que no quiere dar una buena noticia por temor a que se estropee. No parecía atormentada por el hecho de abortar. Puede que la decisión la tomara después, quién sabe. Tenía los rizos abultados, como una planta rebelde a la que han regado. Los ojos le brillaban, eran los ojos de alguien que ha sido querida de verdad. Pero caminaba demasiado rápido, con nerviosismo, como si tuviera miedo, ¿miedo de perder las cosas que quería?

Le prodigaron cumplidos. En lugar de protegerla, de ayudarla, de comprenderla, le prodigaron cumplidos: «Qué guapa estás hoy. Qué alegre se te ve». Ella, más pegada a la realidad, durante un instante se ensombreció. Bajó levemente los ojos.

Besana la invitó a un aperitivo, y durante el aperitivo Melissa contó que su madre la había puesto en un apuro porque había empezado a arreglar el piso que estaba encima del suyo. Y ella no se atrevía a pararla, a decirle que no lo

hiciera porque quería marcharse del pueblo. «Perdona, mamá, pero...» No, no se atrevía. Y su cobardía —¿o fatal delicadeza?— en cierto modo le impedía planificar con calma su futuro, pero también la hacía actuar con más precipitación.

Melissa decía que después de las fiestas iba a decírselo. Su madre tenía que dejar de hacer planes con aparejadores y albañiles. Los planes que ella tenía eran otros: los de alquilar un piso en Milán. Se pasaba horas delante del ordenador eligiendo virtualmente. Pero con el nuevo año eso también iba a cambiar: visitaría los pisos personalmente.

Mientras, se tocaba la barriga con caricias involuntarias y melancólicas. Decisiones viscerales; el gesto podía interpretarse así. En cambio, ese gesto anunciaba una laceración en toda regla. Una doble laceración. La que se haría ella misma y la que le haría el asesino. Pero Besana y Piatti no podían captar ciertas premoniciones, premoniciones que habitan la vida de todos los días, de todos nosotros, y que se confunden con simples gestos.

10 de enero

Por la tarde, después de dormir un poco, Piatti y Besana van a la comisaría de Bérghamo. Giorgio los recibe en su despacho, visiblemente aturdido, tiene ojeras y los ojos rojos. Acaba de interrogar a la mujer que encontró el cadáver.

Los invita a sentarse y les ofrece un café. Luego deja en la mesa las fotos del escenario del crimen y se agarra la cabeza con las manos. Ilaria mira hacia otro lado.

—Espero que ya estuviese muerta cuando le clavó esos alfileres en la barriga —dice Besana.

—Mañana el forense nos dará los resultados de la autopsia. Ha vuelto a usar agujas de acupuntura, pero de otro tipo. Estas tienen el mango dorado —dice Giorgio.

—Como si con ella hubiese querido usar algo de valor —reflexiona Piatti —, como si fuese una víctima especial, diferente a las otras.

—Quizá la conocía —aventura Besana.

Giorgio se pone de pie, nervioso, parece no soportar esta conversación.

—La ha masacrado —dice—. ¿Cómo podía creerla especial, joder?

Vuelve a sentarse.

—¿Mordiscos?

—En las piernas y en la cadera. Mandaremos analizar las huellas. Pero ha sido él, no cabe duda.

—¿Ya se ha avisado a la madre?

—He mandado a un policía.

—¿Has interrogado a su novio?

—Un tipo raro —responde, y mira al techo.

—¿Tiene coartada?

—Pendiente de confirmación. —Se levanta de nuevo, como si no pudiese permanecer quieto—. Perdonad, pero ahora sí que me tengo que ir. Hay una reunión en el departamento de homicidios.

Besana guarda las fotografías en su mochila y le da las gracias con una palmada en el hombro. Ilaria parece ausente, tiene la mirada perdida y se olvida de levantarse.

—¿Piatti? Vámonos —le dice Besana agarrándola de un brazo.

—Hay algo que no entiendo —dice ella.

—Venga, demos una vuelta por la parte alta de Bérghamo. Yo necesito otro café, si no, me duermo al volante.

Se sientan en una pastelería de la Piazza Vecchia.

—Tenemos que descubrir algo más sobre su vida. En qué clínica abortó, quién era el médico. Hay que hablar con Abbas, él debe saberlo.

—¿Y la madre? ¿Sabrá algo?

—Dejémosla en paz, por ahora. Pobre mujer.

—Tienes razón.

En ese momento ven pasar a Giulia Lecchi, camina rápido, con la cabeza agachada. La gente la evita, ya nadie la saluda.

—Es evidente que su marido no puede haber matado a Melissa, pues está en la cárcel. Para este asesinato, Vimercati tiene una coartada perfecta.

11 de enero

Es sábado por la noche y la niebla hace que la oscuridad sea más densa. Piatti se dirige al periódico para recoger una documentación que necesitan. Se lo ha pedido Besana, que se ha tomado unas horas para limpiar el estudio. «Parezco una vieja ama de casa desesperada», así la despidió, con una cerveza en una mano y una escoba en la otra.

Ilaria saluda al portero y va a la redacción. Cuando llega a la mesa de Besana, se da cuenta de que hay algo raro, pero no es capaz de comprender con exactitud de qué se trata. Para empezar, está ordenada. Han desaparecido el vaso de café que llevaba una semana sobre la portada de una revista, la lata de cerveza aplastada y el envoltorio de plástico del sándwich. Abre un cajón para ver si la botella de whisky sigue ahí. Sí, ahí está. Pero falta el sobre que Ilaria tiene que llevarse. Y no es un sobre cualquiera. En él Besana guarda las fotos de los escenarios de los crímenes que la policía le ha pasado a escondidas. Busca por todas partes. No está. Alguien lo ha cogido.

Se fija mejor y se da cuenta de que el cajón ha sido forzado, de que la cerradura ha sido abierta con un cuchillo, quizá con una navaja suiza. Se lo tiene que contar enseguida, pero no quiere que la oigan sus colegas, así que se pone el abrigo y sale.

Prefiere no hablar en la entrada del periódico, da la vuelta a la esquina y busca un sitio tranquilo. Nunca se había fijado en las pintadas de los muros. Una de ellas le hace dar un respingo, es un enorme «VIVE» escrito con espray rojo. Pero cuando lee la frase entera, se ríe sola: «La libertad VIVE».

Por ahí no pasa nadie, todos los cierres metálicos están bajados. Y apenas hay farolas, solo están las luces de un árbol de Navidad aún sin desmontar parpadeando a destiempo en un balcón. Ve un portal alumbrado por un foco, en la esquina opuesta hay una cámara de vigilancia. El edificio está protegido. Es un sitio donde puede sentirse segura. Alguien ha tenido la misma idea y ha aparcado la moto justo ahí delante. Se sienta en el sillín, se quita los guantes y llama a Besana.

Tiene el móvil apagado, así que le deja un mensaje en el contestador: «¿Marco? Ha ocurrido algo grave. Cuando puedas, llámame y te lo explico».

No ha terminado de bajarse del sillín cuando una bufanda le rodea el cuello. Nota la lana en la garganta, luego algo duro en la nuca: es el nudo, que le aprieta cada vez más. Va a gritar, pero un guante le tapa la boca.

11 de enero

—Piatti, no hay que ir por calles oscuras cuando un asesino en serie anda suelto.

Ilaria tose y mira muy nerviosa a Milesi, que ríe estentóreamente y le guiña un ojo. Se pasa la mano por el cuello dolorido, lo mueve de un lado a otro.

—Me has dado un susto de muerte. ¿Qué clase de broma es esa?

—Iba a tomar algo. ¿Por qué no me acompañas?

Ilaria sigue temblando, a lo mejor una copa consigue calmarla. No le apetece nada, pero acepta porque está segura de que Milesi sabe algo del sobre desaparecido.

Pasan por delante del bar de siempre y Milesi menea la cabeza.

—No, ahí está todo el mundo. Te llevó a un sitio más tranquilo.

Entran en un bar lleno de jubilados de ojos tristes que discuten ante una pantalla gigante sobre los partidos de la próxima jornada.

—Rodeados de borrachos podemos hablar de todo lo que queramos —dice Milesi, poniéndole una mano en la cintura para conducirla a una mesa de plástico.

En cuanto les llevan el Spritz, Milesi levanta el vaso.

—Piatti, eres una fuera de serie. Harás carrera.

—Gracias —responde ella, bajando la mirada.

—¿Por qué vas por ahí con ese gilipollas de Besana? Trabaja conmigo.

Ilaria levanta la cabeza y lo fulmina con los ojos.

—¿Y tú por qué has cogido el sobre de su mesa? ¿Has vendido las fotos a la

televisión?

Él rompe a reír.

—No te las des de moralista. Solo quería ver una cosa. Después las dejaré en su sitio.

—¿Qué cosa?

—Cariño, nunca te lo diré.

—No me llames cariño.

—Perdone, profesora.

—Si me devuelves ahora mismo las fotos, no le diré nada.

—Las tengo en la mochila, pero necesito una noche para reflexionar. Además, ¿qué podría hacerme Besana? ¿Ir a la policía? —Se ríe—. Resulta cómodo tener un cuñado que te pasa por lo bajo información reservada. Así, cualquiera es periodista.

Ella querría decirle: «Cómodo lo tuyo, que ni siquiera buscas noticias de primera mano». Pero no sabe ser agresiva.

—Giorgio se las pasa porque es un buen periodista, no porque sea su cuñado —responde.

—No, si acaso es al revés. Solo un alcohólico como Besana puede fiarse de un policía como él. Todos sabemos quién es Giorgio Verdelli.

—¿En qué sentido?

—¿Cómo, no lo sabes?

—¿El qué?

—Que una puta cantó. Según parece, en 1998, vuestro amigo tuvo algún problemilla. ¿Te acuerdas de un asesino en serie que hubo en la región? ¿Uno al que nunca se encontró?

Ilaria traga saliva. No sabe qué decir.

—He revisado la transcripción. La chica afirma que él trató de estrangularla.

—¿Por eso has cogido las fotos? ¿Para ver si había coincidencias?

Él hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Y las has encontrado?

Milesi responde con una sonrisa.

—Piatti, hay cosas que solo puedo decirte si te vienes a trabajar conmigo. Recuerda que Besana va a jubilarse dentro de poco. Si quieres tener futuro, te interesa buscarte un respaldo más joven. —Y le pone una mano en la rodilla.

Ilaria se incorpora. «Olvídate, gilipollas.»

—Devuélveme esas fotos. Ahora mismo. ¿O prefieres que hable con el director?

12 de enero

En Milán nieva con fuerza. Protección civil ha lanzado una alerta meteorológica en todo el norte de Italia. El ayuntamiento, por su parte, ha mandado echar sal y que salgan las quitanieves, y hay funcionarios retirando la nieve con palas de las calles. Casi no circulan automóviles. Por suerte, es domingo.

Besana y Piatti han dormido hasta tarde, agotados de los días anteriores. Pero ahora, que ya se sienten más descansados, no piensan perder tiempo.

Por otro lado, se trabaja estupendamente cuando está nevando fuera. Y el estudio de Besana, tan ordenado y luminoso, se ha convertido en un sitio en el que se está muy a gusto. Marco incluso ha ido a Ikea a comprar alfombras y lámparas. El viejo sillón, libre de cosas y con un par de cojines nuevos, es muy bonito, parece una pieza vintage valiosa. Y la mesa de madera del salón, por fin vacía y limpia, ahora reluce. Besana ha comprado también una planta de lavanda, porque es casi imposible que se muera. Se lo ha garantizado la cajera. Puede permitírsela alguien como él, que no tiene mano para las plantas.

Besana se reía para sus adentros mientras llenaba la gran bolsa azul de Ikea. Jamás se habría imaginado que iría allí solo. Pero resulta que nada más levantarse sintió el deseo de ocuparse de su casa. En el fondo, está harto de vivir acampado como un vagabundo. Compró cacerolas, fuentes de horno, una tabla de cortar y cuchillos de cerámica. Y quiere hacer una buena compra de comida y ponerse a cocinar. Ya está bien, ha decidido.

Y el domingo, cuando Ilaria llega sobre la hora de comer, la mesa ya está

puesta. De la cocina llega un aroma a pollo al limón y romero. En un plato muy colorido hay verduras picadas, listas para la plancha. El conjunto recrea la vista, parece una composición floral: el amarillo del pimiento al lado del morado de la cebolla y la achicoria, luego un toque verde, el de los calabacines, ligeros como hojas, y las berenjenas, que parecen corolas entre las hojas de endivia.

Mientras Besana descorcha silbando una botella de Pinot Noir, Ilaria se da cuenta de que se ha afeitado y de que ha ido a cortarse el pelo.

—En cinco minutos está listo —dice.

En la mesa, Ilaria le cuenta el desagradable encuentro con Milesi. Después hablan de Melissa. Ese crimen los atormenta. Ambos están convencidos de que reflexionando acerca de lo que saben de ella, pueden sacar conclusiones.

—Esos alfileres tienen que significar algo —dice Besana.

—Con Aneta los coloca encima de una piedra, a Dana se los clava en la espalda. Pero lo hace para recalcar los pasos de Verzeni. Solo que no hay una tercera víctima de Verzeni. De manera que, por primera vez, puede usarlos como se le antoje. Y elige la barriga. ¿Por qué?

—No es la primera vez. A Foresti se los clavó en los ojos —la corrige Marco.

—Tienes razón. Eso podría significar que elige partes del cuerpo según las víctimas. Tiene que haber una lógica —reflexiona Ilaria.

—Oye, no nos limitemos a los alfileres. Puede que sea un error seguir hablando de Verzeni. Tal vez el asesino tenga su propio plan, un plan distinto. En el fondo, Verzeni no tenía ninguno. Tratemos de separar por un momento las cosas —propone Marco.

—Un asesino en serie tan organizado no elige las víctimas al azar.

—Puede que esas mujeres tuvieran algo en común, algo que se nos ha escapado.

—Está claro que Melissa no era una puta. Tu hipótesis ya no se sostiene — dice Ilaria.

—No. Hay que encontrar otra relación.

—¿El trabajo? Aneta y Melissa trabajaban en una pizzería, pero Dana era esteticista.

—A lo mejor tiene un prototipo de mujer. Pero no se parecen. Míralas. — Marco saca las fotografías—. Aneta era rubia, menuda, tenía tez clara y los ojos azules. Dana era morena, fuerte, nariz aguileña, pelirroja. Melissa, alta, de pelo rizado, ojos negros.

—Demasiado diferentes. No se explica.

—También el entorno social y familiar es distinto. Aneta era extranjera, vivía sola, con el viejo notario. Melissa era estudiante, vivía con su madre. Dana, una cuarentona divorciada, madre de un hijo.

—Creo que ya lo veo.

Ilaria se pone de pie, soltando el tenedor en el plato. Y empieza a dar vueltas alrededor de la mesa. Comprende que ha tenido una intuición y siente un escalofrío en la espalda. Una descarga eléctrica que le baja desde la nuca por la espina dorsal.

—Tiene que ver con la maternidad. El asesino está obsesionado con eso.

—¡Coño, tienes razón!

—Así elige a sus víctimas —continúa Ilaria—. Aneta dejó a su hijo en Rumanía, el de Dana vivía con el padre, Melissa abortó. En su cabeza, de un modo u otro, todas son malas madres.

—Las castigó —dice Besana, y se llena otra vez el vaso de vino—. ¿Y esos malditos alfileres?

—Puede que no esté copiando a Verzeni. Son un mensaje.

Ilaria sigue dando vueltas alrededor de la mesa.

—Bien, los primeros los dejó sobre una piedra.

—¿Porque Aneta abandonó a su hijo de pocos meses?

—¿Y a Dana se los clavó en la espalda porque es una traidora?

Entonces se miran.

—A Melissa se los clavó en el vientre, no puede ser una coincidencia.

—Pero ¿cómo podía saber que había abortado? Ella no se lo contó ni a su madre.

—Debía de conocerla muy bien.

12 de enero

Cuando terminan de comer deciden dar una vuelta por el parque Sempione, que tiene que estar espléndido con la nevada. El Castillo Sforzesco, con la torre de Filarete circundada de blanco, parece el de Drácula. Y los puentes ahora blancos hacen pensar en un laberinto siniestro. Entre las siemprevivas dobladas por el peso de la nieve y las plateadas ramas sin hojas que parecen telarañas, Piatti y Besana siguen buscando respuestas al caso.

—Los caníbales tienen una relación patológica con la madre, Grace decía que todo empieza ahí. Ese podría ser el motivo de su ensañamiento con las mujeres que, según él, hacen daño a sus hijos —razona en voz alta Ilaria.

—Sí, todo encaja —responde Besana—. Recordemos que Grace previó también su ira contra Foresti.

—Doblemente culpable, desde su punto de vista —continúa Ilaria—. Foresti no solo trató de robarle el protagonismo, sino que además mató a la madre de sus tres hijos.

—Así es.

—¿Por qué crees que le clavó alfileres en los ojos?

—El mensaje era «No imites» —contesta Besana.

—¿Lo cegó para que dejase de imitarlo?

—Eso mismo.

—Pero Grace también dijo que se pondría en contacto con nosotros o que acudiría directamente a la policía. Y no ha sido así. —Ilaria se para en seco. Se ha puesto pálida—. Ay, mierda.

Mueve la cabeza, nerviosa. Ve un banco y va hacia allí, trastabillando. Aparta la nieve con los guantes.

—¿Te encuentras bien?

Besana se sienta a su lado, un poco preocupado. Ilaria trata de respirar hondo, se toca el esternón para darle a entender que le falta el aire. Levanta una mano para pedirle que espere. Está muy pálida.

—Está hablando conmigo —dice.

—¿Quién?

—El asesino —responde.

—¿Lo dirás en broma?

Ilaria busca la tableta en la mochila, pero se la ha dejado en casa. Le explica que un tipo que se hace llamar Mr. Black la persigue por Facebook desde hace días.

—Parecía un apasionado de la crónica de sucesos —dice.

—¿Y qué te hace pensar que es precisamente él?

—Sabe cosas que jamás hemos escrito. No le había dado importancia, solo ahora me doy cuenta.

—¿Por ejemplo?

—Menciona los últimos movimientos de Melissa. Pero ningún periodista ha hablado del autobús que tomó a Suisio.

—Joder.

Ahora también Besana está nervioso. Enciende un cigarrillo, pese a que había jurado dejar de fumar.

—Tenemos que enseñarle a Grace esos mensajes —dice Ilaria.

—Diría que es urgente —confirma Besana, sacando el móvil del bolsillo.

—Y he de tener cuidado, porque puede que sepa dónde vivo.

—¿No será el mismo que fumaba en el coche, delante de tu casa?

—¡Ah! —Ilaria se tapa la cara con las manos.

Después mira a su alrededor. Ve a un hombre con capucha, alejándose. ¿Era él? ¿Estaba escuchando? Se levanta.

—Vámonos, por favor.

Ahora observa a un voluntario que está quitando nieve. También lleva capucha. Pero está nevando y nadie quiere mojarse la cabeza.

—Instálate en mi estudio, es lo más prudente —dice Besana.

—Creo que acepto la invitación —responde Piatti.

Pasan por el piso de Ilaria para hacer la maleta y recoger la tableta. Ella la enciende y se queda clavada delante de la pantalla. No consigue hablar, tiene la boca seca, las glándulas salivales paralizadas. Está liberando corticotropina. Su hipotálamo ha recibido una señal muy concreta. Las glándulas suprarrenales están empezando a segregar adrenalina a la sangre y grandes cantidades de noradrenalina directamente al cerebro. Un exceso de noradrenalina puede desequilibrar todo el sistema. Ilaria está aterrada. Le tiende la tableta a Besana. Hay otro mensaje de Mr. Black.

Una pequeña sugerencia, si puedo servir de ayuda. Todos subestiman su firma.

12 de enero

Ilaria se siente mejor en cuanto entra en el estudio de Marco. Él enciende todas las luces y pone música. Ya ha anochecido. Va a la cocina y se prepara un gin-tonic.

—Voy a llamar a Grace para leerle los mensajes. Veamos qué dice.

—Mientras, ¿puedo darme una ducha?

—La caldera funciona mal, espero que puedas darte una ducha caliente — dice Besana.

Cuando Ilaria regresa al salón, Besana tiene cara de preocupación.

—¿Cree que ha sido él?

Menea la cabeza.

—Grace opina que no. Emplea un lenguaje que no se corresponde con el perfil. Lo descarta completamente.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Ah, no lo sé. Pero me fío de ella —responde Besana.

—Sí, claro, yo también. —Ilaria se sienta en el sofá. Huele a gel con aroma a talco—. Pero ¿cómo sabía qué autobús tomó Melissa?

—Grace dice que podría ser otro periodista, alguien que tiene acceso a las fuentes.

Ilaria prueba el gin-tonic, ella también necesita algo fuerte después del susto que se ha llevado. Luego se vuelve de golpe.

—¿Milesi?

—Es un gilipollas, pero no se atrevería a tanto. Además, ¿por qué iba a

querer hacerte daño precisamente a ti?

—Bueno, la bromita de estrangularme con la bufanda no fue muy simpática —objeta Ilaria.

—Hacia el tonto, solo quería ligar contigo —responde Besana.

—¿Quién puede ser, entonces?

—Tengo una sospecha, pero solo es una sospecha. —Baja los ojos.

Hubiera preferido no tener que contarle nunca la historia de Lizzy, es algo de lo que se avergüenza. Pero puede que ahora sea necesario.

—¿La del flequillo? La he visto mil veces por la redacción —dice Ilaria.

—Sí, esa —reconoce Besana, con la mirada siempre baja—. Era más que evidente que se trataba de un bicho. Tendría que haber hecho caso a mi instinto de supervivencia, que siempre me había aconsejado que me mantuviese lejos de las colegas. He tenido aventuras, pero con mujeres que se dedicaban a otra cosa, no tenían nada que ver con el periodismo. Aprendí muy pronto que las relaciones sentimentales en el lugar de trabajo solo crean problemas.

Ilaria lo escucha, sin hacer ningún comentario.

—Hace cuarenta años, cuando era un joven en prácticas, en los periódicos se veían pocas mujeres. Y esas pocas difícilmente hacían carrera. Las teníamos en el punto de mira, y si eran guapitas les soltábamos todo tipo de burradas y de piropos groseros. Recuerdo a un colega algo mayor que ni siquiera las llamaba por su nombre: para él no eran más que «las zorras». Y cuando una de ellas tuvo un lío (eso parece) con el jefe de redacción, el rumor corrió enseguida. Todos se reían a sus espaldas: «¿Has notado que hoy los dos van de sport? ¿Dónde habrán estado, en la casa de campo del marido? ¿Delante de la chimenea, sobre la piel de oveja?». Todo así.

—Pobrecillas. Un ambiente terrible, muy machista.

—Sí, terrible. Pero las cosas fueron cambiando poco a poco. Aun así, el problema no se había resuelto. Se tendía a pasar de un extremo a otro. Las

mujeres empezaron a abrirse camino en los periódicos y comprendieron que en grupo eran más fuertes. Y las relaciones entre colegas de sexo opuesto se convirtieron en tema sindical. Te cuento un caso. Un día se celebraba una asamblea de periodistas para hablar del nuevo semanario femenino, con las habituales quejas de los que aspiraban a figurar en el equipo de redacción mientras el director seguía contratando colaboradores externos. Pero entonces toma la palabra una periodista joven: «Quiero denunciar un asunto personal. He sido objeto de toqueteos y de acoso por parte de un subdirector», dice. Todos se quedan de piedra, y en el silencio general ella rompe a llorar: «Entré en su despacho para hablarle de mi paso a exteriores, él cerró la puerta y se me abalanzó». El comité de redacción va corriendo donde el director para informarlo y preguntarle por las medidas que había que adoptar. Él se declara preocupado y promete «un estudio serio con el fin de determinar la verdad de los hechos». Que nunca salió a la luz, naturalmente. El subdirector lo sigue negando todo y la periodista insiste en denunciarlo. Pero ambos renuncian a las vías legales. El director, así las cosas, decide imponer medidas preventivas para evitar que se repitan episodios semejantes: los directivos del periódico, desde los subdirectores hasta los jefes de sección, ya no podrán invitar a sus colegas mujeres a cenar o a tomar un aperitivo, tampoco llevarlas en su coche, etcétera. Eran normas semejantes a las que había en los periódicos estadounidenses, contra el *sexual harassment*. Sin embargo, después lo reconsidera, y la circular no se publicó. Italia no es Estados Unidos.

—Yo ya te habría denunciado mil veces. —Ilaria se ríe—. Vamos siempre juntos en coche y no haces más que invitarme a cenar y tomar el aperitivo.

—Justamente —dice Besana.

—Empezó ella, ¿verdad?

—Cuando llegó con un contrato de becaria, yo no tenía ningún cargo. Era un

periodista a secas, aunque mi firma tenía peso. Lizzy no se apartaba de mi lado, me pedía consejo sobre sus artículos. Una mañana despejó un rincón de mi mesa y allí se sentó, entre las pilas de periódicos viejos, con las piernas cruzadas. Quería enseñarme su artículo.

—La harías polvo como haces conmigo, espero.

—¿Qué dices? Contigo he sido un angelito. Después de dos líneas, empecé a gritar. Todo eran frases hechas: «Una tragedia anunciada. Un silencio ensordecedor. El fiscal se ha quitado un peso de encima. Le echó el muerto». Todo así. Pero perdí completamente los nervios cuando leí el párrafo siguiente: «Su carrera estaba apuntalada de trucos y fracasos». Entonces le dije: «Lizzy, por favor, se apuntalan las casas en mal estado, no las carreras. A lo mejor querías decir “preñada”, o “plagada”. ¿Estás segura de que quieres ser periodista?».

—¿Y te extraña que te odiara?

—No, te equivocas. Fue al revés. Cuanto más la maltrataba, más me deseaba. Un día la invité a comer en un restaurante tailandés que no estaba lejos del periódico. Por desgracia, alquilaban habitaciones en la planta de arriba. Fue el principio de mi ruina. Quise creer que podría controlar el tema. No deseaba dejar a mi mujer. Y Lizzy, de boquilla, estaba de acuerdo. Hasta aquel maldito día, en la habitación de un motel cerca de Linate: necesitó apenas unos minutos, mientras yo estaba en el baño, para coger mi móvil de la mesilla, encontrar el número de Marina y copiarlo.

Ahora Besana calla. Espera un sermón, o una broma. Pero Ilaria lo sorprende una vez más.

—Oye, al final te hizo un favor. Tu mujer era peor.

Marco levanta la cabeza.

—No la conozco, por supuesto —sigue Ilaria—, pero soy muy observadora. En lo que se refiere a ti, quiero decir. Y no me gustó, si puedo ser sincera.

—¿Por qué?

Besana siente curiosidad. No habla de Marina con nadie.

—Porque tengo la sensación de que te trata como si le pertenecieses. Solamente pide. Pero ¿qué te da? Pero solo es una sensación.

Marco está aturdido. Tiene razón.

—¿Cómo puedes saber todas esas cosas, si nunca las has vivido?

Ilaria se encoge de hombros.

—No hace falta vivirlo todo. También se puede prestar atención, también se puede imaginar. Únicamente el mal, el mal del que nosotros nos ocupamos, no se puede imaginar.

—Eso también es verdad —responde Besana. Luego le sonrío—. Has dicho «el mal del que nosotros nos ocupamos». Es tu oficio, Ilaria. Es inútil que te opongas. Uno nunca puede huir de su oficio.

13 de enero

—Marco, ¿me oyes? —La voz de Giorgio por el móvil suena nerviosa, alterada.

—¿Qué ha pasado?

—Coño, ya lo tenemos.

—¿En serio?

—¡Sí! Está en la comisaría. Eres el primero en saberlo.

—Pero ¿estáis seguros?

—Del todo. El ADN coincide con el del Sujeto Desconocido.

—¿Cómo lo habéis pillado?

—Por un control de alcoholemia.

—Pero ¿quién es?

Besana pone el altavoz para que Ilaria también pueda oír.

—Un empresario de Lecco, de apariencia respetable. Pero en estos casos...

—Lo sé, lo sé, la apariencia no significa nada. ¿Cómo se llama?

—Ernesto Bresciani. Un apasionado de la caza. Hoy, al registrar a primera hora de la mañana su casa, hemos encontrado un arsenal: rifles, carabinas, pistolas Smith & Wesson, kilo y medio de pólvora, y también puñales, cuerdas de escalada y un machete.

—¿Como el que se usó para cortarle la cabeza a Foresti?

—Justo. Lo enviaremos a analizar.

—¿Ha tratado de huir?

—No, solo ha dicho que quería llamar a su abogado.

—¿Ya lo habéis interrogado?

—Estamos esperando al fiscal.

—¿Y Vimercati?

—De momento, lo mantenemos encerrado. A lo mejor son cómplices.

—¿Podemos ir?

—No puedo dejaros pasar, pero quiero daros algo. Yo te llamo.

Besana cuelga y se pone el abrigo.

—Piatti, vamos. Giorgio me ha dado a entender que va a darnos la grabación del interrogatorio.

La comisaría ya ha sido tomada por los periodistas. Besana y Piatti charlan con unos colegas mientras esperan la llamada de Giorgio. Cuando Giorgio lo llama, Besana se aparta.

—Ve a mi casa, le he enviado a Rosa un sobre. Si quieres, puedes usar el ordenador que hay en la bodeguita.

—¿Ha confesado?

—Qué va. Pero es el primer interrogatorio. El abogado ha pedido un descanso.

—¿Ya has visto a los familiares?

—La mujer está destrozada, no para de decir que tiene que ser un error, que es imposible.

—¿Hijos?

—Tienen una niña.

—¿Y los padres? ¿Están vivos? Los caníbales suelen tener una relación enfermiza con la madre.

—Parecen buena gente, dos personas muy equilibradas. No es una familia problemática. Lo adoptaron cuando tenía pocos meses. Así que no hay traumas previos. Como ves, Bresciani parece un tipo de lo más normal. Eso es lo más inquietante.

—Gracias.

—De nada, eres un hermano para mí.

13 de enero

Rosa está cada vez más enfadada. Le echa una mano a la asistenta con la limpieza porque no se fía de ella. Encima, Kevin tiene fiebre, pero no lo parece. Está jugando a la pelota en el salón, muy animado.

—Hola, tengo cosas que hacer, ¿vale? Giorgio me ha dicho que vais a usar el ordenador de la bodeguita, pero daos prisa, porque tenemos que pasar la aspiradora también allí. —Se vuelve y grita—. ¡Kevin, para! Ya estás sudando.

Bajan a la bodeguita. Besana mira a un lado y a otro y gruñe. No solo por el olor a cerrado. Es por lo que representa: la familia convencional italiana que construye su mundo alrededor del televisor y la cocina, de los reposapiés y los manteles de hule.

—¿Prefieres el sillón reclinable o el sofá de esquina?

Piatti meneaba la cabeza, abre el sobre y extrae un *pendrive*. Arrancan el ordenador y ponen la grabación.

Se ven una mesa y una silla vacías y se oyen voces de fondo. Luego aparece un hombre muy corpulento, caminando un poco encorvado. Busca con la mirada a su abogado, parece que no quiere quedarse solo. Entran los demás.

—«Hacemos constar que son las 11.16 del día 13 de enero. Nos encontramos en las oficinas de la comisaría de Bérgamo. Sus datos, si es tan amable. ¿Su nombre es...?»

—«Ernesto Bresciani.»

—«¿Lugar y fecha de nacimiento?»

—«Nací en Bérghamo, el 27 de mayo de 1979.»

—«¿Tiene algún pseudónimo o apodo?»

—«¿Cómo?»

—«Es una pregunta obligatoria.»

—«Ah, perdone. Mi esposa me llama Tato.»

—«De acuerdo. ¿Nacionalidad?»

—«Italiana.»

—«¿Lugar de residencia?»

—«Lecco.»

Parece agotado, está sudando. Se seca la frente con un pañuelo de papel. Pide un vaso de agua y bebe con ansia un trago.

—«¿Tiene un Audi A4 negro?»

Le enseñan unas imágenes.

—«Sí, podría ser mi coche.»

—«Fueron tomadas por las cámaras de vigilancia de una urbanización privada de la zona de Bottanuco. Esto demuestra, por tanto, que usted estuvo en el valle la noche del asesinato de doña Aneta Albu. ¿Qué hacía en Bottanuco?»

—«Voy a menudo a un restaurante que hay allí. Se llama Il Caminetto. Puede preguntarlo en el restaurante.»

Durante todo el interrogatorio se restriega las manos, se sube las gafas con el índice, se toquetea la boca, cruza los brazos, esconde las manos debajo de los muslos, repiquetea con un dedo sobre la mesa, se agarra al borde, hasta que ya no puede más y deja caer la cabeza sobre el tablero y se tapa la nuca con una mano.

—«Está muy nervioso —comenta Besana.

—«Yo también lo estaría si hubiesen encontrado mi ADN en tres cadáveres —dice Ilaria.

—Fíjate cómo parpadea, lagrimea menos. Y sigue bebiendo, tiene la boca seca.

—¿Crees que está mintiendo?

—Sí, muestra bastantes signos de estrés. Normalmente, las mentiras modifican los movimientos. Está pálido, debido a que la ansiedad hace que la sangre fluya hacia los músculos. Y además levanta la vista sin cesar, no sé si porque recuerda o porque inventa.

—Qué lentos son.

—Lo hacen adrede. Es un excelente aprovechamiento del silencio. A veces una pausa de treinta segundos es más eficaz que muchas preguntas. Obsérvalo, está aterrado.

13 de enero

Por la noche, en cuanto llegan al estudio, encienden el televisor. Tienen que enterarse de lo que han averiguado los otros. Galasso, el presentador de *Crímenes y Misterios*, se ha pasado toda la tarde colgando tuits: «¡La semana pasada tuvimos el nueve por ciento de *share*!», «¡Gracias al millón ochocientos mil que nos han seguido!», «Permanezcan con nosotros también esta noche», «Detenido el vampiro de Bottanuco: novedades y exclusivas».

Besana no puede soportar a Galasso, y encima es hijo de un antiguo jefe que lo maltrató en los inicios de su carrera. Pero está anunciada la participación de Milesi y quiere enterarse de lo que han descubierto.

Empieza la emisión. Galasso explica ante el micrófono el programa de la noche, con ímpetu, como si se tratara de un boletín de guerra. En los sillones del estudio, al lado del psicoanalista de turno, hay un periodista de revistas de moda y un comandante de la policía científica jubilado. Y, al fondo, la sonrisa un poco incómoda de Milesi, colocándose el micrófono en la corbata. Enseguida adelantan la detención de Bresciani, pero reservan la exclusiva para el final del programa.

—Mientras sale, voy a poner el agua para la pasta. ¿Raviolis de borraja?

El primer reportaje es sobre un ama de casa de Rávena, madre separada con tres hijos. Salió de su casa una mañana de julio, dejando la cartera y el móvil en el salón, y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de ella. Una mujer que está de vacaciones en Santo Domingo afirma que ha visto en un bar a

alguien que se le parece mucho y ha escrito al programa, enviando una foto tomada con el móvil.

—«¿Es ella, la mujer de la foto? —pregunta Galasso—. Para averiguarlo, hemos ido a Santo Domingo. Conectamos enseguida con nuestra enviada.»

—Increíble —dice Besana, mordiendo un colín—. Las televisiones ya no tienen dinero para hacer encuestas, a la RAI le quitan incluso las buenas comidas, y los de las privadas mandan a una periodista al Caribe.

El presentador le está gritando en directo a la enviada:

—«Y bien, ¿qué has encontrado? ¿Es o no es ella? ¡Selvaggia!»

La enviada habla desde el jardín de un resort. Detrás de ella, palmeras y gente haciendo footing. Para a una chica, le enseña la foto, masculla unas palabras en un inglés horrible. La chica no entiende, menea la cabeza.

—«Dice que nunca la ha visto. Intentémoslo con este caballero. Perdona, ¿es usted italiano? ¿Reconoce a esta mujer?»

El hombre levanta la visera de la gorra, mira la foto, luego a la cámara:

—«No, lo siento.» —Y sigue corriendo.

La periodista se pasa una mano por el pelo:

—«Estamos recorriendo la isla palmo a palmo. Imagínense, aquí en Santo Domingo hay cincuenta mil italianos. Muchos trabajan en los hoteles, en los restaurantes, en las pizzerías. Estamos haciendo correr la voz.»

Habla rápido, con voz nerviosa, como si tuviese noticias importantísimas y temiese no conseguir darlas todas.

—¿Esa respira alguna vez?

—Vaya mierda de reportaje —estalla Besana—. ¿Qué pretenden encontrar con esos métodos?

Dos reportajes más y pasan a los asesinatos de Bottanuco. En primer plano, la foto de Bresciani sacada de su perfil de Facebook. Su pinta, vestido de cazador, resulta un poco ridícula.

—Así solo puede asustar a una perdiz —comenta Ilaria.

Pero está desconcertada. ¿Tan fina es la frontera entre el ridículo y el mal? Se ha hecho la misma pregunta con el reportaje anterior. El asesino, tras cometer el crimen, se fue a bailar. Incluso se dejó fotografiar mientras hacía el payaso disfrazado de indio. La crónica de sucesos te obliga a ver cosas que no podría concebir la imaginación.

—«De manera que el caso está resuelto, el vampiro ha sido detenido —dice Galasso, con su habitual estilo nervioso—. En Bérgamo todo el mundo respira aliviado. Pero el asesino, el presunto asesino, es de Lecco, y en Lecco está nuestro reportero, que tiene novedades. ¡Filippo!»

—«Sí, Piero, hemos hablado con los vecinos, los amigos y los conocidos. Ruego a realización que emita el reportaje.»

Una mujer que vive en un chalet cercano levanta los brazos: «Era muy buena gente, tan educado...», dice. Todo el reportaje es más o menos así. Hablan el estanquero del barrio, el mecánico del taller de coches, el dueño del bar de enfrente. Piatti y Besana se miran.

—Sin duda, Bresciani no encaja con el perfil —dice Ilaria.

—De semejante información es difícil deducir un perfil —dice Besana—. ¿Qué puede saber el estanquero? Tú desayunas en el mismo bar todas las mañanas, pero ¿acaso el camarero te conoce? Lo único que podría decir es que eres una buena chica.

—¡Y es que soy una buena chica!

—Claro, pero si mañana te convirtieras en una asesina, él no se daría cuenta.

Se encienden los focos en el estudio y Galasso pide a los invitados un comentario.

—«Me parecen detalles anecdóticos —dice Milesi—, al lado del ADN, que es un detalle abrumador.»

—No, «detalle abrumador», no. —Besana se tapa la cara con las manos.

—«Yo no pondría la mano en el fuego —interviene el psicoanalista—. No sería la primera vez que los test genéticos se equivocan. En cualquier caso, estamos en un Estado de derecho, existe la presunción de inocencia...»

—«Perdonen, ahora les proponemos un documento excepcional. —La voz chillona de Galasso vuelve a interrumpir al invitado—. La noche del primer crimen, la cámara de vigilancia grabó un coche. Ese. ¿Lo ven? Un Audi A4 idéntico al de Bresciani.»

Besana agarra el mando del televisor y lo apaga. Se pone de pie.

—Perdona, Ilaria. Necesito dormir. Estoy agotado —dice.

13 de enero

Ilaria vuelve a casa en taxi. Por mucho que hayan detenido al asesino y que el ADN lo confirme todo, sus nervios están destrozados. Prefiere gastarse diez euros y que la dejen delante de la puerta. Sigue asustada, en el metro no haría más que mirar hacia atrás e imaginarse lo peor.

En cuanto entra en el piso, enciende todas las luces. Quizá para que deje de oprimirla tanta oscuridad. Lanza el abrigo al sofá y se descalza. Necesita pisar el suelo para sentir de nuevo el mundo del que de algún modo ha prescindido por la experiencia que está viviendo. Aún no sabe relacionarse con ciertos abismos. Lo que ocurre es que no consigue imaginárselos, así que en su cabeza se forma como un vacío. Y ella, en ese vacío, se siente suspendida. No es fácil imaginarse el mal, darle una entidad. A lo mejor es el instinto de conservación, a lo mejor es un mecanismo de defensa: el mal tiende a ser irreal, por tanto, lejano. Incluso para quien lo sufre.

Ella, por ejemplo, nunca ha logrado imaginarse el asesinato de su madre. Lo ha intentado muchas veces, pero no lo ha conseguido, siempre resultaba un poco falso. Solo el dolor que le quedaba era concreto.

Va al cuarto de baño y se cepilla los dientes. Se mira al espejo. Necesita reconocerse, ya que no consigue reconocer a los demás. Se quita la ropa y la deja en el borde de la bañera. Coge el pijama que está colgado en la puerta, quiere sentir que lleva puesto algo familiar. Luego va a la cocina y llena de agua un cazo, enciende el fuego. Saca una taza de cerámica y se dice que ahora le encantaría llamar a su madre. Le gustaría decirle: «Mamá, me he

equivocado en todo. No valgo para este trabajo, la tía tiene razón, me lleva a un mundo que no comprendo».

Se sienta en una banqueta y pone un sobre de manzanilla en el agua. Lo ve hundirse lentamente. De golpe, se siente muy sola. Sí, claro, Besana llena bastante su vida. Lo comparten todo y eso nunca le había pasado con nadie. Pero no puede descargar sobre él sus necesidades, él no puede convertirse en su familia.

Decide llamar a su tía. Pero no contesta, tal vez tiene apagado el móvil. O puede que haya ido al cine. No le queda otra que imaginarse la conversación: «Cariño, ¿por qué tienes esa voz? ¿Qué ha pasado?» «Ha pasado que han encontrado al asesino, tía, pero yo no me siento aliviada. Ha pasado que no sé imaginarme el mal. ¿Cómo hago para contarlo?»

14 de enero

Al día siguiente Besana se levanta de mal humor. Siente que lo oprime algo en el pecho, puede que haya fumado demasiado o puede que sea la melancolía. Ha llegado a su último caso y se le ha escapado como si tal cosa. Esa es la sensación que tiene: la de no haber comprendido nada. Probablemente le dio mucha importancia justo porque era el último. En realidad, siempre se tiene la sensación de no haber comprendido nada, pero él ahora palpa la nada, o la vive de otra manera.

Mira una y otra vez los periódicos, con las fotos del asesino en portada. Es un desconocido. Eso es lo malo. El ADN es una prueba aplastante, no puede ponerlo en duda. Entonces, ¿por qué tiene esa sensación de extrañeza?

En el pasado, cuando se dedicaba a un caso, hasta el punto de que lo absorbía, al final se emocionaba cuando veía el rostro del asesino. «Ahí estás. He perdido días y noches para llegar hasta ti. Déjame mirarte a la cara.» Ahora lo que siente es que no ha llegado a ningún sitio. No siente nada. ¿Es cosa de la edad? ¿Se han acabado para él las emociones? ¿Sabe que tiene que dejar esta profesión y no puede emocionarse más?

Ha llegado el momento de Milesi, ahora las emociones debe sentir las él. Enciende un cigarrillo antes de tomarse el café. «Ese no siente nada, y no sabe lo que se pierde.» Piensa en Ilaria y sonrío. Sí, le conmueve pensar en las emociones de ella, que ahora estará mirando la cara al asesino con la justa tensión, la que hay que sentir. Esa idea lo alivia, le agrada. La emoción no acaba con él, alguien vivirá para buscarla.

—Vaya oficio de mierda —farfulla en voz alta a la vez que desenrosca la cafetera. Va a echar el café, pero las manos le tiemblan demasiado. El café se derrama por la pila y el suelo. Coño, coño. Mira espantado la cucharilla, que tiembla. Ya no sujeta bien nada, ni siquiera una jodida cucharilla. No controla ni el café.

Se sienta un momento, derrotado. ¿El caso está resuelto y él se siente derrotado? Pero ¿por qué? Piensa en Melissa, que hablaba moviendo las manos, como una mujer apasionada y afectuosa. Piensa en su mirada penetrante pero carente de cinismo. Da un puñetazo en la mesa. No supo defenderla. Ahora le parece que él ha tenido la culpa de que esté muerta.

Melissa ha sido víctima de un provincianismo que supera todos los límites, todas las expectativas. Y eso lo atormenta. Porque hay horrores que solo pueden madurar en lugares así. En lugares donde unos pocos metros separan un rebaño de ovejas de un centro comercial con salas de tragaperras. Y encima lo llaman destino. Pero la verdad es que hasta la suerte está programada, como en esas máquinas en las que no puedes ni darte el gusto de apretar un botón, pues son demasiado rápidas y el triple equivocado sale solo. Incluso en el aeropuerto existe este concepto retorcido de suerte. «Gana y vuela»: te invitan a jugar también allí. Y todo está perdido desde el principio, la escapada es una promesa falsa.

Besana enciende el ordenador para comprobar si esa epidemia es un problema de Bérgamo —¿el aeropuerto de Orio al Serio es como Las Vegas? — o si las salas de juego están proliferando en todos los aeropuertos italianos, más o menos como en Estados Unidos. No ha previsto la serendipia y por error descubre que, en términos aeronáuticos, *slot* (tragaperra), significa una ventana temporal, por lo general muy limitada, en la que un avión tiene permiso para aterrizar. Algo hace que se sienta mal, pero no sabe qué. Apaga el ordenador enfadado, prefiere vestirse y salir. Para ir adónde, no lo sabe.

Tercera parte

14 de enero

—Ponte el abrigo, te invito a cenar.

Ilaria está sorprendida, Besana se ha presentado en su casa sin llamar.

—Podrías haberme avisado. Ya me había preparado una sopa —dice, pero solo para disimular su alegría.

—Tírala al retrete —ordena Besana.

—Eso lo dices porque nunca has probado mi sopa. —Ilaria se está poniendo las botas—. No sabes lo bien que elijo el cubito.

—Venga, he reservado para las nueve. Tenemos que ir hasta Bérghamo.

—¿No podías elegir un sitio más cerca? ¿Sientes nostalgia de esos pueblos simpáticos y acogedores?

—Vamos al restaurante caro del que hablaba Bresciani en el interrogatorio —responde Besana—. Hay algo que no encaja en este asunto. Lo retomaremos desde ahí.

La sorpresa de Ilaria no hace sino aumentar. Asiente y va corriendo al cuarto de baño para arreglarse un poco el pelo. Está encantada. Creía que todo había terminado, pero puede que no sea así. Puede que les queden caminos por recorrer, juntos.

Y poco después están ahí otra vez, cruzando pueblos oscuros, que de noche parecen deshabitados. Todas las casas tienen las persianas echadas, son como casas de vacaciones o en venta, pero no es más que el habitual toque de queda. Ilaria mira de un lado a otro, inquieta.

—¿Por qué crees que la gente se encierra así?

—Porque tiene miedo de que la miren —responde Besana—. Así es como la discreción se convierte en claustrofobia.

—Con correr las cortinas sería suficiente.

—Pero la persiana envía un mensaje más contundente.

Aparcan en una calle todavía más oscura que las otras, alrededor no hay ninguna ventana iluminada. Solo persianas y más persianas. Y coches caros, en fila.

Entran en uno de esos sitios en los que comen los nuevos ricos de Bérghamo: una finca del siglo XVI rehabilitada con ladrillo visto y trampantojos de un pintor contemporáneo del Valle Brembana. Noventa o cien euros por cabeza, vino aparte. Aunque dentro solo se oye hablar en dialecto, sobre todo de los últimos accesorios del Audi.

Uno de esos locales gastrochulos que se precian de fusionar tradición e innovación, con butacas forradas y bajoplatos relucientes, en los que el camarero te suelta una charla de media hora antes de dejarte comer.

—Para usted, señora —señalando el plato de Ilaria—, tenemos casoncelli con mantequilla alpina al regaliz. Y para el señor, prensado de rabo de ternera al vino Teroldego con espuma de apio, capuchino de pimientos y verduritas caramelizadas.

Besana no aguanta la perorata y aún menos las raciones microscópicas, en platos de bordes anchísimos.

—La línea que separa al gourmet del caníbal es muy delgada —comenta—. Siempre he creído que ir a restaurantes con estrellas es propio de depravados.

—Por favor, no empieces con una de las tuyas —dice Ilaria—. Déjame disfrutar de estos casoncelli, que están deliciosos.

—Piensa en Sagawa —insiste Besana—, un japonés refinado que estudiaba en París, en la Sorbona. Una noche invitó a su casa a una compañera, una chica holandesa muy guapa, y le disparó en la nuca. Con un cuchillo eléctrico partió

el cadáver por la mitad y guardó los trozos en la nevera para comérselos los días siguientes con sal y mostaza. Contó que la carne estaba blanda, como el atún crudo en un restaurante de sushi. Se deshacía en la boca.

—Ay, ya lo sabía. —Ilaria deja el tenedor en el plato—. Se me ha quitado el apetito.

—Pues es una historia ejemplar. El padre, un hombre de negocios muy rico, consiguió que lo declararan enfermo mental. Se lo llevó a Japón y lo encerró en una clínica psiquiátrica. Lo soltaron a los cuatro años. Y ahora se ha convertido en una especie de estrella. Ha actuado en películas porno, interviene en *talk shows* y ha publicado *best sellers*.

—Gracias, gracias de todo corazón por la invitación a cenar —dice Ilaria.

Una vez que paga la cuenta, Besana le explica al camarero que es periodista y le pide información sobre Bresciani. El camarero está muy incómodo, se va enseguida a buscar al dueño, que llega con el chef.

—Sí, ya lo hemos oído. No damos crédito. Venía a menudo con su señora, amabilísimos ambos.

—¿Muy reservados?

—Justamente —responden.

No tienen nada interesante que contar. Ni siquiera recuerdan con exactitud la última vez que estuvo, si fue solo o con su mujer. Entonces Besana se resigna y se levanta de la mesa.

—Y yo que pensaba encontrar no sé qué —dice.

—Tendríamos que pedirle al periódico que nos envíe a Santo Domingo —dice Ilaria.

Mientras se están poniendo los abrigos en la entrada, ven que hay fotografías colgadas en la pared. Se detienen para echarles una ojeada. Ilaria se fija con curiosidad en todas las caras, muy pocas le suenan. Los típicos VIP de medio pelo. De pronto agarra a Besana del brazo.

—Marco, mira esta.

—Creo que son dos actores de telenovela.

—No. O sea, sí, puede que sean dos actores, no lo sé. Pero mira detrás de ellos, en la mesa de al lado. Parece Melissa.

Besana se acerca a la pared.

—Sí —responde—. Es ella.

Tiene una punzada. No puede evitar imaginársela leyendo el menú con interés, enamorada de la vida. «Probemos esto y lo otro.» A lo mejor el vestido rojo era nuevo. A saber cuántos se había probado antes de decidirse por ese.

—Quiero ver con quién está —dice Ilaria.

Pide permiso para bajar la fotografía de la pared, está demasiado alta. Cuando la tiene en la mano, empalidece.

—Marco, ven aquí, por favor. —Le tiende el marco—. Fíjate bien.

Besana se pone las gafas, empieza a perder vista.

—El hombre que está enfrente de ella parece Giorgio —dice Ilaria.

—No puede ser él. —Besana menea la cabeza—. Además, está de espaldas.

—He de contarte algo que he sabido por Milesi.

—No sé si quiero saberlo —dice Besana.

15 de enero

Es el día del funeral de Melissa. La plaza está llena de gente y de cámaras de televisión. Hay coronas de flores con frases infantiles, como «Adiós, Ángel», y eso que era una mujer madura y compleja. Una mujer con sus lados oscuros felizmente bien integrados. Seguro que se habría reído de esa despedida ingenua. En cuanto sale el ataúd llevado a hombros por sus amigos, suenan aplausos.

—¿Por qué coño tienen que aplaudir? —impreca Besana.

No soporta los aplausos en los funerales. ¿Qué mérito tiene ser asesinado? Es una de las pocas cosas que uno no trata de conseguir. Y es imposible que los aplausos den ánimos. ¿A quién van a animar, además? Sería más apropiado un modesto, sencillo silencio.

Ilaria se acuerda perfectamente de la misa por su madre —no podía celebrarse un funeral porque oficialmente estaba desaparecida— y esa sensación de extrañeza. Había mucha gente, parecía que todo el mundo la conocía bien, incluso personas que apenas la saludaban. Ella estaba en primero de primaria y se preguntaba por qué se comportaban así. La sorprendían las frases que decían los padres de sus compañeros, que se habían cruzado con su madre una vez nada más, durante la entrega de las primeras notas. Se comportaban como si fuesen sus amigos de siempre. Solo después, ya de mayor, comprendería que se desencadenó una especie de competición para hablar de la cercanía con la víctima. Y que el ser humano, en su afán de protagonismo, tiende a falsear incluso los recuerdos con tal de sentir que está

en el centro de algo, por mucho que le toque tangencialmente. Todo el pueblo, implicado solo en cuanto pueblo en el que ella vivía, estaba muy tenso y todos comentaban episodios intrascendentes —«La vez que coincidimos en la lechería», «Íbamos en el mismo autobús», «Aparcaba siempre delante de la verja de mi suegra»—, con el único propósito de demostrar un trato íntimo con ella.

De repente, Ilaria le da un codazo a Besana porque ha distinguido a Giorgio entre la multitud.

—Mira quién está ahí.

Giorgio se les acerca, los saluda.

—Desgarrador —dice—. La madre está destrozada.

Pero él también parece destrozado.

—Te pediría que no hables de la «dignidad» de la familia —dice Marco—, hay expresiones que ya no soporto. Esa gente tiene todo el derecho a maldecir. Eso de la dignidad hace que se sientan culpables sin motivo.

—Tienes razón.

—¿Conocías bien a Melissa?

—No —responde Giorgio, y mira hacia otro lado.

Ilaria mira de reojo a Besana.

—¿Bresciani ha confesado?

Giorgio menea la cabeza.

—Ese cabrón sigue repitiendo que hemos cometido un error y que él no tiene nada que ver.

—¿Y qué pasa con su ADN? ¿Cómo ha acabado ahí?

—Ya. —Pero enseguida se aleja—. Perdonad, voy a saludar a un colega de la científica.

Besana nota una mano en un hombro y se vuelve. Es la farmacéutica, que menea la cabeza.

—No fuimos capaces de encontrarlo a tiempo —dice.

—Usted hizo todo lo que pudo, señora.

—Pobre Melissa. —Suspira—. Bueno, me marchó. Tengo que buscar a mi hijo, en la iglesia nos hemos despistado, con tanta gente como había. Adiós.

Besana ve a Giulia Lecchi saliendo a paso rápido de la iglesia por una puerta lateral. Levanta un brazo para saludarla, pero ella finge no verlo y se mete en el coche.

Unos pasos más allá, un grupo de gente está consolando a la señora Picariello, que está llorando.

—Si la hubiese acompañado, si la hubiese acompañado... —Y luego se muestra indignada con su marido, que esa noche, como siempre, había estado jugando a las tragaperras en vez de ser útil.

Ilaria saca la tableta de la mochila. Quiere ver los comentarios en las redes. Se queda paralizada en medio de la multitud. Los músculos del rostro contraídos, los ojos muy abiertos. Parece que no puede respirar.

—¿Qué te pasa?

—Está aquí.

—¿Quién?

—El asesino.

—Eso es imposible, lo han detenido.

Ella niega con un dedo. En silencio, le tiende la tableta a Besana. Ha recibido otro mensaje de Mr. Black. Marco mira a un lado y a otro. Mientras, detrás del coche fúnebre se ha formado el cortejo. Ahora solo queda un hombre en la escalinata de la iglesia, con un móvil en la mano. En cuanto Besana se cruza con su mirada, el hombre se da la vuelta y huye. Besana, instintivamente, va detrás de él. E Ilaria lo sigue.

El hombre toma un camino empedrado, cuesta abajo, hacia el lecho del Adda. Besana trata de darle alcance, pero jadea, demasiados cigarrillos. Por

un lateral entra un tractor y el hombre desaparece un instante. Marco se detiene, jadeando. El tractor gira hacia una casona, el camino vuelve a estar despejado y no hay nadie. ¿Qué ha sido de él? Ilaria llega a su altura, ella también está jadeando.

—He llamado a Giorgio —dice—. Están llegando.

—Se ha ido por ahí, pero lo he perdido.

Luego oyen un ruido de hojas pisadas.

—Ahí está —gritan.

El hombre está corriendo otra vez, pero resbala en una placa de hielo y se cae bocabajo. Al momento, Besana está encima de él. Lo inmoviliza con una rodilla en la espalda.

—¿Quién coño eres?

El hombre se vuelve, mira con ojos aterrorizados. Ilaria tiene la sensación de haberlo visto antes. ¿Es el hombre que le llevó las toallas en el hotel? No, quizá el cura de la Senavra. ¿O el voluntario que luego desapareció? ¿Era siempre él?

En ese momento llega el coche patrulla. El hombre se incorpora, con las manos en alto.

—No he hecho nada, no he hecho nada —repite.

Pero Besana lo agarra de la chaqueta.

—Entonces, ¿por qué nos seguías, gilipollas?

15 de enero

—Un mitómano —explica Giorgio después de dos horas de interrogatorio—. Se llama Bruno Zini, vive en Orio al Serio. Afirma que hemos detenido al hombre equivocado, y también que sabe quién es el verdadero asesino. Dice que ha indagado por su cuenta.

—Ah, caramba —comenta Besana.

—Por supuesto, su testimonio carece de credibilidad. Está el ADN, que coincide con el de Bresciani, así de sencillo.

—Un detallito sin importancia.

—Solo quiere llamar la atención, es un pobre desequilibrado. De todos modos, tiene antecedentes por acoso, lo han denunciado dos chicas.

—¿Por qué nos perseguía a nosotros?

—Se considera periodista, aunque jamás ha llegado a nada, por motivos obvios. Farfulla ideas confusas sobre las redes sociales y es bloguero. Hemos visto algunos de sus vídeos, son delirantes. Sus padres tratan de encontrarle trabajillos, lo que sea. Os conoció en el motel, donde sustituyó unos meses al portero de noche. Ahí se hizo con vuestras señas y empezó a seguiros.

—¿Lo tenéis encerrado?

—Lo hemos soltado, parece inofensivo —contesta Giorgio—. Dudo que vuelva a molestaros. Si queréis, puede presentarse una denuncia para asustarlo un poco, pero creo que no hace falta.

—¿Podemos hablar con él?

—Claro, debe de estar todavía en la central.

Ilaria y Marco lo buscan por los pasillos, pero ya ha desaparecido. A la salida se cruzan con un cámara y una periodista y ven que detrás de ellos está Zini. Lo están entrevistando. Es su momento de gloria. Por fin alguien escucha sus enmarañadas tesis conspirativas.

—Han encerrado a un inocente, pero la policía está encubriendo a alguien —dice—. Yo sé quién ha sido. Pero todavía no lo puedo decir. Tengo que encontrar unas pruebas.

En cuanto ve a Besana y a Ilaria, calla. Los mira.

—Yo sé quién ha sido —repite mirándolos a los ojos—, sé quién ha sido.

Cuando Marco e Ilaria se acercan, la periodista le indica con un gesto al cámara que siga grabando, sin que se note.

Zini mira como un poseso.

—Creedme, solo quería ayudar. Pero aquí no puedo hablar —dice.

Luego se da la vuelta. Es evidente que ha visto a alguien que no esperaba ver. Piatti y Besana se giran, pero no comprenden quién ha provocado esa reacción. Luego oyen un crujido. Antes de que puedan hacerle siquiera una pregunta, se ha escapado de nuevo.

15 de enero

Por la noche Besana se presenta en la casa de Cristina. Ella le abre la puerta y lo abraza. Eso es justamente lo que necesita Besana: sentir un cuerpo cálido contra el suyo.

—Tienes muy mala cara. ¿Has estado en el funeral de esa chica?

Con un gesto, le da a entender que no tiene ganas de hablar. Le tapa la boca y la besa en el cuello. Quiere oler algo que no sea el desinfectante con el que limpian la central de policía, que no sea el incienso de un ataúd, que no sea la peste a humo que impregna su coche.

Agarra a Cristina de la mano y la lleva a la habitación. Camina con tanta tristeza, que ella se desanima. Cristina se sienta en el borde de la cama pero no se desnuda.

—¿Seguro que tienes ganas?

Él menea la cabeza, se tumba vestido, con los zapatos asomando apenas fuera del colchón. Querría llorar pero no puede, no lo consigue desde hace veinte años. No pudo ni cuando su mujer lo abandonó. Marina lloraba sin parar y le decía: «¿Por qué no lloras nunca?». No llora, pero se cansa. Le gustaría dormir, pero con alguien al lado.

—¿Te traigo una cerveza?

Besana le da las gracias con un gesto y permanece tumbado. Mira la pared y todos los collares de Cristina colgados. A un lado hay un espejo, pero no quiere mirarlo.

—Aquí la tienes. —Cristina deja la botella en la mesilla—. Por lo menos,

descálzate.

Se agacha para desatarle los zapatos. Besana levanta el cuello. Le sorprende el gesto. Cristina no suele ser tan amable, puede que haya notado su aflicción. ¿Está tratando de liberarlo de algo?

—¿Quieres que te prepare un baño? ¿Te apetece un bocadillo? ¿Un plato de pasta?

Besana no es capaz de responder, siente una especie de presión en la garganta.

—Marco, pero ¿qué te pasa?

—Me pasa que no quiero dejar mi trabajo, y eso que me asquea.

Cristina se echa a su lado y le acaricia el pelo.

—¿Desde cuándo no viajas a ninguna parte?

—¿Sin contar las peores provincias italianas? Todos los crímenes ocurren ahí.

—Sin contar las peores provincias italianas.

—Entonces, desde hace una vida. Porque entré en el periódico a los veinte años. Ni siquiera hicimos el viaje de novios. Nos íbamos a ir a Cuba. Pero resultó que asesinaron a dos viejos cerca de Cúneo. Fue el hijo, escenificó un robo, pero nadie se lo creyó. Así que fui a Cúneo en vez de a Cuba.

—Marchémonos juntos en cuanto te jubilen. Prométemelo.

Besana se gira, le agarra una mano.

—No puedo. Tengo que seguir yendo por esos sitios tranquilos e infernales. ¿Y sabes por qué? Porque es mi mundo. Y aunque lo conozco demasiado bien, nunca dejará de sorprenderme.

16 de enero

Es una mañana gélida. El sol tiembla en la bruma como una yema de huevo. Besana se presenta en el piso de Ilaria muy temprano. Ella todavía está en pijama.

—Tienes cinco minutos para vestirte. Nos vamos a Zogno —dice.

—¿A hacer qué? ¿Dónde está Zogno?

—Es un sitio donde antes acogían a las madres solteras de Bérghamo.

—Y a nosotros qué más nos da.

—¿Recuerdas cuando Giorgio dijo que Bresciani era adoptado? Lo estuve pensando anoche: nadie le ha dado importancia a eso. Tenemos que encontrar a su madre biológica —dice Besana.

—Nunca te rindes, ¿verdad?

—No, no me rindo. Hay algo en este asunto que se me escapa. Tengo que averiguar qué es.

Ilaria suspira.

—Pues vayamos a Zogno.

En el coche, Besana habla por teléfono con una tal sor Costanza. Por lo que parece, es la única monja italiana que queda en esa casona tras el cierre del centro en 1980. Las otras son extranjeras, llegadas después. Ahora es una sucursal de Cáritas. De vez en cuando acogen a alguna familia de refugiados, pero hace tiempo que ya no se ocupan de las madres solteras.

Cuando llegan, la monja los está esperando en la puerta, pese al frío. Se nota que es una persona algo nerviosa. Es probable que nadie le haya

preguntado nunca por aquella enorme labor de hace un montón de años, y el hecho de que vayan expresamente unos periodistas, desde Milán, la pone aún más nerviosa.

—Madre, habrá cogido frío —dice Besana, estrechándole la mano.

—Da igual, temía que no diesen conmigo —responde ella—. Verá, esas no entienden ni jota —añade señalando con el mentón a las monjas jóvenes, todas negras—. Llevan diez años aquí, pero todavía no han aprendido una sola palabra de italiano. —Los invita a sentarse en un pequeño salón en el que hay un par de sillones de terciopelo raído—. Se toma su tiempo, esa gente.

Ilaria y Marco se miran. Pero no deberían sorprenderse. Son lugares en los que ondea una bandera de la Liga casi en cada balcón. Hasta en las señales de carretera ponen pegatinas de la Liga, como para despistar a los inmigrantes. Para que, al menos, se equivoquen de camino. Pero resulta que, ironías del destino, todos acaban aquí. Y en las plazas desiertas, recelosas y silenciosas, siempre se ven figuras veladas, cruzándolas furtivamente. Al lado del bar de los jubilados, que discuten de fútbol delante de un *amaro* o juegan a las tragaperras, a pocos metros hay otro en el que se oye hablar solo árabe. Y no en voz baja.

—¿Quieren un té caliente?

—No, gracias.

—¿Un café? ¿Un vaso de agua?

—Estamos bien, gracias.

La monja se sienta y la falda cruje, como si la tela también dijera que ya no puede más.

—Verá, eran otros tiempos. Quedarse embarazada sin estar casada era un problema; no como ahora, que los problemas son bien distintos.

Ellos asienten.

—Todavía era un mundo en el que regía el orden, no sé si me explico.

Asienten de nuevo. Mensaje recibido.

—Si le pasaba a una hija, la echaban de casa, porque en el pueblo nadie debía saberlo. Por eso muchas se refugiaban aquí, normalmente aconsejadas por el párroco.

Un fuerte olor a carne a la parrilla llega de la cocina. La monja se levanta para cerrar la puerta.

—Tenemos acogida a una familia siria y se pasan todo el día cocinando, Dios santo. Tan solo porque en el campamento de refugiados no lo pueden hacer —explica irritada—. Invitan a comer incluso a los vecinos. Como si los bergamascos necesitasen algo de ellos. Pero mejor volvamos a las madres solteras.

—¿Eran menores de edad? —pregunta Besana.

—Claro que sí, casi todas. Recuerdo incluso a una de doce años.

—¿Situaciones de exclusión social?

—No, no siempre. A veces nos llamaban personas importantes, políticos y empresarios. En los años cincuenta tuvimos a la hija de un ministro.

—¿Y cómo funcionaba?

—Cuando llegaban, tenían que pasar primero un control médico para ver si estaban enfermas de sífilis. Si el resultado era positivo, las mandábamos directamente al hospital. No podían quedarse aquí infectándonos. En cambio, las otras permanecían aquí durante todo el embarazo y daban a luz en el Policlínico de Bérgamo con otro nombre. Pero de los casos más delicados, los que había que mantener en secreto, nos encargábamos nosotras.

—¿Y los recién nacidos?

—Cuando conseguíamos convencer a las madres, nos los quedábamos hasta que cumplían seis años para salvarlos de la inclusa, que era espantosa, ¿sabe usted? Las chicas solían trabajar fuera, y venían a verlos el sábado o el domingo.

—¿Y si una de ellas no quería quedarse con el niño?

—Pues en ese caso podía entregarlo en adopción o dejarlo en tutela. Pero si la chica era menor de edad, a veces lo decidían sus padres sin que ella se enterase, haciéndole incluso creer que el niño había muerto.

—Qué locura —dice Ilaria.

—Ahora bien, en los años setenta todo cambió. Cuando el aborto dejó de ser ilegal, este lugar ya no tenía sentido. Al menos para mí, que lo dirigía. Solo venía gente desesperada, un infierno. Prostitutas, drogadictas, chicas con problemas de salud mental. Al final, todas éramos ya mayores para manejar problemas de ese tipo, así que en 1980 decidimos cerrar el centro. La curia fue muy amable y nos dejó la casona. No me imaginaba que llegaría a ser peor.
—Dilata las fosas nasales, para aludir a la carne asada de los sirios.

—Por casualidad, ¿se acuerda de quién estaba en 1979? —pregunta Besana.

—De memoria, no, pero puedo mirar en los registros.

—Gracias, nos sería muy útil.

Poco después, la monja regresa con un archivador, se pone las gafas y lo hojea.

—Estaba Manuela, que solo tenía quince años. Decidió tener a su hija de todas maneras, la llamó Desirée. Era de por aquí, pobre criatura. Luego estaba Anna, que fue violada. Pero era de origen calabrés. —Se lleva una mano a la frente, como diciendo: «Del sur, qué quieren que les diga»—. Estaba Ludovica, de Bérgamo. De buena familia. Ella también tuvo una niña, Martina, pero sus padres la dieron en adopción sin pedirle permiso. Estaba Silvana, que venía de las montañas, aunque perdió el niño. Y Gloria. Era heroinómana. Tuvo gemelos y los servicios sociales le quitaron a los dos. Los dieron a familias distintas.

Besana y Piatti se cruzan una mirada.

—¿Dos varones?

—Sí, y guapos. Los recuerdo bien. La madre estaba en los huesos, daba lástima, pero ellos eran fuertes. Casi tres kilos cada uno. Todos nos sorprendimos mucho. Parecía un milagro.

—¿Gloria qué? ¿Sabría decirnos su apellido?

—No, me piden demasiado. Tengo que mirar.

Vuelve a repasar su registro, su minucioso, sombrío diario. De vez en cuando enarca las cejas y pasa página. En otros puntos se detiene, relee y sonrío. ¿Qué pensará? Hasta que llega a la página que busca y cierra el libro, pero dejando el índice dentro. Un marcapáginas muy carnal. A lo mejor la historia de esas chicas es toda su historia.

—Se llamaba Gloria Speroni —dice—. Una vida realmente trágica.

—¿Por qué?

—Estaba tan mal que ni sabía quién era el padre de los gemelos. Afirmaba que un pariente la había violado en su casa. Se había quedado huérfana siendo muy pequeña y por eso se había criado con unos tíos y unos primos. Nadie la quería, se la pasaban como una pelota.

—¿Por qué no abortó?

—Se dio cuenta de que estaba encinta después del tercer mes, creía que había dejado de tener menstruaciones por culpa de la heroína. Además, solo tenía diecisiete años.

—¿En su registro figura la fecha de nacimiento de los gemelos?

—Yo solía anotarla. Para nosotras era importante acordarnos de quién había pasado por aquí. Espere un momento. —Hojea de nuevo—. Nacieron en el hospital de Bérnago el 27 de mayo de 1979.

—¿Los nombres?

La monja menea la cabeza.

—Los servicios sociales se los llevaron enseguida, no los anoté.

16 de enero

En cuanto suben al coche, Ilaria rebusca en la mochila y extrae la tableta.

—Los gemelos homocigóticos tienen el mismo ADN —dice Besana.

—En efecto —contesta Ilaria.

Está ansiosa, como quien tiene prisa por descubrir la verdad y sabe que está ahí, al alcance de la mano, debajo de un jersey, un estuche de gafas o una botella de agua.

—Voy a mirar la fecha de nacimiento de Bresciani, no recuerdo el día.

Ilaria teclea rápido. Un minuto no cambia nada, pero ella se siente responsable de cada segundo, como si la vida y la muerte de los demás dependiesen de la velocidad de sus dedos y de sus pensamientos.

—Ya está: «Ernesto Bresciani, nacido en Bérgamo el 27 de mayo de 1979».
Sí.

Silencio. Se miran, agotados. A Ilaria le da por reír. Es una carcajada sin fuerzas. Besana, en cambio, observa ceñudo un chalet idéntico a los otros. Luego da un puñetazo contra el volante.

—Mierda, aquí todo es jodidamente igual.

Ilaria cierra de un golpe seco el estuche de la tableta.

—Tenemos que ir al registro, ahora.

Besana asiente y arranca el coche. Luego mira la hora en el salpicadero.

—Es la una, escuchemos las noticias. —Enciende la radio—. También existe el mundo. El peligro de esta profesión es obsesionarse con un tema, cuando siguen pasando muchas cosas. Aunque no te lo creas, yo sigo una regla.

Para tener una disciplina y no hundirme en el fango. O para no enloquecer. Es casi benedictina: «Entérate todos los días de todo lo demás». Recuerda esta regla, Piatti, es muy útil para que un caso no te absorba del todo. Porque toda la mierda nos pertenece, incluso la que parece ajena a nosotros. Y la mierda, cuanto más ajena es, más te ilumina.

—Eres siempre tan poético... —dice Ilaria.

En la radio hablan del consejo de ministros y de una conferencia de prensa del primer ministro, de una cumbre en Bruselas, del test de estrés de un banco y de un coche bomba en Turquía. Luego pasan a la crónica de sucesos, se sigue hablando de la detención del presunto asesino en serie de Bérgamo, pero no cuentan ninguna novedad. Terminan con otra muerte misteriosa en la autopista Milán-Brescia, la misma zona. La noche anterior, un hombre cayó del puente de Seriate, cerca del aeropuerto de Orio al Serio, y su cadáver, confundido con la osamenta de un animal, ha sido arrastrado varias veces por coches y camiones. Se ignora si se trata de un suicidio o de un asesinato.

—Sube el volumen —dice Ilaria.

—¿Por qué?

—Bruno Zini. Han dicho «Bruno Zini».

—Yo no lo he oído. Puede que hayas entendido mal.

—Te lo juro —insiste Ilaria.

—Mira en internet.

Ilaria teclea rapidísimo el nombre y unas palabras clave.

—Sí, es él. Lo dan las agencias. Ya han establecido una conexión con la investigación de Bottanuco.

—Mierda —dice Besana.

—Y esta mierda nos toca de cerca —añade Ilaria.

Besana llama enseguida a Giorgio y pone el altavoz.

—Fue anoche —confirma Giorgio—. Mis hombres han ido a recoger lo

poco que ha quedado de él. Pero a todas luces se trata de un suicidio, ese hombre estaba paranoico, completamente desequilibrado. Piatti y tú pudisteis comprobarlo.

—Sí, pero afirmaba saber quién era el asesino.

—Venga, Marco. Recibimos cientos de llamadas de personas que dicen lo mismo. El mundo está lleno de mitómanos.

—Pero ¿por qué iba a suicidarse precisamente ahora?

—No podemos meternos en la cabeza de todos. Este estuvo ingresado en un psiquiátrico hace cinco años, si eso te sirve de algo. Puede que en un período de euforia hubiese dejado de tomar las pastillas.

—Ya, claro. Hablamos en cuanto tengas noticias.

—De acuerdo, saludos a Piatti.

Mientras, Ilaria observa todos los puentes que van cruzando.

—Los pretilos son muy altos. Míralos, están curvados hacia dentro. No es fácil trepar —dice—. Mejor dicho, es imposible.

—También es imposible arrojar desde allí a un hombre.

—Pero, si te fijas, hay pistas laterales. Y se puede acceder a ellas en coche. Si arrojas un cuerpo a la autopista de noche, nadie podrá averiguar desde dónde ha caído.

—Dentro de poco vamos a pasar por el puente de Seriate, veamos cómo es.

Ilaria mira la carretera en silencio. No puede soportar la idea de que ese chico haya sido arrollado como un animal. Todos esos vehículos pasando encima de él, como si fuese una rata o un trozo de plástico. Tiene la sensación de que ella también le ha pasado por encima.

—No lo escuchamos, no lo escuchamos —repite tras cada puente.

—Recuerda que te dio un susto de muerte.

—Estaba loco.

—No te sientas culpable, Ilaria. Así vas mal.

—A lo mejor sí que tenía algo que contar.

—No lo creo, desvariaba.

Besana conduce en silencio, observando cada puente. Como si fuese un reto.
«Jodido puente de mierda, dime cómo eres.»

—El siguiente es el de Seriate —dice.

Ilaria está muy tensa.

—Aminora —dice ella.

—No puedo ir más despacio. Nos darían por detrás.

—¿Marco? ¡No hay pretil!

—Está pasando un coche. Fíjate en la altura. Ese quitamiedos llega al pecho de una persona.

—¿Así que solo hay que dar un empujón?

—Pues sí.

Besana mira la hora, preocupado.

—El registro está a punto de cerrar. Con suerte, podemos llegar a tiempo.

Aparcan como pueden y entran corriendo. Una funcionaria obesa, con las uñas de porcelana, mueve las manos desde el otro lado del cristal de la ventanilla para decirles que ya está cerrado. Pero Besana insiste, se acerca y comienza a hablar en voz baja. El tono es seductor, pero todavía lo es más un asesinato. La funcionaria, emocionada, teclea veloz en el ordenador. Solo se oye el ruido de las uñas largas en las teclas. Es fácil adivinar lo que está pensando. Ya se imagina de noche, en la cena, contando a su marido y a sus hijos que ha ayudado a unos periodistas a encontrar datos sobre el vampiro de Bottanuco, con todos pendientes de sus labios. Luego, despacio, la sonrisa se desvanece. Empieza a menear la cabeza.

—¿El 27 de mayo de 1979? Solo figura Ernesto Bresciani, nadie más. Inscrito un mes después por los padres adoptivos, residentes en Lecco. A lo mejor la persona que buscan no nació aquí. ¿En Bérgamo? ¿Están seguros?

—¿Un día después? ¿Un día antes? Puede que haya habido alguna confusión.

—Voy a comprobarlo. Denme un momento.

—Una niña. Un día antes. Francesca Locatelli. ¿Es lo que buscan?

Besana y Piatti menean la cabeza, decepcionados.

16 de enero

Por la noche, Ilaria está derrotada, ni siquiera le apetece cenar con Besana. Es la primera vez que le ocurre. Cuando la invita suele aceptar encantada. Hoy no. Por un momento piensa que la única solución es ir a la piscina y agotarse nadando, hasta perder la capacidad de pensar. Pero no tiene fuerzas ni para guardar el bañador en la mochila.

Sigue pensando en ese chico, que tenía su misma edad y en el fondo aspiraba a lo que aspira ella: a ser periodista. Vale, la acosaba. Y lo hacía de una manera horrible, pero a saber qué historia tenía detrás. Y el empeño que ponía en hacerse notar. Relee sus mensajes.

Te admiro. Me encantaría ser como tú. A mí tampoco me deja tranquilo este caso.

¿Estaba obsesionado con todos los casos o solo con este? Ilaria lee y relee sus palabras en busca de una explicación. A lo mejor no estaba completamente loco, y le corresponde a ella redimirlo. Se detiene en una frase a la que no le dio importancia en su momento, cuando él fingía que era un apasionado de la crónica de sucesos.

Verás, a mí también me contaban la historia de Verzeni cuando iba al colegio. Así comprendí muchas cosas, lo relacioné todo. Solo hay que ponerse en el lugar de los otros, en el de las personas que tienes más cerca. Como tu compañero de banco.

Ilaria llama enseguida a Besana.

—¡Estudiaba con el asesino!

—¿Quién?

—Bruno Zini.

—Piatti, tienes que acostarte. Toma algo. Si no tienes somníferos, yo te llevo uno.

—Te lo juro, me he dado cuenta por una frase. —Se la lee, agitada—. Al principio creí que era una metáfora, pero puede que no lo sea. Puede que se refiriera realmente «al compañero de banco».

—Es imposible. Bresciani nació en 1979. Si tiene un gemelo, tienen la misma edad. Zini era mucho más joven. No pueden haber ido juntos al colegio.

Ilaria calla, se siente frágil y confundida.

—Perdona —dice.

De pequeña, se aferraba a cualquier detalle para convencer a los demás de que su padre no podía ser el asesino. Agotaba a su tía con hipótesis interminables, fijándose en minucias que cargaba de significado. «Tía, recuerdo que esa noche en un momento dado oí un ruido. Alguien se estaba cepillando los dientes. Nadie se cepilla los dientes después de haber asesinado, ¿verdad?» Todo así. Su tía procuraba ser paciente, quizá para que pudiera desahogarse. Pero ella no quería desahogarse, quería demostrar la inocencia de su padre. «Al día siguiente él salió a buscarla. Si hubiese sabido que estaba muerta, no habría estado dando vueltas toda la tarde. La gasolina cuesta, tía.»

Ahora se siente un poco así, como aquella niña que no quería rendirse. Y se avergüenza.

17 de enero

Están empeñados en que Gloria Speroni es la madre del asesino en serie. Confían en su intuición porque los ha llevado lejos, al menos en este caso. Desde el principio, cuando se pusieron a seguir el rastro de un asesino del siglo diecinueve pese a que parecía un disparate.

Investigando un poco, han descubierto que Gloria Speroni murió de cáncer, pero han logrado averiguar dónde vive el marido y se han puesto en contacto con él. Al principio el hombre se sorprendió un poco y se mostró desconfiado con dos periodistas que querían indagar sobre el pasado de Gloria, hasta que se dejó convencer por Ilaria.

El marido de Gloria vive en Treviglio. Ha sido director de varios hoteles y viajó muchos años con su mujer, sobre todo por Sudamérica y África. Hasta que ella enfermó. Tenía que operarse y someterse a quimioterapia, por eso decidieron regresar a Bérgamo.

A Gloria no le gustaba hablar de su pasado, demasiado doloroso. Tras conocer a su marido, consiguió cambiar de vida. Dejó la droga y empezó a trabajar con él en el sector del turismo. Era una pareja tranquila, incluso alegre. Mejor olvidar.

Pero después del diagnóstico, Gloria sintió la necesidad de afrontar los sufrimientos propios de ser madre. Además, coincidió por casualidad con uno de los gemelos en un avión.

—La reconoció él, no ella. Y eso la afectó mucho —cuenta el marido.

—¿Era Bresciani? —pregunta Besana, enseñándole una foto.

—No lo sé, Gloria no me lo describió. Solo me dijo que era por el que más había sufrido.

—¿En qué sentido?

—Cuando dio a luz, los servicios sociales asignaron cada gemelo a familias distintas. Pero seis años después, por una extraña coincidencia, que desconozco, Gloria supo a quién habían entregado a uno de los dos y fue a recuperarlo.

—¿Y se lo dieron?

—Por supuesto que no. Era una locura, incluso un secuestro, pero por aquel entonces ella no estaba en sus cabales. Sencillamente, se plantó en la puerta del colegio, lo metió en el coche y se lo llevó. El niño no entendía nada, lo apartaban de la que consideraba que era su madre, y de buenas a primeras estaba con una mujer que desvariaba y que lo tenía escondido en casa. Tras seis meses de infierno, los servicios sociales los encontraron y volvieron a hacerse cargo del niño. Pero se lo entregaron a otra pareja, distinta de la anterior, para que Gloria no lo encontrase, y ella terminó en un psiquiátrico.

—Dios santo, en poco tiempo ese niño tuvo tres madres. Y perdió a dos de golpe. Un trauma enorme —comenta Ilaria—. Sin mencionar el secuestro.

—La historia de Bresciani es muy distinta —interviene Besana—. Se crio tranquilamente con una familia de Lecco. Así que, por fuerza, es el otro. ¿Y cómo se llamaba el niño?

—Cuando hablaba de eso, Gloria se ponía muy tensa, no era clara, solo decía «mi hijo, mi hijo, mi hijo». Pero recuerdo que estaba afectada porque descubrió que la nueva pareja le había cambiado el nombre. Para que ella ya no pudiese encontrarlo.

—Ha dicho que coincidió con él en un avión. ¿Recuerda qué vuelo era?

—Ella volvía de Malindi —responde el marido de Gloria—. El último

hotel donde trabajamos. No volábamos juntos porque yo regresé antes para resolver unos problemas burocráticos.

—¿Recuerda la fecha y la compañía aérea? Podríamos intentar reconstruir la lista de pasajeros —dice Besana, ya emocionado por la idea.

—Lamentablemente, la fecha no, fue hace seis años. Pero siempre volábamos con la misma compañía. Era la Friendly Jet. Y aterrizábamos en Orio al Serio porque nos venía bien.

—Ya es algo —responde Besana—. Le pido un último favor: ¿podría darnos un objeto personal de su esposa del que podamos extraer su ADN? Es para comprobar si realmente hay parentesco con Bresciani; de lo contrario, es una pista inútil.

—¿Un cepillo para el pelo? ¿Un cepillo de dientes?

—Por ejemplo.

—No he tocado nada, todo sigue ahí.

Cuando salen de esa casa, con las cosas de Gloria en una bolsa para congelados, están emocionados.

—Vamos a llevarle esto a Giorgio ahora mismo, y ya se verá.

—Ahora sabemos qué hechos traumáticos lo llevaron a asesinar —dice Piatti—. Puede que el encuentro en el avión con la madre fuese el factor desencadenante.

—Oye, no corras tanto.

—No, escucha. Imagínate la situación: te vas de vacaciones a Kenia y a la vuelta estás sentado al lado de una mujer que te recuerda a alguien. Un trauma semejante puede hacerte revivir de golpe todo cuanto padeciste en la infancia. Y a partir de ese momento no puedes hacer otra cosa que matar.

—Coincidieron hace seis años. De manera que, si estuvieras en lo cierto, el primer asesinato podría ser de entonces —calcula Besana.

—Justo.

—Entonces tenemos que comprobar si en esos años hubo asesinatos que puedan relacionarse con nuestro hombre.

—Pero ya hemos mirado. En Italia no hay nada.

—Lo sé.

Luego Besana llama a Giorgio para contarle las novedades, pero esta vez él reacciona mal.

—Oye, te lo digo con franqueza, todo este asunto no se sostiene —dice enfadado—. El ADN habla por sí solo. Estamos seguros de que ha sido él. Solo hay que mantenerlo aislado un tiempo y confesará. Es verdad que a Bresciani lo adoptaron, pero no consta que tuviera un gemelo. Ya os estáis pasando de la raya.

En cuanto cuelga, Besana masculla insultos y se lía un cigarrillo. Ilaria lo deja hablar. Cuando está enfadado habla solo, a estas alturas ya lo sabe.

—Marco, ¿cómo vamos a demostrar que Bresciani es hijo de Speroni si nadie analiza el ADN?

—No existe solo la policía. Podemos hablar con su abogado, pasaremos por su despacho esta tarde. Él quizá tenga interés en ayudarnos.

17 de enero

Al lado de la enorme puerta del edificio barroco hay una placa de latón: HERMANOS FORMISANO ABOGADOS, PRIMERA PLANTA. Cruzan un patio con doble columnata que se utiliza como aparcamiento del edificio.

Piatti y Besana entran en la sala de espera, llena de tapices pseudoflamencos con escenas de caza. La secretaria los invita a sentarse en un estrecho sofá de brocado. Se sienten amenazados por una inmensa araña de Murano de cristal dorado con brazos en forma de campánulas invertidas y bombillas de vela.

—Caramba —comenta Piatti.

—Un revoltijo espantoso —dice Besana.

El abogado Formisano solo los hace esperar diez minutos. Luego los hacen pasar a su despacho. Lleva una chaqueta color lila y una corbata rosada de seda brillante. Está sentado en una especie de trono de Enrique VIII con un escudo grabado en el respaldo. Al lado del escritorio, en un pedestal, hay un guerrero chino de terracota. Sostiene una lanza y los mira.

—Perdonen, tenía una llamada urgente. —El abogado Formisano se incorpora y les estrecha la mano—. ¿Desean un café?

Mientras, observa con perplejidad a Ilaria, tal vez por sus botas de goma violetas de Hello Kitty y los leggings.

Besana explica su hipótesis y el abogado lo escucha con atención.

—Ajá, podría ser una pista interesante. Aunque he de comentarlo con mi cliente. No creo que sepa que tiene un gemelo. Me lo habría dicho.

—Esto pondría en entredicho la prueba principal, la del ADN.

—Por supuesto. Yo siempre he creído en su inocencia, de lo contrario no habría aceptado defenderlo. Ernesto es una persona decente, lo conozco de toda la vida, fuimos juntos al instituto. Le están destrozando la vida con este asunto.

—Me lo imagino.

—Pero estamos luchando. Por ejemplo, acabamos de solicitar la intervención de un odontólogo forense para que compare las huellas de los mordiscos con sus arcos dentales.

—Una buena idea, sin duda.

Besana deja en la mesa, al lado de un tintero de porcelana de Capodimonte, una bolsa de congelados de Ikea. Dentro hay un cepillo de dientes con las cerdas abiertas y un cepillo para el pelo un poco sucio.

Formisano parece desconcertado. Se echa hacia atrás, apoyándose en el respaldo.

—Excelente —dice—. Haré que los analice nuestro experto.

—Comuníquenos lo antes posible los resultados —dice Besana, poniéndose de pie—. No quiero hacerle perder más tiempo.

—Faltaría más. Esto podría ser la clave, gracias de nuevo. En cuanto sepa algo, le llamaré.

Mientras Besana conduce, Ilaria no abre la boca.

—A lo mejor sufrió malos tratos —dice de repente.

—¿Quién?

—El asesino. Piensa en esos seis meses que estuvo encerrado en la casa, a merced de una mujer que, por lo visto, estaba muy colgada. Pobrecillo.

—Me da más pena Melissa —responde Besana.

—En cualquier caso, eso explicaría su odio a las malas madres.

17 de enero

Ilaria está invitada a la fiesta de graduación de una compañera de universidad, que ha tardado cuatro años más que ella en terminar la carrera. En un local de moda, una nave industrial reformada que alquilan como estudio fotográfico o para eventos.

Le ha preguntado a Besana si quería acompañarla, pero él se ha echado a reír en su cara («¿Bromeas? ¿Entre veinteañeros? Me sentiría demasiado ridículo»). Le da un poco de miedo presentarse allí sola, no está acostumbrada a ir a fiestas. Pero ha perdido el contacto con todo el mundo y no se atreve a llamar a nadie después de tanto tiempo solo para que la lleven. Prefiere ir en metro. «En el peor de los casos, me sentaré en un rincón a beber gin-tonic. No puedo seguir llevando esta vida de topo.»

Cuando llega, se sorprende mucho porque todos se acuerdan de ella. Y pensar que en clase apenas la saludaban. Qué raro. Luego, poco a poco, descubre que esa popularidad tan inesperada se debe a sus artículos. Sus compañeros los han leído, están informadísimos sobre el vampiro.

Más adelante se da cuenta de algo aún más sorprendente: que esos chicos la envidian, a ella, que se considera el último mono, porque así es como han hecho que se sienta en el periódico. Solo hay que cambiar de ambiente para cambiar de perspectiva. La miran incluso con recelo. «Ninguno de nosotros tiene contrato, y tú ya firmas en el periódico más importante del país. ¿Cómo lo has conseguido?» Una amiga de su época de estudiante, muy desagradable,

incluso le pregunta cómo es Besana. Como si fuese su novio y hubiese conseguido el trabajo gracias a él. Ahora se alegra de no haberlo llevado.

Pasada una hora querría marcharse, pero no sabe qué inventarse para desaparecer tan pronto. Se expone a que la crean todavía más antipática. Trata de refugiarse en un rincón, con su gin-tonic, pero no la dejan en paz. Ya no es invisible como antes; al revés, para lo bueno y para lo malo, la consideran una VIP. Menuda idiotez. Le gustaría reírse con Marco. «¿Te das cuenta? ¿Yo? La más pringada de la redacción. ¿Qué se imaginarán?»

Por suerte, se sienta a su lado Pietro, un compañero con el que siempre se llevó bien, quizá porque todos los demás les hacían el vacío a los dos. Desayunaban juntos antes de los exámenes, se guardaban el sitio en las clases, se intercambiaban los apuntes. Pietro era un empollón, como ella. Así que se aliaron, como era lógico. Y ahora es el único que no la trata como si fuera un animal raro solo porque ha encontrado trabajo. Él también ha encontrado trabajo, en una agencia de publicidad. Incluso se ha comprado una casita en Abbiategrasso. Milán es humanamente salvaje, pero con la misma violencia es meritocrática. Antes o después alguien se da cuenta de lo que vales.

Pietro le cuenta los detalles de su última campaña. Consigue que se sienta joven, que la entusiasme el futuro. Que luego consiste en eso tan sencillo: inventar, inventarse.

—¿Sigues dibujando? Me acuerdo de tus cómics, eras buenísimo —dice Ilaria.

—Claro, es un don. Y Dios te castiga si descuidas tus dones.

Pietro ríe con fuerza, está un poco borracho. Aunque tiene razón. Ilaria también se siente así. Como una persona en deuda con alguien. De eso oscuro que hay en su pasado, conseguirá librarse con la crónica de sucesos. Hasta una tragedia puede ser un don, como todas las cosas de las que no puedes prescindir. A uno le corresponde utilizarlas de la mejor manera posible.

Ilaria y Pietro —ahora en un rincón por propia elección, no porque los hayan arrinconado los demás— no paran de hablar en toda la noche. De su trabajo, con orgullo. Pero sin idealizarlo. Y de sus vidas todavía vacías, pero es un vacío que acabará llenándose. La juventud, por su propia naturaleza, es indecisa, pero también puede ser hermosa. Al menos, los errores aún son maleables. Las malas decisiones no te marcan, todavía sigue siendo posible todo.

18 de enero

A la mañana siguiente, Ilaria y Marco quedan en el bar para desayunar. Por otro lado, no tienen ningún compromiso para el fin de semana.

—He dormido muy mal —empieza Besana, y pide un café doble.

—Dímelo a mí —dice Ilaria—, he soñado con el guerrero chino.

Besana rompe a reír.

—Plasta, siempre consigues ponerte de buen humor.

—Hacía tiempo que no me llamabas así. Lo echaba de menos.

Mientras Besana ojea el periódico, Piatti se toma su capuchino despacio.

—Seguimos pensando que era un pasajero —dice levantando la cabeza de la taza y limpiándose los labios con una servilleta—. ¿Y si fue un auxiliar de vuelo o un piloto?

Besana cierra el periódico.

—¿Sabes que podrías tener razón?

—Lo estuve pensando anoche —prosigue Ilaria—. Aneta quería ser azafata, ¿te acuerdas? A lo mejor conoció a su asesino así. Tenemos que ver la lista de pasajeros.

—Sí. ¿Por qué no vamos a charlar con alguien en el aeropuerto?

—No. Solo tenemos que preguntarle a Rocco.

—¿A quién?

—A Rocco —repite Piatti—. Un amigo mío.

—¿Tu novio?

—¡Que no! He pensado en él porque es un hacker. Puede entrar en cualquier

sistema. Lo voy a llamar.

Rocco vive en Rogoredo, el piso está a oscuras y la única luz sobre la mesa es la de la pantalla del ordenador. Es un muchacho altísimo, más alto que Besana, y eso le obliga a estar doblado cuando habla con alguien. La casa huele a cebolla y a fritanga, hasta el pelo del gato huele a eso. Se agacha para besar a Ilaria. A Besana le estrecha la mano.

—He conseguido entrar en su sistema y he encontrado algo —dice señalando dos sillas plegables—. Pero no ha sido fácil, tienen muchas protecciones.

—Muy bien —dice Besana.

—Tengo la lista de los auxiliares de vuelo y de los pilotos. También puedo enseñaros sus fotos. Pero solo en Italia, Friendly Jet tiene cientos de empleados. Todavía no he podido entrar en las carpetas reservadas del jefe de personal ni leer las fichas individuales, de manera que no tengo acceso a las fechas de nacimiento para acotar el campo.

—Siempre que la fecha sea esa. Ni siquiera hemos encontrado la partida de nacimiento. En el registro no figura. Puede que lo inscribieran en otro municipio, falsificando el documento. O bien un día distinto —dice Ilaria.

—¿Cuánto te debemos por tu trabajo? —le pregunta Besana a Rocco.

—Nada. Yo por Ilaria hago lo que sea.

Ella sonríe y Marco mira hacia otro lado, incómodo.

—De todas maneras, lo seguiré intentando, puede que encuentre la manera. Por lo pronto, os doy la lista completa, así le echáis un vistazo también vosotros. —Le entrega a Besana un *pendrive*.

—Gracias —dice Ilaria, abrazándolo—. Gracias, de verdad.

Besana y Piatti se pasan la noche mirando las fotos de los empleados de la Friendly Jet. Están un poco desmoralizados. A simple vista, ninguno se parece a Bresciani.

—Si son gemelos homocigóticos, tendrían que parecerse al menos un poco, joder —dice Besana.

—No podemos rendirnos enseguida —dice Ilaria.

—Piatti, son más de mil. No acabaremos nunca.

19 de enero

El domingo por la mañana están un poco desanimados. Estuvieron mirando caras de pilotos y de auxiliares de vuelo hasta las tres de la madrugada. Ilaria acabó tan agotada que Besana le dijo que se quedara a dormir en su sofá cama. Y ahora ella está en la cocina friendo unos huevos. Besana huele a quemado y se acerca a los fogones para ver qué ocurre.

—Piatti, has carbonizado el beicon. ¿No sabes freír ni una loncha de panceta?

—Perdona, perdona. Me he levantado aturdida.

—Dame la paleta, rescatemos por lo menos los huevos. ¿Te has acordado de echarles sal?

—Sí, dos pizquitas de ese tarro.

—Joder, eso es azúcar.

—Perdona, perdona, perdona.

Menos mal que ahora en la cocina de Besana la nevera no está siempre vacía. Hay una reserva de panceta, y una magnífica cortadora de fiambre doméstica que brilla en una estantería. Una joya que Besana se ha regalado. Los solteros se alimentan de embutidos, era una inversión importante. Mientras saca otros huevos —los huevos tampoco faltan nunca en las casas de los solteros—, Marco se dice que le gusta tener a Ilaria en su casa, qué importa que haya quemado el beicon. La mira: ahora está en el sofá, con las piernas estiradas y los pies cruzados sobre el reposabrazos, de cintura para arriba la tapa el periódico.

—¿Qué lees?

—Un artículo divertidísimo sobre el mal uso del italiano. Estoy harta de ocuparme solo de asesinos. ¿A ti no te pasa?

—Vaya si me pasa. Hay temporadas en las que me dan ganas de vomitar solo con que me regalen una novela policíaca. De vez en cuando me saturó.

Ilaria cierra el periódico y se incorpora, cruzando las piernas en la posición del loto.

—¿Y por qué nos saturamos? A veces me lo pregunto. Verás, a menudo me da por pensar que mi tía no lee mis artículos. Podría haberme mandado un mensaje, ¿no? Era mi sueño, caramba. Y ahora estoy en portada. Pero para ella es como si no hubiese pasado. Puede que ni se haya enterado.

—Mi mujer tampoco leía mis artículos. El mismo día que salía un artículo mío importante, yo la veía hojeando muy concentrada una revista. Incluso me señalaba cosas que le llamaban la atención. «Mira esto.» Y yo miraba, sí. Y la veía interesada en muchas cosas mientras el periódico permanecía siempre intacto, a un lado. Hasta que te acostumbras.

Ilaria suspira.

—También pensaba que el único lector entusiasta que he conocido es Bruno. Pobrecillo, me da una pena tremenda. Murió tan mal... Tenemos que ir a ver a sus padres, Marco.

—Ilaria, no puedes tomarte tan a pecho cada situación. Esta profesión ya es dura de por sí. Si encima cargas con las penas de toda la parentela de las víctimas, ya no te libras.

—Pero yo no quiero ir a consolarlos. Quiero ir para descubrir algo. La policía ha archivado el caso, pero puede que haya cometido un grave error.

—Tomaba fármacos, estuvo ingresado en un psiquiátrico. ¿No te basta?

—No, no me basta. La gente se trata y luego mejora.

—¡Él no mejoró! Nos perseguía, se disfrazaba de cura para contarnos las

historietas de Verzeni y tenía dos denuncias por acoso. ¿Te parecía curado? Pero ¿has visto su vídeo?

—Claro que lo he visto. Y por eso insisto. En medio de esas explicaciones delirantes hay algo de verdad. Solo que no comprendo qué es. Su modo de hablar confunde un montón, es difícil captarlo.

—Piatti, tienes que sacarte el carnet. No puedo seguir haciéndote de chófer; además, dentro de poco voy a jubilarme. Quiero comprarme una casita con jardín en un pueblo de mierda y conducir solo el cortacésped.

—Entonces, ¿vamos mañana?

—Vale —responde Besana.

19 de enero

Por la noche, Besana está muy nervioso porque ha quedado con su hijo. Está esperándolo en la puerta de la pizzería, frotándose las manos por el frío. Jacopo por fin le ha respondido a un mensaje, después de haber ignorado al menos diez, y ha aceptado cenar con él. Con una respuesta muy sintética, a decir verdad:

Vale, pá. Estaré libre a las nueve, antes tengo una partida de fútbolín.

Setenta y dos caracteres, espacios incluidos. Pero a Marco se le aceleró el corazón.

Jacopo llega un poco tarde, pero se le ve alegre. Puede que tenga novia, quién sabe. A Marco le encantaría que le contase algo de su vida. Sin embargo, el calentamiento es largo. Al principio, Jacopo solo comenta la carta. Hablan de aceitunas rellenas y de croquetas de arroz. Besana ansía que le sirvan una cerveza.

—Creo que voy a pedir una margarita con patatas fritas.

—Como cuando eras pequeño.

Pero Jacopo no sonrío, como si no le apeteciese volver con el pensamiento a la infancia.

—¿Así que han detenido al vampiro? Lo he visto en la tele.

Besana hace un gesto afirmativo. No pretende, desde luego, que su hijo lea la prensa.

—Pero Piatti y yo estamos convencidos de que es un error.

—Cojonudo —dice Jacopo. Esta vez ni le hace comentarios sobre Ilaria, como si le diese igual.

—No tiene nada de cojonudo —dice Besana. Ya se ha puesto nervioso—. No hay nada cojonudo en un asesino que sigue libre y en un inocente encarcelado, ¿sabes?

—Oye, cálmate, pá. Lo he dicho por decir.

—¿No podríamos hablar de nosotros en vez de decir las cosas por decir?

Jacopo baja los ojos, ya ha enmudecido. Come en silencio las aceitunas.

Besana está arrepentido, tiene que calmarse. ¿Por qué ha reaccionado así?

—¿Cómo te va en el colegio?

—Me va.

—¿Qué significa «me va»?

Jacopo levanta los ojos, su mirada es violenta.

—Esta noche nada te parece bien. Hubiera sido preferible que me fuera al cine con mis amigos. Y fíjate que les he dicho que no podía por estar un rato contigo.

—Perdona.

Besana se maldice, pero ya es tarde. Jacopo está a la defensiva, habla mirando continuamente el móvil, esperando que le lleguen mensajes.

—¿Sales con una chica?

—No. ¿Por qué?

—Veo que no paras de mirar el móvil. Así que he pensado...

—Has pensado mal.

Por suerte, llega la pizza para rebajar la tensión. Tratan de calmarse hablando de la costra gruesa y blanda. Pero Besana está desmoralizado.

—¿Cómo está mamá?

—Estupendamente. Está en Cuba con sus amigas. Por lo visto tenía el antojo de hacer el viaje de novios que nunca hicisteis.

Besana baja los ojos.

—No se pudo porque habían matado a dos ancianos en Cúneo.

—Matan gente cada dos por tres, papá.

—Ya me he dado cuenta.

De nuevo guardan silencio.

—¿Y has pensado qué quieres hacer cuando acabes el instituto?

—Periodista no, desde luego. Quiero casarme y llevar a mi chica de vacaciones de vez en cuando.

—¿Mi trabajo te parece tan despreciable?

—No, no. Pero también hay otras cosas.

—¿Crees que yo tengo la culpa de que todo haya acabado así?

—Sí.

Besana bebe un trago de cerveza. Al menos, su hijo es sincero.

—¿Los asesinos no te interesan nada? Verás, es raro. Los crímenes suscitan curiosidad a todo el mundo.

—A mí no. Llevo toda la vida oyendo hablar de crímenes, tú no hablas de otra cosa.

—Porque no hago otra cosa.

—Ya. Tú también tendrías que ir a Cuba con alguien. Te sentaría bien. Ha llegado el momento.

Su hijo también quiere jubilarlo. Besana muerde la pizza con ferocidad, la desgarrar.

—¿Puedo decirte algo? Cuba me importa una mierda.

—Lo sé, tu problema es precisamente ese. Solo te importan esos asesinos asquerosos, nunca he comprendido por qué.

Besana pide la cuenta. No tiene ganas de seguir con esa conversación. Y aún menos de explicar sus motivos a alguien que no tiene la menor intención de comprenderlos.

—¿Seguro que no quieres un postre?

—No, me he quedado a gusto.

—Qué suerte tienes, yo nunca me siento a gusto.

20 de enero

Besana y Piatti entran en un chalet color albaricoque. La señora Zini los conduce por un pasillo estrecho, de suelo muy brillante, entre imágenes de Juan XXIII, reproducciones de iconos con fondo dorado, platos colgados, pañitos y jarrones llenos de flores de plástico. Ya en la cocina los invita a sentarse a la mesa, que luce el típico mantel de hule, en sillas de enea protegidas por cojines bordados. Entre el reloj de péndulo y una vitrina llena de teteras, bajo la ventana y las cortinas de encaje con ciervos y edelweiss, están las fotografías de su hijo.

Marco e Ilaria se sienten violentos. No saben si los padres están al corriente de los episodios de acoso, si Bruno les contó la persecución y el interrogatorio en la comisaría. Pero la madre se les adelanta.

—Su sueño era ser periodista como ustedes. Eran sus ídolos —dice.

Besana y Piatti bajan los ojos.

—Lo sentimos, señora.

El padre todavía no ha dicho nada. Es el típico marido que deja que su mujer termine las frases por él. Está rellenando la pipa en silencio. No ha podido ni saludarlos, ella enseguida lo ha hecho por él.

—Era bueno, ¿sabe? Solo que en estos tiempos es difícil encontrar trabajo en la prensa. La de veces que mi marido y yo le dijimos que pusiera los pies en el suelo. ¿No, Luigi?

—Sí. De hecho...

—De hecho, siempre éramos nosotros los que le encontrábamos trabajillos

un poco más concretos —lo interrumpe—. Como de portero en un motel, o de camarero en el bar del aeropuerto.

—¿Trabajaba en el aeropuerto?

—Sí, de vez en cuando lo llamaban. ¿No, Luigi?

—Sí. —Ni siquiera trata de continuar. Solo hace ademán de incorporarse para salir al balcón a fumar su pipa, pero enseguida su mujer lo regaña.

—No te muevas, Luigi, que están aquí estos señores. Ya fumarás después.

Vuelve a sentarse.

—Pero aunque nadie le hacía caso, Bruno escribía sus artículos. Decía que sabía cosas sobre el vampiro, pero no quería contárnoslas para no ponernos en peligro. Lo escribía todo en ese ordenador, ya saben cómo son los jóvenes.

—¿Y podemos ver el ordenador?

—¿Para qué?

—Señora, en la comisaría su hijo decía que sabía quién era el asesino, tenemos la sospecha de que no se trata de un suicidio.

Ella rompió a llorar.

—No, claro que no. Archivaron enseguida el caso, pero Bruno jamás se habría matado, se lo digo yo. No ahora. ¿No, Luigi?

El marido le estrechó una mano entre las suyas, en silencio.

—Sí —respondió.

—Últimamente estaba mejor, ¿saben? Había encontrado un buen psiquiatra, se iba hasta Milán para hablar con él y regular la terapia. Me decía: «Mamá, no te preocupes, estoy saliendo». De todas maneras, si quieren pueden mirar el ordenador, está arriba. La policía ya lo ha mirado, pero no ha encontrado nada. ¿Subes tú con ellos, Luigi? Yo no tengo ánimos, perdonen.

La habitación de Bruno parece la de un adolescente. Hay dos camas individuales, una de ellas está deshecha y entre las sábanas hay ropa sucia; en la otra hay hojas, muchas de ellas hechas una bola. Los cajones están abiertos

y en la alfombra hay varios pares de deportivas. La atmósfera es un poco *dark*, las paredes están pintadas de negro y delante del escritorio hay una estantería llena de DVD de terror, junto a un póster de Bela Lugosi como Drácula.

—Perdonen, Bruno era así. Mi esposa subía antes todas las mañanas a ordenar el cuarto, pero ahora sigue sin atreverse. Ahí está el ordenador. —Lo señala como si ellos no pudieran reconocerlo—. Ocúpense ustedes, que yo no sé. Esas cosas me superan.

Besana y Piatti lo encienden y empiezan a buscar entre las carpetas.

—Hagamos una copia en un *pendrive* —dice Ilaria en voz baja, aprovechando que el padre ha salido del cuarto para fumar. Ya han dado con una carpeta que les puede interesar. Se llama «Investigación sobre el vampiro».

20 de enero

Ilaria está en casa con el material que han copiado del ordenador sin mandato judicial, pero Besana no irá hasta la hora de cenar. Necesita pasar una tarde tranquila.

Marco ha de resolver una serie de temas prácticos que tiene abandonados desde hace tiempo, aunque el programa no lo entusiasma: documentación para el seguro del coche, llamadas al asesor fiscal, un repaso a las cartas del banco. Echa un vistazo inquieto a la mesita de la entrada, repleta de sobres que no ha abierto —puede que haya incluso alguna carta certificada—, pero entonces vira hacia el cuarto de baño. Necesita darse una buena ducha y tumbarse en el sofá en albornoz con los huevos al aire. También se ha comprado un gel de baño inglés carísimo. Veinte euros por un poco de perfume, se ríe solo. Hay frivolidades que no son propias de él, a saber por qué le ha dado por ellas ahora. A lo mejor porque la vendedora no estaba mal y lo convenció con una sonrisa. Había entrado en la tienda solo para comprar un desodorante en vez de ir hasta el supermercado.

Abre el grifo, solo sale agua fría. El calentador ha vuelto a estropearse, pero no le apetece llamar a la casera. Mira acongojado el gel de veinte euros, no vale la pena desperdiciarlo con una ducha rápida de agua helada. Mientras tiritita en albornoz, que después de tantos lavados ha encogido, pasa por delante del espejo. Se pone de perfil. Le ha salido tripa. Claro, si siempre come fuera y bebe como un cosaco. La mete, conteniendo la respiración. Pero no puede estar mucho rato así.

Se imagina a su mujer en bañador, tumbada en una playa de Cuba. Alguien seguramente la abordará. Sonríe. ¿Armando? *Adieu*. Se mira de nuevo la barriga, afligido. Se fija luego en las uñas de los pies, las tiene larguísimas. Parece un oso. Marina lo regañaría.

Se enciende el enésimo cigarrillo y da vueltas por el estudio desnudo, con el albornoz demasiado abierto. Y también demasiado áspero. El estudio lo limpia una rumana que está empeñada en ahorrar en suavizante. Aunque él también tiene la culpa. Nunca le ha dicho que ponga más. Nunca le dice a nadie que ponga más de su parte.

Besana es exigente solo consigo mismo y solo en el trabajo. En todo lo demás se las arregla como puede. De hecho, su vida da un poco de asco. Se tumba en el sofá con una cerveza en la mano. Responde al balance con un eructo. Pero es un eructo optimista, no todo es malo. Por fin ha encontrado una discípula, por ejemplo. Quiere enseñarle a Ilaria todo lo que sabe. La muchacha tiene obsesiones no menores que las suyas, se lo merece.

Quiere enseñarle a infiltrarse en las peores provincias italianas, los lugares son fundamentales. A fijarse bien y a comprender que toda riqueza y toda desolación tienen consecuencias, muchas veces malignas. Los crímenes se corresponden con el paisaje.

Y también a observar a la gente corriente, pues no hay quien no se vuelva megalómano en algún momento. Tienen vidas ordinarias, se alteran si de repente son el foco de atención. Nadie se resiste. Así, los testigos de golpe cuentan, los asesinos se delatan, los familiares de las víctimas confiesan el lado más oscuro de sus allegados. Porque la fuerza del hecho lo arrastra todo. Solo los muertos callan. Pero puede que esa sea su venganza. Cuántos muertos pensarán, en el supuesto de que puedan pensar: «Nunca hablabais conmigo, y mira que teníais cosas que decir».

Ilaria tiene que aprender a usar esta fuerza, la fuerza del hecho, pero sin

cinismo. Porque el cinismo no ayuda. Todos, después de un crimen, se sienten decisivos. Una vez han llegado donde no creían que fueran a llegar, necesitan decir las últimas palabras, como los condenados. Triste humanidad, muerta en grupo, de un solo tiro.

20 de enero

Por la noche, cuando abren la carpeta de Bruno, tienen un momento de desánimo. Leen en silencio unos minutos, luego Besana se pone de pie.

—Joder, estaba como una cabra.

—Sí, de acuerdo —dice Ilaria, procurando no perder la esperanza—, es un delirio. Pero si lo analizamos para extraer de sus palabras los elementos veraces, a lo mejor conseguimos algo.

—Me cago en la leche, pero si está convencido de que el asesino es un vampiro. Habla de gente inmortal, que se reencarna, de la pintada «ViVe» como la prueba de que Verzeni ha vuelto. Comprendo que la policía no le haya requisado el ordenador. Alguien tan loco puede que hasta se haya tirado del puente. Estamos perdiendo el tiempo, Piatti.

—No, no, espera. Leamos un poco más.

Pero solo encuentran frases como: «He comprendido que es un vampiro porque respira por una sola fosa nasal».

—Vale, sí. Un indicio inequívoco. Ya es nuestro.

—Echemos un vistazo, ¿qué nos cuesta? Aquí, por ejemplo, menciona el bar del aeropuerto: «Lo he visto hoy en el bar del aeropuerto y me he dado cuenta de que su imagen no se reflejaba en los espejos».

Se miran.

—Y tú insistes, ¿no?

—Mira, aquí, aquí. ¡Escucha!: «Por fin he relacionado las cosas. Estoy seguro de que conocía a Aneta, pero lo comprendí todo cuando lo vi hablando

con Melissa. Tienes que encontrar las pruebas, Bruno». A su manera, trata de decir que ha descubierto quién es el asesino porque lo ha visto con dos de las víctimas. Tenemos que leer entrelíneas.

Besana se acerca al ordenador.

—¿Y no lo llama por su nombre?

—No, nunca.

—Sin embargo, lo ve en el aeropuerto. Ese no es un detalle insignificante.

—Por el aeropuerto pasan millones de personas.

Ilaria se pone de pie, da una vuelta alrededor de la mesa, pensativa. Luego se sienta de nuevo delante del ordenador, sigue mirando páginas, testaruda. Besana, por su parte, está aburrido, se tumba en el sofá y enciende el televisor para ver el informativo.

—¡Marco, ven! He encontrado algo importantísimo. Dice: «Cómo iba a olvidarlo. Me daba muchísimo miedo de niño».

Besana no se levanta, se limita a bajar un poco el volumen.

—Te repito que es imposible que fueran juntos al colegio, hay diez años de diferencia entre ellos.

—Lo sé, lo sé. Pero por algún motivo tiene que ver con su infancia. Tengo que averiguar a qué se refiere exactamente.

—Suerte.

A veces Besana cree que la obstinación de Ilaria es un poco malsana. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay manera de hacerla razonar. Se pregunta si esta actitud neurótica está relacionada con el trauma que ha sufrido. En ciertos momentos parece que toda la justicia del mundo está en sus manos: se empeña en acusar o exculpar con un ímpetu desmedido. Aún no ha comprendido que no puede castigar a su padre o salvar a su madre valiéndose de las historias de los demás.

21 de enero

Son las tres de la madrugada e Ilaria todavía no ha desistido. Besana se ha ido hace rato a su casa, pero ella no consigue dormir. Está mirando todos los vídeos que ha subido Bruno. Calculando que publicaba hasta dos diarios, la tarea es infinita. Los veía muy poca gente, pero eso no lo detenía. Se ponía ante la cámara y hablaba sin parar. Sobre todo hablaba solo. A veces se olvidaba de que tenía público y mencionaba a personas que solo él conocía. Con frecuencia nombraba a una prima, muy importante en su imaginario. Con ella pasaba las vacaciones cuando era niño.

En ocasiones sus desvaríos sobre el caso se convierten en *memoir*, pero resulta difícil encontrar un nexo. ¿Trata a la cámara como un diario o este cambio de registro tiene un significado?

De repente, a Ilaria la impacta un vídeo. En apariencia, Bruno habla de otro verano que pasó con su prima en Foppolo, de cuando iban juntos a pasear a los bosques. Ella tenía dieciséis años y se llevaba a Bruno, que tenía seis. Pero un día él vuelve a casa solo. No sabe explicar qué ha ocurrido. Sencillamente está aterrorizado. El caso de la prima nunca fue resuelto. Desapareció en la nada. Bruno, sin embargo, veinte años después, repentinamente recuerda algo. Aquella tarde no estaban solos.

Aquí el vídeo se vuelve confuso. Bruno ya no le habla al espectador, de golpe pasa a la segunda persona. «Te divertías asustándonos», dice. De lo que cuenta se deduce que se dirige a quien estaba con ellos. Un adolescente sombrío, obsesionado con la historia de Verzeni, que le dejaba a su prima

macabros mensajes escritos con carmín. Menciona también un intento de estrangulación, que explica como si se tratase de un juego. Pero Bruno está inquieto, se come las palabras, divaga.

En un momento dado, Ilaria para el vídeo. No está segura de haber comprendido. Entonces retrocede. Escucha de nuevo: «Pero te he reconocido por esas frases escritas con sangre. “ViVe” se lo decías también a ella. ¿La has matado tú?». Ilaria agarra el móvil y llama a Besana.

—Pero ¿qué hora es? —protesta él.

—Las tres y cuarenta y siete.

—Joder, Piatti, ¿qué coño pasa?

—Te acabo de mandar un enlace.

—¿Y tengo que mirarlo ahora?

—Sí, ahora. Tiene que ver con un caso cerrado, una prima muerta.

—Pero ese desvaría.

—No, Marco, no desvaría. A ver, sí, pero aquí dice la verdad. Menciona también la pintada «ViVe». Por eso te he llamado enseguida. Bruno lo reconoció.

—¿Y si se lo inventó todo?

—¿Y si no se inventó nada?

Al otro lado, silencio. Se oye el ruido de un encendedor, luego de alguien aspirando una bocanada de humo.

—Miro el vídeo y luego te llamo. Como me hayas despertado por una chorrada, Piatti, juro que te lo haré pagar.

21 de enero

Besana y Piatti están de nuevo en la casa de los padres de Bruno. La madre los ha invitado a pasar al comedor, que huele a detergente de lavanda.

—Pues sí, también perdí a una sobrina. Aquel día empecé a perderlo todo —dice—. Mi hermana murió de dolor. A los pocos meses, su corazón se rindió. Y para Bruno fue el principio del fin. Imagínese que estuvo sin hablar un año entero. ¿No, Luigi?

—Sí —confirma el marido.

—Todos sus problemas psicológicos empezaron ahí. Nunca supo decir qué ocurrió aquella tarde. No conseguía recordar nada y eso hacía que se sintiese culpable. Estaba muy unido a Rossella, pobrecillo. Y ese lapso de memoria, debido al shock, se convirtió paulatinamente en enfermedad. Nos lo explicó su psiquiatra. ¿No, Luigi?

El marido no responde, se limita a hacer un gesto con la cabeza.

—¿El caso se archivó?

—Los investigadores decían que pudo aplastarla un derrumbe. En aquellos días llovía mucho. La montaña se estaba desmoronando, la tierra bloqueaba las carreteras, invadía las casas, arrastraba los automóviles, pero nunca encontraron el cadáver. —La señora Zini suspira—. Todos, desde luego, nos preguntamos por qué Bruno salió ileso. Ella lo llevaba siempre de la mano. Nunca lo habría dejado solo en el bosque. Lo protegía mucho.

—Bruno, en uno de sus vídeos, afirma que ese día no estaban solos. Que con ellos iba un chico.

—¿En serio?

—¿Nunca les habló de ese chico?

La mujer niega con la cabeza.

—No. —Mira al marido, confundida—. Es raro, porque nadie se presentó en comisaría para testificar. Mi hijo volvió a casa solo, ni sé cómo lo hizo. Solo tenía seis años, ¿sabe? Desde luego, no conocía los senderos de montaña.

—Entonces, la hipótesis de que no estaba solo es probable.

—Sí, claro, explicaría muchas cosas. Pero no comprendo por qué ese chico nunca apareció.

—¿Recuerda quiénes eran los amigos de Rossella? ¿Veía a alguien en concreto? ¿Tenía novio?

—No lo creo. Pero tenía muchos amigos. Los chicos de la parroquia habían formado un grupo. Salían todos juntos. La querían mucho. Era alegre, generosa, una chica muy vital. Y además era guapísima.

—Su hijo dice que alguien la asustaba.

—No lo sé, a nosotros Rossella no nos contaba nada. Aunque recuerdo que una noche que estaba en casa gritó mucho. Nos asustamos y fuimos corriendo a su cuarto. Pero ella nos tranquilizó enseguida, dijo que no era más que una broma tonta: uno de sus amigos había entrado por el jardín y había escrito algo en el espejo con su carmín. Ahí quedó todo.

—¿Se acuerda de lo que escribió?

—No nos dejó pasar al baño.

—Bruno menciona precisamente ese episodio.

—Es posible, le afectó mucho. Esa noche no quería dormir solo, quería estar en mi cama.

—¿Tiene fotos de aquel verano?

—Por supuesto —responde ella—. Luigi, ¿vas tú?

El marido se levanta y regresa poco después con un álbum que deja sobre el

mantel de plástico.

—¿Podemos verlo?

Los padres de Zini asienten con la cabeza.

Besana y Piatti repasan las páginas en silencio. En casi todas hay fotos de Bruno y Rossella. De ella sujetándolo en sus rodillas o llevándolo en bicicleta, de los dos en una piscina o tumbados en la hierba. Solo aparece más gente en la serie tomada en un picnic a mitad de verano. Pero todos son adultos o niños, no hay otros muchachos.

—Esa era mi hermana. —La señora Zini señala una foto.

Hay dos mujeres sentadas en una piedra, bajo una cascada, poniéndose crema solar en las piernas. Ilaria se queda de piedra.

—Está con Giulia Lecchi —dice—. ¿Era amiga suya?

—Sí, también tenía casa en Foppolo. Venía cada agosto, antes de que se casara con ese infeliz. Después la vendió.

—¿Por qué?

—Ah, no lo sé. Perdimos el contacto. Después de la tragedia, nosotros también vendimos la casa. Nadie quería volver.

21 de enero

Por la noche, Marco le propone a Ilaria salir a cenar algo. Está demasiado cansado para cocinar. Pero ella no quiere, está demasiado cansada para comer.

—Piatti, ¿cómo consigues mantenerte en pie? —insiste.

Pero Ilaria meneaba la cabeza.

—A ver —dice Besana—. No puedes tomarte las cosas así. Los que me enseñaron la profesión, a finales de los años setenta, eran gente dura, ¿sabes? No tenían escrúpulos. Tipos que cuando alguien moría asesinado o arrollado por un coche, iban donde la madre, le plantaban delante una foto de la víctima y le contaban una trola: «Su hijo ha ganado un premio importante, señora, queremos incluir la noticia en el periódico». Y la pobre mujer quitaba de la pared el mejor retrato. Además, todavía no existía Facebook, no era tan fácil conseguir fotos. Y si te presentabas con el artículo sin imágenes, el jefe de redacción te ponía a parir.

Ilaria lo mira directamente. No le parece gracioso.

—Oye, que no estoy entreteniendo a una dama en un salón —le dice Besana, irritado por esa mirada—. Intento hacerte entender lo que significa dedicarse a esta jodida profesión. A tu generación le cuesta encontrar trabajo, lo sé, pero tiene una vida mucho más fácil. Recuérdalo. En muchos aspectos, sois unos privilegiados, así que deja de gimotear. Cuando yo hice las prácticas teníamos que hacer de todo. ¿Sabes qué significaba eso? Significaba hacer llamadas hasta las doce o la una de la noche para hacer la «ruta de las cruces». Cruz

Roja, Cruz Blanca, Cruz Verde. Y también la de las comisarías, para recabar noticias. En el mejor de los casos, me metían de noche en un coche patrulla y hala, con la sirena a todo trapo, hacia el escenario de un crimen. También me quedaba hasta las tantas con toxicómanos o con los sin techo de la Estación Central, o en los bares del barrio de Quarto Oggiaro, buscando historias que contar. Pero no siempre podías estar donde había que estar, con el muerto en la acera, la libreta y el fotógrafo. A veces los crímenes ocurrían demasiado tarde o demasiado lejos de la redacción. Y entonces tenías que ingeniártelas para escribir como si estuvieses en el lugar de los hechos. Uno de nosotros se hizo con una guía telefónica, tipo Páginas Amarillas, con la lista de los habitantes de Milán, calle por calle. Y cuando llegaba la noticia de un accidente o de un asesinato, encontraba el número de alguien que vivía allí cerca, lo llamaba y le pedía que le contara qué veía desde su ventana. Incluso que mandara a alguien, a un hijo o a un nieto, y luego volvía a llamar para recabar la información. Y el chico era nombrado sobre la marcha *currinche*, o *stringer*, como los llaman en Estados Unidos: proveedores de noticias para los periodistas. *Citizen journalism*, se dice hoy. Ahora cualquiera puede improvisar un reportaje con la cámara del *smartphone*, cualquiera puede publicar un reportaje en las redes o en YouTube. Por eso los que queréis ser profesionales de esto tenéis que tener aún más cojones que antes.

Ilaria baja los ojos pero no responde.

—Siempre he tenido amigos en la policía y en los carabinieri —continúa Besana—, pero nunca los he considerado las únicas fuentes, ni tampoco las más fiables. Son pocos y están desbordados de trabajo, y a menudo tienen prisa por cerrar un caso, por archivar como accidente lo que no ha sido accidente. Y entonces nos corresponde a nosotros seguir las pistas que han abandonado los investigadores, para buscar la verdad. Como en el caso de un salvadoreño al que había atropellado un coche y estaba moribundo en el

hospital, y la madre insistía: «Antes de atropellarlo le dieron una paliza mortal, y sé quién ha sido». Yo la escuché y escribí un artículo, a pesar de que mis amigos policías decían: «Déjalo, ha sido un accidente». Qué te crees, trabajando en esto he visto de todo: a una niña de tres años muerta por una bala perdida, en brazos de la madre, en Rozzano; a un joyero persiguiendo a un atracador fuera de su tienda y abatiéndolo con un calibre 9; a un atracador matando a su compinche; a un marroquí muerto a palazos porque había robado unas galletas en un bar; a un cubano que se había escondido en el tren de aterrizaje de un jet y llegó muerto al aeropuerto de Malpensa, y también conozco el mundo del hampa, las bandas, los jefes y los sicarios. ¿Qué harás cuando tengas que ocuparte del crimen organizado? ¿Estarás un mes sin comer? Este oficio nunca es alegre, ¿sabes? Te sientes siempre impotente.

Ilaria no levanta la cara, escucha en silencio.

—Hubo una época en la que el hampa trabajaba a la luz del día —continúa Besana—, los grandes bandidos eran personajes públicos, casi divos, como Cavallero o Vallanzasca. Hoy los criminales actúan en la sombra, casi todos son fantasmas sin rostro. Los que aparecen son las víctimas o los familiares de las víctimas, y a veces también los familiares de los imputados, que van a la televisión para llorar y proclamar sus razones. También la tragedia se hace espectáculo, vulgaridad de programa de entrevistas. Creo que un periodista serio tiene que estar por encima de esos teatrillos del dolor: la verdad nunca es trivial, es complicada, está llena de contradicciones y de lados oscuros, y nosotros tenemos que trabajar en silencio, pacientemente, para sacarla a la luz. Sin tanto cuento.

—Vale, vamos a cenar —dice Ilaria.

21 de enero

Marco invita a cenar a Ilaria en el sitio de siempre. Allí al menos no tiene que hacer el esfuerzo de pedir.

—¿Sus entremeses, señor?

—Por supuesto —le responde Besana a la camarera.

Ni siquiera le llevan la carta, y el vino llega enseguida.

—La tal Giulia Lecchi aparece siempre —dice Ilaria—. ¿Por qué nunca la hemos tenido en cuenta?

—Porque el ADN del Sujeto Desconocido es masculino —responde Besana, sirviendo el tinto—. Y para estos crímenes hace falta fuerza física. Lecchi mide un metro sesenta, pesará a lo sumo cincuenta kilos, sus muñecas tendrán el diámetro de un calabacín.

—Ya, pero tendría un móvil más grande que tú.

—Gracias, Piatti.

—No, hablo en serio. Su marido se acostaba tanto con Aneta como con Dana. Y le tiraba los tejos a Melissa, ella nos lo contó.

—Venga. ¿Y se habría inventado a un asesino en serie para eliminarlas a todas? Diabólico. Me parece poco probable. Digamos que habría necesitado la ayuda de un cómplice un tanto peculiar. No es nada fácil conseguir un caníbal. ¿Y dónde lo habría encontrado? ¿En las cenas del Rotary? ¿En los campeonatos de canasta del club de golf? ¿En las clases de pilates?

—Puede que tenga un amante. En las parejas de asesinos en serie siempre hay un manipulador. Conoció a un sádico sexual y para complacerlo está

dispuesta a suministrarle víctimas. No las elige al azar, elige a mujeres a las que ya odia, que de algún modo la han humillado. Y se las entrega. Eso explicaría por qué las chicas subían al coche voluntariamente. De una mujer como Lecchi puedes fiarte, ¿no?

—Bueno, hay casos así. Por ejemplo, los Birnie, en Australia, en los años ochenta. La mujer estaba completamente sometida: iba con su marido a buscar chicas para violarlas, le fotografiaba mientras lo hacía y luego lo ayudaba a estrangularlas. Y todo para que su marido no la excluyera de sus fantasías sexuales. Matar con el otro une mucho. En este tipo de parejas, uno de los dos es el dominante. Aunque no necesariamente es el hombre. Menudo carácter tiene Lecchi.

—Pues sí. Ella podría ser la manipuladora. Imagínate a un hombre frágil como Verzeni, aterrorizado por sus propias pulsiones, manejado por alguien como ella.

—Aunque tampoco es fácil dirigir a un Verzeni —objeta Besana.

—Tenemos que tener en cuenta la diferencia de edad —dice Piatti—. Si nuestro hombre es el gemelo de Bresciani, nacido en 1979, es mucho más joven que Lecchi. Ella podría haber logrado ejercer su poder imponiéndose como figura materna. Piensa en la historia de ese niño, en todos sus sufrimientos, y en lo vulnerable que puede ser de adulto en este sentido.

—No, no me convence, Ilaria. Explícame entonces por qué Lecchi le permitiría dejar el ADN en los cadáveres. Una mujer como ella suele ser precavida. Diría que para los crímenes estratégicos es preferible contratar a un profesional.

—De acuerdo, pero aquí vamos más allá del móvil, más allá del objetivo final. Hablamos de locura doble —insiste Ilaria—, de un trastorno psicótico compartido.

—Joder, lo que sabes. Habría que preguntarle a Grace —dice Besana,

escéptico.

—Mientras, mañana por la mañana podríamos visitar a Lecchi y charlar con ella. ¿Qué te parece?

—Si eso es lo que quieres...

22 de enero

Ilaria y Marco caminan por las estrechas calles de la parte alta de Bérgamo, están buscando la tienda de antigüedades de Giulia Lecchi.

—Hay que pasar la Piazza Vecchia —dice Besana, mirando el mapa en el móvil.

De vez en cuando Ilaria se distrae ante los escaparates.

—Mira qué bonito es ese bolso rojo. Solo que cuesta un riñón.

—Pronto tendrás un sueldo, Piatti.

—Ojalá.

Doblan por una magnífica plazoleta con un jardín aterrazado y un antiguo lavadero y siguen subiendo.

—Hemos llegado —dice Marco, señalando un cartel.

El escaparate está recién cambiado y sobre el cierre metálico hay una cámara de vigilancia. Giulia los saluda y los invita a sentarse en unos sillones estilo *déco*.

—¿Cómo se encuentra su marido?

—Está muy abatido, como podrán imaginarse. Pero el abogado se muestra confiado. Mi marido no sabe quién es Bresciani, no hay vínculos entre ellos. El propio Bresciani no tiene ni la más remota idea de quién es mi marido y lo ha dicho en todos los interrogatorios. La defensa se basa en eso.

—Cruzaremos los dedos.

—Gracias.

—¿Han dejado de atormentarla?

—No, me siguen llegando mensajes desagradables, pero la policía ahora pasa por aquí con frecuencia. Me conformo con que no vuelvan a romper el escaparate.

—Claro, es lamentable.

—A veces pienso que antes era más lamentable.

—¿En qué sentido?

—También recibía mensajes molestos. Pero de mi marido. Hacía años que nos comunicábamos a través de post-its.

Besana y Piatti la miran. Giulia cruza las piernas con tranquilidad, parece hasta liberada. Cuenta sin tapujos su relación con Vimercati. Una pareja que ya no se habla y se comunica exclusivamente mediante papelitos amarillos pegados en la puerta de la nevera o en el espejo. «¿Qué se imagina la gente? Que son notas del estilo: “Compra tú la leche” o “Me he llevado el coche”. Pues no. Eran insultos: “Putra vieja, mira que me largo”, o bien: “Eres un fracasado. Recuerda que yo te mantengo, cagarruta de hombre”.»

—Desde luego, en la cárcel no pueden usarse papelitos. Nos hemos vuelto más civilizados. —Se ríe.

Besana y Piatti están desconcertados. También un poco incómodos, acostumbrados como están a la discreción de todo el mundo. Tienen delante a una mujer muy cambiada por los acontecimientos. Giulia está incluso más guapa. Ahora va bien peinada y viste un traje blanco y verde muy elegante. Los zapatos de tacón de aguja son nuevos, es probable que ella también se sienta nueva.

—¿A qué debo su visita?

Besana le contesta con otra pregunta, a quemarropa.

—¿Se acuerda del verano en Foppolo y de la muerte de Rossella?

Giulia, sorprendida, abre mucho los ojos.

—¿A qué viene eso? ¿No quedó aplastada por un derrumbe?

—Quizá no. Además, nunca se ha encontrado el cadáver.

En la frente de Giulia se forma una arruga.

—¿Por qué esa horrible historia me toca siempre tan de cerca?

—¿Se acuerda del primo de Rossella? Entonces tenía seis años.

—Claro, Bruno. Me he enterado de que se suicidó hace unos días, quería escribir a los padres pero luego no me he atrevido. Aunque era de esperar. Nunca se recuperó de aquel trauma, se pasó toda la vida entrando y saliendo de psiquiátricos, pobrecillo.

—Lo sabemos —contesta Besana, bajando los ojos—. Bruno, en un vídeo, afirmaba que aquella tarde no estaban solos. Que además había un chico, probablemente un adolescente de la edad de Rossella. ¿Tiene idea de quién podía ser?

Giulia se limita a mover la cabeza.

—¿Por qué me lo preguntan a mí?

—Porque la hemos visto en una foto con ellos.

—Sí, claro, pero yo me trataba con los padres. Verá, no tengo hijos, de manera que no conocía a los chicos. Había muchos en Foppolo, todos salían juntos. Recuerdo que quedaban en la sacristía de la iglesia para jugar al fútbol, a balonvolea, a las cartas. Si quieren, pueden preguntárselo a una amiga mía. Después del derrumbe ella reunió voluntarios y organizó la búsqueda de Rossella. Peinaron el bosque durante semanas, pero no encontraron nada.

—Sí, gracias, podría sernos útil. ¿Dónde podemos encontrarla?

—Se llama Elvira Motta. De vez en cuando la veo en las cenas de beneficencia. Está muy comprometida con lo social, es una buena mujer. Tiene una farmacia en Suisio. Puedo darles su teléfono, si quieren.

—La conocemos —dice Besana—, porque hacía pruebas de ADN a todos los que pasaban por ahí.

—No me sorprende, siempre está luchando por alguna causa. Tiene suerte. Yo, en todos estos años, solo he luchado para defenderme del daño que me hacía mi marido. Después el daño ha pasado a mayores. Cuánto tiempo hemos perdido.

22 de enero

Salen de la tienda un poco turbados. Caminan en silencio hasta la entrada de la ciudad vieja.

—El banco —dice Ilaria de repente—. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta?

Besana la mira, sin entender.

—¿Qué banco?

—Bruno no se refería a los bancos de escuela, sino a los bancos de la iglesia —responde Ilaria.

—Su lugar de encuentro, claro.

—Se necesita la máquina Enigma para descifrar sus mensajes, pero son importantes.

—Siempre que la historia de Rossella tenga realmente algo que ver.

—Claro que tiene que ver —dice Ilaria—. Lo intuyo.

Es la hora de comer, Besana le propone a Ilaria pasar por la pizzería en la que trabajaban Aneta y Melissa.

—Además, a esta hora la farmacia está cerrada —dice.

Ilaria acepta. No le apetece mucho volver, pero sabe que todo gira en torno a ese lugar. Si quieren comprender algo, necesariamente tienen que pasar por ahí.

Cuando entran en el restaurante, y eso que ha estado varias veces, Ilaria se siente incómoda. Quizá porque ahora se da cuenta de lo que la molesta. El poco encanto de la región se debe a que todo está descontextualizado, cosa que a nadie parece preocuparle. La decoración étnica no pega nada en un sitio

situado al pie de las montañas, por no hablar de las fotografías marinas que hay en las paredes, barcos de pescadores y puestas de sol en la playa, que no pueden desentonar más con un cartel de «Polentería». Incluso el afán de ser modernos resulta ridículo: hay anuncios en la puerta en los que se ofrecen pizzas sin gluten para celíacos y con harinas biológicas, pero dentro está puesto el televisor a todo volumen con un programa para amas de casa.

Son lugares en los que la llegada de lo nuevo se da de tortas con la cerrazón atávica que los caracteriza, generación tras generación; donde se venden kebabs junto a porciones de pizza, mientras la heladería de al lado inventa promociones absurdas para sobrevivir («Mañana helado gratis de tres a seis»). Y en medio aguanta una tienda de ropa interior («Venta directa de lencería»), con maniqués en bragas pero con peluca. Locales en los que la llave del servicio está atada a un pequeño ataúd, porque los patrocinan las pompas fúnebres. En el fondo, es la misma negligencia que hace que se abandone un cadáver en los vertederos del Adda, debajo de un cartel en el que se lee «Prohibido tirar basura». No es ironía. Es el desconocimiento de la elegancia, que lo invade todo. Incluido el homicidio.

Abbas se acerca con una sonrisa forzada. Está muy flaco, la barba hirsuta en las mejillas hundidas. Deja la carta plastificada en la mesa.

—Hoy estoy solo —dice—. Tengo que preparar las pizzas y también atender las mesas. Todos los demás están muertos. Pero no podíamos tener el local siempre cerrado.

La ausencia de Melissa y Aneta se nota en el salón, completamente vacío. Abbas cuenta que al principio iban muchos curiosos, incluso de los pueblos cercanos. Pero que ahora, pasada la euforia de los mirones de la desdicha, ya casi no va nadie. Es un sitio demasiado triste. Señala un pequeño altar de mal gusto que hay al fondo, una fotografía de las dos chicas y algún candil apagado, algunas notas y un par de peluches, flores ya secas.

—Estoy buscando otro trabajo, pero necesitaré tiempo —dice—. De momento tendré que seguir aquí.

Hablan un poco de Bresciani, pero Abbas no sabe qué decir. Nunca lo ha visto ni oyó a ninguna de las dos nombrarlo.

—Claro que me tranquiliza. Por lo menos está en la cárcel. Pero lo que no me explico es por qué Melissa subió a su coche, ella no se fiaba de nadie.

—Tampoco nosotros lo entendemos —dice Besana.

—¿Confesará?

—De momento, se sigue declarando inocente.

—Pero en los cuerpos está el ADN. Y eso no deja dudas, ¿no?

—No, no deja dudas —admite Besana. Por supuesto, no le puede confesar las tuyas. Aún no.

Cuando Abbas vuelve a la mesa con las pizzas, Ilaria aprovecha para hacerle unas preguntas sobre Giulia Lecchi.

—No, ella nunca venía aquí —responde Abbas—. En parte porque su marido trataba de ligarse a todas las chicas, en parte porque estaba muy cabreada con Aneta.

—¿Había descubierto la relación con su marido?

—No, no por eso. Puede que ni lo supiera. Era por su padre. El viejo notario Lecchi quería cambiar el testamento: le había prometido a Aneta dejarle unos pisos. Era su cuidadora, la quería, pero la hija se puso furiosa cuando lo descubrió. Decía que Aneta lo había seducido. De hecho, iba a despedirla.

22 de enero

Cuando suben al coche para ir a la farmacia, Ilaria está muy excitada.

—¿Lo ves? Eso sí que es un móvil. Nada de doble locura. Esa mujer es tremendamente racional.

—Te repito que no es fácil controlar a un sádico con tendencia al canibalismo —dice Besana.

—Puede que se le fuera de las manos —dice Ilaria.

—¿Qué quieres decir?

—A lo mejor, al principio lo instigó al asesinato y lo ayudó a escenificar el regreso de Verzeni. Después, el otro ya no pudo parar.

Besana da un frenazo delante de la iglesia de Bottanuco. Ilaria sale disparada hacia delante y se golpea el pecho contra el cinturón.

—¿Qué pasa? ¿Se ha cruzado un gato negro?

—No —contesta Besana—, tenemos que parar un momento aquí.

—¿Para rezar?

—Plasta, me refería al ayuntamiento. Voy a echar un vistazo al archivo histórico, donde se guardan todos los documentos sobre Verzeni. Quiero averiguar quién los ha consultado.

—Buena idea —dice Ilaria, apeándose del automóvil.

—Habrá un responsable, tenemos que hacerlo hablar antes de ir al grano. Después nos dirá los nombres.

Cuando entran en el archivo ven a una mujer de unos sesenta años sentada

delante de un ordenador. Se ajusta las gafas en la nariz y los mira de reojo, recelosa.

—¿Buscan a alguien?

—Al responsable.

—Soy yo —responde seca, poco hospitalaria. Sin apartar los ojos de su página de Facebook.

—Nos gustaría consultar los documentos relacionados con Vincenzo Verzeni. ¿Es posible?

La mujer, muy contrariada, se pone de pie.

—Ahora todo el mundo está interesado en ese Verzeni —refunfuña—, como si fuese el único que ha vivido en Bottanuco. Nadie me pregunta por Colleoni, por ejemplo. Un condotiero de la Serenísima, nada menos. Pues no. La gente solo piensa en ese asesino.

—¿Por qué? ¿Vienen muchos a consultar el archivo?

—Uf —resopla la mujer.

Besana y Piatti, para destensar el ambiente, se presentan con amabilidad. Le cuentan que en el pueblo corre el rumor de que Verzeni fue asesinado y le piden permiso para ver el certificado de defunción.

—Se lo ha contado Efisio, ¿verdad? Siempre cuenta lo mismo, sobre todo después de dos aguardientes.

Baja una carpeta de la estantería, la abre rápidamente y saca con enorme seguridad una hoja amarillenta, como para quitárselos de encima cuanto antes.

—Aquí está: «Acta de defunción. N. 87. Verzeni, Vincenzo» —dice, y empieza a leer en voz alta:

En el año mil novecientos dieciocho, el día treinta y uno de diciembre, a las tres y treinta y cinco de la tarde, en el Consistorio. Ante mí, Giacomo Bulla, Secretario Delegado, autorizado por el Alcalde en fecha de cinco de marzo de mil ochocientos sesenta y seis, debidamente nombrado Oficial del Estado Civil del Municipio de Bottanuco, se han presentado Giuseppe Verzeni, hijo de Giovanni, de cuarenta y seis años, terrateniente, domiciliado en Bottanuco, y Giuseppe Paganelli de Michele, de cuarenta y un

años, vendedor de pastas alimenticias, domiciliado en Bottanuco, los cuales me han declarado que a las dos y diez minutos de la tarde de hoy, en la casa situada en el número sesenta de la calle San Giorgio, ha fallecido Vincenzo Verzeni, de sesenta y nueve años, campesino, residente en Bottanuco, nacido en Bottanuco, hijo del desaparecido Giacomo, domiciliado en vida en Bottanuco, célibe.

—No especifica la causa de la muerte —observa Ilaria.

—No —responde la mujer, cerrando la carpeta y llevándosela enseguida.

Besana y Piatti la siguen, porque la mujer está volviendo a toda prisa a su escritorio.

—¿Y dónde lo enterraron?

—Si van a la parroquia, les enseñarán un documento en latín en el que se explica que recibió los sacramentos y que hubo exequias religiosas. No le hagan caso a Efisio. Adiós, que les vaya bien. —Y se pone de nuevo a comentar un post sobre el gato de una amiga.

—No quiere colaborar —le susurra Ilaria a Marco—. Inténtalo tú.

Besana se planta delante del escritorio, esperando que levante de nuevo los ojos.

—Siento volver a interrumpirla —dice, cauto—. Antes ha dicho que aquí viene mucha gente. ¿También periodistas?

—No, sobre todo historiadores locales. Una vez vino una gente que quería rodar un documental. Y hace tiempo vino la mujer de Vimercati, el que está en la cárcel.

—¿Giulia Lecchi?

—No me acuerdo de su nombre, pero era ella, en cualquier caso. No puedo decirles nada más, le entregué la caja y punto; luego ella se quedó allí. Perdón, tengo expedientes urgentes.

Cuando salen, Besana consulta la hora.

—Demasiado tarde para ir a la farmacia, ya está a punto de cerrar.

—Bueno, pero hemos hecho bien en venir aquí. Ahora sabemos que nuestra

amiga Giulia ha estudiado.

—Y nosotros vamos a interrogarla —dice Marco.

23 de enero

A primera hora de la mañana, el jefe de redacción llama a Marco.

—Oye, Besana, no estás dando ni golpe —dice Roberto—. Comprendo que el vampiro te haya debilitado, pero llevas más de una semana sin mandarme un artículo.

Besana, por toda respuesta, gruñe.

—¿Te apetece dar una vuelta por Mantua?

—¿Con esta niebla?

—Vamos, Marco. Han asesinado a otra mujer. Es algo serio, que creará polémica. Un médico ha quemado a su mujer delante de su hija de cinco años.

—Ay, mierda.

—Lleva contigo a Piatti, así os dais un atracón de raviolis con calabaza y salami.

—No me parece una excursión maravillosa —dice Marco—. Además, prefiero ir solo.

Besana reflexiona un instante. ¿Debe o no contarle el pasado de Ilaria?

—Piatti está agotada —añade enseguida—, necesita un día de descanso.

—¿A su edad? Venga, lo que tiene que hacer es trabajar.

—Puedo asegurarte que trabaja sin parar.

Por la noche, cuando Marco regresa a casa, muerto de cansancio, suena el telefonillo. Le abre la puerta a Ilaria, que se queda mirándole, preocupada.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Por qué no me has respondido en todo el día?

—He estado fuera trabajando —responde Marco, evasivo.

—¿Sin mí? ¿Estás cansado de tenerme siempre a tu lado?

—No, lo que pasa es que me encargaron otro caso.

—La mujer asesinada en Mantua, ¿verdad? Por eso no querías que fuera contigo.

Besana mira hacia el suelo.

—Nunca te he permitido que me protejas, Marco —dice Ilaria, sentándose frente a él—. Si me proteges, me ofendes. Quiero vivir y trabajar como todos los demás.

—Perdóname.

—De momento, en Italia somos mil seiscientos veintiocho —dice Ilaria.

—¿Somos quiénes?

—Los «huérfanos dos veces». Así nos llaman. O «víctimas colaterales». Han inventado un nombre —dos, mejor dicho— para los hijos de las mujeres asesinadas. Pero todavía no han inventado las leyes. Por ejemplo, mi padre, si sale de la cárcel, puede reclamar la pensión de viudedad por mi madre. Yo, en cambio, no tengo derecho a ninguna pensión. Los hijos de las víctimas del terrorismo o de la mafia tienen derecho a una indemnización; pero nosotros no. Yo he tenido mucha suerte porque me han criado mis tíos. Muchos acaban en casas de acogida o en internados. No es fácil salir adelante. Aunque yo estaba en casa, según el sumario, todo pasó en el garaje, o sea, lejos de mí. Otros, en cambio, han visto cómo su padre asesinaba a su madre y cómo él se suicidaba a continuación. Porque en la mitad de los casos acaba así. Yo tuve suerte, te lo repito, no tienes que protegerme. No debes hacerlo. No quiero que lo hagas.

24 de enero

A la mañana siguiente, Giulia está desembalando una cómoda estilo imperio con la ayuda de dos transportistas. Cuando, aún agachada, ve con el rabillo del ojo entrar a Besana y a Piatti, agita hacia ellos las tijeras a modo de saludo.

—Enseguida voy —dice—. Tengo que acabar esto para que pueda irse el camión.

—Por supuesto, no tenemos prisa —dice Besana, y se pone a curiosear los grabados que están colgados en las paredes.

Ilaria se queda mirando una vieja hoz, con el mango carcomido y la hoja perfectamente afilada.

Giulia firma un recibo, despide a los transportistas y se suelta el pelo, suspirando.

—Aquí me tienen. ¿Desean un café?

Besana y Piatti aceptan y se sientan en los sillones estilo *déco*. Giulia llama por teléfono al bar de al lado y encarga tres expresos.

—Ayer estuvimos en el archivo municipal de Bottanuco y nos enteramos de que usted también está interesada en la historia de Verzeni.

Giulia se pone tensa y se apoya bruscamente en el respaldo.

—Ah, sí, pero eso fue hace meses. Antes de que pasase todo esto. Vinieron a venderme una colección de fotografías y de grabados del siglo diecinueve. Aseguraban que eran de la familia Verzeni, y quise documentarme.

—¿Y compró el lote?

—Sí, lamentablemente. Poco después se lo enseñé a un historiador local y

se rio en mi cara. Me dijo que me habían timado.

—¿Por qué?

—Lo compré todo porque me interesó un retrato de Verzeni, un grabado que no estaba mal. También había una fotografía suya de niño, con sombrero y pajarita. Pero, según parece, no era él.

—¿Podemos ver ese grabado y esa foto?

—Los vendí hace una semana. Aunque dije que se trataba de Verzeni, por supuesto.

—¿A quién?

—A un coleccionista.

—¿Se acuerda del nombre?

—Formisano.

—¿El abogado de Bresciani?

—Exacto.

24 de enero

La farmacéutica Motta vuelve a estar sola detrás del mostrador, ya no hay chicas estudiantes maniobrando con bastoncillos. Los saluda con un gesto en cuanto los ve entrar en la farmacia.

—Ah, los amigos periodistas. Pero no tengo declaraciones para ustedes. No fui yo quien encontró ese ADN, lo pillaron en un control de alcoholemia.

—Lo sabemos —dice Besana, estrechándole la mano.

—¿Desean otro Xanax? —La farmacéutica le guiña un ojo a Ilaria.

—No, hemos venido para hablar con usted de un caso antiguo. ¿Se acuerda de aquellas vacaciones en Foppolo, cuando desapareció Rossella?

—Claro, ¿quién podría olvidarse de semejante tragedia? Aquel maldito desprendimiento. ¿Han encontrado a Rossella?

—No, por desgracia no.

—Y entonces ¿por qué se interesan por una chica arrastrada por el fango hace veinte años?

—Porque su primo, que entonces tenía seis años, murió la semana pasada.

Ella asiente.

—Sí, he sabido lo de Bruno. Pobre muchacho, sigo sin poder creerlo. Lo recuerdo de pequeño. Era un niño tan alegre, tan afectuoso... Nunca se recuperó de la muerte de su prima, su depresión empezó entonces. Ese accidente lo destruyó también a él, deberían escribir eso.

—Nos han dicho que usted organizaba las búsquedas de la chica. ¿Es cierto?

—Sí, durante días nos movilizamos todos. La buscábamos incluso de noche, con linternas. Yo montaba pequeños equipos, de cinco o seis personas. Y los repartía por el bosque, en distintas direcciones. Pero solo encontramos un zapato en el barro, cerca del torrente. Nada más. Mi hijo también estaba en primera línea.

—¿Su hijo era amigo de Rossella?

—Sí, muy amigos. Salían juntos, con el grupo de la parroquia. Había muchos chicos de su edad. Pero después de lo que ocurrió, dejó de verlos. La ausencia de Rossella lo dejó muy afectado.

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas. ¿Dónde podemos encontrarlo?

—Ahora no está aquí. Es auxiliar de vuelo, viaja mucho. Les doy su número, pueden llamarlo por teléfono.

—Gracias. ¿Cómo se llama?

—Gabriele. Gabriele Baschenis. Estará encantado de echarles una mano, estoy segura. La quería mucho.

24 de enero

—Auxiliar de vuelo —dice Ilaria, subiendo al coche.

—Calma. Podría ser una coincidencia. Primero tenemos que comprobar si es adoptado —dice Besana.

—Lo que explicaría por qué nadie fue a buscarlo, incluso si la madre entregó por su cuenta su ADN a la policía científica.

—No corras, Piatti.

—Tenemos el número de teléfono del asesino. ¿Qué hacemos? ¿Le mandamos un saludo?

—De momento no vamos a llamar a nadie. Además, ¿quién te ha dicho que el asesino es él?

—Bueno, esa noche en la pizzería nos daba la espalda, no consigo recordarlo. Si es gemelo de Bresciani, tendría que parecerse por lo menos un poco.

—Y yo coincidí con él en la farmacia, pero estaba ayudando a su madre a recoger las muestras en bastoncillos y llevaba gorro, gafas, máscara. Sinceramente, no podría reconocerlo.

—Entonces buscaré una foto.

Ilaria teclea rapidísimo, se oye el repiqueteo de sus dedos.

—Gabriele Baschenis, aquí está. Lo he encontrado en Facebook —dice.

Besana gira a la derecha de golpe, sin poner el intermitente, y para en un área de descanso. Miran juntos el perfil.

—Qué cara tan rara —dice Ilaria.

—Es evidente que abusa de la cirugía plástica.

—A ver, la nariz está retocada, eso se ve a la legua. Diría que también la barbilla y los pómulos.

—Puede que padezca de dismorfofobia —dice Besana.

—¿De qué?

—¿Nunca has oído hablar de eso?

—No.

—Hace años escribí un par de artículos sobre el tema, cuando murió Michael Jackson. En 1984 sufrió un grave accidente: mientras rodaba un anuncio para Pepsi, se le quemó el pelo y los médicos tuvieron que reconstruirle el cuero cabelludo. En ese momento comenzó su dependencia de los analgésicos y la cirugía estética se convirtió para él en una auténtica obsesión, hasta el punto de que muchos hablaban de dismorfofobia. Es la convicción de que tu físico tiene algo que no está bien, algo anormal o deforme, incluso ridículo, que necesariamente ha de ser corregido.

—En ese caso, yo lo padezco. No me gusta nada de mí.

—Plasta, ni me molesto en responderte. —Besana meneaba la cabeza—. Hasta hace un instante hablábamos de cosas serias.

—Perdona, empiezo a estar un poco harta.

—Lo entiendo, yo también estoy harta. Pero puede que por fin hayamos llegado a algo.

—¿Lo crees?

—Cuando investigaba para ese artículo, leí que para algunos psiquiatras la dismorfofobia es fruto de una complicada relación con la figura materna. Una madre demasiado preocupada por el aspecto físico de su hijo, que en vez de dejarlo crecer conforme a sus deseos y sus exigencias, intenta que se parezca a un modelo que ella tiene en la cabeza. Y así el sujeto crece con una percepción

equivocada de su cuerpo, como si no fuese más que una prolongación del de la madre.

—¿Habrá una relación entre dismorfofobia y canibalismo?

—No tengo ni idea —responde Besana.

—¿Lo averiguamos?

—Por qué no.

Repasan vídeos de psicología y dietología, imágenes de hombres y mujeres con sobrepeso, de muslos y glúteos deformados por la celulitis.

—Aquí dice que las dietas bajas en calorías demasiado estrictas queman los músculos como una especie de autocanibalismo. Me parece que no tiene nada que ver.

—Diría que no.

—Y en este otro sitio advierten sobre las obsesiones relacionadas con la comida o el aspecto físico: pueden provocar comportamientos agresivos o violentos. Pero no creo que se refieran al homicidio.

—Oye, por intuición, tal vez haya una conexión —dice Besana—. Empezó por no aceptarse, quizá porque su madre lo rechazaba...

—La madre lo abandonó: más que eso —lo interrumpe Ilaria.

—Exacto. En fin, empieza odiando su propio cuerpo, o queriéndolo de manera enfermiza. Luego descubre que se puede odiar, o querer de manera enfermiza, el cuerpo de los otros.

—No sé si es una teoría que se sostiene o todo lo contrario, pero, en términos lógicos, el razonamiento es impecable —dice Ilaria. Siente un escalofrío en la espalda.

—De todos modos, no nos corresponde a nosotros hacer un perfil. Por suerte, solo somos periodistas.

24 de enero

Son las ocho de la noche cuando Ilaria se da cuenta de que su nevera está vacía. Ya está en pijama, pero le da igual, se pone el plumas encima y va a un supermercado que está a la vuelta de la esquina y no cierra hasta las nueve de la noche. El paquistaní la saluda, le ha conseguido la planta de romero que quería. Ella le da las gracias. Compra mandarinas, un par de cervezas para cuando vaya Besana y una sopa en lata. Luego regresa a casa con la planta en una mano y la bolsa en otra.

Cuando pasa por delante del restaurante indio, mira a través del ventanal y ve que, sentado a una mesa, está su padre. Se acerca, procurando que no la vea. ¿Ya disfruta de permisos? ¿Lo dejan salir de la cárcel de Opera? Intenta tragar saliva, pero el dolor le ha cerrado la garganta.

Está cenando con una mujer en el restaurante que hay justo debajo de su casa. ¿Será la mujer que veía entonces? ¿Ha seguido con él? ¿O la ha conocido en la cárcel? Los observa. Hablan, ríen y bromean como personas normales.

Por un momento, Ilaria tiene la tentación de entrar. «Sorpresa. Mira quién está aquí.» Pero no se atreve. Para empezar, le da vergüenza que la vean en pijama, con una planta de romero en una mano y la bolsa de la compra en la otra. Daría una imagen penosa de su vida. Se ha imaginado siempre ese momento como algo glorioso, como una especie de revancha. «Tú no has traído sino ruina y destrucción, pero de todas formas yo he salido adelante. Mírame ahora, si te atreves.» Pero es que además con el pijama se siente

frágil, un poco desnuda. Quizá, en el fondo, ella es la que no se atreve a mirarlo a la cara. No se ven desde hace demasiados años. Nunca ha ido a visitarlo a la cárcel.

Los sigue observando a través del ventanal. Tiene que convencerse de que definitivamente algo la separa de su padre. Sin embargo, piensa que en ese momento ellos están del lado de la luz y ella del lado de la oscuridad, y eso la altera todavía más. En medio hay una puerta, que no puede cruzar. «Papá, ¿cómo puedes seguir sonriendo? ¿Me oyes? ¿Me oyes?» No, no oye su voz. Ni siquiera se ha vuelto hacia el ventanal. Nunca se enterará de que detrás había una sombra. Ella.

Ilaria respira hondo y reanuda su camino. Avanza rápido por la acera. Ahora es una mujer en pijama con una planta de romero en una mano y una bolsa del supermercado en la otra que llora por la calle. Cada vez peor. De vez en cuando alguien la mira, y no hay ningún ventanal que la proteja.

Entra de prisa en el edificio, empuja la puerta del portal con un hombro y sube corriendo las escaleras. Deja la planta y la compra en la cocina, se quita rápido el plumas y el calzado. Ya no tiene hambre. Prefiere abrirse una de las cervezas que ha comprado para Besana. No pasa nada. Mañana comprará más. Se la bebe a morro, sentada en el sofá. Ya no llora, solo está rabiosa.

Ve de nuevo el rostro de su padre moviendo la boca como en una película muda para preguntarle algo a la mujer que está sentada enfrente de él, y ella responde alegremente. ¿Qué querría saber, qué le pedía que le contara? Seguro que tonterías sobre la vida cotidiana, sobre su trabajo, sobre su casa, sobre su gato. Con cuánto interés escuchaba.

La idea de que él pueda pasar una sola noche como todo el mundo la desespera. De repente le parece inútil descubrir a asesinos. Se levanta y abre la segunda cerveza, pero ya no puede sentarse. Está demasiado enfadada y

tiene que dar vueltas por el salón. Para ampliar el perímetro, va hasta el cuarto de baño, así tiene unos metros más. Coge el teléfono y llama a Besana.

—Ilaria, ¿estás llorando? ¿Qué ocurre?

—Nada. Quería decirte que me he tomado tus cervezas. Te las había comprado, ¿sabes? Me las he bebido. —Y llora, llora—. Me las he acabado.

—¿Quieres que vaya a tu casa?

—No, voy a prepararme un vaso de benzodiazepinas y luego me acuesto. Gracias por el detalle.

—¿Por qué lloras?

—Porque ellos estaban del lado de la luz y yo del lado de la oscuridad. No es justo.

—¿Quiénes son ellos?

—Te lo contaré mañana, ahora estoy cansada. Muy muy cansada.

25 de enero

Al día siguiente, Piatti y Besana están cruzando de nuevo Bérghamo. La niebla se confunde con el vaho que asciende de los campos, es difícil trazar una frontera clara entre el cielo gris y la tierra cubierta de escarcha, pero a ellos de repente aquel paisaje les parece un poco menos peligroso. Quizá porque ahora lo pueden dominar.

—Pero ¿qué te pasó ayer?

—Vi a mi padre. Estaba cenando en el restaurante indio que hay debajo de mi casa. También es casualidad, con la cantidad de restaurantes que hay en Milán. Estaba con una mujer, parecía muy contento.

—Le habrán concedido un permiso por buena conducta —dice Besana.

—Supongo. Ya han pasado diez años desde la condena.

—¿Y qué te dijo?

—Él no me vio. Yo miraba a través del cristal, como en una cárcel de máxima seguridad. Solo que parecía un hombre muy libre. Casi más libre que yo.

Besana estira un brazo y le acaricia una mano, pero Ilaria no tiene ganas de seguir hablando de eso.

—¿Has descubierto algo más sobre Baschenis?

—No —responde Besana—, ayer yo también estaba muy cansado. Pero hoy tenemos que hacer algunas preguntas por ahí.

Entran en la pizzería, Abbas los está esperando. Se limpia las manos en el delantal y los hace pasar a la parte de atrás, a una salita oscura y aislada. Por

lo menos no se oye la televisión. Solo hay dos tragaperras arrinconadas y estropeadas, arqueología de los vicios provincianos. La señora Picariello no quiere reemplazarlas por otras nuevas, tiene más que suficiente con la dependencia de su marido, pero la dejadez pueblerina no mete prisas de orden estético y, por mucho que sean objetos voluminosos, nadie se ha tomado la molestia de llevarlos a un vertedero.

Abbas ha dejado en la mesa una bandeja con el desayuno: café y cruasanes. Pero los bollos, transparentes como esmaltes medievales, están demasiado correosos y el expreso sabe a regaliz y lavavajillas. Besana le enseña las fotos.

—¿Lo has visto por aquí?

Abbas levanta despacio sus ojos leoninos.

—¿Es el cómplice?

—Aún no lo sabemos —responde Besana—. Solo es una hipótesis nuestra.

—¿Y Bresciani?

—Sigue en la cárcel, tranquilo.

Abbas no aparta los ojos de la foto.

—Sí, a veces venía por aquí. Conocía a Aneta. Es piloto, ¿no?

—Auxiliar de vuelo.

—Sea lo que sea, tiene que ver con los aviones. Lo sé porque Aneta quería ser azafata y le pedía consejo sobre los cursos. Seguramente charlaba también con Melissa. Ella era amable, hablaba con todos los clientes.

—¿Puedes decirnos algo más sobre Baschenis? Cualquier dato puede resultarnos útil.

—Creo que ahora vive en Milán. Sé que es hijo de la farmacéutica de Suisio. La señora que tomaba el ADN con voluntarios, ¿sabéis quién es?

Piatti y Besana hacen un gesto afirmativo.

—Una mujer excelente —prosigue Abbas—, que siempre se ha preocupado

por los demás. Por los inmigrantes, por la gente mayor, por los parados, por los drogadictos, por los gatos y los perros.

—¿Es quizá un hijo adoptivo?

—Ah, eso no lo sé. —Abbas se encoge de hombros—. Para nosotros ese es el hijo de la farmacéutica y nada más.

—¿Recuerdas si estuvo aquí los días que se cometieron los crímenes?

—No, no me acuerdo. Lo siento. Puede que lo viera en los días de Navidad, pero no estoy seguro. Podría confundirme. Sé que tuvo un piso aquí, encima del de su madre. En fin, venía a menudo por la pizzería.

Piatti y Besana se van decepcionados.

—Si no es adoptado, nos hemos equivocado en todo —comenta Ilaria.

—Claro. Ella fue la primera en entregar su ADN. Los investigadores habrían reparado en el parentesco con el Sujeto Desconocido.

—Puede que también entregara un bastoncillo de su hijo, quién sabe.

—Como Giorgio no nos ayude, no podremos avanzar. Estamos haciendo un esfuerzo inútil.

—¿Has hablado con él?

—Sí, lo llamé ayer mismo. Pero no hay nada que hacer. Ya no nos escucha. Sigue repitiendo que el caso está resuelto y que nuestra hipótesis es inverosímil.

25 de enero

Las paredes violetas del centro de estética de Dana tienen mariposas y hadas pintadas, hay lentejuelas hasta en las sombras de ojos y en las lacas que llenan las estanterías. El olor a sándalo es casi más intenso que el del incienso que arde en la entrada. Desde que murió Perego, el centro lo lleva Concita, su socia cubana.

Piatti y Besana le enseñan la fotografía de Baschenis.

Concita asiente.

—Gabriele. Por supuesto. Un buen cliente. Se gastaba un montón en cremas, adelgazantes y antiarrugas. También le poníamos inyecciones de ácido hialurónico. Estaba obsesionado con su aspecto físico.

—¿Era cliente de Dana?

—De Dana, claro, quería que lo atendiera siempre ella. Cuando estaba aquí, venía hasta tres o cuatro veces por semana. Mandaba correos electrónicos desde el extranjero para reservar.

—¿Y ahora?

—El centro ha estado cerrado por luto. Volví a abrirlo ayer —responde Concita, encogiéndose de hombros—. Pero ¿por qué me preguntan por él? Era amable, educado. Buena gente.

—Sí, lo sabemos —contestan para no levantar sospechas—. Pero podría ser un testigo interesante.

—¿Un testigo?

—Todavía no podemos decir nada. Es más, le rogamos que no comente con

nadie esta conversación.

Ella asiente con firmeza.

—Sí, claro, claro. Soy una persona reservada, muy reservada.

—Bien. —Le sonríen.

Satisfechos de haber encontrado un punto de contacto con Perego, Piatti y Besana vuelven al automóvil.

—Conocía a Aneta, conocía a Melissa, conocía a Dana. Incluso a Rossella y a Bruno —dice Ilaria—. Demasiadas coincidencias, ¿no?

—Existe la presunción de inocencia, Piatti. Hay que ser cautos. Lamentablemente, nosotros no contamos con los medios de la policía. No podemos detenerlo por la calle ni hacerle la prueba de alcoholemia. Y aunque se la hiciéramos, de manera ilegal, tampoco dispondríamos de herramientas para analizar el ADN. Por otro lado, hay una coincidencia mucho más sólida.

—Como la madre de Melissa también lo reconozca, juro que me encadenó delante de la comisaría de Bérghamo —dice Ilaria.

—Tú no vas a encadenarte en ningún sitio —dice Besana—. En todo caso, vas a liberarte de tus cadenas. A ti no te han condenado a cadena perpetua.

Ilaria baja la mirada, ya no dice nada. Puede que Marco tenga razón.

Ahora, de todas formas, llega la parte más complicada, porque han quedado con la madre de Melissa. Doña Elsa volvió a trabajar en su panadería al día siguiente del funeral. Les cuenta eso mientras deja a cargo del mostrador a su ayudante bengalí y con un gesto indica a Piatti y Besana que la acompañen a la trastienda. Suben una escalera estrecha, entre paredes desconchadas, y aparecen en su casa, justo encima de la panadería. En el salón siguen las cosas de Melissa. Los libros de derecho sobre la mesa del comedor (el tablero está reluciente, lo que significa que los han apartado y vuelto a colocar donde estaban), el plumas y la bufanda de su hija están colgados en la entrada, hasta sus zapatillas están delante de la puerta, una al lado de la otra en el suelo

brillante (también las han apartado para fregar el suelo y luego las han vuelto a poner donde estaban, son implacables como un dolor).

Doña Elsa les ofrece unas galletas que ha hecho ella misma, y que Ilaria y Marco no pueden rechazar. También ha puesto en la nevera una botella de espumoso de mala calidad, y es que de vinos sabe poco, y que ellos — conmovidos, realmente conmovidos— por supuesto aceptan.

—Melissa hablaba muy bien de ustedes —dice.

Ilaria está a punto de echarse a llorar, de manera que es Besana quien lleva el timón. Él es quien le da las fotografías a doña Elsa, la cual se pone las gafas y las observa muy detenidamente antes de hablar.

—Pero si es el hijo de la señora Motta —dice.

—¿Melissa lo conocía?

—Aquí se conoce todo el mundo —responde ella—, pero ellos se habían visto hacía poco. Él la llevó en coche a Milán, Melissa tenía cita con una ginecóloga. Yo no entendía por qué quería dejar a la suya, con la que siempre había estado tan bien, e ir hasta allí. Pero no le pregunté nada, no quería entrometerme. Luego supe por la policía que mi hija había abortado y até cabos.

—¿Y cree que habló con Bachenis del aborto?

—No lo sé —contesta la madre—. Melissa era muy abierta, hablaba de sus cosas con mucha gente. Sí, es posible, a fin de cuentas coincidió con ella en un momento de debilidad. ¿Quién no necesita desahogarse cuando va a abortar?

Triste y cierto.

—¿Por qué cree usted que abortó? Abbas se habría quedado con el niño.

La madre de Melissa suspira.

—Abbas es un muchacho excelente. Él estaba convencido de que era suyo y nadie pondrá jamás en duda esa convicción. Sin embargo —hace una pausa—, tengo la sospecha de que Melissa se veía con otro hombre. A veces se

encerraba en su cuarto para responder al teléfono, y no hacía eso cuando llamaba Abbas. Y si le preguntaba quién era, cambiaba de tema. Yo lo que creo es que estaba enamorada de un hombre casado.

—¿Enamorada?

—Las madres saben ciertas cosas, aunque sus hijas no se las cuenten.

26 de enero

—El niño era tuyo, ¿verdad?

Giorgio se cubre los ojos con una mano, no dice nada.

—Descuida, somos amigos. Rosa nunca sabrá nada —continúa Besana.

—No puedes imaginarte lo difícil que ha sido ocultar este dolor. Y ocuparme del caso como si fuese una víctima igual a las otras.

—Podrías haber hablado conmigo.

Giorgio mueve despacio la cabeza. Está diciendo no a algo que lo sobrepasa, todo su cuerpo está diciendo no.

—No podía hablar con nadie. Era demasiado, demasiado. Es imposible que comprendas lo que sentí cuando llegué al escenario del crimen. Era como si ese cabrón me hubiese asesinado a mí. Y al mismo tiempo, como si la hubiese asesinado yo.

—Puede que lo hiciera adrede. Quería hacerte daño a ti.

—Sí, lo he pensado. Y lo conseguí. Estoy destrozado por ese sentimiento de culpa que él no experimenta. Jamás me libraré de eso. Me ha convertido en un asesino.

—Tú no eres un asesino.

—Lo importante no es lo que soy, sino cómo me siento ahora.

—No confundas tanto las cosas. Puede que el aborto también tenga que ver, estás mezclando los planos de forma irracional. No puedes permitirte ser irracional, no en una situación así.

—Tienes razón, pero la cabeza va por su lado.

—¿La decisión la tomasteis juntos?

—Sí. A lo mejor Melissa esperaba que yo dejase a mi familia, pero nunca me presionó. Hablábamos del asunto con tranquilidad. Quería decirle la verdad a Abbas, pero yo le aconsejé que no lo hiciera. Porque temía que él le contase a alguien lo nuestro. Fui un cobarde. Le encontré una ginecóloga de Milán, para que la gente del pueblo no murmurase.

—La discreción, ya.

—Es la soga de esta estúpida provincia. Lo único que podemos hacer es atárnosla al cuello y ahorcarnos con nuestros secretos.

Besana permanece un momento en silencio, golpetea el paquete de tabaco contra los bordes de la mesa.

—También lo ha reconocido la madre de Melissa. Baschenis la llevó a abortar a Milán. Por eso él lo sabía. Por eso ella, que no se fiaba de nadie, volvió a subir a su coche esa noche.

Giorgio pega un puñetazo a la mesa, tan fuerte que los nudillos le empiezan a sangrar.

—Déjalo ya, así solo consigues atormentarme más. Encima, lo de los gemelos no aparece en ninguna parte. Hemos ido al registro y no consta.

—Lo sé, también nosotros hemos estado allí. Pero alguien pudo hacer desaparecer el certificado, entonces no estaba todo digitalizado. Solo había que extraer un documento —dice con calma Besana.

—Tenemos el ADN de Bachenis. Nos lo entregó su madre, junto con todos los demás.

Marco baja la mirada. Se avergüenza. Se sienta y enciende un cigarrillo.

—Aquí no se puede fumar —dice Giorgio.

Besana se encoge de hombros.

—A lo mejor hacen bien en jubilarme. Ya no tengo la lucidez de antes.

—Es por este caso, que nos ha extenuado a todos —dice Giorgio.

Entonces se levanta y abre la ventana. «Bueno, que fume tranquilamente.»

—También quería avisarte de que Milesi se ha interesado por la declaración de una prostituta que afirma que tú intentaste estrangularla —dice Besana.

—¡Pero si eso es viejísimo y quedó resuelto! Se demostró que no podía ser verdad porque a esa hora yo estaba en otro sitio. Incluso hay testigos. Esa lo único que quería era vengarse porque había detenido a su chulo por trapicheo.

—Lo sé. Lo he comprobado.

—¿Que lo has comprobado? ¿No te fías de mí?

—Lo he comprobado para tener pruebas con las que desmentir a Milesi. Es la única manera de pararlo. Le haré entender que, si trata de joderte, yo lo joderé a él.

—Gracias.

—En Il Caminetto han colgado una foto en la que sales al fondo. Ve allí y haz que la quiten de la pared. Alguien podría verla, igual que la hemos visto nosotros.

—Fíjate, a ese restaurante fuimos una sola vez. Es mucho mejor el de Almè. Pruébalo con Ilaria.

—Te has formado una idea equivocada, solo somos colegas.

—Lástima. Esperaba otra cosa. Sería la mujer perfecta para ti.

—No es una mujer, es una niña.

—Procura no perderla también a ella, Marco.

—No la perderé.

27 de enero

Besana va corriendo a la comisaría, pero no a la de Bérgamo sino a la de Milán. Ha habido una redada delante del instituto de su hijo y han arrestado a un grupo de chicos por tráfico, Jacopo es uno de ellos. Por suerte, Marina sigue en Cuba.

Mientras sale del vagón del metro de un salto, habla por el móvil con un amigo abogado.

—Que quede claro, no quiero sacarle las castañas del fuego —dice—. Odio a esos padres que defienden a sus hijos a toda costa, hayan hecho lo que hayan hecho. Pagaré lo que tenga que pagar y sanseacabó, así aprende. No, no estoy nervioso. Estoy muy cabreado, es distinto. Me cago en la leche, me jodo la vida para desenmascarar a tipejos... —Se tropieza con una mujer—. Perdone, perdone. —Sube de dos en dos los escalones de la escalera mecánica—. El hachís me da igual, todos nos hemos fumado algún que otro porro, pero traficar ya es otra cosa. —Sale a la calle y se pone de nuevo a correr, jadea al teléfono—. No sé cuánto llevaba encima, pero no creo que fuera una dosis personal, de lo contrario no lo habrían arrestado. Por supuesto, trataré de calmarme, por supuesto. Me gustaría darle una buena paliza, pero me calmaré, claro, me calmaré.

Ya está en la puerta de la comisaría. Respira hondo. Se cruza con un colega, que le pone una mano en el hombro.

—Ya me he enterado, Marco, lo siento. Me han enviado para que escriba un artículo, pero, descuida, no mencionaré a tu hijo.

Besana, en vez de darle las gracias, se enfada todavía más.

—Menudo favor, sabes perfectamente que a los menores de edad no se les menciona en ningún caso —responde, y entra a toda prisa en el vestíbulo.

Jacopo lo está esperando con la cabeza gacha en el pasillo, sentado en un banco. Besana cierra un momento los ojos. No soporta verlo ahí. Un policía lo saluda y él le corresponde con un gesto sombrío. Se acerca despacio. Jacopo se vuelve hacia él y enseguida se pone de pie. Contiene el llanto a duras penas.

—Perdóname, papá.

Besana lo abraza con tanta energía que casi le hace daño.

—Eres un gilipollas.

Pero Jacopo no tiene antecedentes, de manera que por los condicionantes y demás —habían hecho la redada para que los chicos hablaran y detener a los peces gordos, no a ellos— esa misma noche queda en libertad.

Van en busca del coche y Besana lo lleva a su casa para que recoja un pijama y algo de ropa limpia, se quedará unos días con él en su estudio. Mientras su hijo hace la maleta, él lo espera abajo. No quiere subir y ver la ropa de Armando tirada en su cama o su ordenador en su despacho de paredes azules.

No ha previsto que Armando, muy preocupado, quiere hablar con él. De manera que ahora lo tiene ahí al lado. Ha bajado corriendo en cuanto se ha enterado de que estaba abajo.

—¿Por qué no has subido? Podía haberte ofrecido algo —dice tendiéndole la mano a través de la ventanilla bajada.

—¿Me estás invitando a mi casa? —Qué cara más dura. Besana esboza una sonrisa tensa—. Gracias, muy amable. Pero prefiero esperar a mi hijo aquí.

—Marina va a llamar por teléfono esta noche. ¿Qué debo decirle?

—Nada. Que a Jacopo le apetecía pasar unos días con su padre.

—¡Pero eso no se lo va a creer!

Besana querría bajarse del coche y atizarle un puñetazo. Partirle esa inútil nariz recta. Pero hoy es el día de la calma. Van a nombrarlo santo.

—¿Te parece más creíble que después de un día de mierda quiera estar con un gilipollas como tú?

Armando eleva los ojos hacia el cielo.

—Por favor, Marco, no discutamos hoy. Jacopo lo ha pasado muy mal.

A lo mejor sí que se baja del coche y le parte la cara. ¿Hace de padre afectuoso nada menos que delante de él?

—Dile a Marina lo que te salga de los huevos. Además, si me llama, no pienso contestar. Tendrás que arreglártelas tú con ella.

Armando menea la cabeza.

—Ella tiene razón, eres una bestia —dice.

Besana sonrío satisfecho. Prefiere ser una bestia a un hipócrita asqueroso como él. Se despide doblando cuatro dedos sobre la palma. «Adiós, guapo, date la vuelta y vete a casa (a mi casa).»

En ese momento llega Jacopo. Armando se le acerca para darle un beso, pero el chico se pone tenso y se aparta. Besana sonrío desde lejos. También Jacopo sonrío, pero solo a su padre, mientras abre la puerta del coche.

—Estoy contento —dice—. Por fin conoceré tu piso.

Besana suspira, pero con una alegría oculta en el pecho.

—Esta noche no te mereces mi palacio. Venga, dejémoslo estar. ¿Pizza?

27 de enero

Jacopo entra en el estudio de su padre y mira de un lado a otro con la frente arrugada. Besana no soporta ese gesto de decepción. Sabe muy bien que su estudio es horrible, pero verlo reflejado en los ojos de su hijo le resulta insoportable.

—No es más que un lugar transitorio —dice.

Jacopo no responde. Espera con la mochila en la mano.

—¿Dónde la dejo?

Besana se encoge de hombros.

—Donde te parezca.

Desconcertado, rebusca en el armario, entre sábanas desteñidas y viejas toallas desaparejadas.

—Oye, te advierto que el sofá cama es comodísimo. Piatti siempre duerme ahí.

—¿Así que estáis juntos?

—Que no, en ese caso dormiría conmigo. Las parejas normalmente no se acuestan en habitaciones separadas. Siempre que hagan algo. —Se ríe, un poco nervioso.

—¿Me la presentas?

—¿A quién? ¿A Piatti? Pero si es una colega, solo una colega.

—Si estáis siempre juntos. Incluso duerme aquí.

—Se quedó a dormir porque había un acosador que la seguía. Verás, teníamos miedo.

—Papá, hablas en plural.

—Joder, yo también tenía miedo, qué te crees. Me daba seguridad oírlo roncar al otro lado. Hay asesinos que no te dejan dormir tranquilo.

Jacopo menea la cabeza y sonríe con los labios cerrados. Luego le dice que necesita ir al cuarto de baño. Besana le señala la puerta. Se avergüenza un poco porque no ha limpiado. Aunque tampoco esperaba visitas. De todos modos, su hijo es hombre, sabe que la puntería falla. ¿Con qué cochinado se encontrará? Ahora que Marina no lo regaña, le dan igual las gotas que quedan en la tapa.

Pero Jacopo sale radiante del baño.

—Sigues teniendo la taza que te traje de Inglaterra.

—Claro. Ahí pongo los cepillos de dientes. Puede que el fondo tenga medio centímetro de pasta, pero eso sirve para que se sujeten bien los cepillos.

Jacopo se sirve un vaso de agua. Usa el vaso que está en el escurridor y abre la nevera como si lo hiciera siempre. Ya se mueve como si estuviera en su casa y Besana se siente un poco emocionado.

—¿Y la pizza?

—Tenemos dos posibilidades: salir o pedir que nos la traigan.

—Que nos la traigan. Me gusta estar aquí.

Mientras llama por teléfono, Besana le explica que conoce a un marroquí que habla napolitano y la hace riquísima.

—¿Y podemos comérsela sobre el cartón?

—Pues claro, ¿o acaso crees que tengo platos de pizza?

—Ya, me habría preocupado. Ah, cuánto echaba de menos la pizza en cartón. Armando es siempre tan puntilloso... Qué coñazo. Quiere que todo sea perfecto, una pena que él no sea perfecto.

Besana le pasa una cerveza, allí se bebe estrictamente a morro. Brindan.

—Gracias, papá.

—No he hecho nada. Si te hubieran encarcelado, te habría dejado allí, ¿qué te crees?

—Lo sé. Lo siento, papá. Lo hice porque me lo pidieron unos colegas. Yo nunca he vendido droga a nadie. Solo que había llegado mucha y les daba miedo llevarla toda encima. Así que la repartieron. No quería quedar como un gallina.

—Y entonces quedaste como un gilipollas. Felicidades.

Pero Besana sonrío, ya lo ha perdonado. Jacopo lo abraza de nuevo.

—Joder, cuánto te echaba de menos, papá.

28 de enero

Al día siguiente, Marco llama a Ilaria y le explica la situación. Luego llama al periódico y dice que no quiere que nadie lo moleste en todo el día. Quiere hacer algo estupendo con su hijo, aunque no sabe qué, pues no tiene mucha experiencia en cosas estupendas.

Podría llevarlo de excursión a un lago. ¿Son estupendos los lagos? Cuando él ha ido a un lago siempre ha sido por motivos espantosos, por una chica hallada en el fondo de uno o porque los buzos buscaban a un hombre en otro. Mejor el mar. Un buen paseo hasta Liguria. La última vez que estuvo allí fue por un cadáver en la playa. No, desde luego, para contemplar el horizonte desde una ensenada. A lo mejor ha llegado el momento de intentarlo.

—¿Quieres que nos vayamos a Portovenere a comer una pasta al pesto?

—¡Guay! Te juro que haré que me arresten todos los días. En realidad, a ti te gustan los malos.

—Mira que eres imbécil.

En el coche, Jacopo habla mucho sobre Armando, ya no lo soporta. Besana no se imaginaba que su hijo pudiese ser tan locuaz. Está encantado de que se desahogue con él. Se siente honrado.

—¿Y mamá qué dice?

—A ella también le parece que es un pesado. Para mí que ya no está enamorada. De hecho, se ha ido a Cuba con sus amigas. Hace un año no habría hecho eso.

—¿Por qué no se busca a otro?

—Porque él no se marcha. Alguna vez, cuando discuten, le dice que se vaya. Pero él no se mueve de casa. Si la cosa se pone seria, se encierra en su despacho.

—En mi despacho —precisa Besana.

—Pues sí. No sabes cuánto me cabrea.

Este día está siendo la gran revancha de Besana. Hasta el sol está de su parte. Pasean por el pueblo, compran una *focaccia* caliente y trepan por unas rocas para comérsela delante de la Bahía de los Poetas, rodeados de gaviotas. Besana mira el mar, satisfecho.

—En el fondo, no sirve solo para sacar cadáveres —dice, inspirado.

Jacopo rompe a reír.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti.

—Llévame siempre contigo.

—A Bérghamo más vale que no vayas.

—Pero ya lo han cogido, tú tampoco tienes que volver.

Besana enciende un cigarrillo y le cuenta todas sus dudas, la pista que han seguido Ilaria y él y cómo la ha desmontado Giorgio. Jacopo lo escucha fascinado.

—Ahora, sin eso, ¿qué vas a hacer?

—¿Te refieres a ese cabrón?

—No, a tu trabajo.

—Puf, no lo sé.

Pero Besana no quiere enfadarse precisamente hoy, así que se incorpora.

—Vamos a darnos un atracón de pasta al pesto —dice.

—Y de mejillones. Me muero de ganas de comer mejillones —dice su hijo.

—Todo lo que quieras. Hoy voy a mimarte. Los malos me gustan, tienes razón. Sobre todo los piltrafillas como tú.

29 de enero

—¿Una táser? —le pregunta Besana a Giorgio.

—Sí, la encontró un labrador. Vio que sobresalía de la nieve algo amarillo, creyó que era un juguete y se puso a escarbar con las patas. Luego le llevó a su amo la pistola en vez de devolverle el frisbee.

—¿Y dónde?

—En los bosques que bordean el Adda, muy cerca de donde se encontró el cuerpo de Aneta.

—Nos imaginábamos que las aturdió de algún modo, pero no pensamos en una táser. No sale en la autopsia.

—Porque hubo discrepancias entre los médicos forenses. En efecto, Aneta tenía una quemadura en la nuca, pero no se pusieron de acuerdo. Uno habló del posible uso de una táser, pero los otros decían que era una quemadura de cigarrillo. En cualquier caso, nosotros no encontramos nada. La pistola estaba enterrada.

—¿También a Dana y a Melissa las dejó sin sentido con la táser?

—No. En el cráneo de Dana se ha hallado una equimosis. Por tanto, primero la golpeó con un objeto contundente y luego la estranguló. En cuanto a Melissa...

—Giorgio, si te cuesta mucho, déjalo. Te aseguro que lo entiendo.

—Es difícil, sí. En cualquier caso, había signos de lucha. Por desgracia, estaba consciente. Intentó defenderse.

Silencio.

—De todos modos, la táser exculpa a Vimercati. Hoy sale de la cárcel.

—¿Y por qué?

—Porque el arma tiene incorporada una memoria que ha registrado la fecha y la hora en la que se usó. El ocho de diciembre, a las diez y treinta y siete minutos de la noche. Justo en ese momento Vimercati paró en un cajero automático. Fue grabado por las cámaras de vigilancia y en el extracto de su cuenta consta que sacó dinero. Nosotros conocíamos ese vídeo, pero no la hora exacta del crimen. Podría haberse cometido después. Y hay más.

—¿A saber?

—Algo que deja bien jodido a Bresciani. Los movimientos de su tarjeta de crédito revelan que repostó en algún sitio justo media hora antes.

—Si fuese culpable, sería un auténtico idiota. Es evidente que la tarjeta de crédito deja huellas.

—¿Es culpable, Marco! ¿Quieres dejarlo ya?

—Vale. ¿Y sabemos de dónde sale la pistola?

—Probablemente se compró por internet, en Italia están prohibidas. Estamos tratando de encontrar al dueño, pero es muy difícil. No tenía huellas y ha estado expuesta a los agentes atmosféricos mucho tiempo. Solo hay restos de saliva del perro.

Besana se marcha pensando en Giulia, quien pronto verá a su marido. ¿Volverán a cruzarse insultos en los post-its? De vez en cuando revaloriza el infierno de su matrimonio.

Jacopo lo está esperando en el coche. Al final, se lo ha llevado a Bérgamo. Hay que empezar por los sitios para entender a los hombres.

—¿Y? ¿Han encontrado otro cadáver, papá?

—No, una táser.

—¿Qué es una táser?

Besana se vuelve hacia él y le sonrío. Empieza a sentir curiosidad por su

mundo, el chico.

29 de enero

Besana deja a Jacopo en el estudio y luego va al piso de Ilaria. Quiere contarle lo de la tásar y puede que más cosas. Por ejemplo, que ha estado estupendamente con su hijo. Lo malo es que Marina ya ha vuelto y la dicha se ha terminado, aunque seguramente entre ellos haya cambiado algo.

Ilaria ha preparado la cena. Ha intentado hacer pasta con pimienta negra y queso parmesano. Espantosa. Los platos que parecen más sencillos, en realidad son los más difíciles. Lleva a la mesa un bloque apelmazado, es evidente que no ha empapado el queso en el agua de cocción. Besana intenta enrollar un poco con el tenedor y levanta todos los espaguetis del plato.

—¿Te gusta?

—Me encanta la cocina romana —responde Besana con una sonrisa amable.

—No entiendo cómo se consigue hacer esa crema...

—Da igual, de todos modos está riquísima.

Durante la cena, Ilaria sigue defendiendo su hipótesis. Está decepcionada con Giorgio, por su negativa.

—Puede que no haya sido Baschenis, a lo mejor estamos equivocados. Sin embargo...

—Sin embargo tienen su ADN, Piatti. Y no coincide. No tienen una puta mierda, ya está.

—De acuerdo. Sin embargo, sin embargo... —Cuando está insegura se repite, balbucea—. Sin embargo, puede que Friendly Jet tenga algo que ver.

Aneta quería ser azafata de vuelo, Bruno dice que vio al asesino en el aeropuerto, Gloria coincidió con el otro gemelo en un vuelo.

—¿Y? Un montón de gente viaja.

—Marco, ¿y tu idea sobre los crímenes anteriores? ¿Cuando pensabas que había empezado a matar en el extranjero?

—Eso no significa necesariamente que tenga que ser un piloto o un auxiliar de vuelo.

—Lo sé, lo sé, pero hablaba de otra cosa. El mundo es grande, decíamos. Nuestro problema era ese, ¿no? ¿Dónde podríamos buscar? Pero ahora hay una forma —dice Ilaria.

—No te sigo —reconoce Besana.

—Podríamos delimitar las rutas de Friendly Jet con salidas desde Orio al Serio. ¿Hay vuelos desde Orio a Malindi? Bien, comprobaremos si por casualidad en los últimos años se han cometido crímenes de esa clase en Malindi. Y si encontramos algo, intentaremos reconstruir quién estaba en ese momento. Solo hay que pedírselo a Rocco.

—Ah, claro. Tu Rocco —le dice guiñándole un ojo.

Se ponen manos a la obra, él en su portátil y ella en su tableta.

—Oye, mira lo que he encontrado —le grita Ilaria a Besana, que está trajinando en la cocina para descorchar la segunda botella de tinto—. ¿En Tailandia el canibalismo no es punible?

—¿Y? —Besana huele el corcho. Luego sirve un poco de vino en el vaso y lo prueba.

—La noticia es de 2005 y procede de una aldea del noreste de Tailandia. Un tal Sakorn Piengphon, de cincuenta años, es sorprendido cuando se está comiendo un cadáver. Había habido una cremación, los familiares habían ido a recoger las cenizas y vieron a Sakorn devorando los órganos del fallecido. El horno crematorio funcionaba mal. Se montó un lío, llamaron a la policía, pero

enseguida dejaron al hombre en libertad, sin juicio. Entonces en Tailandia faltaba una ley que castigase el canibalismo. Y pensar que ese fulano ya había estado en la cárcel por haber matado a su madre.

—¿Qué nos importa eso, Piatti? ¿No hay nada más relevante para nuestro caso?

Besana enciende un cigarrillo y toma un trago del Barbera.

—Esta es de Rusia, de febrero de 2009. Dos jóvenes de San Petersburgo son arrestados, acusados de homicidio y canibalismo. Según los investigadores, ambos, pertenecientes a sectas distintas, ahogaron a una chica de diecisiete años en una bañera y la descuartizaron para luego comerse el cuerpo. La cabeza la tiraron a un contenedor de basura. Uno de ellos era guitarrista de un grupo de rock y la víctima era fan suya.

—Bah, los detuvieron, todo quedó aclarado. Además, son rusos, Piatti. Nuestro asesino es de aquí. Pasemos a otro.

—¿Y qué me dices de la italiana que fue hallada en el mar de Sharm el-Sheij en 2011? Tenía marcas de mordiscos en varias partes del cuerpo. Ay, no, espera, no lo había leído todo: fueron unas barracudas.

—Haz el favor.

—Oye, muévete tú también. Solo fumas y bebes. Todo el trabajo lo estoy haciendo yo.

—Yo superviso desde arriba.

—Ah, gracias. No sé qué haría sin ti.

—¿De Kenia no hay nada? Esa es una ruta que hacen mucho los italianos.

—Cruzando Kenia con canibalismo no sale nada. No, espera. En 2003, un fulano le cortó la cabeza a su sobrino de un año con un machete, luego puso a hervir el cuerpo en una olla enorme y se sentó a esperar a que «la sopa estuviese lista». Palabras tuyas. Se libró del linchamiento por los pelos.

Según parece, lo hizo para castigar a su hermana, que había abandonado a su marido.

Piatti sigue escribiendo en Google nombres de países y de ciudades.

—Ah, esta llega de Estambul y es más reciente, febrero de 2013: una turista estadounidense, casada, con tres hijos pequeños que deja en Nueva York con su marido. Viajaba sola, tomaba fotografías y dormía en albergues. La encontraron detrás de las antiguas murallas de la ciudad, cerca del puente de Gálata. Estrangulada, con una herida profunda en el abdomen. Solo le robaron el móvil y el iPad. Una madre que descuidaba a sus hijos, asesinada de un modo misterioso.

—Mándame el link.

Besana se pone las gafas y empieza a leer.

—Sí, pero no hay pintadas con sangre, ni alfileres, ni huellas de canibalismo. Y la prensa turca insinúa que era una espía. Estamos perdiendo el tiempo.

—Bueno, tenemos al asesino en serie de Kiev: ya cuenta con cinco víctimas, que ha acuchillado o asfixiado. Y es sospechoso de al menos ciento veinte agresiones sexuales, sobre todo a mujeres mayores. Pero ahora está en la cárcel.

—Piatti, nos estamos metiendo en un horror gratuito que no nos conduce a nada.

En ese momento suena el móvil de Besana. Mira la pantalla y no se mueve.

—Anda, responde —dice Ilaria—. Total, no eres de gran ayuda.

—No, no me apetece. Es Marina.

Ilaria se vuelve y le sonrío.

—Así me gusta —le dice.

30 de enero

Needles. Calf. A medianoche deciden extender la búsqueda a las páginas en inglés, cruzando dos palabras clave: «agujas» y «pantorrilla».

Uno de los primeros resultados de Google es el vídeo de una drag queen estadounidense llamada Needles que hace campaña en contra de las dietas basadas en carne: salpicaduras de sangre en la cara, una mano amputada dentro del escote, hace como si devorase extremidades humanas. «Si la idea de comer el brazo o la pierna de un semejante os horroriza, ¿por qué no os hacéis vegetarianos? ¿Qué diferencia hay entre un muslo tuyo y el de un ternero?», dice en el vídeo.

—Anda, olvidaba que *calf* en inglés significa dos cosas: «pantorrilla» y también «ternero» —resopla Piatti. Ya están demasiado cansados para que les parezca gracioso el equívoco.

—Busca en español —dice Besana.

Ilaria teclea en la barra de Google. Navega un rato por «tacones de aguja», «tatuajes en las piernas» y «consejos para las piernas varicosas». Solo después de unas decenas de páginas web, cuando ya casi no aguanta el ardor en los ojos, la mirada de Piatti se detiene en un artículo del *Diario de Yucatán*. Es de enero de 2010. Una joven instructora de windsurf asesinada en la playa, cerca del Club Méditerranée. Estrangulada con una cuerda, cortes y mordiscos en varias partes del cuerpo. También aquí el asesino ha tratado de arrancarle la pantorrilla, pero quizá algo se lo impidió y tuvo que huir, dejando el arma, un cuchillo de submarinismo, en la arena. Y la prensa mexicana cuenta que la

mujer, de veinticinco años, natural de Belice, era madre soltera de un niño que había dado en adopción.

—Mira lo que he encontrado. El *modus operandi* es muy parecido, solo faltan los alfileres.

Besana lee con atención.

—No hay por qué suponer que empezó a imitar a Verzeni enseguida. Puede que la idea, como dice Grace, se le ocurriera después para llamar la atención de la prensa. Concentrémonos únicamente en el canibalismo. Y en las malas madres.

—De acuerdo.

Siguen pasando pantallas en el buscador, hasta que Besana pone la mano sobre la de Ilaria, para detenerla.

—¡Alto! ¿Puedes retroceder un poco? ¿A esa noticia de Bali?

—¿Bali? Ah, sí, aquí está. Agosto de 2012. «Maid Murdered in a Bali Hotel: A Case of Cannibalism?» La encontraron en el semisótano, junto a la lavandería. Estrangulada, un corte profundo en el abdomen y, joder, tenías razón: el asesino la mordió en varios sitios cuando ya estaba muerta, según la policía.

—Veamos quién era.

—Treinta y seis años, dos niños, separada del marido, había dejado a sus hijos en Yakarta con sus padres ya mayores para ir a trabajar a Bali.

Piatti mira fijamente la pantalla del ordenador, perpleja, casi conteniendo la respiración.

—¡Van dos! Todo coincide, incluso la elección de la víctima: otra madre desnaturalizada.

—No sabemos si se resolvió el caso. Comprobémoslo —dice Besana.

Pero no encuentran más noticias en la prensa, ni en los años siguientes. Total oscuridad.

—Nada, no hay absolutamente nada —dice Ilaria.

—La víctima no era más que una camarera indonesia, ¿a quién iba a importarle? La policía no habrá hecho casi nada. Podría ser una pista.

—¿Y si miramos en otro idioma más? ¿Qué me dices del ruso? Podría llamar a Sergio, otro excompañero de la universidad. Es traductor. Pidámosle que nos ayude con las búsquedas en las páginas de Europa del Este. Nunca se sabe.

—¿Él también haría cualquier cosa por ti?

—Mejor no te respondo, Marco. Prefiero seguir trabajando.

—No, hagamos una pausa, por favor. Estoy molido.

Besana se tumba un momento en el sofá y enseguida se queda dormido. Ronca con fuerza. Pero poco después lo despierta el móvil de Ilaria. Se incorpora de golpe y mira a su alrededor con los ojos medio cerrados, bostezando.

—Era Sergio —dice ella.

—¿Ha encontrado algo?

—Sí. Abril de 2013, masajista rusa asesinada en San Petersburgo. Muerta por estrangulamiento. Marcas de canibalismo en el cadáver. Interesante.

—A lo mejor lo tenemos.

—Pidámosle a Rocco que busque en el sistema de Friendly Jet las fechas de estos crímenes. Sería importante saber si algún auxiliar de vuelo, piloto o pasajero estaba en San Petersburgo, en Bali y en Yucatán coincidiendo con los asesinatos.

—Pero mañana por la mañana. Ya es tarde.

—Tienes razón, a veces pierdo la noción del tiempo —comenta Ilaria, frotándose los ojos—. Vayámonos a la cama.

30 de enero

Besana se despierta sobresaltado, está sonando su móvil. Cuando abre los ojos, se da cuenta de que ha dormido en el piso de Ilaria. Vestido, en el sofá. La llamada es de Cristina. Mierda, olvidó por completo que había quedado en ir a cenar a su casa.

—No te lo he cogido en casa porque he dormido fuera —masculla—, pero no es lo que piensas. Me quedé tieso en el sofá de Piatti. Sí, lo siento, me olvidé por completo de tu invitación. Este caso me tiene tan absorbido que... No, no te estoy tomando el pelo. ¿Yo? Pero ¿de qué hablas? Sé que he metido la pata, pero no te pases. Oye, ¿no teníamos una relación libre? Claro. De todos modos, no estoy saliendo con ella. Me quedé dormido en su sofá, solo eso.

En ese momento entra Ilaria en el salón con un turbante en la cabeza porque acaba de lavarse el pelo. Besana tira el móvil al sofá y se levanta.

—Qué coñazo —rezonga.

—¿Algún problema?

—No. Solo una escena que me ha montado Cristina porque ayer la dejé plantada. No lo hice adrede, me olvidé de que tenía que cenar en su casa. Y luego nos pusimos a hacer esas búsquedas.

—Oye, no me eches la culpa a mí. —Ilaria se frota el pelo húmedo, con la cabeza inclinada hacia un hombro—. ¿Está enfadada porque cree que tú y yo nos acostamos?

—También —reconoce Besana, sin mirarla a los ojos.

—Qué idea tan absurda. —Ilaria rompe a reír.

—¿Por qué? Tampoco soy tan feo. —Besana está casi ofendido.

—No, claro que no. —Ilaria trata de rectificar—. Tienes tu encanto. Solo quería decir que no hay nada entre nosotros.

Besana refunfuña algo, ligeramente herido en su amor propio.

—De todos modos, tenemos que irnos —añade Ilaria—. Rocco me ha dicho que tiene a la policía encima. No puede hablar por teléfono.

—Deja al menos que me lave la cara. —Entonces la mira.

—Ah, ya, todavía tengo el pelo mojado. —Y desaparece en el cuarto de baño.

En este lado de la puerta se oye el ruido del secador. Besana sonríe para sí. Siente una especie de satisfacción, pero no sabe por qué motivo.

Durante todo el trayecto en coche no cruzan una sola palabra. Escuchan música, un poco incómodos.

Rocco, siempre flemático, arrastrando los pies, abre la puerta. Tiene una joroba incipiente que lo obliga a tener el cuello un poco doblado, a la manera de una tortuga, postura que le da un aire de resignación incluso cuando está eufórico. Pero sus ojos brillan.

—Había encontrado una puerta trasera para acceder al sistema y piratear el programa, pero su IDS me ha identificado como un acceso no autorizado: así que he tenido que aprovechar otro *bug* para sortear el *firewall*.

Besana lo mira, no ha entendido un carajo.

—Venid, venid.

Rocco los invita a sentarse en las sillas plegables que hay detrás de la puerta, para no ocupar sitio. El gato, que huele a cebolla, se va irritado de la mesa. Rocco señala la pantalla del ordenador.

—He cruzado los datos de los homicidios con las rutas y las listas del

personal de a bordo. Solo una persona se encontraba en San Petersburgo, en Yucatán y en Bali cuando fueron cometidos esos asesinatos.

Estira un brazo para tocar el teclado. Con un clic se abre una ventana y aparece un rostro.

—Gabriele Baschenis, auxiliar de vuelo —dice.

Ilaria y Marco se miran.

—¿Has comprobado si estaba en Italia durante los asesinatos?

Rocco asiente, tiene una misteriosa sonrisa en los labios cerrados.

—Por supuesto.

—¿Y?

—Estaba. Cuando se cometieron los cuatro asesinatos.

31 de enero

—Marco, ¿andas por aquí? Necesito hablar contigo.

La voz de Rosa suena angustiada, así que Besana se preocupa. ¿Se ha enterado de lo de Melissa? ¿Giorgio le ha confesado todo? Para no traicionar a su amigo, está a la defensiva. Puede que sea una trampa. ¿Rosa ha intuido algo y quiere que él se lo confirme?

—No tenía pensado ir a Bérghamo, últimamente he ido demasiado, pero si es por algo importante...

—Sí, es importante. Mi hermana ha dejado a Armando.

De entrada, Besana se siente aliviado; luego reacciona. No, no está en absoluto aliviado. Significa que Marina tratará de volver a su vida, porque ella es así, no sabe estar sola. ¿Por qué extraño sentimiento de culpa está dispuesto a aceptar que los demás entren y salgan de su vida sin pedirle nunca permiso?

—¿Y por qué? —pregunta.

—Porque ha descubierto que tiene una relación con otra desde hace un año.

—¿Una becaria?

Con la ironía, Besana suele ser autodestructivo.

—No es para tomárselo a broma, Marco. Mi hermana está hundida. Imagínate que la llevaba a su casa.

—A mi casa, querrás decir —puntualiza Besana, que no cede. Cuando toma una senda peligrosa, siente el deseo irrefrenable de llegar hasta el final—. De

modo que también la novia de Armando usa mi cama. Los tres. Menos mal que esa cama nunca me gustó. Marina eligió un modelo demasiado barroco.

—No remuevas estupideces.

—Oye, que no era una estupidez. ¿Por qué tenía que obligarme a dormir en una cama que no me gustaba? El sueño es una parte muy importante de la vida de un individuo. Tanto como otras actividades que se llevan a cabo en ese lugar, a ser posible entre dos. Pero resulta que la cama la eligió ella solita. Le pedí que me esperara. Pero no, no pudo esperarme, parecía que era lo más urgente del mundo.

—Tú estabas siempre en el trabajo —replica Rosa, dolida.

—Siempre no. Podía esperar a que yo tuviese un día libre. Yo sabía que esa cama de mierda era una de sus mayores prioridades. Pero creía que yo también me contaba entre sus prioridades. Se lo merece. La cama me ha vengado.

—Le aconsejaré a Marina que no te llame. —Ahora Rosa está enfadada.

—Gracias —dice Besana con una sonrisa—. Excelente consejo.

1 de febrero

—Estupendo, estupendo —dice Besana mientras camina de un lado a otro por la acera de la entrada al periódico—. Gracias, abogado, gracias.

En cuanto cuelga, le manda un mensaje a Piatti diciéndole que hay novedades y que se reúna con él en la redacción.

En el ascensor coincide con Milesi.

—Dichosos los ojos —dice.

—Maestro, te leo siempre —responde irónico Milesi, con una inclinación insolente.

—Y yo te veo siempre en televisión. ¿Todavía escribes?

Menos mal que ya han llegado a la planta.

—Por favor, después de usted. —Milesi le cede el paso como se hace con la gente mayor o con las damas.

Besana saluda a un par de colegas, luego se sienta a su mesa. Se nota que la usa poco: está llena de fajos de cartas y hay un periódico desplegado de hace dos semanas. Abre el cajón para cerciorarse de que nadie se ha bebido su whisky, que tiene una marca con rotulador.

Media hora después, llega Ilaria con una chaquetilla de piel sintética de jaguar que combina muy mal con una camisa floreada y unas deportivas amarillas fosforescentes. En las mesas cercanas las colegas murmuran: «Qué mal se viste». Besana suspira, las típicas idiotas que solo le dan importancia al aspecto.

—Aquí estoy, aquí estoy —dice Ilaria, jadeando—. Perdona, perdona, me

he equivocado de autobús.

—Vamos al bar, ya estoy cansado de este sitio. —Marco coge su abrigo—. Adiós a todos.

Ilaria lo sigue hasta el ascensor, Besana camina con la rapidez de alguien impaciente por marcharse.

—Pero ¿no acababas de llegar?

—Necesito poco para hartarme de ellos.

—¿Hay novedades?

—Ha llamado el abogado Formisano.

—¿Le has preguntado por qué ha comprado esos retratos de Verzeni?

—Dice que se ha aficionado al personaje, pero te lo contaré todo en cuanto salgamos de aquí.

Cuando le sirven su Spritz, Besana levanta la copa.

—Podemos brindar, Plasta. El ADN de Gloria Speroni confirma que es la madre de Ernesto Bresciani.

—¡Joder! ¡Joder! Entonces existe un gemelo.

—¿Te he enseñado yo a hablar tan mal?

—Por supuesto, pero no a escribir bien. —Le saca la lengua.

—Todo nos conduce a Baschenis, lo único que no encaja es el ADN.

—Oye, ayudaba a su madre a recoger muestras. Pudo entregar la de otra persona con su nombre. Eso era facilísimo para él —dice Ilaria.

—Tienes razón —reconoce Marco—. Sí, es verosímil. Por eso no le preocupaba dejar rastros biológicos. Sabía que su madre iniciaría una campaña de voluntariado. Puede que él mismo la animara a recoger muestras. Ya había pensado en todo.

—Tenemos que conseguir su ADN sin que se dé cuenta —dice Ilaria.

—A ver, para —dice Besana.

—Necesitamos una excusa para que nos dejen entrar en la casa de su madre.

—Piatti, ¿estás loca? Se enteraría de todo. ¿Quieres que te decapite?

—Espera, se me ocurre algo. —Ilaria mira alrededor para comprobar que nadie los escucha.

—Veamos.

—Pidámosle a Rocco que averigüe cuál es el próximo vuelo que tiene programado.

—¿Y luego?

—Luego yo iré en ese vuelo y me inventaré algo.

—¿Y si te reconoce?

—Solo te vio a ti aquel día en la farmacia. Y no hay fotos mías en la red. No he colgado ninguna. Nunca he ido a la televisión. Tú apareces, yo todavía no. Y esa es una gran ventaja.

—Puede que te haya visto en algún sitio, tú qué sabes.

—¿Y? ¿Es que no puedo viajar en avión?

—Es demasiado peligroso. No estoy de acuerdo.

—Déjame a mí.

—Ni hablar del asunto.

2 de febrero

—Sí, pero ¿qué laboratorio ha hecho los análisis? —pregunta Giorgio.

Besana le tiende el sobre con los resultados. Ilaria, conteniendo la respiración, espera que Giorgio lo abra, como si fuera un sorteo o la final de un concurso.

—¿Genolab? Son pésimos. —Giorgio menea la cabeza—. Todo lo que les hemos encargado lo han hecho mal. No son fiables.

—Formisano nos dijo que eran los mejores de la zona.

—Menudo elemento. Ha estado a punto de ser expulsado del colegio de abogados en más de una ocasión.

—¿Por qué?

—Una vez porque presentó documentos falsos para conseguir el aplazamiento de una audiencia por impedimento legal, y otra porque pocos días antes del juicio había citado en su despacho a dos testigos de la acusación, a los que convenció para que modificaran las declaraciones que habían hecho a los carabineros. Concurso de falso testimonio, un asunto serio. Puede que no os hayáis dado cuenta de con quién estáis tratando. No me sorprendería que le haya pedido al laboratorio que le entregue los resultados que él quería.

—Mierda —dice Besana.

Pero Piatti no se rinde.

—¿Por qué no mandas que los repitan?

Giorgio respira hondo, para no impacientarse. Cierra lentamente el sobre y

se lo devuelve. Luego empieza a mecerse en la silla, apoyándose en las patas.

—Dejemos esto zanjado de una vez por todas, ¿de acuerdo? Hay un par de cosas sobre Bresciani que a lo mejor os hacen ver las cosas con claridad. En primer lugar —levanta el pulgar—, tenemos una llamada que interceptamos a su mujer en la que habla con su hermana y reconoce que Bresciani le ha pedido que le proporcione una coartada falsa. Porque él, la noche del asesinato de Melissa, no estaba en su casa. Es más, discutieron porque había vuelto tarde. En segundo lugar —levanta el pulgar y el índice como si apuntara con una pistola—, el camarero de un restaurante asegura que lo había visto con Dana. Sabemos que a los testigos hay que cogerlos con pinzas, puede que la viera en televisión y se sugestionara, pero el caso es que eso es lo que ha dicho. En tercer lugar —levanta también el dedo medio—, un compañero de caza nos ha hablado de su sadismo con los animales. ¿Conocéis la famosa tríada de los asesinos en serie?

—Sí, claro —resopla Besana—, sadismo con los animales, piromanía y enuresis nocturna. ¿Bresciani tiene problemas de próstata?

—Marco, no cambias. ¿Te parece normal que con catorce años alguien prenda fuego al garaje de sus padres, con dos coches dentro, porque no le compran una moto? Después, su familia lo encubrió para que no acabara mal. Pero mientras ha demostrado cierta predisposición al crimen.

—Anda, que la tríada no hay que tomarla al pie de la letra. De todos modos, no es una prueba. Puede que desde entonces haya madurado.

—¿Madurado? ¿Y el maltrato a su propia mujer?

—No sabía nada —reconoce Besana.

—Ya, son cosas que no te cuenta Formisano —dice Giorgio—. Lo interrogamos hace dos días. La pegaba, por eso se separaron.

—¿Y qué dice su actual mujer?

—Lo defiende, por ahora —suspira—. Como sabes, no es fácil reconocer

ciertas relaciones, sobre todo si hay una hija pequeña de por medio. Pero hemos sabido que ha estado en el ambulatorio hace poco. Dijo que se había resbalado en la bañera.

Ilaria le da un codazo a Besana.

—Anda, háblale de esos crímenes en el extranjero que hemos encontrado.

Pero Giorgio ya se ha puesto de pie.

—Chicos, ya basta. No tengo tiempo que perder, en serio. Ya hablaremos cuando haya novedades. —Los mira a los ojos—. De los investigadores.

3 de febrero

Llaman a Besana del periódico. Uno de los subdirectores ha dimitido por discrepancias con Cannistrà, así que ha sido convocada una asamblea extraordinaria de la redacción. Con carácter de urgencia. El sindicato de periodistas lleva meses lanzando avisos sobre el descenso de las ventas, el grupo editorial está en números rojos desde hace bastante tiempo. Muchos reclaman una moción de censura al director.

Mientras los otros periodistas hablan a gritos al micrófono y se insultan entre ellos, Besana bosteza. Lo aburren sobremanera esas cosas.

La discusión continúa toda la tarde. A eso de las siete, alguien llama a la puerta. Piatti, que no sabe lo que está ocurriendo y cree que se trata de una reunión como muchas otras, se asoma con una sonrisa. Todos se giran y la miran mal.

—Perdonad, perdonad, solo quiero hablar un momento con Besana.

Marco, abochornado, se pone de pie y sale a toda prisa al pasillo.

—Joder, ¿es que no te han dicho que todo está a punto de saltar por los aires? ¿Qué haces aquí?

—Perdona, perdona —balbucea—, no lo sabía, yo creía...

—Cuéntamelo rápido, que tengo que regresar para votar.

Ilaria busca algo en su bolso y saca un papel arrugado.

—¿Qué es eso?

—Mi tarjeta de embarque para Kiev.

Marco se pone colorado por la ira.

—Ya hablaremos en cuanto salga de aquí —dice furioso—. Tú no irás a ninguna parte.

Y vuelve a entrar, dando un portazo.

3 de febrero

Es la noche previa al viaje e Ilaria pone el despertador en el móvil. Lleva el pijama con la solemnidad con la que otros llevan el uniforme. «Mañana le veré la cara.» No puede imaginarse la sensación que va a experimentar. ¿Será miedo? Quizá, pero ahora prevalece la curiosidad. En el fondo, es una frontera de lo humano. A este lado están todos; al otro, ellos. A saber si se sienten solos. Es una frontera de la que no se vuelve y tiene que ser terrible saberlo. Son personas que jamás podrán ser como los demás. Es una necesidad tan profunda la de sentirse como los demás... ¿Cómo puede renunciarse a eso para siempre?

Se pregunta si habrá algún contacto físico. Podría tocarla por error, para ayudarla a colocar la maleta en el portaequipaje o al entregarle un vaso. ¿Cómo reaccionará su piel al contacto con la piel de un asesino? No lo sabe. No ha vuelto a tocar a su padre, después. ¿Y si no siente nada?

Se mete en la cama y se tapa hasta las orejas, pero todavía no quiere apagar la luz. Puede que deje la lamparilla encendida. Le da más miedo la oscuridad que lo tenebroso. Porque la oscuridad la conoce, lo tenebroso todavía no. Siempre se le ha escapado, incluso cuando convivía con ello.

¿Tendrá una mirada impenetrable o triste? ¿Será amable o distante? ¿Y cómo va a mirarlo ella? Esa pregunta la asusta. ¿Hay que odiar a los asesinos o compadecerlos? ¿Quién es ella ante el mal? Antes no era nada más que una víctima. Ahora no. Se ha convertido en alguien que quiere contarlo. Pero ¿debe hacerlo desde fuera o desde dentro? ¿Y hasta qué punto desde dentro?

Le gustaría llamar a Besana para preguntarle cómo se mira a los ojos a un asesino. Pero no puede, después de sus gritos le prometió que no se iría. Además, por raro que parezca, esta noche no se siente sola. Se siente muy segura de sí misma. Sabe que mañana madurará.

4 de febrero

En la puerta de embarque para Kiev, Ilaria está nerviosa. Desplaza continuamente las gafas a lo largo de su nariz, como si moviéndolas fueran a taparla más. Pese a que dentro del aeropuerto hace calor, lleva un gorro con visera bien calado en la frente y una bufanda enrollada hasta la barbilla. Él no está. Seguramente ya ha subido al avión.

Recorre el finger a grandes zancadas, sin levantar la cabeza. Entonces lo ve. Está ahí, delante de la puerta del avión. Aún le quedan unos pasos. Pero, sea como sea, quiere llegar hasta el final. Respira profundamente. Solo hay que mover las piernas y mantener la cabeza firme.

Ahora está frente a él. Tiene que entregarle la tarjeta de embarque, pero no puede porque le tiemblan las manos. Quisiera mirarlo, pero no lo consigue. Le preocupa ese temblor, no contaba con él. Esconde las manos en los bolsillos. Espera que no le pida que saque la tarjeta.

—Bienvenida a bordo. ¿Su asiento?

Dios, le ha hablado. Ha oído su voz.

—18 A—susurra.

—Por ahí. —Baschenis señala el centro del avión, displicente. Para él es una rutina.

—Gracias —responde.

Acaba de darle las gracias a un asesino, Dios santo. Es la palabra menos adecuada. Se acuerda de Melissa. ¿«Gracias»?

Mientras avanza por el pasillo, dándole la espalda, se dice que el mal

quebranta todos los códigos. No puedes decir «buenos días», por ejemplo, a alguien que tal vez ese mismo día cometerá un asesinato. No puedes emplear las palabras igual que antes. Eso le ha ocurrido con su padre. En efecto, ha preferido no volver a hablar con él.

Ilaria se quita el abrigo, lo pone en el portaequipaje, coloca el bolso debajo del asiento de delante y luego se sienta. Abre un periódico. En ese momento solo los gestos simples la protegen. Ahora querría mirarlo. Pero aún no se ha calmado lo suficiente. Así que apenas vuelve la cabeza.

Ve que Baschenis está bebiendo un zumo de naranja y se le ocurre una idea. Se levanta para ir al servicio y pasa al lado del mostrador del bar, solo tiene que alargar una mano. Pero una azafata se le adelanta, coge el vaso de plástico y lo tira. Mierda.

Se encierra un momento en el baño y se enjuaga la cara. Está aterrorizada. ¿Va a encontrárselo delante cuando abra la puerta? ¿Cómo conseguirá fingir? Por suerte, cuando sale, él está mirando hacia el otro lado. Así que regresa rápidamente a su asiento. El embarque ha terminado, ya se ha cerrado la puerta.

—«Les rogamos que ocupen sus asientos y que se abrochen el cinturón de seguridad.»

Lo ve avanzar por el pasillo llevando un chaleco salvavidas, una máscara de oxígeno y un cinturón de seguridad. Pero todavía no puede mirarlo a la cara. Lo vigila con la cabeza gacha.

—«Les rogamos que presten atención a la demostración sobre la seguridad de este avión. En el bolsillo del asiento que está delante de ustedes encontrarán un folleto que explica la ubicación de las salidas de emergencia, de las máscaras de oxígeno, de los chalecos salvavidas y cómo hay que colocarse en caso de que haya una emergencia.»

Ilaria se encoge en su asiento. Baschenis se detiene justo a su lado.

—«Hay dos salidas de emergencia en la parte trasera, cuatro en la parte central y dos en la parte delantera, al lado de la cabina. Un pasillo luminoso los conducirá a las salidas ubicadas más cerca de ustedes.»

Baschenis estira los brazos hacia delante y señala las salidas doblando las muñecas y enseñando las palmas. La mira un instante, Ilaria vuelve la cara enseguida.

—«Su cinturón de seguridad debe mantenerse abrochado mientras las señales luminosas permanezcan encendidas. Les aconsejamos que no se lo desabrochen durante toda la duración del vuelo.»

Muestra cómo se abrocha. Ilaria se dice que tira de cada extremo como si tuviera en la mano una cuerda para estrangular. No puede pensar en otra cosa. Está confusa. Lo único que tiene en la mano es un cinturón de seguridad. Resulta también un poco ridículo ver a un asesino así.

—«En caso de despresurización de la cabina se abrirá automáticamente un compartimento situado encima de su asiento que contiene las máscaras de oxígeno. Tire de la máscara, colóquela sobre la nariz y la boca y respire con normalidad.»

Baschenis se coloca la máscara en la cara y aspira varias veces. A Ilaria se le ocurre algo. «Ya te tengo, cabrón.» De golpe, deja de sentir el peso del misterio. No es más que una persona cualquiera que está respirando por una mascarilla amarilla, y en la que está dejando su ADN.

—«Los chalecos salvavidas se encuentran debajo de su asiento.»

Baschenis deja la mascarilla en el asiento vacío que hay al lado del suyo y se vuelve para coger el chaleco. Ilaria tiene que actuar rápido.

—«Se introduce la cabeza por la abertura, se abrocha el cierre de la parte delantera y se ajusta a la cintura tirando del extremo. Para inflarlo, tire con fuerza de la anilla roja. Siempre en el exterior del avión.»

Baschenis se quita el chaleco y busca a su alrededor, desconcertado. Ilaria

está inclinada sobre su bolso, como si estuviese buscando algo. Oye la voz de una azafata.

—¿Pasa algo?

—No encuentro la máscara —responde Baschenis.

—Habrá rodado hasta el fondo y estará debajo de un asiento. La buscaremos al aterrizar.

—«Friendly Jet les da las gracias por su atención y les desea un vuelo agradable.»

Ilaria está mirando ahora por la ventanilla. Observa el ala que recorta el horizonte, la pista que van dejando atrás y el cielo que se aproxima.

4 de febrero

En cuanto entra en la habitación del hotel y enciende el móvil, Ilaria ve que tiene veinte llamadas de Besana. Marca su número.

—No me salgas con que te has quedado sin batería. —Son las primeras palabras de él.

—¿No quieres saber cómo me ha ido?

—Primero quiero saber en qué hotel estás. En este momento solo me importa que reaparezcas inmediatamente en mi radar.

—Estoy en el Radisson Blu.

—¿Habitación?

—Trescientos veinticinco.

—Ahora ya puedes hablar.

—Estaba un poco nerviosa en la aduana, pero había mucha cola y tenían que dejarnos pasar rápido, así que les dio todo igual. Imagínate, si me hacían sacarla de la bolsa de plástico se iba todo al traste, contaminaban la muestra.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—De la máscara de oxígeno en la que ha soplado por lo menos tres veces. Se la he birlado.

—Estás como una cabra, Piatti.

—Que no. Usé guantes.

—¿Y dónde está ahora esa máscara de oxígeno?

—Acabo de enviarla por mensajería internacional desde la recepción del hotel.

—¿A quién?

—A ti. Te llegará mañana por la mañana.

—Ya basta de chorradas —dice Besana—. No salgas de la habitación. Escucha, voy a reservarte ahora mismo el vuelo de vuelta. Por supuesto, en otra compañía. El primero que haya. Te mando la tarjeta de embarque por e-mail y te hago también el check-in. Ve directamente a la puerta. No te pongas a pasear por el aeropuerto, por favor. Y por ningún motivo salgas de esa habitación.

—Pensaba pasear un poco por Kiev —dice Ilaria—, pero creo que voy a encerrarme aquí y que me comeré todos los aperitivos que hay en el minibar. No volveré a fiarme del servicio de habitaciones. Las toallas ya están en el baño, por suerte.

—No bromees con estas cosas, por favor. Ahora llamo a Rocco y le pregunto en qué hotel se alojan los empleados de la Friendly Jet.

—Ya lo hice ayer. En el Hilton.

—En cualquier caso, no debes salir de esa habitación. Júramelo.

—No desayunaré en el bufet, te lo prometo —responde Ilaria.

Bromea para no tener miedo. Besana no ha comprendido eso, quizá porque nunca ha sentido auténtico miedo. Y miedo hay solo uno. Es el miedo a morir.

—Pero ¿te ha reconocido?

—No lo creo. Llevaba puestas las gafas de sol y una gorra. Puede que sepa mi nombre, pero no ha mirado la tarjeta de embarque. No la saqué del bolsillo, me temblaban demasiado las manos. De todos modos, creo que todavía se está preguntando qué ha sido de la máscara amarilla. Por otro lado, también a los periodistas les gusta quedarse con algún souvenir, no solo a los asesinos en serie.

—Oye, no te hagas la graciosa, que esto no tiene ni pizca de gracia —dice Besana.

—¿Y qué tendría que hacer, Marco? Solo intento tranquilizarme. Mejor hazme un favor. Antes de irme llamé a un laboratorio haciéndome pasar por la secretaria del abogado Formisano. Lo analizarán rápido, tendremos los resultados en el día. Lo único que tienes que hacer es entregar mañana el paquete, te mando la dirección por e-mail. Si el ADN coincide, llama enseguida a Giorgio.

—Naturalmente. —Besana suspira. Luego permanece un instante en silencio —. ¿Plasta?

—¿Sí?

—Me has cabreado mucho, pero estoy orgulloso de ti. Eres lo más intenso que me ha ocurrido en cuarenta años de carrera.

—¿Por qué? ¿Los asesinos no son intensos?

—No, ellos no. Creen que lo son, pero no es verdad. No son ni la vida ni la muerte, solo se colocan en medio.

—¿Besana?

—¿Sí?

—Te quiero.

Besana está a punto de decir: «Y yo a ti». Es tan importante para él, que tarda un poco. No está acostumbrado a decir eso. Pero cuando se dispone a hacerlo, Ilaria ya ha colgado.

4 de febrero

—Gracias —responde Yelena—. Entonces nos vemos esta noche delante del Odessa a las ocho.

En cuanto cuelga el teléfono, va a toda prisa a la cocina para hablar con su madre, que está dando la cena al niño.

—¿Quién era, Lenchka?

—¡Un italiano, mamá! Me ha invitado a un restaurante muy chic, ¿te das cuenta?

—¿Y por qué?

—Es un empresario de Milán, mamá. Tiene previsto abrir una fábrica aquí y está buscando una secretaria que hable bien italiano. Le han dado mi nombre en la universidad.

Le cuenta que fabrican bolsos y artículos de piel. Una empresa familiar de tamaño mediano. La crisis los ha forzado a la deslocalización. Así que pretenden abrir fábricas en el este de Europa, porque les sale rentable. Él ya tenía contactos en Ucrania y por eso ha elegido este país. Pero para organizarlo todo y seleccionar al personal necesita a alguien que conozca bien ambos idiomas.

—¿Y te invita a cenar? ¿Estás segura de que quiere eso de ti, Lenchka?

—Siempre piensas mal, mamá.

—Trataré de llevarte a su hotel, me juego algo.

Pero Yelena no tiene ganas de discutir. Y además tiene que vestirse. Se encierra en su habitación para elegir la ropa. Quiere ponerse algo sobrio y

elegante. Tiene un bonito traje sastre gris, pero después del parto ha engordado un poco y ya no le cabe. Se sienta en la cama, desconsolada. Luego se levanta y empieza a rebuscar en el armario. Puede ponerse una camisa blanca y el chaquetón negro, encontrará unos pantalones que le valgan. Abre el cajón de la cómoda y saca un collar de perlas falsas, pero que dan el pego. Para parecer más elegante, se recoge el pelo.

Cuando llega a la puerta del restaurante y lo ve, lanza un suspiro de alivio. Es un hombre distinguido. También en los modales. Su amabilidad es de otros tiempos. La cede el paso y deja que ella elija la mesa, y retira la silla para que se siente. Lenchka mira el local con curiosidad, puede que esté de moda de Kiev, pero su aspecto es un poco siniestro. El arquitecto lo ha decorado con cuerdas, que penden del techo y separan las mesas como lo harían unas cortinas. Pero hacen pensar en horcas.

El camarero les entrega la carta y ella empieza a repasarla emocionada. Caviar, salmón, lubina, foie gras, solomillo. Dios, qué lujo. Pero puede que pida un risotto, a la italiana. Él está eligiendo el vino.

—¿Dolcetto o Barolo?

—Me encantan ambos —responde Lenchka. No ha probado ninguno de los dos—. Piamonteses, ¿verdad?

—Muy bien.

—En una ocasión traduje un catálogo para una feria del vino.

—¿Aquí, en Ucrania?

—Sí, aún no he estado en Italia. Aprendí el idioma en el colegio y después en la universidad.

—Pues lo habla perfectamente.

—Gracias. —Lenchka baja los ojos por timidez, como siempre que le hacen un cumplido.

Durante un rato, mientras comen un tartar de atún, solo habla él.

—Verá, tengo una compañera. Todavía no nos hemos casado porque ella está esperando el divorcio. ¿Quiere ver su foto?

—Qué guapa, con esos rizos. Qué bonita sonrisa.

—Se llama Melissa.

—No veo la hora de conocerla —dice Lenchka.

—Su mayor deseo es ser madre, pero ha tenido un aborto y ahora no puede quedarse embarazada. Por culpa de su marido, que no quería ser padre.

—Pobrecilla.

—Ya. Me gustaría ayudarla a cumplir su sueño. Como no estamos casados y no podíamos acudir a una clínica directamente, hemos contactado con el abogado Zhdánov, que nos ha dado su nombre.

Lenchka asiente enseguida.

—Pero ¿les ha hablado de mi problema?

—Por supuesto. Nos ha explicado que usted no quiere que lo sepa su madre. Pero juntos hemos pensado en todo. No se preocupe.

En ese momento llega la lubina en salsa de yogur y puré de zanahorias para él y el esturión con risotto para ella. Lenchka sonríe aliviada, tiene delante a un hombre de mundo, que sabe cómo se hacen las cosas.

—Entonces, ¿cómo lo arreglamos? —pregunta, y prueba el arroz. Está tan tensa que no puede disfrutar de la cena en uno de los restaurantes más elegantes de Kiev.

—Muy fácil. Usted dirá que tiene que ir a Italia seis meses, para conocer la empresa. Y yo le pagaré un piso aquí, donde podrá llevar tranquilamente el embarazo, sola.

—Perfecto —dice Lenchka—. Mientras, podré escribir la tesis de licenciatura. Verá, con un bebé es difícil estudiar.

Llega la crême brûlée con mango y coco, que solo ha pedido ella. Lenchka se siente feliz. En esos seis meses terminará la tesis y con los diez mil euros

que le darán comprará una casa en el campo para su madre, que nunca ha estado a gusto en Kiev. Luego ella se marchará con su hijo. Y buscará un trabajo en Italia. Pero, como ya tendrá una licenciatura, no será de cuidadora.

—Ya he encontrado el piso. ¿Quiere ver si le gusta? He alquilado un coche, después la llevaría a su casa.

Lenochka se pone tensa durante un instante. ¿Le está tirando los tejos? Pero no quiere ser descortés con el hombre que va a cambiar su vida.

Entretanto, él la ayuda a ponerse el abrigo.

—Gracias —dice Lenchka—, iré a verlo con mucho gusto.

En cuanto entra en el piso, Lenchka siente un tirón en el brazo. Pero no le da tiempo a preguntarse a qué se ha debido.

5 de febrero

El Airbus A320 está sobrevolando los Alpes, el comandante se levanta.

—Voy un momento al baño —le dice al copiloto.

—¿Pides que me traigan un café?

—Claro. Necesito estirar un poco las piernas, me sigue doliendo la espalda.

—Entonces, el masaje no te ha hecho nada —dice el otro, y se ríe.

El comandante sale y llama al sobrecargo para no dejar solo al copiloto en la cabina y seguir el protocolo.

—¿Nos traes también dos cafés, por favor?

—Enseguida —responde.

En cuanto entra en la cabina con la bandeja, el sobrecargo oye que suena la radio. Es evidente que desde Orio al Serio están tratando de ponerse en contacto, quizá por un temporal de nieve del que hablan las previsiones.

—Aquí torre de control, responded. Corto.

Después de un par de mensajes cruzados, el controlador pide que no vayan al finger, sino que esperen en la pista.

—Recibido. ¿Por qué motivo? Corto.

—Es una orden de la policía, van a detener a alguien. Repito, detener. Sujeto peligroso a bordo. Corto.

El sobrecargo, detrás del copiloto, se pone tenso. Deja la bandeja en el asiento del comandante.

—¿Tenemos que activar algún protocolo de emergencia? Corto.

—No dejéis pasar a Gabriele Baschenis a la cabina, sujeto peligroso.

Corto.

El copiloto se vuelve hacia el sobrecargo, se miran.

—Baschenis no está en el avión. Corto.

—¿Cómo?

—Fue sustituido poco antes del despegue. Corto.

El aeropuerto ya está rodeado por las fuerzas del orden. Besana llega con la lengua fuera, Giorgio lo hace pasar por una puerta lateral.

—Ilaria no ha llegado. Hay que contactar enseguida con la policía ucraniana. Ahora mismo —dice.

—¿Qué significa que no ha llegado?

Besana está alterado, completamente fuera de sí. Agarra a Giorgio por los hombros y lo zarandea.

—Le había reservado un vuelo desde Kiev. Un vuelo en Alitalia, para que no viajase con él. He ido a buscarla a la puerta de «Llegadas» y no estaba. ¡No estaba! Nunca ha subido a ese avión. ¿Comprendes?

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Ayer por la tarde —contesta Besana.

—¿Y después no?

—Después ya no respondía, coño.

Giorgio lo lleva a una sala VIP que se acaba de evacuar y está reservada para los investigadores.

—Ahora no puedes hacer nada. Espera aquí, Marco. Nos ocupamos nosotros, ¿vale?

Pero Besana no consigue quedarse quieto, está desesperado. Se pegaría con quien hiciera falta con tal de salir de allí. No piensa quedarse de brazos cruzados.

En ese momento entra corriendo un policía.

—La torre de control ha comunicado que está su equipaje, pero Baschenis

no se encuentra a bordo.

—¿Cómo que no se encuentra a bordo?

—No se ha presentado en el embarque.

4 de febrero

Cuando Lenchka abre los ojos ve que está en un piso semivacío, sin apenas muebles. Enseguida advierte que todas las persianas están bajadas. Se encuentra tumbada en un sofá de piel de imitación y tiene las manos atadas con su propia bufanda. Mira a Baschenis, que está de pie delante de ella.

—Por favor, tengo un niño de un año.

—Lo sé —dice él—. De lo contrario, no podrías alquilar el útero.

Mientras tanto, Lenchka, disimulando como puede, está intentando aflojar el nudo de la bufanda.

—¿Quieres follar?

—Qué vulgar eres —le responde Baschenis.

—Suéltame y haré todo lo que quieras. —Lenchka trata de mantener la calma.

Baschenis sonrío.

—¿Tienes interés en conocer mis gustos? Me gusta comer carne humana. Y alcanzo el orgasmo solo cuando estrangulo a mi pareja.

Lenchka tiene una arcada, escupe un poco de saliva al suelo. Pero la adrenalina la ayuda a pensar. ¿Qué puede hacer? Mira la puerta, seguramente la ha cerrado con llave. Gritar es inútil, pues no la ha amordazado. Si no lo ha hecho es porque sabe que no hay vecinos cerca. ¿Qué le queda? Mira la mesa, hay tres cuchillos de cocina. Le da otra arcada, pero no debe vomitar. «Tienes que mantenerte lúcida, Lenchka, si quieres salir viva de aquí.» Se dice a sí misma que ese cabrón la ha subestimado, porque ella es una mujer fuerte,

acostumbrada a luchar para sobrevivir desde niña, y eso era imposible en el campo, qué se cree. Huérfana de un padre alcohólico, se vino con su madre a la ciudad, donde ha trabajado y estudiado simultáneamente. Piensa que, a pesar de todo, ha conseguido convertirse en una mujer culta, lo que la ha hecho aún más fuerte que antes. Y ahora solo dispone de dos armas: su italiano perfecto y su imaginación. Pero ¿qué puede inventarse para ponerlo nervioso?

—Si crees que voy a ponerme a lloriquear, te equivocas. Porque no voy a hacerlo. No me das miedo, asqueroso maníaco. No das miedo a nadie, con esa cara.

Le atiza un puñetazo.

—¿Crees que es la primera vez que me golpean? Seguro que tú no has recibido suficientes hostias, pervertido de mierda. Porque entonces no te dedicarías a buscar gente como yo para ejercer tu jodido poder, asqueroso impotente.

—Cierra el pico, puta.

Pero Baschenis está descolocado, se nota. A lo mejor Yelena ha dado con la clave. Si consigue invertir los papeles, él perderá la seguridad. «Sigue así, Lenchka, tienes que estropearle el juego.» No debe entrar en la espiral del dominio. No debes ser la víctima que suplica al verdugo. Es evidente que él disfruta así. Si ella no hace de víctima, él no podrá hacer de verdugo. Trata de insultarlo.

—Cabrón hijo de puta, ¿por qué tienes la polla siempre floja y solo se te pone dura cuando estrangulas a alguien? ¿Es por culpa de tu madre? ¿Se tiraba a todo el que podía en una cama que estaba pegada a la tuya? —Y le sonrío, maliciosa. «Mira qué demonio te has traído a casa. A ver si ahora te atreves a ponerme la mano encima. Inténtalo.»

Baschenis se da la vuelta y coge un cuchillo de la mesa. Pero le tiemblan las manos.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes párkinson? —insiste Lenchka. Al fin y al cabo, ya no tiene nada que perder. Ha de jugarse el todo por el todo.

—Eres la peor mujer que he conocido nunca.

—¿Después de tu madre?

—No menciones a mi madre.

Baschenis mira de otro modo. A Yelena le da otra arcada, pero aguanta. No debe parar. Tiene que decirle algo todavía más fuerte, para desorientarlo. Mira a su alrededor en busca de una idea. Pero lo único que ve son esos cuchillos. Cuchillos y más cuchillos. Y de pronto se le ocurre algo.

—Pues sí, podría ser peor que tu madre. ¿Sabes que yo también he matado?

Baschenis está paralizado. No sabe qué responder. Pero Yelena se le adelanta, le toma el pelo aprovechando ese silencio, esa indecisión.

—Maté al padre de mi hijo. Estaba harta de tener alcohólicos en mi casa. Le rajé el cuello.

—No me lo creo.

—Me absolvieron porque actué en legítima defensa, tenía la cara hinchada. Me pegaba. Si no me crees, mira en internet. —Yelena sabe que él no puede encender el móvil, es probable que le haya quitado la batería para que no puedan localizarlo.

—¿Y qué sentiste?

—Disfruté —contesta Yelena, mirándolo directamente a los ojos—. Volvería a hacerlo.

Respira hondo. «Muy bien, Lenchka, has dado en la diana. Esto no se lo esperaba. Le has estropeado la escenografía. Sigue, sigue. Golpea fuerte, ahora.»

—¿Qué es esa mancha que tienes en los pantalones? ¿Te has meado encima? Siéntate, anda. Hablemos un poco. Total, tenemos tiempo. Quiero que me

cuentas qué hay en esa cabeza enferma que tienes. Yo puedo entenderte, lo he experimentado.

Baschenis está confundido. Se nota que no sabe qué hacer. Y se sienta. Pero no suelta el cuchillo.

—Qué niño tan obediente —dice Lenchka, con una sonrisa maliciosa—. Cuenta, anda.

—¿Qué quieres saber?

—A quién has matado, y por qué.

—Nadie me lo ha preguntado nunca.

—¿Lo ves? Yo soy distinta. Porque yo he matado.

4 de febrero

Haría se tumba en la cama. Pero no consigue relajarse. Tendría que sentirse orgullosa de sí misma, le ha mandado la prueba decisiva a Besana. Mañana detendrán al asesino. Observa el frasquito de benzodiacepina que se ha llevado. Estira un brazo, está tentada de cogerlo. Luego cambia de idea. Prefiere estar despejada. Ese hombre sigue libre. De repente, ya no tiene miedo, y se da cuenta de que no lo tiene porque no se lo puede permitir. Ese hombre sigue libre, así que aún puede asesinar.

Se levanta, no puede estarse quieta. Abre el minibar. De pronto se le ha abierto el apetito, un apetito nervioso. Saca una barrita de chocolate y la engulle a toda velocidad, no la saborea. «Estoy en Kiev, ¿y qué hay en Kiev? Gente pobre, seguramente. Víctimas de mierda, como dice Besana.» Enciende la tableta, necesita ayuda. Escribe «Kiev» y en el buscador aparece enseguida «útero de alquiler». Mierda. No puede dormir, no.

Por un momento tiene la tentación de llamar a Marco. Luego decide que es mejor no hacerlo. Se preocuparía, le prohibiría seguir. Lo cierto es que ella es quien debe preocuparse y salvar a alguien. Aunque no sabe a quién.

Entonces hace otra llamada de teléfono.

—¿Puedes comprobarme una cosa, por favor?

—Pero ¿dónde estás? ¿Sigues en Kiev?

Media hora después, Rocco le devuelve la llamada.

—No —le dice—. Conforme a la ley ucraniana, los solteros no pueden recurrir a las clínicas. Pero he encontrado sitios donde por cincuenta mil euros

y más te consiguen ilegalmente una madre de alquiler. He entrado en el servidor de todos esos sitios.

—¿Y lo has encontrado?

—Sí, ha contactado con una tal Yelena Bykov. Una estudiante de Filología Italiana. Pero con un nombre falso.

—¿Cuál?

—Vincenzo Verzeni.

—¡Oh!

Ahora tiene que averiguar adónde la ha llevado. No debe ponerse nerviosa, no, eso no. Abre la aplicación de Airbnb. Evidentemente, no puede matarla en un hotel, necesita un piso. Pero hay demasiados. Y además hay muchos más sitios en los que ofrecen casas en alquiler. Va al cuarto de baño, se lava la cara con agua helada. Tiene que pensar, pensar. Pero rápido, los minutos corren, para esa chica ya podría ser tarde. Entonces tiene una idea. Tiene su número de móvil. «Hola, guapo.» Está jodido.

Llama de nuevo a Rocco.

—¿Puedes localizar un móvil?

—Claro —responde.

—¿Aunque esté apagado?

—Si no le ha quitado la batería...

—¿Puedes intentarlo?

—Mándame el número.

Pocos minutos después le llega un mensaje.

Coordenadas GPS. Latitud 50.464868° Norte.

Longitud 30.52285900000004° Este. Volos'ka vulytsya 3, Kyiv.

No ha quitado la batería.

Ilaria llama a la recepción.

—Necesito un taxi —dice.

Baja corriendo, se acerca a toda prisa al portero.

—Explíqueme al chófer que tiene que llevarme ahora mismo a la policía.

Politsiya. Right now. It's an emergency. I'm a reporter. Zhurnalist.

4 de febrero

—Una confidencia por otra, Lenchka. En la cena me dijiste que podía llamarte Lenchka.

—Claro —dice ella.

—Verás, estrangular es algo muy íntimo. Es la forma de matar que te hace sentir más cerca de la persona que está contigo. No se trata de poder, sino de intimidad. Porque la miras a los ojos mientras muere. La tocas mientras muere. ¿Alguna vez has sujetado la mano de alguien mientras muere? Es algo parecido, tienes la sensación física de una vida que se va.

—Yo me di la vuelta mientras él moría —dice Yelena. Tiene que meterse bien en el papel. Es su única posibilidad.

—A mí me pasó eso con mi madre biológica. Volví a verla por casualidad, durante un viaje, y descubrí que estaba enferma. Iba a visitarla a escondidas. Murió de noche, unos meses después, y yo estaba con ella. Le sujetaba la mano en ese momento. Pero no era una sensación nueva, ¿sabes? Ya la había tenido.

—¿Con quién? —Mientras, ha conseguido soltarse una mano, pero sigue con los brazos a la espalda para que él no se dé cuenta.

—La primera vez, con Rossella. Era una chica preciosa, yo estaba perdidamente enamorado de ella. No quería matarla. Los dos éramos adolescentes. Habíamos ido de excursión a la montaña. Estaba también su primo, de seis años. De repente hubo un derrumbe, temíamos que el sendero estuviese impracticable o que hubiese otro derrumbe. Entonces dejamos al niño en un sitio que nos pareció seguro y nos apartamos para ver lo que había

ocurrido. Era la primera vez que me quedaba a solas con Rossella. No sé qué me pasó. No lo recuerdo bien. Puede que intentara besarla. Solo sé que ella me rechazó, y entonces reaccioné: le rodeé el cuello con ambas manos y empecé a apretar. Por fin la sentía muy cerca. Y la miraba a los ojos. Me corrí. Por primera vez, sin masturbarme. El orgasmo más intenso de mi vida. Luego volví a mirarla: estaba cianótica, tenía la lengua fuera y los ojos llenos de sangre, se había vuelto horrible. Me avergonzaba por haber querido a una mujer tan espantosa, y entonces la oculté en un pozo. Después fui a buscar al niño, que nos estaba esperando. Le dije que la había matado él, porque la había dejado sola y el derrumbe la había arrastrado. Y que no debía contarle nada a nadie, porque si lo hacía lo meterían en la cárcel. Lo agarré de la mano y lo llevé a su casa.

—¿Y qué fue de ese niño?

—Veinte años después tuve que matarlo también a él. Pero lo sentí, Lenchka. En el fondo, era la primera persona sobre la que había conseguido ejercer un auténtico poder. Porque Bruno no contó absolutamente nada. Cumplió lo que le había ordenado. Descubrí que durante años no había vuelto a hablar, ni siquiera con sus padres. Hasta que, por desgracia, se hizo mayor. Y empezó a recordar cosas, a tener dudas. No me quedó más remedio que arrojarlo desde un puente. Era tan frágil que solo necesité darle un empujón. Cuando el primer camión lo arrolló, todavía seguía vivo. Pero yo no quería mirar. No es bonito matar así, Lenchka. Créeme, estaba muy alterado. Soy un hombre sensible, Lenchka. Pese a que no siento nada cuando la gente muere. Solo ira, porque todo se ha terminado. Yo experimento placer antes, cuando siento la vida entre mis manos. Después no, después entro en un estado de confusión. Sé que siento de pronto el impulso de hacer cosas raras, como comer pedazos de un cuerpo. Pero eso es algo para lo que no tengo explicación, Lenchka. Es una especie de rabia contra la persona que ha

muerto, estoy furioso con ella porque no tenía que morir. Trato de mantenerla con vida así, llevándola dentro de mí. Si me la como, sigue viviendo.

Yelena vuelve a marearse. Mira su boca. Pero tiene que mantenerse impassible. Como si le estuviese contando algo de lo más normal. Y tampoco puede olvidarse de interpretar el papel de asesina. Piensa un momento.

—Yo no quería que mi marido siguiese viviendo —dice.

—Sí, es diferente. En efecto, no me comí a Rossella, no me comí a Bruno y no me comí a mi madre porque, de todos modos, ellos vivían en mí. ¿Puedes comprender la diferencia, Lenchka? A ellos no necesitaba comérmelos. Mi madre murió de cáncer, de acuerdo, no la maté yo. Pero a los otros dos sí. Y, sin embargo, no sentí esa necesidad. Ya estaba bastante habitado por ellos. ¿Crees en las premoniciones, Lenchka?

—¿En qué sentido? —Yelena debe mantener la sangre fría. Cada pregunta es tiempo ganado.

—Te explicaré lo que entiendo por premonición. Cuando te cuentan una historia que no te atañe pero que te llega como si fuera tuya. A mí me pasaba eso cuando me contaban la historia de Vincenzo Verzeni.

—Así que tu nombre no es ese —lo interrumpe Yelena.

—No. Contigo he usado un nombre falso. Tú no puedes saber quién era Vincenzo Verzeni. Era un asesino del siglo diecinueve, de mi región, que tenía las mismas sensaciones que yo. El primer asesino en serie italiano, ¿sabes? Todos crecimos con su historia, los niños se la contaban unos a otros porque a esa edad se descubre el atractivo del miedo. Pero para mí era diferente. A mí él no me daba miedo. Me inquietaba, Lenchka.

—¿Y qué tiene que ver contigo?

—Al principio, cuando empecé a matar como él, nunca pensaba en Verzeni. Creo que lo borré de mi memoria. La idea de que alguien hubiera podido vivir lo que estaba viviendo yo me resultaba insoportable. No aceptaba ese lado de

mí. Yo era el otro. Me reconocía solamente en el buen chico que regresaba a su pueblo después de un viaje y era muy cariñoso con su madre adoptiva. Una madre que también era muy afectuosa con él. Cuando estaba allí, mi madre no tenía que preocuparse de nada. Yo hacía la compra, guisaba, la llevaba al cine o a cenar. Había alquilado un piso en Milán, pero nunca estaba en Milán. Conservaba el piso de Suisio, encima del de ella. El de Milán me servía para que ella creyera que tenía una vida. Cuando en realidad no tenía una vida. Ni novia ni amigos. Pero quería que ella pensase que yo era una persona normal. En ese piso de Milán he dormido pocas veces. Sin embargo, pagaba el alquiler con regularidad. Con una precisión de inquilino modelo. Aquella casa imaginaria, que conllevaba una vida imaginaria, me permitía contarle que estaba enamorado o que había conocido esto y aquello. Le decía incluso que en Milán hacía voluntariado, como ella. Qué orgullosa estaba de mí, mi madre.

—¿Y cuál era la verdad?

—La verdad era que, cuando no iba a Suisio, estaba en el extranjero, no en Milán. Porque en ciertos sitios es más fácil matar. La vida no vale nada.

Yelena piensa: «Como en Ucrania». Pero no lo dice, porque no debe jugar el papel de víctima. Debe tratarlo de igual a igual. De asesina a asesino.

—Y apuesto a que eso te irritaba —dice.

—Sí. Estaba tan enfadado que hacía de todo para que alguien se diese cuenta. Dejé dos cadáveres en la playa de un complejo turístico, Lenchka. Y otro en la lavandería de un gran hotel. Pero la gente de allí, nada. Empaquetaban el cuerpo y se iban, sin interrogar a los clientes. Para no espantar a los turistas extranjeros. Fue así como me acordé de Vincenzo Verzeni. Él había tenido el honor de ser el protagonista del juicio del siglo. ¿Y por qué? Porque había asesinado a gente de su valle. A lo mejor no eran más que camareras, como las que maté yo, pero una tierra pequeña arropa a los

suyos y se enfurece hasta por una camarera. Basta con que no sea una puta, a esas no las reivindica nadie.

—¿Te gusta ser el centro de atención?

—No es narcisismo, Lenochka, créeme. No tengo interés en que sepan quién soy. Ni yo mismo sé quién soy. Es una ira más compleja, ¿sabes? A lo mejor contra mí mismo y contra lo que me ocurre. ¿Es posible que a nadie le interese nada? Pero tuve un cortocircuito, Lenochka. Gente de mi valle y el mito de Verzeni. Y funcionó. Por fin se dieron cuenta de que faltaba alguien.

—¿Te hiciste famoso?

—Más de la cuenta. Esos grandes titulares en la prensa me hacían sentir mal. Fue difícil, créeme. Eran chicas que me encantaban. Pero eran las únicas a las que podía acercarme. Precisamente porque las conocía y se fiaban de mí. ¿Lo comprendes, Lenochka? Un crimen limpio se consigue inspirando confianza. Si no, no suben a tu coche. Aneta era adorable, le di un montón de consejos. Quería trabajar en lo mismo que yo. Un trabajo frustrante, en realidad. «Serás una camarera, solo que en un avión», le decía. Pero estaba empeñada. «Al menos veo mundo», me respondía. No la estrangulé con ganas, ni siquiera me corrí. No la deseaba, lo único que quería era que alguien reparase en toda la gente que había desaparecido y ella fue mi instrumento. La rabia que sentí después me sobrepasó. No puedo contener esa rabia, Lenochka.

Yelena baja los ojos. Pero enseguida se arrepiente. «Míralo a la cara, Lenochka. No rompas el hechizo. No caigas en la trampa.» Tiene que seguir demostrándole que no le da miedo.

—¿Y con las otras?

—Con Dana fue todavía más difícil. Había decidido asesinar a madres malas, pero solo por no asesinar a madres buenas. Fue una decisión tomada con serenidad. Pensaba en mi madre adoptiva y me sentía incapaz de privar a un hijo de una mujer tan maravillosa. Dana, sin embargo, con todo lo pésima

que era con su hijo, era generosa y simpática. Cuando iba para que me diera masajes, hablábamos muchísimo. No de mis crímenes, por supuesto, sino de mil cosas. Era muy humana, nunca juzgaba a nadie. No salía de su asombro mientras la estrangulaba, y yo tampoco. Tuve un orgasmo a mi pesar, me daba vergüenza haberlo tenido.

—¿También cuando matas a un hombre tienes un orgasmo? —Una ocurrencia genial, se felicita a sí misma. Lo está llamando marica.

—No. Con Foresti fue diferente. El único asesinato a sangre fría de toda mi vida. Tú no puedes saber quién era Foresti, Lenchka. Un marido que tiene una amante con la que quiere largarse, pero no puede porque la esposa lo amenaza con quitarle todo, incluido el trabajo. ¿Qué hace, entonces? La mata y trata de aprovechar la oleada del asesino en serie, confiando en que ese asesinato se confunda con los otros. La pena es que el asesino en serie era yo. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar, Lenchka? Lo habrías castigado, ¿no?

—Claro —responde Lenchka. Está tan metida en el papel que se pregunta si sería capaz de matar a alguien. Quizá sí. A él.

—Total. Un crimen más o menos... Lo veía en televisión porque no paraba de conceder entrevistas, y mi enfado no hacía sino aumentar. También mi madre estaba enfadada, decía que él era el asesino de su mujer. Y tenía razón, porque no era yo. Jamás habría privado a esos tres niños de una madre tan cariñosa. No fue fácil decapitarlo, Lenchka. La cabeza no se soltaba. Estaba a punto de marearme, pero no podía permitírmelo. Creo que estuve media hora con el machete. Qué trofeo tan obsceno, pero por una vez pude sentirme orgulloso. ¿Quién más podía hacerlo? Solo yo sé lo que significa asesinar, y que ya no hay vuelta atrás. Tarde o temprano lo habrían condenado, pero de la cárcel se sale.

—Yo también hubiera podido denunciar a mi marido, pero no habría

servido de nada. Habría salido, habría vuelto y me habría matado a golpes. —
Lo mira—. Me muero de sed. ¿Puedes darme un vaso de agua?

—Ahora te lo traigo. Pero no te hagas la lista, no me decepciones. Además,
la puerta está cerrada con llave, no puedes huir.

Mientras está en la cocina, con el grifo abierto, Baschenis sigue hablando.

—Con Melissa fue terrible, Lenchka.

—¿La chica de la foto? —le grita Yelena desde el salón.

—Sí, esa tan guapa de pelo rizado. Reviví la experiencia de Rossella.
Quizá por eso después no me contuve. Me comí dos cuerpos, al comerme el
suyo. La quería, como quería a Rossella. Quería convencerla de que no
abortase, yo habría criado al niño. Pero ella no quería formar una familia
conmigo, le parecía absurdo. ¿Qué haces, Lenchka? ¿Por qué te has
levantado?

5 de febrero

Al amanecer, Ilaria entra en el piso de Volos'ka vulytsya 3 con la policía de Kiev, tras echar la puerta abajo. Necesitó una hora para convencer a los agentes, a quienes les costaba entenderla. Pero al final lo consiguió.

Lenochka está llorando, sentada en el suelo, cubierta de sangre.

Ilaria se acerca a ella corriendo. La abraza.

—Solo te has defendido, lo sabemos —dice en italiano.

No le importa mancharse de sangre también ella. A lo mejor era lo que buscaba. El cadáver de su madre nunca fue encontrado. Ella vivió un asesinato demasiado limpio, de esos que te destruyen justo por eso, porque en tu mente se vuelven irreales. Hasta el punto de que nunca ha sido capaz de imaginárselo. Ahora tiene delante un asesinato real. Y toda su sangre.

—Era un loco, un loco. —Lenochka llora apoyada en Ilaria, y todos los humores se mezclan. Sangre, sudor, lágrimas. Una enorme humedad. Pero no indefinida. Todo, por primera vez, tiene un perfil.

Lenochka mueve los ojos pero están vacíos. Es una mirada exangüe. Son los ojos de quien ha matado y jamás habría querido hacerlo. Ilaria la acaricia. Y se dice que está acariciando a una asesina: no ha hecho más que defenderse, de acuerdo, pero ha matado, a puñaladas. Por fin sabe qué se siente al acariciar a un asesino. Y le parece hermoso.

—No temas —le susurra al oído—, sabemos por lo que has pasado.

5 de febrero

Besana está esperando a Ilaria en la puerta de «Llegadas.» La ve acercarse, tambaleándose, arrastra un pequeño trolley como si fuese muy pesado. Prácticamente se arroja a sus brazos. Besana la abraza con fuerza.

—Podría haberte matado también a ti —dice.

—No tenía otra alternativa.

—La salvaste —dice Besana.

—No, se salvó ella sola. Uno siempre se salva solo. Llegué tarde. Era ella la que podría haber estado en un charco de sangre.

Una vez en el aparcamiento, meten el trolley en el maletero.

—Has estado fabulosa, Piatti. La entrevista a Yelena saldrá en portada, acaban de decidirlo en la reunión —le cuenta.

—No fue una entrevista —dice—, habló sola. Mientras no paraba de llorar. Lo único que he hecho es introducir supuestas preguntas, que desde luego nunca le hice. Estaba más alterada que ella, yo no era capaz de hablar.

—Es lo primero que firmas sola. No está mal empezar en portada, Piatti.

Ilaria menea la cabeza, perpleja.

—¿Quién lo habría dicho? —comenta.

—Hace un momento me llamó el director. Quiere hablar contigo —dice Besana—. Para mí que ahora sí que encontrará una mesa libre.

—¿En serio?

—Te espera mañana en su despacho, a las tres. Procura no ir en chándal.

Dicen que «El vampiro de Bottanuco», el primer asesino en serie de Italia, ha vuelto. Una insólita pareja de investigadores acepta el desafío de desenmascararle *Nostalgia de la sangre*, una sugerente sorpresa en el universo del *thriller*.



Un día de diciembre aparece en un pueblecito del norte de Italia el cadáver de una chica salvajemente asesinada. Ilaria Piatti, joven becaria de un periódico local, relaciona el crimen con terroríficos hechos del pasado: el caso del Vampiro de Bottanuco, el estrangulador de mujeres que aterrorizó la región hace 100 años. Para Marco Besana, su veterano compañero de redacción, este es el caso que ha estado esperando toda su vida, con el que podría coronar su carrera. Juntos avanzarán a tientas en la oscuridad tras el culpable. Ambos ignoran que la oscuridad es el territorio preferido del monstruo.

Reseñas:

«Un *thriller* documentado y apasionante, histórico y actual a la vez, lleno de suspense y también de ironía. Y, al mismo tiempo, un réquiem por el arte del periodismo tal como solía ser.»

Antonio D'Orrico, *La lettura*

«Una novela llena de suspense, que emociona desde las primeras páginas,

llena de dolor, misterio, una pequeña obra maestra actual, que no tiene nada que envidiar a las aventuras del comisario Montalbano.»

La Voce di Venezia

«Un *thriller* imprescindible. Una joya del panorama literario actual, tanto para los amantes del género como para los que deseen aventurarse entre las novedades literarias italianas, que no tiene nada que envidiar a las del otro lado del océano.»

La Voce di Venezia

Citas de lectores y blogs::

«Ágil, interesante, nunca banal, Nostalgia de la sangre es una novela negra fresca y moderna que realmente me cautivó. Absolutamente recomendable.(...) Un libro del que es difícil separarse.»

www.silenziostoleggendo.com

«¡Finalmente un *thriller* digno de ese nombre!... Confíad en mí, si os gusta el *thriller*, Nostalgia de la sangre os conquistará. Una historia impresionante llena de tensión y suspense, cruda, capaz de incomodar al lector.»

katiabookblog.blogspot.com

Ya la echo de menos... Gran novela [...] ambigua y fascinante porque te mantiene pegado a ella pese al mal que serpentea a través de sus páginas. O quizás por eso. A veces quieres dejarla y correr a lavarte las manos, e inmediatamente después seguir leyendo.»

www.amazon.it

Dario Correnti es un seudónimo doble que en realidad corresponde a dos autores.

Título original: *Nostalgia del sangue*

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2017, Dario Correnti

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, César Palma Hunt, por la traducción

Diseño e imagen de portada: Coverkitchen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5752-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Nostalgia de la sangre

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Sobre este libro

Sobre Dario Correnti

Créditos